UN VALS CON LA MUERTE



AMANDA CLARK

Un vals con la muerte
© 2024 Esther Pascual Porta
Todos los derechos reservados.

Gracias por descargar este libro electrónico. El copyright es propiedad exclusiva del autor y por lo tanto no se permite su reproducción, copiado ni distribución ya sea con fines comerciales o sin ánimos de lucro. Si disfrutaste este libro, por favor invita a tus amigos a descargar su propia copia. Gracias por tu apoyo.

Un vals con la muerte

Amanda Clark

IR A…

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
CAPÍTULO 48
CAPÍTULO 49
CAPÍTULO 50
CAPÍTULO 51
CAPÍTULO 52
CAPÍTULO 53
CAPÍTULO 54
EPÍLOGO

PRÓLOGO

1901, Barcelona

Se había quedado dormida en el regazo de su madre. Ni siquiera recordaba cuándo, puede que si hubiera sabido lo que ocurriría esa noche, no hubiera cerrado los ojos. Pero lo hizo, y descansaba apaciblemente mientras sus dedos largos y delicados, de pianista, le acariciaban los rizos negros. El traqueteo del carruaje no hacía más que sumirla en las profundidades del sueño, y los murmullos de la conversación que mantenían sus padres la arropaban. En su duermevela apenas podía distinguir unas pocas palabras. Debían de estar hablando de la muerte del viejo barón de Barcelona. Era la noticia del día, porque se había marchado de este mundo sin dejar descendientes. No entendía demasiado bien lo que era un descendiente, pero por el tono grave con el que lo decían los mayores, no tenerlos debía de ser un problema.

Lo primero que escuchó fue el estruendo, tan fuerte que se le antojó uno de aquellos fuegos de artificio que los nobles más adinerados se empeñaban en mostrar en sus festejos. Sin embargo, ese sonido no tuvo nada de festivo, fue más un lamento agónico, que brotaba de las profundidades de la tierra. Cuando abrió los ojos, sobresaltada, tan sólo alcanzó a ver un fogonazo de luz, que la cegó durante unos segundos. Después estaba dando vueltas dentro del carruaje, de forma caótica y dolorosa. Se golpeó la cabeza con una de las paredes, que terminó cediendo bajo su peso. La cabina se desmontó con un crujido abominable, y la niña acabó saliendo disparada contra el suelo. Notaba el empedrado bajo su mejilla, donde el asfalto había grabado una herida que dejaría marca para siempre. Sin embargo, apenas notaba dolor. Tan sólo un pitido demoledor en los oídos, que la aturdía todavía más que el humo que emanaba de lo que una vez había sido una lujosa calesa, de la que tan sólo quedaban tablones desvencijados y guías rotas. Tras uno de los asientos, que había terminado esparcido por el suelo en un revuelto de algodón y relleno, asomaba la mano de su madre. Estaba inmóvil y cubierta de sangre. En el reflejo del vidrio de una de las puertas distinguió el rostro de su padre. Tenía los ojos abiertos, pero su mirada verde, antes llena de luz, no miraba a ninguna parte. Notó una bilis amarga subiendo por su estómago, y no fue capaz de moverse del suelo. Algo se lo impedía. Miró hacia sus piernas y descubrió que las tenía cubiertas por otra de las paredes del carruaje, que había salido despedida en su dirección. Sollozó y llamó a su padre, a su madre. Pero ninguno acudió. La noche los cubría con un manto lúgubre y anormalmente silencioso. Estaban en el centro de la ciudad. ¿Acaso no había siempre alguien en la calle? ¿Por qué nadie los ayudaba? Pero allí estaba, sola y atrapada.

Al cabo de un tiempo interminable, escuchó unos pasos. Eran suaves y pausados, como si la persona que se estaba acercando no estuviera viendo lo mismo que ella. No parecía tener prisa, no había urgencia en sus movimientos. La niña apenas era consciente de lo que ocurría a su alrededor. Un dolor sordo, casi inexistente al principio, había empezado a apoderarse de sus sentidos y de cada rincón de su ser. No era capaz de pensar con claridad. Desde donde estaba tan sólo alcanzaba a ver la mano inerte de su madre y los ojos vacíos de su padre. Estaban muertos, lo sentía en las entrañas. Y sólo quería irse con ellos. Cerrar los ojos y dejar de ver esa imagen devastadora, que la perseguiría el resto de sus días. Lo único que la ancló a ese momento fue el sonido de los zapatos de ese desconocido sobre las piedras de la calzada. Apenas lograba distinguirlo entre las brumas de la inconsciencia, pero enseguida se dio cuenta de que iba

completamente vestido de negro. No parecía alterado. Se limitó a agacharse junto al cuerpo de su padre y a cerrarle los ojos con un gesto suave. Luego tomó de la mano a su madre. Le pareció que murmuraba algo, como si tratara de consolarla. ¿Estaba viva? Sin embargo, desechó cualquier esperanza cuando el hombre tomó en brazos el cuerpo desmadejado de su madre para depositarlo junto al de su padre, como si quisiera que hicieran aquel último viaje juntos. No era capaz de distinguir lo que era real de lo que no. Se había golpeado la cabeza. ¿Y si lo estaba imaginando todo? Los movimientos calmados de ese hombre no parecían normales, y mucho menos sus reacciones. Sin embargo, lo único que pudo hacer la niña fue entreabrir los labios:

—Ayuda.

El hombre se volvió hacia ella, sobresaltado. La miró con los ojos muy abiertos, como si fuera más extraño encontrar allí a alguien vivo que muerto. Sin embargo, se recuperó enseguida de la sorpresa y su rostro volvió a cubrirse con esa lámina de calma imperturbable. Empezó a caminar hacia ella y la niña se arrepintió de haber pedido auxilio: ese hombre tenía algo que la aterraba. Sin decir nada, el tipo le retiró los tablones de las piernas, liberándola de su prisión. La niña hizo ademán de levantarse para correr hasta sus padres, pero el desconocido le puso una pesada mano sobre el hombro, como si se tratara de un plomo que le impidiera moverse.

—Será mejor que no.

La niña notó que se mareaba, como si todos los golpes del accidente se cobraran su precio al mismo tiempo. Y se sumió en una oscuridad que duró días, semanas.

CAPÍTULO 1

1916, Barcelona

Acaricié el tapete de terciopelo morado. No era mi color favorito, pero se trataba del más adecuado para lo que íbamos a hacer. No tenía ni idea de lo que ocurriría una vez depositara las cartas sobre la mesa, y una parte de mí sentía miedo. Había leído mucho sobre el tarot: interpretación de las cartas, tipos de tiradas e incluso aspectos rituales. Pero no me había animado a lanzarme hasta que Margot había insistido. Mi prima también sentía curiosidad por las ciencias ocultas, y tenía la biblioteca de su casa poblada de tratados sobre espiritismo, adivinación y temas que unas señoritas de alta cuna como nosotras no debíamos conocer, ni mucho menos explorar. Por eso nos habíamos reunido de noche en mi casa, con mucha menos vigilancia que la suya, para llevar a cabo aquel experimento.

—¿Qué haces? —me preguntó Margot cuando introduje las manos en una tina de agua que había colocado junto a la mesa.

—Purificarme antes de tocar las cartas —repliqué como la alumna avezada que era.

Ella asintió y me vio encender una vela blanca; la había colocado a un lado del improvisado altar que habíamos montado en un rincón de mi habitación. Luego hice lo mismo con una varita de incienso que había comprado en una tienda de artículos exóticos en el centro del barrio gótico. Cuando terminé, nos sentamos la una frente a la otra, en dos butacones con tapicería adamascada que habían visto tiempos mejores; los habíamos sacado del desván cuando el abuelo ya se había marchado a dormir. Todavía no me explicaba cómo nadie nos había escuchado arrastrar los sillones.

—¿Qué le quieres preguntar a los arcanos? —dije con voz solemne.

La vi reprimir una risita, puede que por mi cambio de tono o, simplemente, por los nervios que nos provocaba una travesura como aquella.

—¿Qué me depara el futuro? —quiso saber.

Formulé la pregunta para mí misma. Paseé las cartas sobre el humo que desprendía el incienso y coloqué la baraja encima del altar; le pedí a Margot que dividiera el fajo en tres montones. Luego lo volví a mezclar sin dejar de pensar en lo que mi prima deseaba saber. Empecé a extender tres cartas boca abajo sobre el tapete, de derecha a izquierda. La vi contener la respiración mientras les daba la vuelta con lentitud, tratando de recordar el significado de cada una de ellas e interpretarlas en su conjunto. La primera era la Torre.

—Te encuentras en un momento de incertidumbre —le dije—, en el que tu vida se siente frágil e impredecible.

Sabía que Margot estaba nerviosa. Mis tíos insistían cada día en que debía casarse y sentar la cabeza de una vez. Era unos años mayor que yo, pero le aterraba la idea de unir su vida a la de alguien a quien no amaba, y hasta ahora había eludido el tema con bastante éxito. Sin embargo, ambas sabíamos que no sería para siempre.

Descubrí la segunda carta: la Templanza. No me sorprendió demasiado encontrarme con aquello.

—La sociedad te empuja al matrimonio —murmuré, casi para mi misma.

Finalmente, revelé la tercera carta, la que nos indicaría cómo se resolvería su futuro. La oí mascullar:

—El Hierofante.

Me aclaré la garganta ante su evidente incomodidad. El Hierofante, o Papa, representaba el rigor y la ley: la institución a la que todos terminamos obedeciendo.

—¿De verdad voy a casarme?

Ella misma había interpretado el significado, sin necesidad de que yo se lo dijera. Suspiré.

—Ya sabes que las cartas son variables, una mera orientación de lo que podría ocurrir. Existe el libre albedrío, Margot —comenté para tranquilizarla.

Ella me dedicó una mirada escéptica.

—¿Y desde cuándo nosotras somos libres?

Apreté los labios porque tenía razón. Terminó soltando un bufido y me arrancó la baraja de las manos, como si quisiera pasar página rápidamente. Nunca le había gustado mucho hablar de sí misma. Supongo que en eso nos parecíamos.

—Ahora tú —me dijo, mientras empezaba a repartir las cartas frente a mí.

Quise decirle que ni se había lavado las manos ni había purificado las cartas con el humo del incienso; ni siquiera me había dado la oportunidad de cortar la baraja. Pero callé porque sabía que estaba contrariada por lo que le habían mostrado los arcanos. No era momento para ser impertinente, así que me concentré en pensar en mi futuro, también quería saber qué sería de mi vida.

Cuando levantó la primera carta, no me extrañó ver la representación del Mundo. Era consciente de que lo tenía todo a mis pies: riqueza, amigos y, aunque pequeña, una familia que me amaba. Sin embargo, cuando desveló la segunda carta, tuve que tragar saliva: la Muerte. Sí, sabía que ese arcano no tenía por qué ser literalmente un mal presagio, sino más bien una señal de cambio, de fin y de inicio. Sin embargo, ver ese esqueleto de ojos huecos me revolvió el estómago; siempre me había dado escalofríos. Margot no dijo nada, como si ver aquello la descolocara tanto como a mí. Puede que por eso volteara la tercera carta, para ver si lograba dar un sentido completo a aquella tirada y quitarnos esa sensación del cuerpo. Creo que fue incluso peor, porque aparecieron los Enamorados boca abajo. La representación de una mala decisión amorosa.

—¿Qué diantres significa esta combinación de cartas? —farfullé.

—Oh, todo esto son bobadas —gruñó Margot exasperada.

De un manotazo recogió las cartas esparcidas sobre el tapete y las apartó de mi vista. Se había dado cuenta de que la imagen de la muerte me había alterado. Me traía demasiados recuerdos.

—Ha sido bastante decepcionante —me dijo Margot un buen rato después, mientras estábamos tumbadas en la cama mirando al techo.

No habíamos hablado desde que mi prima había recogido las cartas, cada una abstraída en sus propias preocupaciones.

—La verdad es que sí, esperaba algo mejor.

—Quizá no tenemos ni idea de tirar las cartas —terminó admitiendo con una risita nerviosa.

Estaba de acuerdo con ella, no había tenido nada de emocionante. Me levanté y miré por la ventana. A lo lejos se recortaba la silueta de uno de los palacetes más grandes de Pedralbes, una antigua construcción del siglo XVIII que había sido abandonada décadas atrás. A pesar del evidente deterioro del edificio, cuya fachada comenzaba a sucumbir al paso del tiempo y la humedad, tenía algo que llamaba mi atención. Era como si de sus paredes desconchadas brotara una energía que me atraía hasta sus jardines salvajes y desangelados, como cuando uno se asoma

a un pozo en el que sabe que no hay más que oscuridad pero, aun así, no puede evitar mirar hacia las profundidades con la esperanza de lograr ver el fondo. Siempre me había parecido un lugar fascinante, con un montón de leyendas escondidas tras sus muros.

—¿Qué miras? —quiso saber Margot.

Se incorporó en la cama y se puso en pie de un salto. Cuando quise darme cuenta, ya estaba a mi lado, observando lo mismo que yo a través de la ventana.

—Marcela, mi doncella, entró una vez —me confesó con un susurro.

—¿Al palacete? —inquirí con una ceja arqueada.

Hasta donde yo sabía, estaba cerrado a conciencia. Se podían ver candados y rejas metálicas sobre los vetustos portones de madera. También era fácil adivinar las ventanas y todos los accesos tapiados con tablones. No creía que fuera una tarea sencilla acceder al interior de ese edificio. Margot se encogió de hombros con un gesto escéptico.

—Me dijo que encontró una sala repleta de cosas extrañas: artilugios médicos e inventos que no supo para qué servían, vísceras en tarros de formol, animales disecados y libros prohibidos. Incluso me aseguró que se había topado con un puñado de velas y un círculo de sal en el suelo, como si alguien hubiera estado haciendo brujería.

Simulé que me hacía gracia lo que me estaba contando, aunque en realidad se me revolvió algo en el interior. Ese palacete no estaba lejos de mi casa, y mi habitación estaba orientada hacia el ala más lúgubre del edificio. ¿Y si lo habitaba algún espectro? ¿O un loco?

—Pero no sé si creerla —continuó Margot, sin darse cuenta de mi propia inquietud—. Siempre ha tenido una imaginación muy despierta.

Asentí y volví a mirar hacia el palacete, bañado por la luz plateada de la luna. Las contraventanas, que algún día habían resplandecido con un color turquesa, ahora no eran más que un borrón azul, desvaídas por la exposición al sol y al viento.

—¿Te gustaría ir?

Me volví para mirar a Margot, sin comprender muy bien a qué se refería.

—¿Adónde?

—Pues adónde va a ser, ¡al palacio! Podríamos colarnos, como Marcela.

—¿Estás loca? —farfullé.

—Oh, Sibila —murmuró, tomando mis manos entre las suyas—. Si termino casada con un viejo decrépito quiero, por lo menos, haber vivido alguna aventura emocionante en mi juventud.

Puse los ojos en blanco.

—No vas a casarte con ningún viejo, no seas exagerada.

—¿Acaso crees que mis padres me buscarán un marido rico y atractivo? Esas dos características no suelen ir de la mano y, si lo hicieran, un Adonis bañado en oro no va a fijarse precisamente en mí.

La miré con una mueca cansada. Margot era una belleza clásica, tenía unos enormes ojos azules que parecían analizar cada detalle que la rodeaba, vivos y despiertos. Su rostro, más bien pequeño, estaba enmarcado por una melena dorada y brillante, que solía llevar recogida a la nuca o con ondas al agua. Por mucho que dijese lo contrario, no terminaría casada con un adefesio; seguro que encontraba un buen partido. Otra cosa es que quisiera buscarlo. Supongo que no había tenido muy buenas experiencias con los hombres.

—¿Vas a acompañarme al palacete o no? —Me dio un codazo.

Resoplé. Sabía muy bien lo insistente que podía llegar a ser Margot. Le apetecía escaparse de casa y adentrarse en una excursión que podía ser peligrosa no sólo para nosotras sino, sobre todo,

para nuestra reputación, y no parecían importarle las consecuencias. Quise hacerme la dura, pero era consciente de que serviría de muy poco. No sería la primera vez que mi prima y yo nos aventurábamos en las ruinas de una casa, en el panteón de un cementerio o en una capilla abandonada, equipadas con varios candiles, un poco de valentía y mucha insensatez. Nos gustaban los lugares encantados, con historia. Sobre todo si los rodeaban leyendas que nadie sabía a ciencia cierta de dónde habían surgido. Pero nunca, jamás, se me habría ocurrido meterme en el palacete Recasens si Margot no lo hubiera sugerido. Porque tenía que admitir que aquel lugar me aterrorizaba desde que tenía uso de razón.

—Está bien. Mañana por la noche —terminé accediendo.

CAPÍTULO 2

La enorme presencia del palacio Recasens había reclamado mi atención durante todo el día: nada más despertarme, desde mi ventana; mientras desayunaba, a través de las cristaleras; cuando tomaba el té, ocupando todos mis pensamientos. Sin embargo, ahora que me encontraba a sus pies, me sentía todavía más diminuta que cuando lo había estado observando desde la comodidad de mi habitación. Le lancé una mirada dubitativa a Margot.

—No me parece buena idea.

—¿Vas a echarte atrás a estas alturas? —se quejó, mirándome de arriba abajo.

Imagino que cualquiera que nos viera allí plantadas de esa guisa daría media vuelta. Nos habíamos colocado unas capas negras sobre unos vestidos mucho más sencillos de los que acostumbrábamos a llevar, para poder movernos más cómodamente entre las ruinas de aquel lugar. No era fácil encontrar ropajes de ese tipo sin levantar sospechas de nuestras criadas y familias, así que entendí el enfado de Margot. Pero no podía quitarme de encima esa sensación de que algo terrible estaba a punto de ocurrir.

—Daba más miedo el cementerio —me dijo.

Supongo que tenía razón. Entrar en un camposanto parecía mucho más terrorífico que un simple palacio abandonado. Sin embargo, no podía evitar pensar en el círculo de sal y en los restos de seres humanos en formol que me había mencionado Margot la noche anterior. Como si mi prima hubiera leído mi mente, me tomó del brazo con un gesto reconfortante.

—No te creas ni la mitad de lo que me contó Marcela —la animó—. Ya te dije que tiene muchos pájaros en la cabeza.

Aun así, no abandoné mis reticencias mientras mi prima me conducía por un estrecho camino que llevaba hasta la entrada trasera del palacete. Si íbamos a colarnos, no podíamos hacerlo por la puerta principal. De bien seguro sería la que mejor habrían tapiado para evitar allanamientos. Además, tampoco nos convenía que algún curioso que anduviera por las calles de la avenida nos cazara en plena intrusión.

Miré hacia el elevado muro que se cernía sobre nosotras. Me pareció distinguir una ristra de cristales enclavados en la parte superior, así que se lo hice saber a Margot. Chasqueó la lengua en un gesto de fastidio y analizó la parte trasera de la mansión con la esperanza de encontrar algún hueco descuidado. Al cabo de lo que me pareció una eternidad, rompió el silencio que nos envolvía para pedirme que me acercara hasta ella. Accedí sin pensarlo dos veces, detestaba la idea de quedarme sola en un sitio como aquel.

—Mira —susurró, aunque no había nadie cerca que pudiera escuchar nuestras voces—. En esta parte no hay vidrios, los habrán quitado otros curiosos para poder pasar.

Pensé en Marcela, y en la docena de descerebrados que habrían decidido explorar los pasillos de ese palacete antes que nosotras. Ninguno estaba en su sano juicio, eso seguro. Si no, ¿por qué meterse en un lugar encantado rodeado de misterios? Circulaban muchos rumores sobre lo que escondían esas paredes. No sólo Marcela había tenido encuentros desagradables. Algunos aseguraban que, en las noches de luna llena se podían ver encapuchados merodeando por los jardines, probablemente formando parte de algún ritual. Otros decían que habían escuchado voces en el interior de la casa, incluso lamentos. Tampoco faltaban los que aseguraban haber notado presencias espectrales y haber tenido extrañas visiones una vez dentro del lugar. Una fuerte ráfaga de viento, helado, me sobresaltó. Me volví hacia mi prima, espantada.

—Es sólo un poco de aire —murmuró exasperada.

Sin embargo, el frío que me asaltó de repente no me pareció natural. Era como si alguien o algo estuviera acariciando mi piel con dedos de hielo, puede que en un intento de advertirme de que no entrara allí.

—Vámonos —insistí.

—He encontrado un repecho en el muro —continuó Margot, como si no me hubiera escuchado.

La vi levantarse la falda hasta las rodillas y comenzar a escalar la pared exterior del palacete, que rodeaba la construcción como una especie de muralla. Traté de detenerla, pero no me salió la voz. Cuando Margot llegó arriba, se sentó en el borde y me miró desde lo alto.

—Venga, Sibila, será una experiencia más.

Cerré los ojos y suspiré, vencida. Nunca le había podido negar nada a Margot. Siempre me había cuidado, desde muy pequeñas, y para mí era mi mayor inspiración; la hermana que no había tenido. Así que me tragué mis miedos y la seguí, subiendo con mucha menos agilidad que ella. Mis manos temblaban, y tuve que evitar mirar hacia abajo: nunca me habían gustado las alturas.

Cuando aterricé al otro lado del muro, un colchón de hojas secas amortiguó la caída. A pesar de encontrarnos todavía en el exterior, algo había cambiado en el ambiente. Olía a humedad y a flores muertas. Me pregunté de dónde saldría aquel hedor. Las plantas y las flores que poblaban el jardín estaban tan descontroladas que amenazaban con invadir la mansión y hacerse con el poder. Una de las enredaderas había crecido tanto que comenzaba a cubrir parte del muro izquierdo de la casa, y las raíces de algunos pinos estaban levantando el empedrado del camino que conducía a la puerta trasera. No tuve tiempo de analizar más la maleza que rodeaba la finca, porque Margot tiró de mi brazo con vehemencia.

—Creo que alguien ha quitado los tablones de esa ventana —me indicó.

Miré hacia donde señalaba para descubrir una oquedad diminuta en uno de los ventanales de la parte de atrás de la casa. No estaba muy alto, pero no veía nada claro que mi cuerpo pudiera caber por ese espacio. A pesar de no ser demasiado corpulenta, Dios —o quien fuera— me había dotado con unas buenas caderas. No pude exponerle mis pensamientos a Margot, cuando quise darme cuenta ya se había escurrido por el hueco con la agilidad de un felino. Mascullé por lo bajo y la seguí. Por suerte, no me quedé encallada.

Nada me había preparado para lo que me encontraría al otro lado. Había imaginado todo tipo de horrores, pero en ningún momento se me había ocurrido que la cocina —que era el lugar por donde habíamos accedido—, tendría un aspecto tan mundano. Los fogones, perfectamente alineados, estaban limpios. Las sartenes, los cazos, incluso la cubertería lucía impoluta y debidamente guardada en sus aparadores. Margot me miró con un gesto de extrañeza en el rostro, tan sorprendida como yo.

—¿Dónde está la sopa de murciélago? —dijo con una risita.

La conocía lo suficiente como para saber que estaba nerviosa. Usaba el humor para calmarse cuando una situación no avanzaba como esperaba. Me encogí de hombros y seguí inspeccionando el lugar. Efectivamente, no había nada de abandono y dejadez entre esas cuatro paredes, como si alguien se hubiera entretenido en lavar hasta el último rincón. De pronto, Margot se enganchó a mí y abrió mucho los ojos:

—¿Crees que vive alguien aquí?

—No digas tonterías —repliqué, aunque me tembló la voz—. ¿Quién iba a vivir en un lugar

así? Además, está todo cerrado a cal y canto.

Sin embargo, la sensación de estar quebrantando la intimidad de alguien no me abandonó. Salimos de la cocina y nos adentramos por un pasillo oscuro. A pesar de que la luna estaba alta e iluminaba lo suficiente, allí no había ni una sola ventana que dejara pasar algo de luz. No nos quedó más remedio que encender los pequeños candiles que habíamos llevado con nosotras, aún a riesgo de descubrir nuestra posición.

—Esto me está poniendo los pelos de punta —admití cuando llegamos a un salón.

Por suerte, un enorme ventanal permitía que la noche se colara en la estancia para iluminar con su penumbra un par de lujosos sofás y tres divanes, que se distribuían ordenadamente por la estancia. También atiné a ver algunos retratos que colgaban de las paredes, probablemente de los antiguos barones de Barcelona, que nos devolvían la mirada con gesto adusto, como si supieran lo que estábamos haciendo. Carraspeé y fui al encuentro de Margot, para encontrarla tan sobrecogida como yo. Mi prima estaba junto a la chimenea, analizando un secreter que tenía aspecto de ser muy antiguo.

—¿Te has fijado en que no hay ni una mota de polvo? —me preguntó mientras pasaba el dedo índice sobre el mueble.

—Y la chimenea tiene rescoldos —añadí.

Me sostuvo la mirada, porque ambas estábamos pensando lo mismo: el palacio Recasens estaba más habitado de lo que nos habían hecho creer. Y puede que no solo por espectros. Iba a sugerirle que nos marcháramos, cuando me interrumpió:

—Vamos a dividirnos.

—¿Perdona?

—¿No quieres saber quién vive aquí?

—¿Qué? —casi grité—. No, lo que quiero es irme a casa. ¿Y si es un demente que ha decidido vivir como un marqués? ¿O una de esas sectas masónicas de las que se habla últimamente? Tendría sentido, ¿no? Por eso la gente ha visto a encapuchados y…

—Sibila —me dijo tomándome de los brazos—, no es nada de eso. Te estás poniendo histérica.

—Y no es para menos —repliqué indignada.

—Está bien, tienes razón —terminó admitiendo.

Relajé los hombros al instante, aliviada de poder salir de allí de una vez. Sin embargo, debería haber sabido que mi prima no iba a rendirse tan pronto.

—Solo daremos una vuelta: tú por el ala izquierda y yo por la derecha. Nos encontraremos aquí en un minuto.

Puse los ojos en blanco.

—Venga, Sibila, será un momento.

—Y luego nos marchamos. Me lo has prometido.

Margot asintió con reverencia y supe que habíamos llegado a un acuerdo. Así que me aferré con fuerza al candil que todavía sostenía entre los dedos y me adentré por el lado izquierdo de la casa. Me dio la bienvenida un pasadizo lúgubre. Puede que fueran imaginaciones mías, pero tenía la sensación de que alguien me seguía. Sin embargo, cada vez que miraba hacia atrás, me encontraba sola. Sin saber muy bien por qué, comencé a caminar muy deprisa, hasta que terminé corriendo y me di de bruces con una biblioteca, casi tan amplia como el salón que acababa de abandonar. Las estanterías de madera, repletas de libros de botánica, medicina y álgebra, alcanzaban el techo. Junto a ellas, una enorme escalera de pared prometía ayuda para alcanzar los

tomos que se encontraban en la parte más alta. Había una vetusta mesa de madera de roble en el centro de la estancia, con un par de butacones cómodos junto a ella. La chimenea también lucía los rescoldos de un fuego reciente. Me quedé tan fascinada por aquel lugar que, durante unos instantes, me olvidé de sentir miedo. Incluso me atreví a relajar mis sentidos y acariciar el lomo de los libros que tenía a mi alcance. La ventana no estaba tapiada, como si quien viviese allí quisiera disfrutar de la luz diurna para la lectura. Entonces percibí un movimiento por el rabillo del ojo. Me volví sobresaltada. Me cubrí la boca para ahogar un grito cuando lo vi. Un enorme búho, con un plumaje tan blanco que parecía plateado, me observaba desde el respaldo de una de las butacas. Permanecía inmóvil, impasible. Si no hubiera sabido que antes no estaba allí, habría pensado que se trataba de un ejemplar disecado. Pero estaba muy vivo. Y me observaba con unos sagaces ojos grises. Di un paso atrás, lentamente. Sabía que no eran animales peligrosos, pero nunca me habían gustado demasiado los pájaros, y menos uno tan grande. Así que reculé hasta la entrada, con la esperanza de desaparecer de su vista y que no me siguiera. Corrí por el pasillo por el que había llegado hasta la biblioteca para deshacer el camino, pero me encontré con estancias que no estaban antes allí. Deduje que, con las prisas, había tomado una ruta equivocada. Había terminado perdiéndome en aquella casa laberíntica. Recorrí varias estancias, dormitorios y salones, con el corazón palpitando en mi pecho, en mis sienes. Lo sentía incluso en la garganta. A pesar de estar a finales de octubre, comencé a notar cómo el sudor bajaba por mi espalda. ¿Cómo diablos se salía de allí? Comencé a pensar en Margot. No sabía cuánto tiempo llevaba dando vueltas por la casa, pero estaba segura de que había pasado más de un minuto. Mi prima comenzaría a preocuparse pronto. Debía regresar junto a ella. Estaba tan alterada corriendo, abriendo puertas y cabeceando de un lado a otro que no reparé en los ruidos. Sin hacer caso de todas las advertencias que deberían haber captado mis sentidos, entré en una de las mil habitaciones que había en ese lugar, tan oscura como las anteriores. Extendí el candil frente a mí para examinar la sala, pero lo único que me encontré fueron dos ojos oscuros. Aterradores. Grité como no había gritado nunca.

CAPÍTULO 3

Eran dos pozos insondables, tan negros que me costó diferenciar la pupila del iris. Puede que fuera por la propia oscuridad que nos rodeaba. O quizá porque se trataba de un espectro, pero eran los ojos más profundos que había visto nunca. Volví a gritar al ver que se aproximaban más a mí; ya los tenía demasiado cerca.

—¿Qué hace usted aquí? —dijo una voz que me pareció sacada del inframundo.

Estaba sugestionada, y tardé unos segundos en comprender que esos ojos no flotaban en el aire, sino que correspondían a un rostro que se iba iluminando poco a poco gracias a la luz del candil. Retrocedí un par de pasos para tomar distancia y lograr una imagen completa. Definitivamente no era ningún fantasma, sino un hombre de carne y hueso. Uno bastante atractivo, a decir verdad. Lo estudié unos instantes. Era alto y adiviné que, bajo el pijama de seda azul marino se escondían unos hombros anchos. Su rostro era equilibrado, con los pómulos altos, la nariz recta y unos labios bien perfilados que estaban encogidos por una mueca de disgusto. No parecía feliz de verme allí, aunque tampoco era capaz de descifrar nada en su rostro imperturbable. Me llamó la atención su piel, blanca y aterciopelada de un modo inusual; contrastaba con su cabello del color del azabache.

—Yo… No debería estar aquí —mascullé con la voz ahogada.

Él torció la cabeza en un gesto casi divertido. La mueca de su boca se transformó en una sonrisa torcida.

—En eso estamos de acuerdo, señorita.

Tragué saliva y di otro paso hacia la puerta, con la esperanza de salir corriendo cuanto antes de esa situación tan embarazosa. Temía la reacción de ese desconocido.

—Lo siento, pensé que la casa estaba abandonada —solté con torpeza.

—¿Y suele irrumpir en casas que cree deshabitadas?

Me encogí, no sé si de vergüenza o de miedo ante su tono de voz frío. Había algo en ese hombre que me asustaba, pero no sabía el qué. Puede que fuera el simple hecho de que viviera en un lugar como aquel, diluido bajo el peso de los siglos y poblado de leyendas negras. Aunque no había encontrado la habitación llena de tarros de formol de la que había hablado Marcela, me pregunté si ese tipo sería el propietario de un laboratorio así y si se trataba de un profesor chiflado que se dedicaba a hacer extraños experimentos con vísceras humanas. Con las mías, por ejemplo. Mis piernas empezaron a temblar. Él volvió a dar un paso hacia mí y yo no pude retroceder más y me topé con la pared, empapelada con una cenefa retorcida, de aspecto victoriano. El hombre continuó estudiándome en silencio, supongo que esperando una respuesta que no llegaba. Me percaté de que sus ojos habían viajado hasta mi mejilla y se habían detenido sobre la cicatriz fina y alargada, pero visible, que reseguía su contorno. Me removí incómoda. Normalmente la gente evitaba mirarla, como si fuera una mancha que afeaba un rostro que, de otro modo, habría sido hermoso. Eso es lo que solían cuchichear a mis espaldas, cuando las damas y los caballeros que solían regalarme los oídos con halagos pensaban que no estaba escuchando. Había llorado mucho por culpa de esa marca. Y no sólo por el espacio que ocupaba en mi cara, sino por el que ocupaba en mi corazón: era el recuerdo permanente e inamovible de que aquel día, aquella noche, había existido.

—No, no suelo allanar propiedades —balbuceé—. Ya me marchaba.

—Supongo que no se habrá quedado con ningún souvenir de su incursión, ¿verdad?

Tardé unos segundos en comprender lo que me estaba preguntando. Cuando entendí que me acusaba de haber robado algo de lo que había encontrado a mi paso, me encendí más que el quinqué que sostenía en mi mano.

—¡Por supuesto que no! ¡No soy una ladrona!

Él arqueó las cejas, parecía disfrutar de mi azoramiento.

—Disculpe mi desconfianza —replicó mordaz—. No suelo tener visitas a las tres de la mañana con demasiada frecuencia.

Tomé aire, cada vez me sentía más furiosa y menos atemorizada.

—Ya le he pedido perdón.

Estaba demasiado ofuscada por esa conversación. Quizá por eso no escuché el crujido metálico. Quizá por eso tampoco me percaté del leve temblor de las paredes. Y quizá por eso, cuando quise darme cuenta, la enorme lámpara de araña que colgaba del techo se cernía sobre mí con sus fauces afiladas. No recuerdo si grité. Lo único que hice fue cerrar los ojos. Esperé el dolor y el golpe mortal, como aquella vez. Sin embargo, lo único que sentí fue un fuerte tirón en el brazo y, de pronto, me vi envuelta en un abrazo que me cubría por completo. Luego escuché el estruendo, tan fuerte que me pitaron los oídos. También sentí las virutas afiladas de cientos de cristales colándose por todas partes: bajo mi vestido y sobre mi piel. Cuando abrí los ojos, vi junto a mí los restos desmadejados de lo que había sido una obra de arte de la cristalería más avanzada, completamente destruída. Entonces miré al hombre que, con total seguridad, acababa de salvarme la vida. Aunque tenía miles de aquellos cristales diminutos sobre su pijama, ahora echado a perder por montones de desgarrones, no parecía herido, como si ninguna de aquellas balas invisibles hubiera logrado tocarlo. Nos quedamos mirando con los ojos abiertos de la sorpresa, las respiraciones desacompasadas y zonas de nuestro cuerpo en un incómodo contacto. En cuanto nuestra posición comprometida fue más que evidente, se puso en pie de un salto. Se sacudió los restos de la lámpara con despreocupación, como si no temiera en absoluto cortarse o como si el hecho de que hubiéramos estado a punto de morir no tuviera la más mínima importancia.

—Supongo que debo darle las gracias —susurré, todavía espantada.

Él me dedicó otra sonrisa ladeada, como si nada de aquello revistiera de seriedad.

—No me lo agradezca, lo he hecho por un impulso meramente egoísta. Hubiera sido muy difícil explicar qué hacía el cadáver de una mujer en mi dormitorio.

Abrí la boca ofendida, pero no seguí discutiendo. Le dediqué una burda reverencia y decidí largarme de allí a toda prisa. Acudí al salón en el que había acordado encontrarme con Margot. Cuando llegué, mi prima estaba hecha un manojo de nervios, dando vueltas de un lado a otro de la estancia. En cuanto me vio, se abalanzó sobre mí con un suspiro de alivio.

—¿Se puede saber dónde te habías metido? ¿Qué ha sido ese estruendo? ¡Pensaba que se nos venía el palacio encima!

—Casi. Después te lo cuento, ahora tenemos que marcharnos.

No le dejé preguntarme nada más y tiré de ella hacia la cocina, para deshacer el camino que habíamos hecho al entrar. Traspasamos el pequeño agujero de la ventana y saltamos hacia el otro lado del muro. Solo cuando estuvimos lo suficientemente lejos del palacete, fui capaz de contarle lo que había ocurrido.

—¡No puede ser!

—Oh, ya lo creo. Lo he visto con mis propios ojos. Allí vive un hombre.

Mi prima se cubrió los labios con un gesto de terror.

—Será el fantasma del último barón…

—Estaba muy vivo, Margot, créeme. Y no era un anciano desvalido.

Omití decirle que había compartido un incómodo abrazo con ese hombre y que había sentido su cuerpo sobre el mío de un modo muy real. No me creyó de todos modos, así que la dejé fantasear durante el camino de vuelta.

Cuando por fin me metí en la cama esa noche, no pude evitar mirar hacia el palacio Recasens. Había estado tan trastornada por todo lo ocurrido que había olvidado preguntarle a ese caballero lo más importante: quién era y qué hacía él allí. Hasta donde sabía, el último barón había muerto sin descendencia hacía más de quince años.

CAPÍTULO 4

Fruncí las cejas al notar el traqueteo del carruaje y apreté los dientes con fuerza, porque sabía lo que ocurriría después: el rugido atronador, el dolor; el silencio entre brumas. La calma que precede a la muerte. Sin embargo, esta vez la pesadilla no continuó como era habitual. Todo se quedó en suspenso. El golpe no llegó, y la calesa se detuvo en mitad de la calzada, invadida por la niebla. Tenía la sensación de estar atrapada en el tiempo. Un sonido suave rompía la quietud de la noche. Al principio fue casi imperceptible, pero después lo ocupaba todo, ajeno a ese lugar. *Crec, crec.* No podía dejar de escucharlo. Se parecía a un arañazo, pero nadie se movía. *Crec, crec*. Sentí que algo me tocaba el brazo. Entonces abrí los ojos de golpe.

Solté un grito de espanto al descubrir que, junto a mi cama, se encontraba el enorme búho que me había sorprendido la noche anterior en el palacio Recasens. El brillo plateado de su pelaje era inconfundible. Me miró fijamente, como midiendo nuestras fuerzas. Debo reconocer que me intimidó. No me atreví a emitir ningún sonido más y nos quedamos estáticos durante unos segundos. Al final, extendió sus majestuosas alas y salió volando por la ventana. Me quedé mirando hacia las cortinas ondeantes durante mucho tiempo. No recordaba haber abierto la ventana, y la brisa fría de la mañana se colaba en mi habitación con sus brazos helados. Me estremecí y me puse en pie. Me cubrí el camisón con una bata de terciopelo rosado y me decidí a bajar a desayunar, con el corazón todavía desbocado en el pecho.

No había nadie en la cocina, así que decidí encender uno de los cigarrillos que guardaba para ocasiones así, cuando los nervios me abrumaban. Me dejé caer sobre una de las sillas y cerré los ojos mientras disfrutaba de la primera calada. Era de sobra consciente de lo que opinaría la gente si me veía haciendo algo que se consideraba masculino y fuera de lugar para una dama, pero en ese momento me importaba poco. Lo único que quería era que el estado de alerta en el que me encontraba disminuyera hasta niveles normales; siempre me pasaba cuando tenía esa pesadilla.

Me afané en apagar el cigarro en cuanto escuché unos pasos que se avecinaban. Debía de ser Dolores, que me había oído bajar y venía a preparar algo para comer. Me puse en pie rápidamente y escondí lo que había estado haciendo sirviéndome una taza de café. Sin embargo, la voz que me interrumpió a mi espalda era mucho más ajada que la de mi doncella.

—No hace falta que disimules; el humo apesta desde la entrada —dijo mi abuelo.

Me volví hacia él, avergonzada. Le dediqué una mirada de disculpa, aunque sabía que no podía verla. Sus ojos, antes verdes, estaban ahora cubiertos por una pátina blanquecina que solo le permitía ver formas angostas bailoteando a su alrededor.

—Lo siento —me disculpé.

—Te he repetido mil veces que no es propio…

—...de una dama —terminé por él.

Torció el gesto y se sentó a mi lado. Lo observé en silencio. Me costaba ver cómo mi abuelo iba envejeciendo a pasos agigantados. Siempre se había mantenido ágil y alegre, pero todo había cambiado con la muerte de mi abuela. Pocos meses después de que ella falleciera, le habían diagnosticado problemas de visión, como si no hubiera querido seguir viendo un mundo en el que ella ya no estaba. El deterioro desde entonces había sido evidente y, aunque yo trataba de disimularlo, ambos sabíamos que cada vez estaba peor. Ahora no eran sólo sus ojos los que fallaban. Sus manos habían comenzado a temblar y sabía que sus rodillas no podrían soportar el peso de su cuerpo durante mucho tiempo más. Su espalda también se estaba encorvando.

—¿Va a ir hoy a la fábrica? —le pregunté, tratando de apartar aquella maraña de pensamientos.

Él frunció el ceño.

—Hoy no, esta noche los Fabra nos han invitado a cenar, y quiero estar fresco.

Me mordí los labios. Unos meses atrás mi abuelo no habría renunciado a ir a la fábrica ni un solo día, y menos por una cena. Antes de la enfermedad, el negocio había sido su vida. Había dedicado su juventud y todo su empeño en sacar adelante el negocio familiar. Había defendido su legado con ahínco y lo había hecho todavía más grande a base de buenas inversiones. Lo que nuestros antepasados habían comenzado como un negocio algodonero en las colonias españolas se había expandido hasta el punto de contar con innumerables fábricas textiles por toda Cataluña. Mi abuelo había creado un imperio, y ahora el peso de gobernarlo recaía sobre mis hombros. No tenía hermanos que pudieran heredarlo, y parecía que mi abuelo se había resignado a traspasar el mando a una mujer, aunque sus socios y capataces miraran ese movimiento con desconfianza. Todavía no había logrado ganarme la confianza de muchos de ellos, pero tenía la esperanza de que con el tiempo se acostumbraran a mí. No era fácil luchar contra las imposiciones sociales.

—¿Los Fabra van a dar otro de sus multitudinarios bailes?

El abuelo soltó una risotada.

—Sí, ya sabes cómo es doña Hortensia. Le encanta ser el centro de atención.

Era cierto. Hortensia Fabra era una mujer de mediana edad que no parecía querer dejar atrás la diversión de su juventud: se dedicaba a organizar todo tipo de eventos sociales con sus amigas, desde meriendas en su enorme jardín hasta cenas benéficas; todo era una buena excusa para llenar su palacete de guirnaldas, cuberterías de oro y gente elegante. La fortuna de su marido, propietario de otro imperio colonial, no parecía tener límites, y ella se había propuesto demostrárselo a todo el mundo.

Resoplé, porque no solía disfrutar de acontecimientos así. Me ponía nerviosa ver a tanta gente junta. Se dedicaban a sonreír con falsedad y dedicarnos alabanzas vacías con tal de contentarnos.

—Ya sé que no te gustan los bailes, Sibila —me dijo mi abuelo con tono comprensivo—, pero es una buena ocasión para que te acerques a Roger.

Lo miré sin comprender. Roger era el hijo de Hortensia y Leopoldo Fabra. Lo conocía desde que éramos niños, y siempre me había parecido un joven atractivo. De hecho, en algún punto entre mi infancia y mi adolescencia me había enamorado de él, aunque esa tontería solo me había durado hasta que lo había descubierto besando a Clotilda, una de nuestras vecinas. Ella era algo mayor que yo y, por supuesto, mucho más hermosa, con un cutis perfecto y unos ojos del color del ámbar fundido. A pesar de que había terminado casada con un hombre veinte años mayor que ella, al que no amaba, su breve escarceo amoroso me sirvió para darme cuenta de que yo jamás podría llamar la atención de Roger.

—Sería un buen partido —continuó mi abuelo.

Me sonrojé ante lo que implicaban sus palabras y por una vez agradecí que su visión le impidiera ver mi evidente azoramiento.

—No lo sé, abuelo, ya sabe que esos temas no me interesan.

Me dolió ver la decepción pintada en su rostro. Sabía que lo que más deseaba en el mundo era ver cómo su linaje continuaba, para que los Armengol siguiéramos existiendo cuando él ya no lo hiciera. Ese pensamiento me dolía y se clavaba en mi pecho como un cuchillo afilado. Porque eran los deseos de alguien que se sabía cercano al final de su vida.

—De cualquier forma, iremos esta noche —zanjó.

—Por supuesto —contesté, para no contrariarlo más.

Dolores me ayudó a colocarme uno de esos vestidos de gala que estaban tan en boga, pero que me hacían sentir un maniquí. Era largo, de tafetán beige y con encajes de pedrería en el pecho. Mi doncella me anudó una cinta debajo del busto y la miré dubitativa. Aunque acentuaba mi cintura, desviaba la atención hacia mis caderas, algo más anchas de lo que dictaba la moda.

—¿Estás segura? —pregunté quisquillosa.

—Está preciosa —me aseguró.

Me miré en el reflejo del espejo de mi tocador. Nunca me había sentido cómoda con mi imagen. Aunque mis ojos —almendrados y del mismo color verde que mi abuelo— eran grandes y bonitos, no podía ver más allá de la cicatriz que marcaba mi mejilla de forma irremediable. Dolores tenía bastante maña cubriéndola con maquillaje, pero yo sabía que se encontraba allí y estaba convencida de que todo el mundo la evitaba por su fealdad, y por lo que significaba para mí. No me importaba que mis labios fueran carnosos ni que mi cabello negro y rizado enmarcara mi rostro con harmonía. Para mí, lo único que existía era esa marca horrenda.

Me di la vuelta para dejar de observarme y tomé aire. Miré de reojo hacia la boquilla plateada que solía utilizar para mis cigarrillos, pero Dolores me reprendió con la mirada. Tenía razón, no podía fumar antes de la fiesta, el olor a humo habría sido demasiado evidente. Le dediqué una mueca y me encaminé hacia la puerta, dispuesta a iniciar mi camino hasta el palacete de los Fabra. Cuando salí al exterior de la casa y vi la calesa que nos esperaba, me quedé muda. Miré a mi abuelo, que estaba en la puerta vestido de esmoquin. Aunque no podía verme, me había escuchado llegar y, de algún modo, él siempre sabía que era yo.

—Prefiero ir en coche de caballos —me explicó—. Siento las piernas cansadas.

Me estremecí ante el pensamiento de entrar dentro de un carruaje. Miré esas gigantescas ruedas de hierro fundido, las cortinas aterciopeladas del color de la sangre, la cabina que se asemejaba a un grotesco ataúd.

—No voy a pedirte que subas conmigo —me dijo, quizá percibiendo mi tensión—. Dolores puede acompañarte a pie, está a tan solo un par de manzanas de aquí.

Aunque sabía lo limitante que era aquel miedo que me perseguía desde la infancia, se lo agradecí con un apretón en la mano. Mi abuelo me la agarró y la besó con reverencia antes de dejarme marchar, con mi doncella siguiendo mis pasos de cerca y espantando a las palomas que se nos acercaban. La pobre Dolores odiaba a cualquier tipo de pájaro.

—Hacen sus necesidades en los lugares más inoportunos —rezongó—. Imagínese que le manchan el vestido esta noche… ¡malditos bichos!

Sin querer me hizo reír y olvidar por un momento el desazón que me había invadido al ver la calesa.

Nada más entrar en el salón, me arrepentí de haber llegado sola. Todas las miradas se volvieron hacia mí en cuanto accedí a la sala. Era muy consciente del efecto que causaba en la gente: una mezcla de conmiseración y curiosidad malsana. Por suerte, mi abuelo vino junto a mí enseguida, como si hubiera percibido mi presencia. Me aferré a su brazo y lo guíe entre las damas y caballeros que se agolpaban a nuestro alrededor, aunque creo que no precisaba de mi ayuda. Se conducía con bastante diligencia gracias a un bastón con un águila dorada en la zona del mango. Era más bien yo la que necesitaba alguien a quien aferrarse. Caminamos juntos hasta una mesa central, en la que se disponían algunas viandas y bebidas para agasajar a los invitados mientras

comenzaba la cena.

Mi abuelo empezó a hablar con el señor Borrás, uno de los inversores de nuestras fábricas, y yo traté de tomar parte en la conversación, pero enseguida me percaté de que mi presencia y mis opiniones incomodaban al hombre. Así que terminé por callar y dejar que mis ojos vagaran por el salón en busca de algún entretenimiento. Prefería no pensar en el hecho de que uno de los valedores más importantes de nuestro negocio me ninguneara de ese modo. Agarré una copa de champán de la mesa y di un par de generosos tragos ante la mirada reprobatoria de algunas mujeres. Las ignoré y continué inspeccionando a los invitados. Me sentía fuera de lugar. Las jóvenes casaderas se escondían bajo sonrisas inocentes y palabras amables; los caballeros las agasajaban con cumplidos y lisonjas vacías; mientras tanto, los padres buscaban con ansia el mejor partido para sus herederos, con la esperanza de perpetrar su estirpe una generación más. Busqué alguna cara conocida para calmar mi desasosiego, y no pude evitar sonreír cuando descubrí a Margot entre los asistentes. En cuanto me localizó, vino hacia mí.

—Menudo engorro —farfulló recolocándose el vestido, aunque todo estaba en su sitio.

Las fiestas y la ropa de gala le gustaban tan poco como a mí. Le tendí una copa de champán idéntica a la mía.

—Señorita Sibila Armengol, qué escándalo, bebiendo antes de comenzar la velada —murmuró con tono travieso.

Sin embargo, la aceptó con una risita y dio un buen trago.

No nos dio tiempo a más. Cuando quisimos darnos cuenta, doña Hortensia estaba en el centro de la sala, distribuyendo a los comensales por las extensas mesas que se encontraban a la derecha del salón. Margot y yo seguimos sus instrucciones del mismo modo en que lo hicieron el resto de invitados, y pronto nos vimos conducidas, junto con otras seis muchachas, a una mesa circular repleta de jóvenes solteros. Margot puso los ojos en blanco, exasperada ante el evidente interés de doña Hortensia por hacer de Celestina y emparejar a algunos de nosotros. Yo, en cambio, estaba demasiado ocupada en evitar sonrojarme como para sentirme furiosa: me habían reservado un lugar de honor junto a Roger Fabra. En cuanto tomé asiento, él me sonrió. Su rostro se iluminó de un modo que hizo que algo se retorciera en mi estómago, y me maldije por sentirme de nuevo como aquella niña balbuceante del pasado.

—Es un placer volver a verla, señorita Armengol —me dijo.

Le sonreí como una estúpida y luego mis ojos se posaron sobre el mantel, de donde no se movieron hasta que él volvió a dirigirse a mí, a mitad del primer plato.

—¿Cómo van los negocios?

Me sorprendió gratamente que me hiciera esa pregunta. Pocos hombres reconocían mi trabajo y que uno de ellos fuera Roger hizo que mi ánimo se levantara de inmediato.

—Muy bien —le dije—. Este mes hemos doblado las cifras de fabricación de americanas y estamos cerrando acuerdos con varios grandes almacenes para introducir nuestra colección.

Él pareció alegrarse de nuestro éxito y me animó a seguir hablando. Aquel era un terreno en el que me desenvolvía bien: hablar de prospecciones, innovaciones industriales, acuerdos y expansiones era a lo que estaba acostumbrada, por mucho que a algunos le molestara. Roger me escuchaba atentamente y solo me interrumpía para darme alguna sugerencia o hacer más preguntas.

—Disculpe, quizá le estoy aburriendo —terminé diciendo cuando habíamos llegado a los postres.

Esperaba no haberlo abrumado hablando de trabajo durante tanto tiempo. Sin embargo, él

hizo un gesto de contrariedad.

—Para nada —replicó—. Es usted una mujer fascinante, me gusta escuchar sus ideas.

Me sonrojé ante su interés e, incapaz de sostener su mirada, desvié la vista hacia otro punto de la mesa. Margot, situada en una silla cercana a la mía, desfallecía ante el aburrido discurso de uno de los hijos de los Mallol, unos burgueses venidos a menos que estaban tratando de cazar una fortuna. Se dio cuenta de que la observaba y me dedicó una sonrisa de aliento al percatarse de que yo, por lo menos, estaba disfrutando de la cena.

Cuando terminamos de comer, doña Hortensia presentó con pomposidad al cuarteto de cuerda que iba a amenizar el baile; muchos asistentes se pusieron en pie y se dirigieron hacia el lateral despejado de ese mismo salón, donde las parejas más atrevidas ya habían iniciado los primeros pasos al son de la música. Yo me quedé sentada, incapaz de mirar a Roger. Me moría de ganas de que me pidiera un baile pero, por otro lado, no quería hacerme ilusiones. Probablemente sólo había sido amable conmigo para no contrariar a su madre.

—Si no salgo a la pista de baile, doña Hortensia va a querer matarme —dijo Roger al cabo de unos instantes, como si me hubiera leído la mente.

Alcé la vista hacia él y casi me sobresalté cuando vi que se había puesto en pie y tendía una mano frente a mí, invitándome a cogérsela.

—¿Me haría usted el honor de bailar? —me preguntó con formalidad.

No sabía si siempre era tan cuidadoso con las mujeres, pero me gustaba la manera que tenía de tratarme. Hice un esfuerzo por no temblar cuando puse la palma de mi mano en la suya. Su agarre, contra todo pronóstico, fue firme. Y me llevó sin titubear hasta la zona en la que los bailarines más avezados giraban sin parar al ritmo de un vals. No tuve tiempo de advertirle sobre mi torpeza. Cuando quise darme cuenta, Roger me estaba conduciendo por todo el salón con pasos tan armónicos que me sorprendí siguiéndolo con cierta facilidad. No habló mientras bailábamos, pero no dejó de mirarme. Yo, en cambio, apenas era capaz de sostener la cabeza alta. Me ponía nerviosa tenerlo tan cerca y me preguntaba si a esa distancia mi cicatriz sería muy evidente.

—Me gustaría dar un paseo con usted alguna tarde.

Alcé los ojos hasta los suyos y me perdí en el azul aguamarina. Me daba tanta vergüenza mirarlo que apenas había reparado en que él también se había arreglado esa noche. Su cabello castaño estaba pulcramente peinado hacia un lado y se había colocado uno de los esmoquins más elegantes que había visto en la sala.

—Si le parece bien, por supuesto —se apresuró en añadir, malinterpretando mi silencio.

—Claro —balbuceé al fin.

Aunque no estaba muy bien visto repetir pareja, me pidió un segundo baile con él. Accedí sin siquiera pensarlo, y disfruté de su compañía durante unos compases más. Estaba tan ensimismada con Roger que apenas me di cuenta de que unos ojos oscuros se habían posado sobre mí. Tardé unos instantes en notar ese cosquilleo en la nuca que uno siente cuando lo están observando, pero en cuanto me percaté, me volví. Me quedé congelada en la pista de baile. Era él. El hombre que vivía en el palacete Recasens. Y por el modo en el que miraba, debía de haber reconocido perfectamente a la mujer que había irrumpido en su dormitorio en mitad de la noche. Me disculpé ante Roger con suma torpeza y salí corriendo de allí. Margot debió de verme, porque se apresuró en seguirme hasta los jardines. Me encontró junto a unos arbustos, resoplando con muy poca delicadeza después de mi carrera.

—¿Qué ha pasado? ¿El señor Fabra te ha dicho algo fuera de lugar?

Margot parecía dispuesta a entrar a abofetearlo si era necesario, así que enseguida negué con la cabeza, tomando resuello.

—No es eso.

—¿Entonces por qué has salido corriendo como si hubieras visto al mismísimo diablo?

—Porque lo he visto.

—¿Cómo? ¿Al diablo? ¿Qué llevaba ese champán, Sibila?

—No, no. Al hombre del palacio Recasens.

Margot abrió mucho los ojos.

—¿Al fantasma?

—¡Que no es ningún fantasma! Es ese tipo de allí —lo señalé sin mucho disimulo, aprovechando que estaba distraído hablando con un par de hombres de negocios.

Margot entornó los ojos para fijarse en él. Y yo hice lo mismo. En la penumbra de su habitación había adivinado que era atractivo, pero bajo la luz resplandeciente de las lámparas eléctricas de la casa Fabra, era todavía más imponente. Iba completamente vestido de negro, incluso la camisa de debajo del chaleco. Eso le otorgaba un aire distinto al resto: más profundo. Sus ojos eran tan oscuros como su atuendo, rasgados y peligrosos. Su piel marmórea, sus facciones esculpidas en piedra. Jamás había visto a alguien así.

—Debe de ser el nuevo barón —susurró Margot —, no se habla de otra cosa. Dicen que es tan guapo que duele mirarlo y…

Torcí el gesto.

—¿El nuevo barón? —la interrumpí.

—Claro, tendría sentido —concluyó mi prima, que parecía ir un paso por delante que yo en sus deducciones—. Tiene que ser él: el nuevo barón de Barcelona, por eso estaba en el palacio Recasens. Ahora es el propietario.

Volví a mirar al hombre, ajeno a nuestra conversación. No se trataba de ningún espectro ni de una alma en pena que habitara aquella casa en ruinas, sino de su nuevo inquilino. A pesar de toda la lógica de la explicación, seguía habiendo algo en él que me provocaba escalofríos.

—Madre mía, ¿y dices que te vio? —me preguntó Margot.

La miré con cara de circunstancias.

—Sí, y creo que me ha reconocido. Si se lo cuenta a alguien, estoy perdida.

Mi prima cerró los ojos y maldijo entre dientes antes de volver a posar los ojos sobre el barón.

—Vámonos de aquí. Será mejor que te mantengas alejada de él.

Me dio la sensación de que Margot estaba más asustada que yo, como si tuviera más información sobre ese hombre.

—Hay algo más, ¿verdad? —inquirí, la conocía lo suficientemente bien como para saber que me estaba ocultando algo.

—Sólo sé lo que me ha contado Marcela.

—¿La de la imaginación despierta?

—Sí, bueno —hizo un gesto con la mano para restarle importancia—. Se rumorea que el barón mató al amante de su esposa en un ataque de celos. Y que luego ella desapareció en misteriosas circunstancias. Dicen que, desde entonces, vaga por sus propiedades sin quedarse demasiado tiempo en ninguna. Tras él, deja una estela de desesperanza.

Di un paso atrás, horrorizada. ¿Había allanado la casa de un asesino?

—No dejes que Dante de Fosco se cruce en tu camino, Sibila—me advirtió en un susurro.

Di un brinco cuando el barón giró la cabeza hacia los arbustos en los que estábamos escondidas. Margot también se percató y me obligó a agacharme, aunque tuve la sensación de que él sabía de antemano que estábamos allí.

—Vámonos, vámonos —me apremió.

Seguí a mi prima y no miré atrás ni una sola vez mientras abandonábamos la residencia de los Fabra. Si lo hubiera hecho, me habría percatado de que un par de ojos negros seguían nuestro recorrido. No nos detuvimos hasta llegar a casa.

CAPÍTULO 5

Ver el contorno de la fábrica dibujado contra la luz del amanecer me dio la paz que necesitaba. No había dormido bien aquella noche. Los ojos oscuros del barón me habían perseguido en mis pesadillas, como si se hubieran quedado pegados a mí desde el baile. Así que un entorno familiar me proporcionó calma y sosiego. Me adentré en el edificio, de paredes altas y grises, y caminé entre los telares. La mayoría de nuestros trabajadores eran mujeres, así que me sentía cómoda entre ellas. Eran las únicas que no me miraban con suspicacia. Sin embargo, los capataces de mi abuelo —todos ellos hombres— desconfiaban de mí y de mis decisiones. Cada vez que proponía algo distinto a lo habitual corrían a decírselo a él para ver si me contradecía. Por suerte, la mayoría de las veces mi abuelo me apoyaba, quizá sabiendo de sus reticencias.

—Buenos días —saludé a Luis, el encargado que más tiempo llevaba en la fábrica y mi mayor enemigo en la empresa.

—Buenos días tenga usted, señorita.

Me dedicó una sonrisa burlona, y eso me descolocó. Normalmente contestaba a mis intentos de acercamiento con gruñidos o palabras amargas. No solía tener gestos condescendientes. Tuve la sensación de que sabía algo que yo desconocía, y que fuera lo que fuese, le divertía. El resto de capataces también me saludaron con gestos extraños en sus expresiones, a medio camino entre la felicidad contenida y la bravuconería. Tragué saliva y mantuve la cabeza erguida mientras caminaba entre ellos en dirección a mi despacho, con toda la calma que fui capaz de reunir. Siempre había tenido muy buena intuición, y algo iba mal. Muy mal.

Avancé hacia mi oficina con pasos más rápidos de lo normal y entré apresuradamente. Cerré la puerta a mis espaldas y me apoyé contra la madera en busca de la estabilidad que le faltaba a mis piernas. Agradecí tener algo en lo que sostenerme cuando lo vi a él en mi lugar seguro, en mi segundo hogar. Dos ojos negros me estudiaban con cautela desde la comodidad de mi butaca. ¿Qué diablos hacía el barón en mi escritorio? Para terminar de formar esa estampa tan surrealista, mi abuelo le tendía uno de los viejos libros de cuentas, que yo almacenaba cuidadosamente en uno de los armarios.

—¿Qué hace él aquí? —Fui maleducada, lo reconozco.

Pero tenía la sensación de que no paraba de encontrarme con ese hombre en todos lados. Para más inri, si lo que me había contado Margot era cierto, estaba frente a un tipo peligroso. Independientemente del miedo que me provocara, no pensaba permitir que se acercara a mi abuelo con intenciones que no conocía y que, lo más probable, es que fueran turbias.

—Es el barón de Barcelona, don Dante de Fosco —me explicó mi abuelo con voz pausada.

Me conocía bien y sabía que estaba enfadada.

—Sé quién es —repliqué.

El barón arqueó una ceja con un gesto divertido. Ambos sabíamos que, en realidad, nadie nos había presentado formalmente. Nuestro único encuentro había tenido lugar en su dormitorio a horas intempestivas, y eso era algo que debía permanecer en secreto. En cuanto me di cuenta de mi desliz, añadí:

—He oído hablar de él.

El barón me dedicó una mirada de suficiencia y no hizo ademán de levantarse de la que hasta ese momento había sido mi butaca. Mi abuelo suspiró. Parecía cansado y tuve la sensación de que mi reacción no hacía más que empeorar su estado, así que decidí tranquilizarme y darle la

oportunidad de explicarse.

—Don Dante va a ayudarnos con el negocio, como director de la fábrica —soltó.

Miré a mi abuelo con un gesto horrorizado. Aunque sabía que no podía ver mi expresión, tuve la esperanza de que percibiera el dolor que me causaba su decisión.

—Yo… yo soy la directora —mi voz salió más débil de lo que me hubiera gustado.

Mi abuelo suspiró.

—No te estoy relegando de tu cargo, Sibila —me aclaró—, pero necesitas ayuda. Por mucho que yo sepa de tu valía, si los hombres no te respetan, no conseguirás nada.

—¿Y cree que van a respetarme por poner a un hombre a mi lado?

Mi abuelo cerró los ojos, como si la respuesta le doliera tanto como a mí.

—Los tiempos están cambiando, pero no a la velocidad que a ti te gustaría —contestó.

Me tembló el labio inferior y tuve que hacer acopio de valor para no echarme a llorar ante lo que implicaban sus palabras. Creer que yo sola podía llevar el negocio había sido un espejismo. Para la sociedad yo sólo era una mujer, alguien que había nacido para casarse y engendrar hijos, no para hacer negocios.

—Mi tiempo se acaba —continuó mi abuelo, acercándose a mí.

Me tomó la mano con cuidado, quizá esperando que se la apartara. Pero no lo hice. Quise preguntarle si estaba enfermo, más de lo que creíamos, si el médico le había dicho algo nuevo, pero se me encallaron las palabras en la garganta.

—¿Piensas que Luis seguirá obedeciéndote cuando yo no esté? ¿Cuánto tardarán en organizar una huelga para desprestigiarte? Sus prejuicios terminarán hundiendo el negocio.

—Y usted los está respaldando con su decisión, abuelo —dije al fin, con mucha menos fuerza de la que deseaba.

—No, mi niña. —Me tomó de la cara con cuidado—. Estoy asegurándote un futuro. Si te casaras con Fabra, quizá él pudiera ayudarte con la gestión…

—No necesito la ayuda de ningún hombre —continué, dolida.

No tenía ni idea de si Roger Fabra guardaba intereses serios conmigo, por el momento tan sólo habíamos compartido un baile, y que mi abuelo lo propusiera como una posible solución me inquietó todavía más. Debía de haberle dado muchas vueltas al asunto.

—Ya sé que no necesitas un marido, pero la sociedad no opina igual, y el reloj juega en mi contra. No quiero forzarte a aceptar un matrimonio apresuradamente. Así que lo único que puedo darte es un apoyo.

Aparté la mirada, avergonzada por que aquel desconocido estuviera presenciando un momento tan privado.

—Un apoyo masculino, por supuesto —mascullé entre dientes.

—Será director adjunto, eso significa que tendréis igualdad de poder en la toma de decisiones. Ninguno mandará sobre el otro, pero deberéis poneros de acuerdo.

Miré hacia el barón con desconfianza.

—Supongo que no me queda más remedio que aceptar su decisión —dije con amargura—. Después de todo, es su negocio.

—Nuestro negocio —me aseguró mi abuelo.

Fruncí los labios, todavía enfadada, y miré hacia el hombre que permanecía impasible en mi escritorio.

—¿Por qué él? Es un barón, no un empresario.

—Sí lo soy —me aseguró el aludido, que había decido romper su silencio de una vez—. La

baronía de Barcelona hace años que acumula más deudas que beneficios. He tenido que trabajar mucho para revertir la situación y labrarme mi propio camino en los negocios. Puedo darle mis credenciales si lo desea, señorita Armengol.

Enrojecí de rabia.

—¿Y qué gana usted con esto?

—Un veinte por ciento de los beneficios, por supuesto —respondió.

—¿Un veinte? ¡Es una estafa!

—Yo diría que salgo perdiendo, señorita —replicó él—. Le recuerdo que el reparto de la responsabilidad y del trabajo es equitativo. Yo gano menos que usted.

Puse los ojos en blanco, exasperada. Noté que mi abuelo se tambaleaba a mi lado, así que lo sostuve con cuidado.

—Debería descansar —murmuré con voz más sosegada.

El barón se apresuró en acercarle una butaca y tuvo el buen gusto de no decir nada al respecto. Mi abuelo se quedó allí sentado, mirando por la ventana, como si estuviera dándole vueltas a todo.

—Lo de Fabra… —me dijo—. No quería presionarte, lo siento.

—Lo sé, abuelo.

Le di un beso en la frente y, cuando se encontró un poco mejor, volvió a ponerse en pie.

—Os dejo para que os pongáis al día. —El abuelo dio por concluida la reunión.

El barón se acercó hasta él y le estrechó la mano con un gesto firme, lleno de un respeto que no sabía de dónde había salido. Luego mi abuelo vino hasta mí y me besó el dorso de la mano.

—Nos vemos en casa, Sibila.

Cuando mi abuelo cerró la puerta tras de sí, me puse frente al barón y lo miré con todo el odio del que fui capaz.

—Si por un instante ha creído que va a mangonearme por ser una mujer, va muy equivocado —le aseguré, acercándome a él.

—No es mi intención —replicó él.

Me dio igual que no quisiera iniciar una guerra, yo estaba dispuesta a descargar mi ira sobre él. La situación era tan injusta que necesitaba desahogarme.

—No puede entrar en mi casa y creerse que va a hacerse cargo de todo —continuó.

Él se echó a reír, y me descolocó ese sonido gutural y ronco que brotaba de su garganta.

—No soy yo quien allana casas ajenas, señorita Armengol.

Apreté los puños con fuerza y extendí mi dedo índice muy cerca de su rostro.

—No me tome el pelo, de Fosco.

—Ni barón, ni eminencia, ¿ni siquiera soy don Dante para usted?

Lo miré con la barbilla alzada.

—Mi respeto tendrá que ganárselo. Un título no significa nada.

Me marché dando un portazo. Tuve la fortaleza suficiente como para cruzar la fábrica sin romper a llorar. No pensaba darle el gusto a Luis ni a ninguno de sus secuaces de ver mi propia fragilidad, así que me tragué las lágrimas hasta que llegué a la calle. Solo entonces las dejé salir, como una presa que se había quebrado en algún punto indefinido. Estaba tan aturdida por lo ocurrido que no fui capaz de ver el ramo de flores a través de las lágrimas que desdibujaban la imagen.

—¿Señorita Armengol?

Cuando escuché su voz, fui consciente de que Roger Fabra estaba frente a mí con un enorme

arreglo floral. Me sequé las lágrimas apresuradamente y pude discernir rosas y crisantemos. Alcé mis ojos, probablemente enrojecidos por el llanto.

—Debo reconocer que ninguna mujer se ha emocionado tanto por mis atenciones.

Me eché a reír ante su evidente intento de hacerme sentir mejor ante una situación bochornosa.

—Es la alergia —repliqué.

Ahora fue él quién sonrió. Sacó un pañuelo de su bolsillo y, en vez de tendérmelo, como pensé que haría, se acercó para secarme las lágrimas él mismo. Me estremecí ante el contacto de la tela sobre mi cicatriz, aunque él fingió no percatarse.

—No sé qué le ha ocurrido —me dijo—, pero si necesita hablar de ello, aquí me tiene.

—Muchas gracias, señor Fabra.

En ese momento se abrió la puerta principal y el maldito barón salió a la calle, casi dándose de bruces con nosotros. Miró primero a Roger, después a mí y, finalmente, al ramo de flores. Me hizo un leve gesto con la cabeza y se marchó sin decir nada más, tan tenso y estirado como siempre.

CAPÍTULO 6

Todavía no me había acostumbrado a compartir espacio con él. Su sola presencia en *mi* despacho bastaba para ponerme de mal humor el resto del día. Era incómodo y silencioso; se movía como un lince entre archivos y papeles antiguos, que se remontaban a la época de la fundación de la fábrica, sobre 1834. No había averiguado por qué le interesaban, aunque imaginaba que como director quería conocer los inicios de una parte fundamental del negocio. De todos modos no le había preguntado. Me había propuesto no hablar con el barón si no era estrictamente necesario y, durante el mes que llevábamos cohabitando aquella oficina, lo había logrado con bastante éxito. Ignoraba sus saludos y cualquier intento de acercamiento, como si se tratara de un ser llegado del averno. Él se lo tomaba con estoicismo y, a pesar de mis desplantes, continuaba dándome los buenos días nada más llegar. Solía hacerlo sobre las siete de la mañana, y eso me había obligado a adelantar mi desayuno dos horas. Madrugaba mucho más de la cuenta, pero no podía permitir que él llegara primero. En un intento infantil de demostrar mi valía, tampoco abandonaba la fábrica antes de que lo hiciera él, alrededor de las ocho de la tarde. Para entonces llegaba a casa tan cansada que muchas noches no era capaz ni de cenar: caía rendida sobre la cama. El abuelo me había dicho en varias ocasiones que no debía trabajar tanto, que terminaría afectando a mi salud. Pero no pensaba rendirme. Era mi responsabilidad sacar nuestro patrimonio adelante, no el de un recién llegado que se creía con derecho a opinar.

Detestaba cómo el barón se había ganado la confianza de Luís y del resto de capataces en tan poco tiempo, como si de él brotara un aura magnética que los atrajera. No soportaba verlos tomando un refrigerio juntos a la hora del descanso, ni la confianza ciega con la que todos lo obedecían: como si su palabra fuera sagrada. Ese tipo había logrado en semanas lo que yo no había conseguido en años, y me dolía. Puede que no estuviera siendo justa con él, pero ardía en deseos de gritarle. Porque si yo hubiera sido un hombre, mi abuelo no habría necesitado poner a nadie más al frente de la fábrica. Me sentía frustrada. No, furiosa.

—¿Todavía no se marcha a casa? —me preguntó el barón uno de esos interminables días.

Levanté la vista de los libros de cuentas que tenía frente a mí y miré por la ventana. Ya había anochecido y la oscuridad prometía una noche helada. Me estremecí al pensar en el camino que me esperaba hasta llegar a casa: la temperatura invernal de finales de noviembre se me colaría bajo la ropa de abrigo.

—No, tengo que acabar una cosa —respondí volviendo a los papeles, como si en realidad no me importara.

Creí que se marcharía, como las otras veces que había intentado establecer una conversación, todas infructuosas. Sin embargo, no se movió de donde estaba. Percibí su presencia frente a mí, inamovible. Lo miré.

—¿Ha comido algo en todo el día? —me preguntó—. No la he visto levantarse del escritorio.

Era cierto, me había limitado a tomar un café a media mañana y, en mi afán de demostrar lo bien que trabajaba, me había olvidado incluso de lo más básico.

—Qué importancia tiene.

Me dedicó una mueca.

—Está usted pálida —miró hacia mis manos, que a duras penas eran capaces de sostener la pluma—, y le tiembla el pulso. Temo que esté sufriendo una hipoglucemia, y no quiero dejarla sola. Ya no queda nadie más en las oficinas.

Le dediqué un mohín.

—¿Ahora resulta que es usted médico?

Se humedeció los labios.

—Sí.

—¿Sí?

—Eso he dicho.

Parpadeé varias veces, cada vez más sorprendida por ese hombre. ¿No le bastaba con haber nacido en una familia noble? También había estudiado medicina. Me resultaba curioso, aunque seguía luchando por no averiguar nada sobre él. Y mucho menos después de lo que me había contado Margot sobre su esposa y su supuesto amante asesinados.

Miré hacia mis dedos que, efectivamente, comenzaban a bailar de forma preocupante. Hice fuerza en torno a la estilográfica para disimular y me puse en pie. La habitación me dio vueltas por la brusquedad con la que me había movido, y las formas se diluyeron en la periferia de mi campo de visión, pero preferí ignorarlo.

—Es un detalle que se preocupe por mí pero, como puede comprobar, estoy perfectamente.

Entonces, mis piernas me traicionaron. Apenas percibí que se me aflojaban las rodillas y, cuando quise darme cuenta, estaba de camino hacia el suelo. El barón dio un par de pasos apresurados hacia mí y me agarró por la cintura con un brazo mucho más firme de lo que habría esperado de alguien como él. Alcé la vista, horrorizada por la cercanía. Era mucho más alto que yo, y su corpulencia me asustó, igual que sus ojos negros. Insondables, me observaban con cierta preocupación.

—Nadie lo diría —siseó sin dejar de observarme.

Quise apartarle de un empujón, pero mis brazos no respondieron y tuve que rendirme a él. Me condujo hasta el pequeño diván que había en un lado del despacho y que solíamos reservar para las visitas. Me acomodó y me pidió que pusiera las piernas en alto para favorecer la circulación de la sangre. Lo miré escandalizada. Si hacía lo que me pedía me vería parte de las piernas y no era apropiado. Ante mis quejas, que apenas logré balbucear, puso los ojos en blanco y se agachó para tomarme de los tobillos y ponerme en una posición de lo más comprometida.

—Espere aquí —ordenó.

Quería marcharme corriendo de allí, pero no me sentía con fuerzas. Así que me limité a cerrar los ojos para dejar de ver las molduras del techo, que jugueteaban entre ellas como si se tratara del oleaje del mar. Jamás había estado tan mareada, hasta el punto de perder de vista el mundo. Me sentí mejor cuando me envolvió la oscuridad. De pronto me noté liviana e ingrávida.

Lo primero que percibí fue el traqueteo. Luego el inconfundible olor de la tapicería mezclada con el sudor de los caballos. Se me desbocó el corazón. ¿Estaba en una calesa? Me volví consciente de mi propio cuerpo: me encontraba tumbada sobre alguien y unas manos me tocaban el rostro, pero no se trataba de mi madre. Enseguida me percaté de que no estaba en una de mis pesadillas; hubiera sido mejor. Porque en cuanto abrí los ojos y vi los cortinajes de terciopelo, los sillones adamascados y aquellas paredes de madera que se cernían sobre mí, comencé a gritar, presa del pánico. Estaba segura de que iba a morir. Me costaba respirar. Me dolía tanto el pecho que creía que el corazón me estallaría de un momento a otro. Una voz me sobresaltó.

—Señorita Armengol, cálmese, por favor. Soy yo —unas manos me agarraron de la cara para obligarme a fijar la vista en un punto.

Me encontré con los ojos oscuros del barón, que parecía genuinamente asustado por mi

reacción.

—¡Detenga el carruaje! —grité como pude.

Lo vi dar la orden al cochero y bajé tan deprisa que me tropecé en las escaleras. Terminé aterrizando contra el suelo mojado por la lluvia, pero no me importó. Por lo menos, había salido de ese lugar infernal. El barón bajó con mucha más agilidad que yo y me ayudó a levantarme del suelo. Di un paso atrás para alejarme de él y me sacudí la falda, manchada de barro y hojas.

—No debe sobresaltarse —me dijo, tratando de calmarme—. Apenas he logrado que vuelva en sí después de hacerla ingerir un poco de azúcar, debe reponerse y…

Lo miré iracunda.

—¡No vuelva a subirme a una calesa! —lo interrumpí, todavía histérica.

Me miró sin comprender. Era evidente que no conocía mi fobia.

—De acuerdo —accedió, sin querer contrariarme ni preguntarme por mi extraño comportamiento—. Caminemos lo que queda de camino hasta su casa.

—Puedo ir sola —repliqué, todavía con la respiración agitada.

Él me dedicó un mohín.

—Hoy no va a salirse con la suya —dijo, tajante—. Voy a asegurarme de que llega en buen estado.

Resoplé y comencé a avanzar por la calle, pero mis pasos eran tambaleantes. Me sentía débil y no estaba segura de si era por el ayuno o por la descarga de adrenalina que me había provocado el despertar. El barón se colocó a mi lado y me ofreció el brazo. Lo miré alzando una ceja, evidentemente molesta.

—No sea orgullosa. Mañana puede volver a ser la mujer fuerte que sé que es.

No sé por qué me sonrojé. Supongo que no esperaba un cumplido así viniendo de él. Resignada, pasé mi brazo por el interior del suyo y me apoyé. Su presencia, cálida y estable, me permitió llegar hasta casa. Debió de imaginar que no era capaz de llamar a la puerta, porque fue él quien hizo sonar el timbre. No me sorprendió que fuera Margot quien abriera. Dolores debía de estar ocupada con la cena a esas horas, y mi prima solía estar por la casa muchas noches. Cuando me vio en el umbral, apoyada en un hombre al que sabía que detestaba con todas mis fuerzas, parpadeó unas cuantas veces, pero enseguida recobró la compostura.

—Buenas noches, don Dante —le dijo con una sonrisa.

Él le dedicó una leve reverencia con la cabeza y la saludó. Luego me sostuvo por el codo para ayudarme a entrar.

—No se encuentra muy bien. —dijo él. Lo fulminé con la mirada—. Será mejor que tome una buena cena. La necesita.

Margot frunció el ceño, descolocada, pero asintió. Enseguida me sostuvo para liberar al barón de mi carga.

—Gracias por tomarse tantas molestias —le agradeció Margot por mí.

—No es molestia.

Clavó sus ojos en mí un instante.

—Mañana no iré a la oficina hasta las diez —me dijo.

Entonces sospeché que sabía lo que había estado haciendo: que llegaba antes que él a propósito y que me marchaba más tarde para no ser menos. Me sentí avergonzada por mi comportamiento y me sonrojé.

—Descanse.

Y se marchó por una noche tan oscura como él.

Después de cenar me encontré mucho mejor, con fuerzas renovadas. Margot, desde su asiento frente al mío, no dejaba de mirarme con una sonrisa suspicaz.

—No sabía que tu relación con el barón hubiera mejorado tanto —murmuró cuando el abuelo se retiró después de los postres.

—Y no lo ha hecho —repliqué.

Ella me dedicó una sonrisa traviesa.

—Claro, por eso te ha acompañado a casa.

—¡Me he desmayado en la oficina! —le repetí por enésima vez—. No iba a dejarme allí a mi suerte, ¿no?

—Supongo que no es tan malo, después de todo —murmuró pensativa.

—¿Lo dices por los rumores que circulan sobre él?

Entornó los ojos.

—¿Los de su esposa y su amante? ¡Por supuesto! Es una historia truculenta, aunque empiezo a ponerla en duda. Así, de cerca, no parece un asesino.

Muy a mi pesar, tuve que darle la razón.

—Supongo que no todo lo que se dice sobre él es cierto —reflexioné en voz alta.

—Aunque no me negarás que impone —comentó divertida—. Esos ojos…

Me eché a reír.

—Es solo un hombre.

—Por supuesto. Uno muy apuesto —me aseguró.

Di por zanjada la conversación dándole un bocado al último trozo de tarta que quedaba sobre la mesa. Margot se puso en pie para dirigirse al secreter que se encontraba a un lado de la estancia. La vi abrir un par de cajones hasta que dio con un sobre. Me lo tendió con una sonrisa.

—Con todo este lío lo había olvidado. Te ha llegado una invitación.

—¿Una invitación?

Miré hacia el sobre lacrado. Lo abrí con cierta impaciencia. No solía recibir misivas y, si me invitaban a algún evento lo hacían a través de mi abuelo; no directamente a mi nombre. No pude evitar una sonrisa bobalicona cuando vi quién la firmaba.

—Es de Roger. Su madre organizará otra fiesta dentro de dos semanas.

—¿Roger Fabra? Vaya, tienes a los hombres más guapos de la ciudad a tus pies.

Le dediqué una mueca a mi prima, pero en realidad estaba contenta. Roger me había venido a buscar más de una tarde a la fábrica durante esas últimas semanas y debía reconocer que su compañía me agradaba. Era divertido y amable; además, escuchaba mis opiniones y, lo mejor, las respetaba. Esa noche me fui a dormir con una sonrisa en los labios.

Me despertó un grito ensordecedor. Tardé unos segundos en recobrarme del sobresalto y, cuando logré que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad, me puse en pie. Cuando escuché un segundo alarido, caminé hasta el pasillo. Mis pies descalzos hacían crujir la madera del corredor, que se asemejaba a la boca de un lobo, oscuro e impredecible. Miré hacia todos lados, tratando de localizar su procedencia. Sin embargo, las puertas de todas las alcobas permanecían ahora cerradas y silenciosas. Entonces comencé a escuchar los susurros. *Fuera. Fuera*. Me estremecí. A pesar de mi gusto por las ciencias ocultas, no creía en fantasmas. Quizá en realidad me aterraba tanto la idea de que pudieran existir que prefería cerrar mis ojos a ellos. Pero no podía negarme a mí misma que estaba escuchando algo en mi casa, ese lugar que siempre había creído

seguro. *Vete de aquí*. Tragué saliva y, en contra de lo que quería hacer, seguí avanzando por el corredor, como si mis pasos pudieran determinar el lugar de donde venía esa voz. Era suave, femenina. Incluso tenía algo que me resultaba familiar. Estaba preguntándome si se trataría de una de mis antepasadas cuando localicé el susurro en la puerta que quedaba justo a mi derecha. *Márchate*. Desoyendo cualquier advertencia de la voz, puse la mano sobre el pomo. Fruncí el ceño al percatarme de que me encontraba frente a la habitación que Margot solía utilizar cuando se quedaba a dormir en casa. Como esa noche. Cerré los ojos y me sentí estúpida. Sonreí ante la evidencia; lo único que poblaba mi casa eran mis propios fantasmas. La voz no era otra que la de mi prima.

Margot dio un respingo cuando abrí la puerta. Detecté un movimiento brusco tras las cortinas de la ventana y me pareció ver que un pájaro de tamaño considerable echaba a volar para perderse en la noche sin luna. Mi prima tenía el rostro demudado. Señaló la ventana, temblorosa.

—¿Qué pasa?

—¿Lo has visto?

La miré extrañada.

—¿El qué?

—El búho, el maldito búho, estaba ahí hace un momento.

Se me heló la sangre, porque aunque no lo había visto bien esta vez, recordaba perfectamente al animal que no hacía mucho había visto en el alfeizar de mi propia ventana.

—¿Uno blanco?

Margot respiró aliviada.

—Sí, no paro de verlo revoloteando por los alrededores, pero nadie más parece verlo. Le estaba gritando que se largase y no me hacía caso, el muy descarado. Pensaba que me estaba volviendo loca.

—No, yo también me lo he encontrado. Debe de tener el nido en el palacio Recasens —le expliqué—. Allí fue donde lo vi por primera vez.

—Pues nuestro querido don Dante debe de haberse deshecho de su nido, porque nos visita a menudo —contestó más relajada.

Me encogí de hombros.

—Supongo que el barón está acondicionando su nueva casa.

No me había pasado por alto que las verjas y los tablones de madera que cubrían puertas y ventanas del palacio habían ido desapareciendo con el paso de los días. Lo mismo había ocurrido con las enredaderas salvajes del jardín: Dante de Fosco parecía dispuesto a hacerse un hueco en la ciudad de Barcelona.

CAPÍTULO 7

Mi relación con mi supuesto director adjunto no había mejorado demasiado, a pesar de sus evidentes intentos. El barón había comenzado a venir más tarde a la oficina, como si supiera que de este modo no me obligaba a madrugar tanto. Tampoco se marchaba ya tan tarde a casa, y eso me daba la oportunidad de cenar con calma y descansar un poco más. En el fondo me sentía agradecida, pero no pensaba decírselo.

Aquella tarde me marché primero a casa. Estaba agotada después de una larga jornada revisando los libros de cuentas de los últimos dos trimestres; no lograba que cuadraran, por mucho que lo intentaba. De un tiempo a esta parte los ingresos por parte de algunos clientes se habían visto menguados y no entendía el motivo. Lo primero que hice fue sospechar del barón. Puede que un veinte por ciento de los beneficios no le pareciera suficiente y hubiera decidido meter la mano en nuestras arcas. Sin embargo, la lógica me obligó a desecharlo como sospechoso. El dinero llevaba desapareciendo algunos meses, desde antes de que él comenzara sus funciones como director adjunto. Tuve que obligarme a cerrar los libros. No encontraría la solución en un día. Y tenía una cita a la que acudir. En cuanto me puse en pie, el barón levantó los ojos de la carta que estaba redactando. Cogí mi abrigo del perchero, y él parpadeó varias veces, como si no diera crédito a lo que estaba viendo.

—¿Se marcha?

«¿Antes que yo?», parecía querer añadir, pero se mantuvo en silencio. Me coloqué el sobretodo de un movimiento rápido y lo miré por encima del hombro.

—Sí, tengo un compromiso.

Me pareció que su mirada se ensombrecía un instante.

—¿Con el señor Fabra?

Sonreí con cierta malicia.

—Me parece que eso no es de su incumbencia.

Me pasé la bufanda de lana por el cuello y me marché sin volverme para mirarlo, notando sus ojos tras de mí.

Cuando llegué a casa, Margot me estaba esperando en mi habitación, evidentemente excitada. Daba vueltas de un lado a otro, atormentando a la pobre Dolores, que hacía grandes esfuerzos por seguirle el ritmo. Mi prima sacaba un vestido tras otro del armario, sólo para descartarlos un segundo después.

—¿Qué pasa?

Margot me dedicó una mueca nerviosa y Dolores, una mirada de alivio. Supongo que sabía que conmigo allí mi prima se calmaría.

—¡Llegas tardísimo! —me recriminó Margot.

Miré hacia el reloj que coronaba la pared principal de mis aposentos. Todavía faltaban un par de horas para el baile que había organizado Hortensia Fabra. No veía la prisa, así que me encogí de hombros.

—No tienes ningún vestido adecuado —continuó barboteando.

Se me escapó una carcajada, porque en ocasiones no podía evitar actuar como una madre. Aunque sólo nos llevábamos siete años, no dejaba de resultarme cómico cuando la veía de esa guisa.

—¡No es gracioso!

—Por favor, pareces una casamentera histérica.

Me fulminó con la mirada y me mostró un bonito vestido de seda azul marino; una fina tela de organza reseguía brazos y hombros. No era de los más llamativos, pero sin duda se trataba de un ejemplar elegante y algo atrevido.

—Este es el único que veo adecuado.

Arqueé una ceja.

—¿No es demasiado?

—¿No quieres que Roger se declare de una vez? Lleva más de un mes visitándote casi a diario.

Era cierto. Las visitas de Roger se habían vuelto cada vez más frecuentes. Muchas tardes venía a tomar la merienda a casa, siempre acompañado por su madre. Mi prima, que sabía que doña Hortensia me abrumaba, solía encargarse de entretenerla con los últimos cotilleos para que Roger y yo pudiéramos charlar tranquilos. No tenía muy claras cuáles eran sus intenciones. Aunque no nos habíamos quedado nunca a solas, tampoco había intentado ningún tipo de acercamiento. No había habido un roce accidental de nuestras manos, ni nuestras piernas se habían encontrado por culpa de un mal movimiento en el diván. Y eso me hacía dudar. Puede que tan sólo fuera un buen amigo. Quizá era por eso que a veces venía a buscarme a la salida del trabajo, porque sabía que era tarde y que no pensaba subirme a ninguna calesa para llegar a casa, por muy oscuras que estuvieran las calles a aquellas horas.

—No creo que me vea de ese modo —confesé.

Margot puso los ojos en blanco.

—Tendría que estar ciego para no fijarse en usted, señorita —intervino Dolores para mi sorpresa.

Me ruboricé ante la seguridad que ambas mostraban sobre los sentimientos de Roger. ¿Realmente le gustaba? La idea me provocó inquietud y una maraña de nervios que se alojaron en mi estómago.

—Vamos, no hay tiempo que perder —apremió Margot—, te dejaremos deslumbrante.

Al final me habían recogido el cabello. Según Margot, dejaba entrever más la delicadeza de mi cuello y mi escote generoso. Yo no estaba del todo de acuerdo, pero no pensaba discutir más sobre mi apariencia esa noche. Me limité a seguirla en silencio por las calles nocturnas de Barcelona, en dirección al enorme palacete en el que vivían los Fabra. Eché de menos la compañía del abuelo, que se había disculpado con nosotras por no poder acudir a la velada: se encontraba demasiado cansado, y comencé a temer que su enfermedad estuviera avanzado aún más deprisa de lo que nos decía.

Vimos el palacio de los Fabra desde mucha distancia: todas las luces de la entrada y del jardín estaban encendidas. Parecía un faro en mitad de la oscuridad. No me cupo duda de que se trataba de una clara muestra de ostentación de la señora Fabra; a su casa ya había llegado la tan preciada electricidad, mientras el resto de la ciudad seguía atrapada en la penumbra. No dejé de admirar las lámparas de araña y los retorcidos apliques que ornamentaban las paredes de la casa e iluminaban nuestros pasos con una luz cegadora. Las alfombras, los cortinajes y los muebles lucían como los de un cuento de hadas: brillantes y hermosos.

Cuando llegamos al salón, Hortensia Fabra vino a recibirnos con efusividad. Se deshizo en cumplidos hacia mi vestido, aunque me pareció percibir una mirada de desaprobación hacia mis hombros, quizá demasiado descubiertos para su gusto. Traté de fingir que no me importaba, pero

me sentí pequeña. Como si Margot se hubiera percatado de mi estado de ánimo, enseguida entrelazó su brazo con el mío.

—Vamos a por un refrigerio.

Se encaminó decidida hacia una de las mesas en las que se servía el ponche y nos sirvieron un par de copas. Agradecí tener algo con lo que ocupar mis manos y no pensar en Roger, que hablaba con un par de prohombres de la ciudad en uno de los laterales del salón. Estaba de espaldas a mí, pero pude apreciar que se había colocado uno de sus trajes más distinguidos.

—¿No piensas ir a saludarle? —me instó Margot.

La miré con los ojos muy abiertos y negué.

—No voy a interrumpirlos, parecen enfrascados en la conversación.

Mi prima iba a rechistar, pero entonces la sala comenzó a llenarse de murmullos. Algunas damas se cubrían los labios con sus abanicos para que nadie pudiera leer lo que le decían a sus compañeros, pero era evidente que en la entrada del salón estaba ocurriendo algo. Había ya muchos invitados y tuve que alargar el cuello para lograr entrever algo entre las cabezas llenas de tocados y brillantina.

Tragué saliva cuando vi de quién estaban hablando con tanto interés: el barón de Barcelona se encontraba en la puerta, vestido con un esmoquin negro y pajarita. Le dedicó una leve reverencia a Hortensia y le besó el dorso de la mano con una elegancia innata. No me pasaron por alto los suspiros de varias de las damas allí presentes, como si lo encontraran arrebatador. Muy a mi pesar, no pude quitarle los ojos de encima. Puede que lo mirara con demasiada intensidad, porque sus ojos enseguida se encontraron con los míos. Se quedó quieto unos instantes y sólo apartó la mirada cuando los demás empezaron a percatarse de hacia dónde dirigía su atención. Mis mejillas comenzaron a arder de puro bochorno. ¿Qué diablos estaba haciendo mirándolo así?

—Veo que Roger no es el único interesado en ti —remató mi prima.

Bebí un par de tragos del ponche.

—Vamos a la mesa —repliqué con tal de desviar la conversación.

Margot soltó una risita y nos dirigimos hacia doña Hortensia, que se afanaba en distribuir a sus invitados por cada una de las mesas. Esta vez también me colocó junto a su hijo, que me esperaba con una sonrisa. Tomé asiento con cierto alivio, porque mis piernas todavía temblaban después de la inesperada entrada del barón. No solía acudir a fiestas de este tipo y su presencia me había desestabilizado. Estaba comenzando a relajarme cuando lo vi sentarse en la silla frente a mí.

—Buenas noches, don Dante —lo saludó Roger con una sonrisa afable.

Miré a Margot con un gesto horrorizado y ella trató de ocultar su sonrisa divertida con la copa de vino que le acababan de servir.

—Es un placer que nos honre con su presencia—continuó el anfitrión—. Tenía entendido que no era usted asiduo a los actos sociales.

—Sólo acudo a los que me interesan —replicó Dante.

Me miró durante un instante tan efímero que incluso llegué a pensar que lo había imaginado.

—Entonces me siento halagado por haber despertado su interés —contestó Roger.

El barón le dedicó media sonrisa y tuve la sensación de que estaba disfrutando de una ocurrencia interna que a los demás nos había pasado desapercibida.

Por suerte, aquella noche se sentaron con nosotros un montón de damas que trataban de reclamar la atención de Roger y Dante, así que pude permanecer callada. No hubiera sabido qué

decir frente a ellos dos, cuya presencia me intimidaba. Me limité a dar vueltas al estofado que habían colocado frente a mí.

—¿No está disfrutando de la cena, señorita Armengol? —Una voz me sacó de mi mutismo.

Alcé los ojos para encontrarme con el barón dedicándome una sonrisa condescendiente, como si hubiera percibido que estaba incómoda.

—Estoy algo desganada.

—¿No se siente bien? —intervino Roger, que se volvió hacia mí preocupado.

Varias muchachas me miraron con recelo, quizá pensando que mi comportamiento era una artimaña para que se fijaran en mí. Maldije al barón por dentro y me esforcé en sonreír.

—Me encuentro bien, gracias.

No dije nada más en toda la cena.

Por suerte, esa noche la música animada del baile impedía que se mantuvieran conversaciones muy largas. Los bailarines se veían obligados a acercarse al oído de sus acompañantes para que entendieran las palabras, que se confundían con los acordes de violines, arpas y pianos. Me senté junto a Margot en las butacas que habían dispuesto a un lado para las damas y caballeros que prefirieran reposar en vez de hacerse dueños de la pista.

—Estás más callada de lo normal, Sibila —me dijo Margot.

—Estoy nerviosa —confesé.

—¿Por Roger?

—Sí. Supongo.

—¿Supones?

—¿Por qué diantres ha tenido que venir? —mascullé para mí misma.

—Te refieres al barón.

Mi prima me conocía bien. Asentí.

—Ya tengo suficiente con verlo en la fábrica cada día, ¿por qué tiene que invadir también mi esfera social?

Margot suspiró.

—¿Seguro que es eso lo que te molesta?

La miré desconcertada.

—¡Por supuesto! ¿Qué va a ser sino?

—Puede que te guste.

Me eché a reír por lo absurdo de su comentario. Iba a replicarle con alguna ocurrencia cuando vi que Roger se acercaba hacia mí con la clara intención de sacarme a bailar. Le dediqué una sonrisa nerviosa y le di un codazo a Margot para que callara.

—¿Me concedería el siguiente baile? —me pidió Roger con la formalidad que lo caracterizaba.

Accedí sin pensarlo demasiado. Comenzaba a sentirme como una piedra encarcarada en aquella silla. Roger me condujo con la misma agilidad que lo había hecho hacía casi un mes, en nuestro primer vals juntos. Lo cierto es que me sentí cómoda entre sus brazos y, por unos minutos, consiguió que me relajara.

—Por fin la veo sonreír esta noche —me dijo mientras dábamos vueltas al son de la música.

Bajé la mirada, avergonzada porque hubiera notado mi actitud extraña.

—Lamento no haber estado a la altura.

La mano que tenía en mi cintura me abandonó, justo para posarse bajo mi barbilla un instante

después. Con un leve movimiento me obligó a alzar la mirada.

—Usted siempre lo está.

Me humedecí los labios y aparté la mirada. Por fin había dado un paso hacia mí. ¿Era aquello una insinuación? ¿O simplemente estaba siendo amable? Detestaba aquellas cosas. Yo no estaba hecha para el cortejo. No era capaz de discernir las intenciones de los hombres con claridad. Justo entonces murieron los últimos acordes de la melodía que estábamos compartiendo para dar comienzo a la siguiente pieza musical. Tenía intención de seguir bailando con él, pero una voz nos interrumpió.

—¿Me concedería el próximo baile, señorita Armengol? —Era el barón.

Me volví bruscamente. No sé qué fue lo que me molestó más: que rompiera el momento o que en el fondo quisiera saber qué se sentía al tocar su mano. Carraspeé para preparar mi negativa. Sin embargo, Roger me soltó casi al instante y entonces no supe cómo rechazar a Dante sin resultar descortés. Sentía las miradas de los demás invitados sobre nosotros. Era evidente que debía aceptar si no quería mostrar las desavenencias entre nosotros: teníamos un negocio a cargo, y no quería habladurías en torno a la fábrica.

—Por supuesto —terminé aceptando, aunque no sonreí como se esperaba de mí.

Me limité a dar un paso hacia Dante. Nos quedamos frente a frente unos instantes, quizá midiendo nuestras fuerzas. Después él me tendió la mano: sus dedos eran largos y se notaba que sus manos no habían trabajado jamás en algo distinto a levantar una pluma. O un bisturí. Recordé lo que me había contado. No dejaba de extrañarme que hubiera estudiado medicina, pero no le había preguntado más sobre aquello. De hecho, no habíamos hablado de otra cosa que no fueran negocios en las últimas semanas. Debía reconocer que Dante tenía buenas nociones empresariales y, aunque innovador, no tenía ideas suicidas que pudieran echar a perder la herencia de mi familia. Así que, a mi pesar, comenzaba a valorar sus dotes como director. Y tenía la leve sensación de que él también respetaba mi trabajo, aunque nunca me lo hubiera dicho.

Ante su mirada insistente, acabé poniendo la palma de mi mano, mucho más pequeña, sobre la suya. La envolvió con delicadeza, pero luego tiró de mí hasta acercarme tanto a él que se me cortó la respiración. La única vez que lo había tenido tan cerca había estado mareada por una hipoglucemia, así que no había tenido la oportunidad de percibir el aroma a madera y a sándalo que desprendía su piel. Tampoco había sido capaz de ver las notas doradas que se escondían en el fondo de sus ojos negros, como una joya oculta en la oscuridad.

—Por un momento pensé que me rechazaría delante de todo el mundo —dijo con una sonrisa socarrona.

Carraspeé en un intento desesperado por controlar la situación. Levanté la barbilla como si mis labios no estuvieran a escasos centímetros de los suyos; como si no me inquietara su cercanía. Y sonreí del mismo modo que él.

—Los negocios son los negocios.

Soltó una risa suave, tan cautivadora que me obligué a desviar la vista hacia la pista de baile, donde los bailarines continuaban dando vueltas al son de aquel vals. Dante comenzó a moverse con tanta fluidez que parecía que flotáramos. Apenas podía concentrarme en mis pies, su cercanía me inquietaba.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —me dijo al cabo de un tiempo.

Me extrañó que tuviera la cortesía de preguntar, así que asentí.

—¿Por qué le disgusto tanto?

Alcé la mirada hasta él. Barajé la posibilidad de negar mi animadversión y hacerme la tonta, pero ambos sabíamos que era cierto. Lo había detestado desde el mismo instante en el que había pisado mi amado despacho.

—Usted es una amenaza para mí. —Decidí ser sincera.

Entrecerró los ojos y torció el gesto. Estiró el brazo para hacerme dar una vuelta sobre mí misma. Mi espalda quedó por un instante apoyada en su pecho.

—Si no me equivoco —susurró muy cerca de mi cuello—, no hemos hecho más que prosperar desde que estamos juntos al mando.

Me devolvió a mi posición inicial con un ademán elegante y musical. Cuando logré recobrar la respiración, le contesté:

—Sabe que no me refiero a eso. ¿Y si mi abuelo decide darle todo el peso de la dirección a usted? Sería lo más cómodo.

No sé por qué le mostré de un modo tan claro mis inseguridades, puede que fuera producto del exceso de ponche. Me esperaba una sonrisa burlona, pero se puso serio.

—Yo jamás le arrebataría la fábrica, puede estar tranquila. Y dudo mucho que su abuelo hiciera eso, sabe cuánto le importa el negocio.

Por suerte, la canción terminó en ese instante y me evitó tener que contestar. Me despedí de Dante con una escueta reverencia y corrí al encuentro de Margot, que nos había estado observando a cierta distancia. Mi prima estaba visiblemente aburrida. Hacía años que ningún soltero se le acercaba a pedirle un baile. Ella decía que era por su edad, que ya la veían como a una solterona. Pero yo estaba segura de que más bien se debía a la seguridad y la inteligencia que irradiaba, que los amilanaba. No era sencillo dominar a alguien como ella y, por desgracia, muchos buscaban una esposa sumisa. A ella no parecía molestarle la idea de quedarse soltera; de hecho, jamás le había hecho ilusión casarse, ni siquiera cuando era más joven y un adinerado lord inglés se había interesado por ella.

—No esperaba que el barón fuera tan buen bailarín —admitió, estudiándolo con ojo apreciativo.

Dante se había retirado a un rincón de la sala, junto a una de las mesas en los que algunos caballeros charlaban sobre negocios y prospecciones. Me hubiera encantado formar parte de esas conversaciones, y no tener que estar en la zona de las damas, que tan sólo se preocupaban por sus tocados y la lista de baile. Bufé y miré a Margot, asqueada.

—Yo tampoco —tuve que admitir.

El resto de la velada pasó sin mayores sobresaltos y, en cuanto pudimos, Margot y yo regresamos a casa.

CAPÍTULO 8

El vals que había compartido con Dante hizo que lo odiara un poco menos. En realidad no había sido el baile, sino lo que me había dicho: que no iba a arrebatarme mi lugar en la empresa. Supongo que rebajé la intensidad de mis hostilidades y dejé de percibirlo como una amenaza. Tampoco es que ahora lo viera como un aliado: seguía dándome rabia su presencia. Los capataces se comportaban con él como lo habían hecho con mi abuelo: con respeto. Incluso algunos, como Luis, presumían de ser su círculo más cercano en la empresa y conocer las ideas que Dante tenía para el futuro de la compañía. En cambio, a mí seguían ignorándome, como si fuera una molestia que venía incorporada con el negocio, como una columna estructural que se encontraba en medio de la fábrica, inamovible e inevitable. Aunque esto me ponía furiosa, todavía me daba más rabia el efecto que mi director adjunto provocaba en las mujeres: cada vez que bajaba a los telares oía los cuchicheos y las risitas que dejaba tras de sí. Por no hablar de las miradas descaradas que algunas trabajadoras le lanzaban. Era una distracción innecesaria y él tenía que saberlo. ¿Acaso no se daba cuenta del revuelo que causaba entre las féminas?

Esa mañana, como de costumbre, llegué antes que él. Saludé a los trabajadores que me crucé en mi camino y me dirigí a mi despacho con paso decidido. En cuanto entré, reconocí el olor familiar de Dante en el ambiente: debía de haber estado trabajando hasta tarde, porque todavía podía sentir el calor de su presencia en la sala. Miré hacia su escritorio, tan impoluto como siempre. No dejaba de sorprenderme su orden, bastante escrupuloso para los estándares masculinos que yo tenía: mi abuelo era bastante caótico y, por lo que podía recordar, mi padre también lo había sido. Decidí que no era de mi incumbencia cómo dejaba o dejaba de ser el barón de Barcelona, así que no tardé en hundir la nariz en los libros de cuentas que había dejado a medio repasar la noche anterior. Fruncí el ceño, porque continuaba sin cuadrarme nada. Llevaba ya algunas semanas ofuscada por las cifras que se paseaban ante mí en un baile que no comprendía. Cada vez estaba más segura de que algo estaba ocurriendo: había beneficios, el negocio prosperaba, estaba segura. Pero luego las arcas no estaban tan llenas como deberían; era como si alguien estuviera sacando el dinero antes de que llegara a nosotros. Ya había descartado previamente la posibilidad de que Dante nos estuviera robando, porque las irregularidades se remontaban a bastante tiempo atrás, aunque eran cada vez más evidentes y descaradas. Me dolía pensar que alguien de dentro de la empresa tuviera la desfachatez de hacer algo así, pero comenzaba a ver claro que no había una alternativa. Pensé en quién tenía acceso al dinero y, por suerte, las sospechas se reducían a cuatro personas: dos administradores que se encontraban en un despacho de abogados y que no tenían un acceso sencillo a nuestro despacho y dos capataces, Luis y Pablo. Me costaba imaginar a ninguno de ellos metiendo las manos en nuestro negocio, pero algo tenía que estar pasando.

Estaba tan agobiada por el tema que me lleve las manos a la cabeza y me estrujé los rizos, agotada. Tenía que hacer una pausa para poder pensar mejor. Mis ojos vagaron por el despacho en busca de algo que me distrajera un rato de mi problemática. De pronto me llamó la atención un papel en el suelo, bajo el escritorio de Dante. Puede que al marcharse le hubiese dado un golpe con el abrigo a alguno de sus documentos y ese en concreto hubiera salido volando hasta encontrarse con la madera en la que ahora yacía. Me arrodillé para recogerlo y dejarlo sobre su mesa. Sin embargo, mis movimientos se detuvieron cuando reconocí el nombre de mi abuelo en el dorso del papel. Era un sobre y, por la fecha del sello, pude ver que databa de hacía bastantes

años. La estudié con curiosidad y no pude dejar de preguntarme qué hacía Dante con una misiva que no iba dirigida a él, sino a mi abuelo. Era plenamente consciente de que leer la correspondencia ajena no era nada ético, pero si Dante había estado cotilleando entre las cosas de mi abuelo, quería saber por qué. Desdoblé el papel con cuidado y me sorprendió ver que era de mi bisabuela Agnes. No era que me hubieran hablado mucho de ella; más bien había un halo de misterio alrededor de su figura que nunca llegué a entender muy bien.

Querido Eloi,

Lamento que no hayas tenido noticias de mí en tanto tiempo, las cosas en nuestras plantaciones de la India están algo agitadas últimamente, pero he conseguido resolverlas sin mayores problemas. Pronto te llegarán los informes.

¿Cómo están las cosas en Barcelona? Aunque supongo que a estas alturas ya estás acostumbrado a mis ausencias, siento no poder pasar más tiempo allí contigo y con tu joven esposa. Espero que el embarazo no se le esté haciendo pesado, cuídala mucho estos meses, es una etapa dura y puede llegar a ser una experiencia muy solitaria.

Deseando escuchar sobre ti y tu nueva familia,

Tu madre, que te quiere,

Agnes Armengol

No pude evitar sonreír. Quedaba claro que, aunque hubiera vivido en el extranjero la mayor parte de su vida, mi bisabuela no había olvidado sus raíces, en Barcelona. El abuelo no solía mencionarla, como si recordarla le doliera de algún modo. Supongo que no había superado del todo su pérdida, hacía ya bastantes años.

En vez de dejar la carta en el escritorio de Dante, la guardé en una de las carpetas que contenía la correspondencia privada de mi abuelo, de donde no debería haber salido. Justo cuando acababa de abrir el armario archivador, escuché la puerta del despacho abrirse. Asomé la cabeza y vi que se trataba de Dante. Me observó con un gesto que no supe interpretar, no solíamos indagar en los documentos de mi abuelo y quizá me estuviera acusando de algo en silencio. Me puse a la defensiva, porque en realidad era él quien había estado husmeando donde no debía.

—¿Qué hacía usted con una carta de mi bisabuela? —le pregunté sin siquiera saludarle.

Abrió bastante los ojos, puede que en un genuino gesto de sorpresa.

—¿Su bisabuela?

—Eso he dicho.

—No tengo ni idea de qué me está hablando —dijo.

Parecía sincero, pero también me dio la sensación de que se había puesto nervioso. Puede que estuviera siendo demasiado agresiva con él.

—He encontrado esta misiva bajo su escritorio —decidí revelar—. No la hubiera leído, si no hubiera sido porque iba dirigida a mi abuelo, y no a usted.

Dante apretó los labios, no podía estar segura de si se debía a que lo había cazado o porque estaba muy ofendido por mi acusación. Fuera lo que fuese, no perdió las formas.

—Ayer estuve revisando hasta tarde libros de cuentas algo antiguos —me explicó—, puede que se cayera de entre las hojas de alguno de ellos. Le aseguro que no la he visto nunca y que no me atrevería a leerla sin el consentimiento expreso de su abuelo, desde luego.

Se encogió de hombros en un gesto inocente, y decidí creerle. Terminé de guardar la carta en

el sitio que consideré más adecuado y cerré el armario. De pronto caí en lo que acababa de decirme: también había estado revisando las cuentas.

Dante ya se había sentado a su mesa, así que me acerqué hasta él y lo estudié con los brazos en jarras. Alzó la vista hasta mí con hastío, puede que preguntándose con qué iba a salirle ahora. Me aclaré la garganta.

—¿Dice que ha estado revisando libros de cuentas antiguos?

Dante desvió la mirada, visiblemente incómodo. Supongo que desechó la idea de negarlo y terminó asintiendo despacio.

—¿Qué interés tiene usted en ellos?

Aunque estaba segura de que él no era el culpable directo de los robos que estábamos sufriendo, no sabía hasta dónde podía estar implicado o tener un cómplice. Puede que lo supiera y estuviera encubriéndolo todo borrando el rastro de las irregularidades en los libros de la empresa. O puede que no supiera nada acerca del tema y fuera inocente.

Soltó un suspiro largo, como si él también hubiera estado luchando consigo mismo en un debate interno y se hubiera rendido.

—Sospecho que alguien está desfalcando dinero de la compañía —dijo al fin.

Lo estudié en silencio unos instantes y, por algún motivo, sentí una sensación cálida muy parecida al alivio extendiéndose por mi pecho. No sólo Dante no tenía nada que ver en el robo sino que también se había dado cuenta. Eso significaba que contaba con un buen gestor al lado y, lo más importante, un aliado.

Agarré mi butaca y la arrastré junto a la suya con cierto esfuerzo. Dante me observó sin moverse ni un ápice, quizá tratando de discernir qué estaba haciendo. Al fin, coloqué mi asiento junto al suyo y me senté. Me arrepentí al instante de haberlo colocado tan cerca del suyo. Sus piernas se rozaban con las mías, en un incómodo vaivén de algodón y terciopelo. Nuestros brazos quedaban a menos de un palmo de distancia y, lo peor de todo, nuestros rostros también. Podía oler con claridad su aroma a sándalo y jabón.

—¿Qué está usted haciendo, señorita Armengol?

Me miró con cierto espanto, como si mi proximidad lo impactara tanto como a mí. Ni que hubiera puesto una mano en su pierna.

—Comparto sus sospechas —dije al fin—, así que he pensado en que sería una buena idea revisar los descuadres juntos.

—No será necesario —replicó.

Elevé las cejas.

—Tengo claro quién es nuestro hombre.

Torcí la cabeza. Dante iba más deprisa de lo que yo podía pensar siquiera. ¿Me estaba diciendo que ya había descubierto quién se estaba dedicando a robarme? Se quedó en silencio, quizá viendo que no podía seguir su ritmo. Reconozco que me dio cierta envidia que se me adelantara en el descubrimiento, pero no iba a ponerme quisquillosa cuando me estaba ayudando.

—¿Va a decirme de quién se trata? —pregunté al ver que no decía nada.

Se lamió los labios, puede que dudando si contármelo. Mis ojos, traicioneros, viajaron hasta su boca. Me obligué a alzar la vista de nuevo hasta sus ojos.

—Luis Trillo.

No me lo podía creer. Luis era muchas cosas: un déspota, un misógino y un bruto, pero llevaba al servicio del abuelo desde hacía veinticinco años. Era uno de sus hombres de confianza, así que jamás le hubiera imaginado capaz de algo así. Miré a Dante en busca de seguridad y vi

que su mirada no albergaba ninguna duda.

—Lleva décadas usurpando lo que no es suyo —me aseguró.

Ahora resulta que también era un ladrón. No dejaba de sorprenderme. Ante mi silencio, Dante se puso en pie y fue en busca de libros de cuentas de hacía algunos años.

—Ha sido cauteloso —me dijo, mostrándome uno de ellos—. Cada año ha ido aumentando la suma de manera paulatina, de tal forma que apenas se notaba. A cualquier contable, incluso a uno bueno, se le hubiera pasado por alto.

Dante sacó ahora los últimos libros de cuentas, los que llevaban atormentándome los pasados trimestres por su incoherencia.

—Sin embargo, de un año a esta parte ha comenzado a meter la mano de manera mucho más indiscreta.

Su explicación me había dejado boquiabierta. Presté atención a los números que me mostraba y por fin pude verle el sentido al galimatías que se me había estado resistiendo esos meses.

—Sé que detesta que me codee con los capataces, en especial con Luis —añadió.

Desvié mis ojos del libro de cuentas hasta él. Me daba la impresión de que conocía muchas más cosas sobre mí que las que yo sabía de él.

—Pero no era fortuito. Me pareció un tipo turbio desde el primer momento, y me gusta saber quién trabaja para mí: sus defectos y sus virtudes, aunque de estas últimas le aseguro que tiene bien pocas.

En eso coincidíamos, entonces. Y yo que pensaba que eran incluso amigos.

—Pero sobre todo, pongo atención a los vicios. Estos son, sin lugar a dudas, los capaces de hundir la vida de un hombre de la noche a la mañana. Y Luis Trillo es aficionado a las apuestas. Demasiado para la salud de su economía. No me cabe duda de que tiene deudas de juego, que lo están acuciando últimamente.

Tuve que admitir que esta faceta tan racional y experimentada de Dante me estaba fascinando. Solo un poco.

—¿Por eso ha aumentado las cantidades que extrae de las cuentas?

—Efectivamente. Me han bastado un par de preguntas a la gente adecuada y me han confirmado que anda metido en líos con varios prestamistas.

—Pero no tenemos pruebas —dije con cierta inseguridad.

Dante me miró directamente a los ojos y a esta distancia me intimidó la seguridad que desprendía.

—¿Y las necesita para echarlo? La ha estado menospreciando cada día y le aseguro que es él quien se encarga de poner al resto de hombres en contra de usted, simplemente por ser una mujer. Aunque no le hubiera robado ni un centavo, señorita Armengol, debe deshacerse usted de ese tipo.

No podía creer todo lo que me estaba diciendo Dante. Puede que fuera un tanto paternalista por su parte, pero en realidad estaba dándome el valor que necesitaba para hacer algo que llevaba meses, años, deseando. Si no lo había hecho era por no contrariar al abuelo, aunque supongo que llegados a este punto, existían motivos de peso para despedir al capataz.

—Tiene razón —admití—. Lo citaré mañana mismo.

—¿Desea estar sola durante esa charla?

Lo estudié con interés. ¿Me estaba ofreciendo su apoyo?

—Quizá podría usted acompañarme, aunque desearía ser yo quien hable con él.

Dante asintió.

—Así será.

Nos quedamos mirando en silencio, puede que sopesando el paso que acabábamos de dar. Habíamos trabajado juntos desde hacía un tiempo y habíamos colaborado en varios proyectos; pero Dante nunca me había apoyado tan abiertamente, ni yo se lo había permitido. Hasta ahora.

Unos golpes en la puerta nos distrajeron. Di paso a quien fuera que viniera a visitarnos y me arrepentí de no haberme asegurado antes de quién se trataba.

Roger Fabra nos observaba desde la puerta. Me miró primero a mí, después a Dante, a la proximidad que tenían nuestras butacas y, por qué no, nuestros cuerpos, que sin querer se habían inclinado el uno hacia el otro durante la revisión de los libros de cuentas. Me puse en pie de un salto para guardar las distancias y el decoro que Roger debía de pensar que había perdido.

—Buenos días, señor Fabra —dije con una sonrisa algo tensa.

Me acerqué a él y pareció relajarse; puede que se acabara de convencer de que tan sólo estábamos trabajando juntos cuando vio la enorme cantidad de documentos que se encontraban expuestos sobre el escritorio de Dante.

—Disculpe la intromisión —me dijo con otra sonrisa—, pero quería darle esto personalmente.

Rebuscó algo en su abrigo y dio con una cartulina de muy buena calidad, con mi nombre y el de mi prima manuscritos en ella. Leí el título con disimulada avidez: *Invitación al baile con motivo de la celebración del cumpleaños de don Roger Fabra, que tendrá lugar en el palacio familiar*.

—Es la semana próxima —dijo Roger—, me gustaría que viniera.

Me mordí el labio para tragarme la sonrisa bobalicona que quería dedicarle. Era más que consciente de la presencia de Dante, que no nos quitaba ojo desde detrás de su escritorio. No me apetecía en absoluto ninguna burla al respecto por su parte, así que terminé asintiendo.

—Por supuesto.

—Su prima Margot también está invitada —me recordó, por si no lo había leído.

Escuché un carraspeó tras de mí. Llamativo e imposible de ignorar. Roger miró en dirección a Dante y estiró los labios en una mueca que pretendía ser una sonrisa.

—Usted también puede venir si lo desea, barón.

Supe que era por mera cortesía. No había sobre para Dante, ni invitación escrita de su puño y letra.

—Es muy considerado por su parte, señor Fabra. No dude de que allí estaré.

Me dio la impresión de que la sonrisa de Dante ocultaba cierta malicia, quizá algo de diversión. Si Roger percibió lo mismo que yo, lo disimuló. Se despidió de mí con una reverencia y besó el dorso de mi mano un poco más del tiempo que marcaban las estrictas normas de protocolo. Hizo que mi estómago se contrajera con anticipación por la fiesta que compartiríamos en menos de una semana. Y eso que a mí nunca me habían gustado los bailes.

CAPÍTULO 9

No estaba en absoluto preparada para aquel encuentro con Luis. En el tiempo que llevaba trabajando en la fábrica, siempre había sido el abuelo quien había despedido a los trabajadores que no ofrecían el rendimiento adecuado. Por suerte, era un hombre tolerante y era difícil que alguien no cumpliera sus expectativas. Sin embargo, ahora era yo la encargada de esa tarea. Y además había algo personal en ese asunto: Luis no solamente me había estado ninguneando durante toda mi vida laboral, sino que, además, se había dedicado a robarle a mi familia sin ningún tipo de reparos. Y para apostarse el dinero, nada menos. No era una excusa válida para tantos hurtos.

Así que cuando se abrió la puerta a las siete de la tarde, agradecí que Dante se encontrara tras de mí, como una sombra discreta. Me ofrecía la seguridad que necesitaba en esos momentos. Nada más entrar, Luis lo miró a él en vez de a mí.

—Buenas tardes, barón. ¿Qué desea?

—Le he citado yo —repliqué.

Era cierto, la nota la había firmado yo, y no Dante. Supongo que a Luis le daba satisfacción menospreciarme a cada oportunidad. Por suerte, mi compañero se quedó en silencio en el rincón del despacho en el que se encontraba. Ni siquiera pestañeó. Luis se vio obligado a volver su atención hacia mí, y se le agrió aún más la expresión cuando comencé a hablar.

—Me gustaría tratar con usted un asunto un tanto peliagudo —comencé—: hemos notado la ausencia de parte del dinero que correspondía a los beneficios de la empresa.

Casi de forma automática, Luis se cruzó de brazos en una postura defensiva. No me amilané.

—¿Sabe quién ha podido ser el responsable?

Luis chistó.

—Si no es capaz de mantener el control de su propia empresa, no es mi problema —me escupió—. Ya le dije a su abuelo que una mujer no…

—Sé que ha sido usted —lo corté, incapaz de seguir escuchando sus estupideces.

Luis dio un par de pasos amenazadores hacia mí. Noté que la figura de Dante, que había permanecido inmóvil a mis espaldas, se movía a su vez. El capataz se detuvo en seco.

—¿Cómo se atreve a acusarme de algo así?

—¿No es cierto que lo persiguen unos cuantos acreedores? —ataqué de nuevo.

Lo vi enrojecer de rabia, porque dudaba que le quedara algo de vergüenza. Por lo que Dante había podido averiguar estos últimos días, uno de los prestamistas había recibido una cantidad de dinero tan grande que había dejado de acosar a Luis. Y esa suma coincidía exactamente con una extracción de nuestras cuentas.

—Eso no es de su incumbencia —me gruñó el capataz.

Lo vi apretar los puños y no me costó adivinar que, si Dante no hubiera estado conmigo, quizá hubiera terminado agrediéndome. Tomé aire para no echarme a temblar y mantener la compostura que requería el asunto.

—Lo es cuando el dinero está saliendo de mi bolsillo. No es necesario que lo niegue. Tampoco que lo admita. Está usted despedido de todos modos.

—No. No puede hacer algo así.

Luis dio un paso más hacia mí, con la mano levantada. Dante se colocó a mi lado.

—Le aconsejo que no lo haga, señor Trillo —dijo con una voz que me asustó incluso a mí.

El capataz lo miró como si lo hubiera traicionado el mejor de sus amigos, pero Dante no aflojó su mirada acerada.

—Le ruego que se marche y no regrese a esta fábrica, ni a ninguno de los negocios bajo el nombre de esta familia —zanjé.

Luis desafió a Dante acercando su rostro nauseabundo hasta mi altura. Clavó sus pequeños ojos de rata en los míos y me dedicó una sonrisa que hizo que me temblaran las piernas.

—Te arrepentirás de esto, furcia.

Y se marchó dando un portazo. Tuve que apoyarme en la mesa que se encontraba a un lado para sostenerme. Dante me dedicó una sonrisa.

—Pues no ha ido tan mal, ¿no? —dijo.

No pude evitar echarme a reír. Supongo que fue su modo de hacerme soltar la tensión que se había acumulado en la boca del estómago.

Para cuando llegó la fiesta de cumpleaños de Roger, casi había logrado olvidar el desagradable encuentro con Luis Trillo. Me había tomado un par de días libres y me había dedicado a ir a la modista con Margot, para encontrar un vestido a la altura del evento. Mi prima sabía que yo no solía preocuparme por tales cosas, así que se pasó gran parte del tiempo hablándome de lo fabuloso que sería que Roger me propusiera un noviazgo. Tuve que advertirle que no estaba para nada interesada en él, aunque yo sabía que no era cierto. Siempre me había llamado la atención ese hombre, incluso desde mi adolescencia.

Así que la velada del acontecimiento había dejado atrás las malas sensaciones que me provocaba ese desagradable capataz y me había enfundado un vestido de tul de color rosa pálido que no hacía sino destacar mi piel nívea, que contrastaba en gran medida con la melena oscura y los ojos verdes. Me miré en el espejo casi satisfecha. Si no hubiera sido por esa maldita cicatriz… Como si Margot hubiera detectado hacia donde se dirigía mi mirada, me puso una mano sobre la mano.

—Eres preciosa de todos modos, Sibila.

Me obligué a sonreír y a apartar la mirada del espejo. Margot también estaba espectacular. Ella había elegido un vestido azul que destacaba el color de su mirada; daba la sensación de estar mirando hacia un mar en calma. Supongo que eso era ella para mí: la paz y la serenidad que necesitaba. Mi mayor apoyo.

—Vayamos a esa fiesta de una vez —me dijo, agarrándome del brazo con ímpetu.

La casa de los Fabra estaba de nuevo iluminada con luz eléctrica, para fascinación y deleite de todos los invitados. Había incluso más gente que en la fiesta anterior y no dejé de admirar el poder de convocatoria de doña Hortensia Fabra, que parecía proponerse superarse cada vez un poco más.

Las lámparas de araña parecían bailar al son de la música de una pequeña orquesta que había junto a la pista de baile, a cierta distancia de dónde estaban ya dispuestas las mesas de la cena. Era un salón tan grande que no alcanzaba a ver el final. Reconocí a buena parte de la familia de Roger en la mesa presidencial, de la que él formaba parte. Mis ánimos se hundieron un poco cuando me percaté de que no iban a situarme esta vez a su lado, aunque fuera algo completamente normal dado la naturaleza del acontecimiento.

Nos situaron en una mesa repleta de solteros a los que no conocíamos, pero por suerte tenía a Margot junto a mí. Ella tampoco sabía quiénes eran, así que nos dedicamos a conversar entre

nosotras en vez de relacionarnos con los demás. Como mucho contestábamos a sus preguntas y les pedíamos que nos pasaran algún elemento necesario de la mesa, pero nada más. Quizá denotaba poco interés por nuestra parte en conocer a alguien nuevo, pero lo cierto es que yo no estaba interesada en otro hombre que no fuera el anfitrión, y Margot llevaba años repitiéndome que no quería casarse.

Fue un alivio poder escapar hacia la pista de baile. Aunque no comenzáramos a danzar desenfrenadamente como las demás jóvenes de la sala, por lo menos pudimos retirarnos a un rincón discreto sin que nadie nos molestara.

—Roger está secuestrado por su propia familia —se lamentó Margot.

Miré hacia el susodicho que, efectivamente, estaba aguantando las charlas de su madre y varias de sus primas acerca de algún tema irrelevante que, a todas luces, no le interesaba. De pronto, como si se hubiera sentido observado, desvió la mirada hacia mí. Me quedé congelada, porque no me había esperado ese movimiento. Sin embargo, sus labios se curvaron en una sonrisa genuina. No pude evitar corresponderle.

—Veo que se alegra de verme —dijo una voz conocida cerca de mí.

Di un respingo y casi grité cuando me encontré con los ojos oscuros de Dante frente a mí. Me sonrojé, porque debía haberme visto poner cara de boba mientras miraba a Roger.

—No lo estaba mirando a usted —le aclaré, por si le cabía alguna duda.

Chasqueó la lengua en una mezcla de indignación y diversión. Escuché la risita de Margot a mi lado, que se retiró rápidamente hacia otro rincón de la sala, como la prima traicionera que era.

—Bueno, ahora que ya estoy aquí, ¿me concederá un baile o esperará al señor Fabra toda la noche?

Le dediqué un mohín de desdén.

—Está bien, puedo dedicarle una pieza si lo desea.

Me dedicó una sonrisa torcida. Me tomó de la mano para guiarme hasta la pista de baile y tuve que reconocer que la calidez de su piel me puso nerviosa. Todo él lo hacía, aunque yo no lo quisiera admitir. Dante puso una mano en el hueco de mi espalda y comenzó a dar vueltas al son de un vals muy parecido al que habíamos compartido unas semanas atrás. Noté sus ojos sobre los míos y fui incapaz de sostenerle la mirada. Me intimidaban las motas doradas que se escondían en la profundidad de sus ojos negros.

—Fue muy valiente la otra tarde —me dijo.

No me costó adivinar que se refería al desencuentro con Luis. No habíamos tenido la oportunidad de hablar desde entonces, así que supongo que era el momento de agradecerle su apoyo. Iba a dedicarle por primera vez una palabra amable, pero de pronto se escuchó un estruendo en algún punto lejano de la casa. Y casi de inmediato, las presuntuosas lámparas de araña que me habían cegado al comenzar la velada perdieron su fuerza con un fogonazo.

Nos envolvió la oscuridad más absoluta.

Sentí un miedo del todo injustificado: estábamos en un palacio grande y seguro, repleto de gente a la que conocía. ¿Por qué mis entrañas gritaban que algo iba mal? La música se detuvo. Se escucharon los murmullos nerviosos de las damas y las voces indignadas de algunos caballeros, que trataban de encontrar una vela sin demasiado éxito. «Deben de haber sido los plomos», escuché que decía la voz de Hortensia Fabra desde algún lugar. «Mantengan la calma, enseguida lo solucionarán». Pero yo seguía notando el peligro. Las garras afiladas de la oscuridad apresando mi piel, como aquella noche en la calesa. Comencé a respirar demasiado deprisa, a mirar de un lado a otro sin ver nada. Quizá Dante detectó mi nerviosismo, porque puso las manos

sobre mis brazos.

—No está sola.

No sé si fue el calor que emanaba de su cuerpo, o el hecho de que se acercara tanto de repente; pero consiguió que me calmara un poco.

—Quédese quieta —me susurró al oído.

Se acercó mucho más a mí y me empujó contra una de las paredes cercanas, sin apartar las manos de mis hombros. Noté el papel pintado a través de la organza del vestido, su respiración en mi boca, su olor invadiéndolo todo. No entendía por qué estaba arrinconándome como si estuviéramos solos en mitad de aquella multitud. Por un segundo absurdo pensé que iba a besarme. Sin embargo, de pronto se tensó y apretó las manos con tanta fuerza que me clavó las uñas en la piel delicada del escote; soltó un gruñido bajo y se tambaleó. Lo sostuve contra mí, con el pánico recorriendo mis venas. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Por qué no volvía la luz de una vez? En un intento más bien fallido de aguantar su peso, lo atraje contra mí. Fue entonces cuando noté que había algo clavado en su estómago. Palpé con las manos torpes y temblorosas, hasta que estuve segura de que lo que mis dedos rozaban no era otra cosa que la empuñadura de una daga. Jadeé de espanto. Abrí la boca para gritar en busca de ayuda. Pero él subió la mano con cierta brusquedad hasta mis labios para hacerme callar. Los noté húmedos y, por el sabor metálico que detecté en ellos, no me cupo duda de que se trataba de su propia sangre.

—No diga nada —murmuró.

—Dios mío… —balbuceé contra su palma.

Supongo que no tenía fuerzas para contestarme, porque se recostó más sobre mi hombro y lo escuché encogerse de dolor. Iba a hacer caso omiso de su petición y pedir auxilio cuando las luces se encendieron con una intensidad cegadora. Durante unos segundos no vi más que blanco, hasta que logré enfocar a Dante, que me había soltado. Estaba en pie como si nada hubiera ocurrido, pero su rostro estaba contrito y pálido. Un sudor frío perlaba su frente. Miré hacia donde estaba la daga y parpadeé varias veces al comprobar que ya no se encontraba allí. Por un segundo creí que lo había imaginado todo. Entonces me percaté de que la camisa, aunque era negra y disimulaba las manchas de sangre, estaba empapada. Además, había una rasgadura inequívoca en la zona del abdomen. Debía de haberse arrancado el arma en algún momento. Me abalancé sobre él para ayudarlo.

—¿Quién ha sido? ¿Qué ha pasado? —pregunté nerviosa.

A pesar de que los demás invitados estaban demasiado ocupados encontrando a los suyos y volviendo a la calma, algunos curiosos empezaron a mirarnos. No me importó. Hasta donde sabía, ese hombre acababa de salvarme la vida y estaba herido. Me daba lo mismo que creyeran que mi comportamiento era inapropiado. Le abrí la camisa con movimientos torpes y puse la mano sobre su estómago para taponar la herida, como creía que debía hacerse. Sin embargo, mis dedos no encontraron otra cosa que no fuera la piel tersa y suave de un abdomen en perfecto estado. No había herida. Ni un rasguño.

CAPÍTULO 10

Nunca había puesto en entredicho mi propia cordura hasta esa noche. De hecho, siempre me había considerado una mujer coherente. Sin embargo, cuando vi que no había nada donde yo había notado claramente una daga, empecé a dudar de mí misma. ¿Lo había imaginado todo? No podía ser: había sentido el peligro, la tensión, el dolor de Dante. Por muy sugestionada que hubiera podido estar por la oscuridad que nos rodeaba y por mis traumas, era imposible que mi mente hubiera fabulado todo aquello. Había sentido la empuñadura, el sabor metálico de su sangre en mis labios. Volví a mirar hacia donde se suponía que debía haber algo que ya no estaba ahí. Entorné los ojos y alcé la mirada hacia Dante, que apretó los labios, incómodo. Iba a darme por vencida y a asumir que estaba enloqueciendo cuando recordé que había visto la camisa rasgada y empapada. No dudé un instante y alargué la mano hasta la tela, para asegurarme de que las pruebas seguían ahí: suspiré de alivio al comprobar que efectivamente estaba mojada y rota por la zona del estómago.

Dante debió de detectar que iba a comenzar a hacerle un interrogatorio, porque me tomó con fuerza de la muñeca para que alejara mis manos de su cuerpo.

—¿Dónde está su herida? —pregunté.

—Aquí no; no es el lugar —me dijo, tajante.

Me erguí, enfadada porque me tratara como a una estúpida. Iba a rechistar, pero no me dio tiempo. Me agarró de la mano y me sacó de la sala, todavía atestada de gente desorientada. Dante caminó lo suficientemente calmado como para que nadie reparara en nosotros y me llevó hasta la terraza, en la que algunas parejas acarameladas se habían escabullido en busca de un poco de intimidad, lejos de sus carabinas. Cuando estuvimos refugiados tras las sombras de unos enormes olmos, me soltó. El aroma embriagador de las flores de invierno nos envolvió, pegajoso. Me quedé frente a él. Sin saber muy bien qué hacer, opté por rebuscar entre mis faldas hasta dar con uno de los cigarrillos que le robaba al abuelo. Lo encendí con torpeza y comencé a fumar, en busca de la calma suficiente como para poder formular preguntas con sentido.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —dije.

Él se encogió de hombros.

—Se ha ido la luz.

Solté una risa histérica que me asustó.

—No diga sandeces. —Pareció divertido porque por una vez estuviera perdiendo la compostura y los modales—. Le han herido. Había una daga en su estómago.

—¿Acaso la ha visto, señorita Armengol?

Me miró desafiante y tan seguro de sí mismo que por un instante logró que volviera a dudar de mis sentidos. Recorrí el espacio que nos separaba y me abalancé sobre su camisa, que él había tratado de recomponer en algún momento sin demasiado éxito. Pasé un par de dedos a través de la tela rasgada y húmeda.

—Por muy negra que sea la camisa, puedo ver su sangre desde aquí, señor de Fosco.

—Es solo un poco de vino; se me ha derramado la copa hace un rato.

Fruncí los labios, molesta.

—¿Y el corte en la ropa? ¿Cómo explica eso?

Dante bajó la mirada hacia el agujero y se encogió de hombros.

—Me temo que se lo debo a mi torpeza. Cuando me he tirado el vino encima me he puesto

muy nervioso. He querido limpiar la camisa enseguida y al tirar de ella la he atrapado en la hebilla del cinturón. Este ha sido el resultado.

Me crucé de brazos y lo continué observando con incredulidad. Puede que lo que me estuviera contando tuviera más sentido que lo que yo había vivido, pero no era la verdad. Y ambos lo sabíamos.

—¿Quién le ha atacado? Yo era el objetivo, ¿me equivoco? ¿Ha sido Luis?

—No sé de qué me habla, de veras. Nadie ha atacado a nadie. Este —señaló hacia su camisa — es el resultado de un desafortunado desliz. Nada más.

Di un par de caladas más del cigarrillo, sin saber muy bien qué decir. Lo cierto es que comenzaba a sentirme como una demente. Estaba tan atorada que no me di cuenta de que el barón se acercaba a mí hasta que lo tuve muy cerca. Alargó el brazo con elegancia y me arrancó el cigarrillo de la boca. Lo miró con una mueca de disgusto y luego lo tiró al suelo. Uno de sus zapatos, reluciente, se posó sobre el pitillo y extinguió su llama. Un pequeño hilo de humo subió hasta nosotros. Lo miré con una mezcla de indignación e incredulidad.

—¿Cómo se atreve?

—El tabaco la acabará matando —soltó por toda explicación.

—¿Qué sabrá usted?

Se rio con desgana.

—Demasiado.

—¿Cómo dice?

—Nada. La acompaño a casa.

Di un paso atrás para poner más distancia entre nosotros.

—No necesito ningún guardián. He venido con mi prima; estará buscándome.

No esperé a que contestara, di media vuelta y regresé al salón. Él no hizo ademán de seguirme; me sentí aliviada de dejarle atrás. Todavía estaba confusa por lo que acababa de ocurrir. ¿De veras tenía una imaginación tan vívida? Tenía que ser eso, me dije muy a mi pesar. No había otro modo de explicar lo que acababa de ocurrir.

Cuando entré en el salón, fui incapaz de encontrar a mi prima. Tan sólo veía rostros danzando a mi alrededor. La música había regresado y los invitados volvían a disfrutar de la velada como si nada hubiera pasado. Sin embargo, yo no sentía el más mínimo deseo de bailar o charlar: quería volver al refugio de mi hogar, a sentirme segura entre mis sábanas de algodón.

—Aquí está. —Una mano me rozó la muñeca para detenerme y di un brinco.

Al instante, Roger Fabra me soltó. Me estudió con cautela.

—Llevo un buen rato buscándola —me dijo—, ¿se encuentra usted bien?

—Claro —respondí demasiado deprisa.

Roger torció el gesto y alargó una mano hacia mí. Me tensé al instante, pero no detuvo el avance de sus dedos hasta tocar la comisura de mis labios. Di un paso atrás y él se retiró. No sabía qué demonios estaba haciendo, hasta que lo vi mirarse las yemas del pulgar y el índice con los que me había tocado. Frunció el ceño.

—¿Esto es sangre?

Aturdida, saqué un espejito de mano que solía llevar encima y me miré en él. Obvié el aspecto demacrado de mi rostro y mi cabello alborotado para concentrarme en mis labios. A pesar de que los había pintado con una tonalidad rosada al inicio de la noche, estaban ahora descoloridos y con restos de algo rojizo en los alrededores. Me froté con rapidez, hasta asegurarme de borrar cualquier rastro de aquel fluido reseco.

—No —me apresuré en contestar—. Estaba bebiendo vino cuando se fue la luz, debo de haberme manchado.

Decidí usar la misma excusa barata que Dante había empleado conmigo, pero Roger pareció creérsela tan poco como yo.

—¿No estaba usted bailando con el barón?

A lo lejos detecté una sombra oscura, que no me costó reconocer. Era Dante. Nos estaba observando con el gesto imperturbable. Un escalofrío me recorrió la espalda.

En ese momento apareció Margot con el gesto contrito por la preocupación.

—¿Se puede saber dónde te habías metido? —soltó, olvidando por un momento que Roger estaba frente a nosotras.

Enseguida recuperó la compostura.

—Disculpe —le dijo a Roger—, no la encontraba después del apagón. Me he asustado.

—La comprendo, me ha pasado lo mismo.

Los dos me miraron con intensidad, esperando una explicación.

—Salí a tomar el aire, me he agobiado con tanta gente moviéndose a mi alrededor —inventé al fin.

Ambos aceptaron mi explicación, por muy pésima que fuera.

—Vámonos a casa —le dije al fin a Margot—. Estoy cansada.

Mi prima asintió y me tomó del brazo, dispuesta a abandonar la opulenta y luminosa casa de los Fabra.

Después de una ronda de despedidas que se me hizo interminable y una disculpa al anfitrión por marcharme de su fiesta de cumpleaños sin compartir un baile, logramos salir del palacete. Me sentía agotada, como si en vez de unas pocas horas, hubiera pasado una eternidad. Apenas nos habíamos alejado unos metros de la salida, Margot se detuvo para mirarme con una expresión severa que no solía utilizar conmigo.

—Ese juego es peligroso, Sibila.

La miré sin comprender.

—No sé de qué me hablas.

—Te he visto con el barón en los jardines.

Parpadeé todavía más sorprendida.

—No ha ocurrido nada.

—Pues no es lo que me ha parecido. ¡Le estabas sacando la camisa del pantalón, por el amor de Dios!

Me pasé las manos por la cara y me ruboricé al pensar en lo que otros podían llegar a creer si nos habían visto. Mi prima, que me conocía, lo estaba malinterpretando. ¿Cómo no iba a hacerlo el resto? ¿Y si llegaba algún rumor a oídos de Roger? Maldije la impulsividad que me había llevado a abalanzarme sobre Dante de ese modo.

—No es lo que crees —insistí.

Margot se cruzó de brazos, enfurruñada.

—Vamos, saltaban chispas en el vals, ¿vas a negarlo? Antes me lo contabas todo —se quejó.

Cerré los ojos con fuerza y decidí que tenía razón. Nunca le había ocultado nada a Margot, y no empezaría ahora. Así que, aun a riesgo de que corriera a contárselo a mi abuelo y me encerraran en un hospital psiquiátrico, le expliqué lo que había pasado durante el corte de luz. Mi prima me escuchó con atención y no me interrumpió, pero su gesto parecía escéptico.

—He visto al barón después del apagón —me dijo—, y parecía tan saludable como siempre.

—Lo sé, eso es lo inquietante.

—¿Estás segura de que era sangre?

—Totalmente. ¿Crees que estoy loca?

Mi prima se rascó la barbilla en busca de una explicación que no pareció encontrar. Terminó por enroscar su brazo en el mío y comenzar a andar de nuevo en dirección a mi casa, que ya se divisaba en la lejanía.

—Te creo, nunca has sido una lunática. —Su confianza ciega me tranquilizó—. Ese hombre ya me daba escalofríos antes… ¿Crees que es como ese conde Drácula de Bram Stoker?

La miré horrorizada.

—Atractivo y letal, menuda combinación —remató.

Caminamos en silencio hasta la puerta de casa. Mientras sacaba la llave, Margot me miró, ahora no tan divertida por los pensamientos que habían ido formándose en su mente durante el resto del camino.

—¿Crees que estás en peligro? ¿Por qué alguien iba a querer hacerte daño?

No supe qué contestarle. No tenía ni idea de quién nos había atacado, ni por qué. Igual que tampoco sabía quién era en realidad Dante de Fosco, ni cómo había logrado curarse milagrosamente de una herida en cuestión de minutos.

CAPÍTULO 11

A la mañana siguiente Dante no se presentó en la fábrica. Me quedé mirando su sitio, vacío, durante mucho tiempo, como si esperara que se materializara por arte de magia. Estaba convencida de que quería evitarme; todavía no sabía si era porque había descubierto su secreto o porque pensaba que estaba loca. No pude concentrarme en toda la mañana, no dejaba de pensar en el baile, en su cuerpo cerca del mío, en la respiración desacompasada, los sentidos que se habían magnificado en mitad de la oscuridad. Pero sobre todo no podía sacarme de la cabeza el momento en el que había notado su sangre. Estaba segura de que había ocurrido, por mucho que me hiciera creer lo contrario.

Tomé algo frugal a la hora de la comida, aburrida de no poder discutir con nadie. Debía reconocer que me había acostumbrado a la presencia del barón husmeando en mi oficina. Al contrario de lo que había pensado, el hecho de que se hubiera marchado no me aportaba ninguna paz. Todo lo contrario. ¿Qué estaría haciendo? ¿Por qué no había venido al trabajo en realidad?

Cuando estaba ya anocheciendo se abrió la puerta del despacho. Di un brinco sobre la silla y me recompuse el cabello, despeinado después de una mañana dándole vueltas a todas las posibilidades. Esperaba encontrarme con su mirada oscura, pero fue el rostro de mi abuelo el que me sonrió desde el umbral.

—¿Ya has comido, niña? —me preguntó.

Avanzó hacia mí. Parecía cansado y sus pasos se habían vuelto aún más lentos. Se iba guiando con el bastón, pero me apresuré en levantarme para llegar hasta él. Lo tomé del brazo y lo conduje hasta el diván que había en el despacho.

—Sí. He tomado un refrigerio.

—Estás cada día más delgada; se te notan los huesos —me reprochó.

Me encogí de hombros, aunque sabía que no podía verme por culpa de la ceguera.

—¿No debería estar descansando? —lo reprendí yo.

Era consciente del esfuerzo que le costaba llegar hasta la fábrica. Incluso el simple gesto de subirse al carruaje se le hacía ahora mucho más difícil que unos meses antes. Traté de quitarme esos pensamientos de la cabeza para que no notara mi preocupación.

—En casa me aburro. Quería saber cómo te va con el barón.

Me tensé de pronto, sin saber muy bien a qué venía el súbito interés. Sin embargo, al ver el rostro calmado de mi abuelo me di cuenta de que tan sólo quería saber si nuestra asociación laboral funcionaba bien. Le hablé sobre los proyectos en los que estábamos enfrascados y pareció satisfecho con mis explicaciones.

—Sabía que era un hombre capaz; lo he enviado a las fábricas de Sabadell para que ponga un poco de orden.

Parpadeé varias veces, desconcertada. Ahora entendía por qué no había venido: simplemente estaba supervisando otras plantas textiles que teníamos en la comarca del Vallés. No era para evitarme ni nada parecido. Iba a enfadarme por que no me hubieran dicho nada acerca de ese viaje, pero de pronto el abuelo comenzó a toser con mucha fuerza, hasta tal punto que temí que fuera a desvanecerse. Lo sostuve contra mí, hasta que el ataque se apaciguó un poco. Me alarmé al detectar la temperatura que emanaba de su cuerpo: tenía fiebre.

—No debería esforzarse tanto, abuelo —me lamenté, acariciando su hombro.

Me dirigió una mirada nublada.

—Le acompañaré a la calesa —le dije—. Será mejor que se meta en la cama en cuanto llegue a casa. Terminaré un informe y vendré enseguida. Le pediré a Dolores una de sus sopas de pollo.

El abuelo no protestó. Eso me asustó todavía más: era orgulloso y siempre había tenido una fuerza extraordinaria. Debía de sentirse muy débil para dejar que tomara todas esas decisiones por él. Cuando lo senté en el mullido sofá del carruaje, parecía más sereno.

—Estoy bien, Sibila —me dijo al percibir mis manos temblorosas.

Le sonreí con dulzura.

—No tardaré en venir —le aseguré.

Le di la orden al cochero para que arrancara y vi cómo la carroza, que se asemejaba a una calabaza encantada, se alejaba de nosotros. Se perdió en la penumbra que empezaba a poblar las calles; era ese momento de impás en el que anochecía, pero las luces de las farolas todavía no estaban encendidas. Iba a entrar de nuevo en la fábrica para cerrar rápidamente el informe y reunirme con el abuelo en casa cuando otro carruaje apareció de la nada. Supongo que estaba distraída mirando hacia la lejanía porque, cuando quise reaccionar, una de las enormes ruedas estaba ya a escasos centímetros de mí. Cerré los ojos esperando la colisión, inevitable. Salí disparada con menos fuerza de la que esperaba y caí contra el suelo. No tardé en darme cuenta de que alguien se había abalanzado sobre mí para apartarme del camino. Noté un cuerpo, tenso, sobre el mío, envolviéndome como una manta. Se trataba de un hombre. Una de las ruedas metálicas golpeó su espalda y escuché su aullido de dolor ahogado contra mi hombro. Grité con la esperanza de que alguien pudiera evitar que la otra rueda siguiera el camino de su compañera: si la suerte había querido que mi salvador sobreviviera a la primera embestida, estaba segura de que no lo haría a una segunda. Pero no hubo nada que hacer para detener al gigantesco monstruo de hierro y terciopelo que se paseó de nuevo sobre nosotros. Cuando la calesa terminó de arrollarnos, en vez de detenerse, continuó su camino. Una de sus ruedas iba rasgando el silencio de la noche, como un delincuente que presumía de sus hazañas. Grité de impotencia. No veía nada, estaba manchada de la sangre de ese hombre al que no podía reconocer con tanta oscuridad. Estaba segura de que estaba muerto. Su cuerpo yacía inerte sobre el mío. Estaba tan aturdida que no era capaz de apartarlo. Pesaba demasiado. Comencé a gimotear y a pedir auxilio, pero nadie acudió. Sin poder evitarlo, las imágenes de mi infancia comenzaron a mezclarse con mi presente aterrador. El cuerpo desmadejado, el rostro opaco, los ojos vacíos. Mi madre, mi padre. El desconocido. La oscuridad y la muerte.

De repente noté un leve movimiento. Traté de respirar para no ahogarme bajo el peso del hombre y me di cuenta de que se estaba intentando incorporar sin mucho éxito. ¿Estaba vivo? No podía distinguir nada, hasta que las luces de las calles se encendieron por fin, con un ritmo lento y destemplado. Las farolas nos iluminaron, y enseguida pude reconocer las facciones que se dibujaban muy cerca de mi cara.

—¡Señor de Fosco!

Dante me miró con el rostro contrito de dolor.

—Dios mío, ¿puede moverse? —pregunté alarmada al verlo empapado en sangre.

Para mi sorpresa, asintió y logró retirarse para dejarme espacio. Se quedó arrodillado a un lado de la calzada, mirando al suelo y respirando con dificultad. Me puse en pie de un brinco e ignoré el dolor punzante que percibí en mi tobillo. Tenía otras cosas de las que preocuparme: Dante tenía la zona del estómago cubierta de sangre. Me abalancé sobre él para retirarle la tela pegada a la piel, pero me detuvo.

—No.

Lo miré sin comprender.

—Estás herido —Se me olvidaron las formalidades.

Hice caso omiso de sus quejas y llevé mis manos hasta el bajo de su camisa para abrirla. Sin embargo, él me agarró de las muñecas con tanta fuerza que me obligó a detenerme.

—No será una visión agradable —masculló entre dientes.

Podía percibir su sufrimiento; su rostro estaba del color del mármol más puro y su frente, perlada de sudor frío. Me zafé de su agarre y le levanté la ropa sin escuchar sus protestas. Efectivamente, una fea herida cruzaba su costado. Deduje que la rueda había abierto todos los músculos, tendones y piel que había encontrado a su paso. La sangre, sin embargo, no brotaba del corte con el ritmo que había imaginado. Se estaba coagulando en los laterales. Vi cómo la piel comenzaba a cerrarse a un ritmo antinatural ante mis ojos. Me puse en pie y di varios pasos atrás, espantada. No aparté los ojos de su abdomen. En cuestión de minutos la herida desapareció. Entonces, Dante se levantó del suelo. Alcé la mirada hasta sus ojos. No podía disimular el horror ni el desconcierto. Él se lamió los labios y resopló, enfadado por mi osadía.

—No deberías haber presenciado nada de esto —dijo con la voz ronca.

Reculé un poco más. No tenía sentido sentirme amenazada: Dante me había salvado la vida de nuevo. ¿A qué le temía? Y, a pesar de todo, allí estaba, aterrada por que ese hombre pudiera siquiera rozarme.

—¿Quién eres? —susurré—. ¿Qué eres?

Vi que apretaba la mandíbula, como si le ofendieran mis palabras.

—Cuanto menos sepas, mejor —me dijo.

Me eché a reír, nerviosa.

—Es un poco tarde para eso —me lamenté—. ¿Cómo lo has hecho? —insistí—. Cualquiera en tu lugar hubiera muerto.

Dante cerró los ojos, exhausto, pero se mantuvo en silencio.

—¡Te estabas desangrando! ¿Cómo…?

Desoyendo mis propias precauciones avancé hacia él con la intención de volver a examinar su inexistente herida. Noté el tobillo pesado y fui consciente de mis propias lesiones: aunque Dante me había protegido con eficacia, no había podido evitar una torcedura y algún rasguño en mis rodillas. Él debió de darse cuenta, porque se adelantó un par de pasos y me sostuvo por el brazo. Me aparté como si me hubiera quemado y lo miré horrorizada.

—¡No me toques!

Se mordió el labio, pero no me reprochó mi actitud. Me dejó ir enseguida y yo me limité a apoyarme como pude en la pared. Me di cuenta de que estábamos llamando la atención de algunos viandantes que habían aparecido por las calles, quizá atraídos por los ruidos; nos observaban con curiosidad. Lo cierto es que ambos presentábamos un aspecto lamentable. Dante miró alrededor y se acercó de nuevo a mí, asegurándose de no tocarme esta vez.

—Vayamos a un sitio más tranquilo —me pidió—. Mi palacio es seguro.

Lo miré con desconfianza. La verdad es que no quería ir a ningún sitio con él, un terror irracional se había apoderado de mí. Pero por otro lado, necesitaba respuestas. ¿Cómo iba a regresar a mi hogar como si nada? No podía ignorar que ese accidente no parecía fortuito, como tampoco lo había sido el ataque de la fiesta. Alguien estaba tratando de hacerme daño, y puede que Dante tuviera información.

Debió de adivinar el sendero que estaban tomando mis pensamientos, porque comenzó a avanzar en dirección al palacio Recasens sin esperarme. Lo seguí cojeando. Me miraba de vez en

cuando de soslayo e hizo amago de prestarme su brazo como apoyo para que caminara mejor; me negué en silencio. Después de lo que me pareció una eternidad, llegamos a su casa. Pensé en lo que dirían Margot, el abuelo o cualquiera que me viera entrar en casa de un hombre joven sin carabina. Sin embargo, mi curiosidad fue mayor que cualquier precaución. Así que, cuando Dante puso una llave grande y oxidada en la cerradura, accedí al palacio sin titubear.

Me sorprendió el cambio. Aunque la vez que Margot y yo habíamos entrado a escondidas habíamos notado la ausencia de polvo, lo que ahora se encontraba frente a mí distaba mucho del lugar lúgubre que recordaba. Dante se había encargado de crear un ambiente sobrio y elegante sin caer en las ostentaciones que se veían en el palacio de los Fabra. De hecho, el salón al que me llevó me recordaba a él: serio y lleno de claroscuros. Las alfombras negras se alternaban con tapicerías de un gris perla y butacas adamascadas. A través de la puerta me pareció ver a una mujer muy mayor, quizá centenaria, con un plumero en la mano.

—¿Te apetece tomar algo?

Miré hacia el whisky y me pregunté si pensaría que era poco adecuado para una dama pedir una copa. Como ya empezaba a ser una costumbre, Dante pareció leerme el pensamiento. Llenó con bastante generosidad los dos vasos que se encontraban en una bandeja junto a la bebida y me tendió uno de ellos. Apuró el otro con unos pocos tragos. Me descubrí observando cómo la nuez se movía por su cuello. Me obligué a centrarme en mi copa y di un par de sorbos tímidos. Desvié la vista hacia la puerta, pero aquella mujer ya no estaba allí.

—Es Roberta —dijo—, no le gustan mucho los extraños.

Me resultó curioso que el único servicio que parecía haber en esa casa consistiera en una anciana esquiva. Dante de Fosco era todo un personaje.

—¿Te importa que me cambie? —me preguntó—. Me gustaría estar decente para una conversación de este tipo.

Lo miré de arriba abajo. No quedaba nada de su abrigo, que debía de haberse quedado atrapado alrededor de alguna de las ruedas, y su traje estaba echado a perder: los pantalones rebosaban barro y suciedad de la carretera; su camisa oscura estaba completamente empapada de un líquido viscoso que deduje que sería sangre. Una de las mangas estaba rasgada a la altura del hombro y dejaba buena parte de su pecho al descubierto. Desvié la vista, cohibida ante esa imagen. Aunque estaba ansiosa por escuchar sus explicaciones, terminé asintiendo. No me veía capaz de hablar con él sin que mis ojos escaparan inoportunamente hacia las zonas de su cuerpo que estaban expuestas.

Me señaló una de las butacas.

—Ponte cómoda, y quítate los zapatos. Tienes una buena torcedura.

En cuanto desapareció por la puerta, me dejé caer en uno de los butacones, exhausta. Cerré los ojos y eché la cabeza hacia atrás. Una cascada de rizos negros cubrió la tapicería; mi tocado había quedado completamente desecho. De pronto escuché un suave ulular cerca de mí. Levanté la mirada, asustada, y descubrí al enorme búho blanco, casi plateado, posado en el alféizar de la ventana. Me observaba tan fijamente que temí moverme y espantarlo. Pasamos un tiempo mirándonos sin apenas movernos. Luego traté de calmarme dando pequeños sorbos de mi bebida. El búho pareció cansarse de mí y, aunque no se marchó, desvió su atención hacia el bosque cercano. Más tranquila al fin, me saqué uno de los botines y observé con disgusto el tamaño desproporcionado que estaba adoptando mi tobillo. Lo toqué un instante y farfullé por lo bajo al sentir un latigazo de dolor.

—Será mejor que no lo muevas —me aconsejó la voz de Dante.

Di un respingo al advertir su presencia. Era silencioso. Se había puesto una camisa limpia y unos pantalones de pinza de color negro. Su cabello oscuro estaba húmedo. Iba descalzo. Hubo algo en ello que me inquietó, como si se hubiera establecido una nueva intimidad entre nosotros.

—¿Puedo? —me preguntó, señalando mi pie.

Apreté los labios, pero terminé asintiendo. No podía olvidar que era médico, quizá pudiera ayudarme. Se arrodilló junto a mí y apartó mi falda con un movimiento fluido. Dejó al descubierto parte de mi pierna, en la que empezaban a dibujarse algunos moretones. Movió mi pie en distintas direcciones y arrugué la nariz cuando levantó la punta hacia arriba. Me soltó y dio por terminado el examen.

—Es un esguince; por lo menos no está roto —me explicó—. En cuanto llegues a casa, pon el pie en alto. Me temo que no vas a poder bailar en unas semanas.

Fruncí el ceño.

—Ahora me preocupan muy poco los bailes. ¿Qué ha pasado ahí afuera?

Se puso en pie de nuevo y se apartó un poco de mí. Se quedó de pie.

—Me temo que alguien quiere hacerte daño.

Lo miré horrorizada.

—¿Por qué? ¿Quién? ¿Luis Trillo?

—No tengo ni idea, aunque dudo que ese mentecato se las pueda ingeniar para todo esto.

Tuve la sensación de que me ocultaba algo.

—¿Y tú? ¿Cómo…? ¿Cómo has hecho eso? —Señalé hacia su estómago— ¿Por qué ya no estás herido?

Guardó silencio unos instantes y me miró con intensidad. Luego, muy lentamente, dijo:

—Porque soy un mensajero de la muerte.

CAPÍTULO 12

—¿Un mensajero de la muerte?

Miré a Dante como si se hubiera vuelto loco.

—¿Qué llevaba ese whisky? —me burlé.

Torció el gesto con una mueca de disgusto y se cruzó de brazos.

—Te estoy diciendo la verdad. Acompaño a las personas en su viaje al más allá.

Me pincé el puente de la nariz y cerré los ojos; comenzaba a dolerme la cabeza. Puede que fueran demasiadas emociones en un sólo día. No estaba preparada para lidiar con el hecho de que alguien hubiera intentado matarme, pero menos todavía para asimilar lo que Dante me estaba contando.

—Eres la muerte —afirmé con escepticismo, sintiéndome estúpida al decirlo en voz alta.

—No —se apresuró en aclarar—. Mi tarea es ayudar a la gente a cruzar el umbral, yo no decido quién lo hace ni cuándo.

—¿Entonces qué eres? —balbuceé, sobrepasada—. ¿Un ángel? ¿Un demonio?

Ahora fue su turno para reír, aunque lo hizo sin ganas.

—Nada de eso. Soy tan humano como tú, pero no estoy vivo, ni muerto. Por eso las heridas no duran demasiado, como has podido comprobar.

Por muy descabellada que sonara su historia, no tenía otro modo de explicar las dos milagrosas sanaciones que había presenciado. Miré de reojo al atizador de la chimenea. Si resultaba ser un demente, podría brindarme una buena protección como arma. Aunque si lo que decía era cierto, no lograría nada atacándole.

—Ni se te ocurra —me advirtió—, te aseguro que los golpes duelen igual.

Me froté las sienes, aturdida.

—Te dije que cuanto menos supieras, mejor —me recordó.

Aparté sus palabras con un manotazo y el poco whisky que me quedaba amenazó con salirse del vaso.

—Nada de lo que dices tiene sentido —repliqué—, debes de haberte golpeado la cabeza en el accidente. Deberíamos llamar a un médico.

—¿Y cómo explicas lo que has visto con tus propios ojos?

Apreté los labios y desvié la mirada hacia la ventana, incapaz de admitir que no había otra forma de justificar su modo de curarse. El búho, que se había mantenido de espaldas en el alféizar, se volvió hacia mí. Sus ojos grises parecieron atravesarme, como si fueran humanos. Me estremecí.

—Por dios, tu mascota da escalofríos.

De pronto, el animal emitió un graznido que hizo que me encogiera en el sillón. Extendió sus alas en una postura amenazante que todavía me amedrentó más.

—No le gusta que le llamen mascota.

Miré a Dante con horror. ¿Qué quería decir con eso? ¿Acaso esa lechuza podía entendernos?

—Es mi cancerbero.

Resoplé y me cubrí la boca con la mano, incapaz de asimilar nada más.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Su función principal es la de guía, él me hace llegar las notificaciones que la muerte le entrega cada día. Aunque hay algo más: también es una especie de guardián, o más bien un

vigilante. Se ocupa de reportarle a la muerte cualquier incumplimiento por mi parte de las órdenes que me hace llegar.

De repente, el animal echó a volar en mi dirección. Di un grito histérico y lo observé pasar por encima de mí con un vuelo rasante que logró despeinar mis rizos negros más de lo que ya estaban. Me cubrí la cabeza con las manos esperando un picotazo o un golpe de sus alas. Sin embargo, cuando vi que no pasaba nada, me atreví a retirar una de las manos con las que me protegía para volverme hacia él. Tuve que parpadear varias veces hasta comprender lo que se había formado ante mí. No era un búho, ni una mascota: era un hombre. Su cabello era tan rubio que parecía blanco; incluso había hebras plateadas que le daban un brillo extraño a su mirada, cubierta por un flequillo liso y desordenado. Al fijar mis ojos en los de él, me percaté de que ya los había visto antes: grises y afilados. Lo habría seguido observando con curiosidad, pero enseguida me percaté de que, donde había habido plumas, ahora tan sólo había piel. Por suerte, un diván quedaba en el lugar adecuado para taparme la visión, que de otro modo me habría escandalizado. Aparté la mirada horrorizada, no sé si por la súbita desnudez o por el hecho de que se hubiera transformado delante de mí. No podía ser.

—Mi nombre es Lucien —dijo con voz rasposa, como si llevara mucho tiempo sin usarla.

Me hice un ovillo en la butaca, asustada.

—¿Era necesaria tu entrada triunfal? —le reprochó Dante.

—Me ha llamado mascota —replicó el otro, alzando la barbilla desafiante.

Dante negó con la cabeza y se acercó hasta mí. Iba a acariciarme un hombro, pero me retiré con brusquedad. El barón siempre me había impuesto cierto respeto, pero la información que ahora conocía le otorgaba un nuevo matiz a la oscuridad que siempre lo había rodeado: sus gestos atemporales, su ropa siempre negra, sus ojos insondables. Dante se mordió el labio, pero retiró la mano.

—Comprendo que esto está siendo demasiado —me dijo—. Quizá será mejor que te acompañe a casa.

Tenía todavía muchas más preguntas por hacerle, pero no me creía capaz de formularlas ni de asimilar nada de lo que me contara. La presencia de ese hombre desnudo no ayudaba, y quería regresar a mi hogar para ver cómo se encontraba el abuelo; Margot estaría preocupada por no verme aparecer a esas horas. Por la oscuridad que se adivinaba a través de la ventana, debían de ser casi las diez de la noche, aunque en realidad no tenía ni idea de cuánto tiempo había transcurrido desde el atropello. Me sentía extraña, como si una niebla espesa se hubiera alojado en mi mente y no me dejara pensar con claridad. Irme a casa era lo más sensato, dadas las circunstancias.

—Puedo regresar sola —dije.

No deseaba estar cerca de Dante ni de ese extraño ser que me estudiaba en silencio con sus ojos del color del acero. De hecho, quería salir corriendo y alejarme lo más rápido posible de esa casa llena de cosas que no comprendía.

—No pienso dejar que regreses sin acompañante tan entrada la noche. Y menos con el tobillo así.

Me puse en pie. Su obstinación me había hecho reaccionar. Por mucho que sus palabras fueran fruto de la preocupación, no tenía derecho a decirme lo que debía hacer. Caminé hacia la puerta y me volví hacia él.

—Es muy amable por su parte, señor de Fosco —dije marcando de nuevo las distancias entre nosotros—, pero regresaré a casa por mi cuenta.

Se quedó en el dintel de la puerta del salón, observándome con sus ojos tan negros como la noche que me esperaba en la calle. No le di la oportunidad de replicar. Abrí la puerta y salí al exterior, tratando de disimular mi cojera.

El aire era frío y me devolvía a la realidad con sus brazos helados. Llevaba un rato andando, sin mirar atrás, con mi cabello suelto revoloteando a mi alrededor como si se tratara de mi propio espíritu, que luchaba por no separarse de mi cuerpo. Las calles estaban desiertas; todo el mundo se refugiaba ya en sus hogares y no quedaba más que algún transeúnte rezagado y algún maleante al acecho. Procuré caminar por las zonas mejor iluminadas por las farolas, aunque tardase el doble de tiempo y mi tobillo se quejase por cada paso innecesario. Aun así, cuando llevaba recorridas un par de manzanas, sentí una presencia a mi espalda. Intenté ignorarla y continuar mi camino, pero no podía dejar de escuchar el crujido de unos pies sobre el suelo húmedo, una respiración cada vez más cercana, las sombras que acechaban en las paredes de los edificios que me envolvían. Maldije mi enorme estupidez. Alguien había tratado de atropellarme tan sólo unas horas atrás. Si realmente había quien quisiera hacerme daño, se lo estaba poniendo muy fácil saliendo sola a la calle a aquellas horas. Empecé a correr sin pensarlo dos veces. Sentí que mil agujas me atravesaban el tobillo, pero las ignoré. Tenía la esperanza de que la sombra que me seguía no fuese más que un viandante despistado; sin embargo, en cuanto escuché los pasos acelerados tras de mí, apreté el paso. Me estaban siguiendo y notaba a mi perseguidor cada vez más cerca. Mis avances eran torpes y renqueaba cada vez más; mi pierna no aguantaría por más tiempo. Me apoyé como pude en una pared y los ladrillos arañaron la manga de mi vestido. Miré hacia atrás y vi a una figura oscura y delgada ataviada con una capa. Me pareció ver un destello plateado en su mano. ¿Era una daga? Comencé una nueva carrera desesperada, consciente esta vez de que realmente había un individuo detrás de mí blandiendo un arma. Y de pronto me topé contra algo sólido que me hizo trastabillar hacia atrás. Una mano me agarró con fuerza y enseguida me encontré con el pecho de un hombre. No pude evitar el primer grito, que rasgó el silencio tenso que nos rodeaba. Pero entonces me di cuenta de que reconocía el aroma de su ropa, incluso sus formas: era Dante. Me aferré a él como si fuera un salvavidas, y me abrazó hasta que logré calmarme un poco.

—Alguien me seguía —mascullé—. Creo que llevaba un cuchillo.

Dante miró en la dirección que le señalaba, pero ya no había nadie allí. Tan sólo un viejo vagabundo y su perro, que posaba el hocico contra el suelo, aburrido.

—¿Has visto si era un hombre o una mujer? —Me tomó por los hombros para que le prestara atención.

Su pregunta me pareció extraña, pero traté de recordar la figura.

—No lo sé. No era muy alto, supongo que podría ser cualquiera —me lamenté.

—Vamos, no es seguro que nos quedemos aquí —me apremió.

Pasó su brazo por mi cintura para ayudarme a caminar. A pesar de mis reticencias iniciales a que me acompañara a casa, ahora agradecía que fuera tan cabezota como yo. Si no me hubiera seguido, quizá me hubieran atacado de nuevo con un desenlace fatal. Me apoyé en él, dejando a un lado el orgullo que casi me había matado. El hecho de tenerlo tan cerca me puso nerviosa, hasta el punto de no parar de tropezar con sus pies. Dante no se quejó y aguantó estoicamente cada uno de mis pisotones hasta que llegamos a mi casa.

Si creía que llegando a casa las cosas se calmarían, estaba muy equivocada. Supe que algo iba

mal en cuanto vi la calesa de los Fabra aparcada frente a la valla. Roger me visitaba muchas tardes, pero jamás lo hacía pasada la hora de la cena; hubiera sido descortés y descarado. No tenía ningún sentido que se presentara allí a esas horas, salvo que algo hubiera ocurrido. Dante también debió de reconocer el escudo de su carruaje, porque se tensó a mi lado.

—¿Qué hacen aquí los Fabra?

Lo miré con cara de circunstancias y me encogí de hombros. Luego recordé el aspecto lamentable que presentaba, despeinada y llena de suciedad de los adoquines por los que la calesa me había revolcado. Traté de peinarme con los dedos, pero noté los rizos encrespados enredándose en mis uñas.

—No lo intentes —me dijo Dante—, no tiene arreglo.

Lo fulminé con la mirada y él, ignorando mi gesto agrio, sacó un pañuelo de su bolsillo. Estaba tan blanco y almidonado que casi logró deslumbrarme en medio de la penumbra en la que estábamos sumidos. Alargó la tela de algodón hasta mi rostro y la pasó con suavidad por mi mejilla. Me tensé al sentirlo sobre la cicatriz que afeaba mi rostro desde que podía recordar. Sin embargo, él no pareció inmutarse y siguió frotando.

—Tenías sangre seca —me explicó justo antes de guardarse el pañuelo, echado a perder, de nuevo en su pantalón—. Esperaré aquí hasta que entres.

Me mordí el labio y lo miré a los ojos. Por mucho miedo que me diera lo que era en realidad, no podía obviar que me había salvado la vida, más de una vez.

—Gracias —terminé por decirle.

Aceptó mi agradecimiento con un elegante movimiento de cabeza. Abrí la verja para entrar en los jardines de casa cuando una figura apareció de entre los arbustos de la entrada. Me sobresalté, supongo que sugestionada por todo lo que había ocurrido. Sin embargo, cuando reconocí las facciones suaves y amigables de Roger, me serené.

—¡Señorita Armengol! —dijo nada más verme

Parecía preocupado, y su cabello castaño claro, que por lo general llevaba pulcramente peinado, caía sobre su frente, desordenado.

—Qué alivio encontrarla, llevo horas tratando de localizarla. ¿Dónde se había metido?

Entonces Roger se percató de que no estaba sola. Miró a mi acompañante, vestido con una simple camisa blanca con más de un botón desabrochado. Luego me estudió a mí: el cabello enmarañado, el vestido sucio y arrugado, y el maquillaje echado a perder. Se envaró, y enseguida imaginé lo que estaba pensando. ¿Qué podrían estar haciendo una dama y un caballero sin carabina a las diez de la noche? Cerré los ojos con fuerza.

—He tenido un accidente —me apresuré en explicar—. Una calesa me arrolló. Por suerte, el barón estaba cerca y me salvó. Ha tenido la bondad de acompañarme hasta aquí por seguridad.

Roger apretó las mandíbulas, y supe que no terminaba de creerse la historia. No dejaba de parecerle sospechosa nuestra aparición.

—Todo un detalle, barón —contestó al fin con gesto agrio, sin dejar de mirar a Dante.

—Ha sido un placer —replicó el otro, regodeándose en lo que parecía una disputa en la que yo me había perdido algo—. ¿Y qué le trae a usted por aquí a estas horas? ¿No es un poco tarde para visitar a la señorita?

Roger lo observó con aversión durante unos segundos, hasta que al fin decidió dejar de envenenarse con Dante y mirarme a mí.

—Es por su abuelo.

Mi estómago se contrajo de forma dolorosa.

—Margot se encontraba tomando un café con mi madre cuando Dolores, su doncella, ha interrumpido la reunión. Al parecer, el señor Armengol ha perdido la consciencia en la calesa de camino a su casa. La pobre Dolores estaba muy asustada y, al no encontrar a nadie, ha corrido en busca de su prima, que seguía con nosotros.

Me sentí culpable por no haber estado donde más me necesitaban. Como si Dante supiera lo que estaba pensando, me rozó el brazo en un gesto de apoyo que me sorprendió. Comprendí lo que trataba de decirme: que no estaba en casa porque habían tratado de asesinarme. Aun así, no me sentí mejor.

—Hemos avisado al doctor y enseguida hemos venido a ayudar —añadió Roger.

Asentí con lentitud, mientras trataba de imaginarme el caos que habrían sido las últimas horas en casa: carreras del servicio, el médico a destiempo, Dolores y Margot llorando solas, sin mí.

—¿Cómo está mi abuelo? —quise saber, agitada.

—Estable —me dijo Roger, aunque por su gesto contrito no parecía tener muy buenas noticias—. Será mejor que entre, el doctor quiere hablar con usted.

Sentí que me subía una bilis amarga por la boca del estómago. Dante entendió que necesitaba espacio, así que se hizo a un lado y se despidió con un gesto cortés.

—Espero que no sea grave —me dijo justo antes de dar media vuelta y desaparecer en la oscuridad de la noche.

Corrí hacia el interior de la casa sin esperar a Roger, que se apresuró en seguirme. Recorrí los pasillos que llevaban hasta la habitación del abuelo sin detenerme. Sin embargo, me encontré con la puerta cerrada. Margot y el médico hablaban entre susurros frente a la alcoba. Mi prima tenía la cabeza baja y sus ojos estaban rojos por el llanto. Me esforcé por mantener la entereza, porque sabía que nada de lo que fueran a contarme en los próximos minutos sería bueno.

En cuanto Margot me vio se lanzó a mis brazos. El llanto que la sacudió se me contagió en un segundo y no pude contener las lágrimas que había estado tratando de retener. El galeno y Roger, que acababa de llegar junto a nosotras, se quedaron en silencio. Nos quedamos aferradas la una a la otra durante unos minutos, hasta que nuestra angustia se calmó un poco. Luego me separé de ella y la miré. Jamás había visto a mi prima triste. Siempre había hecho frente a las adversidades con optimismo, pero lo que aquel médico debía de haberle dicho la había dejado en un estado de rendición que me hizo suponer lo peor.

—Lo siento mucho, señoritas —dijo entonces el galeno.

Lo miré con el ceño fruncido.

—¿Qué le ha pasado?

—Su abuelo ha sufrido una apoplejía —me explicó.

Me cubrí la boca con las manos y mis piernas dejaron de responder. Noté que Roger me sostenía por los hombros para que no cediera a la pena.

—¿Se pondrá bien? —pregunté a media voz.

El gesto apesadumbrado del médico me dio la respuesta.

—Su latido era muy débil cuando he llegado; por ahora he conseguido estabilizarlo. Pero no voy a engañarla, es mayor y su estado de salud ya era delicado. Es difícil predecir las consecuencias que tendrá el ataque hasta que despierte. Deben prepararse para lo peor: es posible que no las recuerde, que haya perdido la facultad de hablar o incluso la movilidad de un hemisferio del cuerpo.

Me aferré a la camisa de Roger y él me abrazó mientras me derrumbaba.

—Gracias por venir, doctor —le dijo él al ver que yo era incapaz de decir nada.

—Si empeora, háganme llamar inmediatamente. Pasaré a verlo mañana a primera hora para ver cómo ha pasado la noche.

Roger asintió y lo despidió con educación, mientras Margot y yo continuábamos ahogándonos en nuestras propias lágrimas. Roger nos condujo con cuidado hasta la salita contigua a la habitación del abuelo y vi que Dolores nos había preparado un té caliente. Mi doncella tenía los ojos hinchados y estaba pálida, pero no dijo nada. Se limitó a consolarnos con su presencia tranquilizadora. Nos peinó el cabello y nos leyó una novela mientras íbamos y veníamos de la habitación de mi abuelo. Pasamos la noche en vela, observando cada detalle de su respiración, cualquier cosa que nos diera la mínima esperanza de que pudiera recuperarse.

CAPÍTULO 13

Estaba sumida en una negrura profunda que no me dejaba ver nada más allá de mis propias manos. Me levanté y miré a mi alrededor, incapaz de reconocer el vacío infinito que me rodeaba. El silencio era aterrador. Entonces vi un destello en la lejanía. Me acerqué como una luciérnaga embriagada por la luz; sin embargo, cuando reconocí las formas de un ataúd me detuve en seco. La madera, negra, relucía de un modo imposible, como si estuviera absorbiendo cualquier rayo de esperanza que encontrara cerca de ella. La tapa estaba abierta. Tomé aire y me asomé. Grité cuando descubrí el rostro de mi abuelo, pétreo, dentro de aquella cárcel. Trastabillé hacia atrás, pero no caí. Unas manos fuertes me sostuvieron por los hombros. Me volví y me encontré con el rostro impasible de Dante. «No deberías estar aquí», me dijo. «¿Te lo vas a llevar? ¿Te vas a llevar el alma de mi abuelo?», le grité con los ojos anegados de lágrimas. Sus ojos se volvieron negros, todos pupila. Grité, espantada.

—¡Sibila! —La voz de Margot me devolvió a la realidad.

Observé el entorno y me di cuenta de que estaba en la habitación del abuelo. Me había quedado dormida en la butaca que se encontraba junto a su lecho. Estaba sudada y mi cabello, todavía más enmarañado que cuando había llegado. Aún tenía la sangre seca de Dante tras las uñas, que se habían teñido de un feo tono negruzco. Mi prima me dedicó una mirada de conmiseración.

—Estabas teniendo una pesadilla —me dijo—. Ve a darte un baño, te irá bien.

Miré al abuelo, que seguía sumido en la inconsciencia. Me costaba separarme de él, odiaba la idea de dejarlo solo de nuevo después de lo que había ocurrido. No quería volver a fallarle. La sensación de que su vida pendía de un hilo no ayudaba en absoluto, y mucho menos la revelación de Dante.

—Me quedaré un rato con él por si despierta, no te preocupes —añadió mi prima al ver mis reticencias.

Decidí que tenía razón. No podía seguir vagando por la casa con esa ropa apestando a barro y hierro oxidado.

Cuando terminé de bañarme, me puse un sencillo vestido de algodón beige y un chal de lana para protegerme del frío que me invadía. El cabello húmedo no ayudó a mejorar la sensación; quizá el hambre tampoco. Me sentía incapaz de comer, y mi estómago se contaría en una constante protesta. Dolores debió de notar que no me encontraba bien, porque se acercó a mí con un plato lleno de tostadas con mermelada y frutas. Lo miré con aprensión.

—Coma algo, señorita, sino enfermará usted también.

Me sorbí la nariz y tomé uno de los plátanos que me ofrecía. Me lo comí con lentitud, sentada en un banquito de madera rústica que había en mitad del pasillo, muy cerca de la habitación del abuelo.

Cuando escuché el timbre, pensé que sería el médico, que venía a informarse del estado del abuelo. Sin embargo, Dolores vino acompañada de alguien muy distinto.

Dante se había colocado un traje más sobrio aún de lo que acostumbraba, pero no lograba dejar atrás esa elegancia que llevaba en la sangre. Me puse en pie como un resorte nada más verlo. Por un momento me invadió la necesidad de enfrentarle, de gritarle que dejara a mi abuelo en paz, como en ese terrible sueño. Él se quedó quieto frente a mí, como si supiera lo que estaba

pensando.

—¿Has venido a llevarte su alma? —pregunté con la voz entrecortada por la angustia.

¿Acaso no era eso lo que me había dicho que era? Alguien que se llevaba los espíritus de los mortales al más allá. Quizá mi abuelo fuera su próximo trabajo y por eso estaba allí. Apretó las mandíbulas en un gesto que no supe descifrar, pero después negó casi imperceptiblemente.

—Sólo quería saber cómo estás.

—Ya lo ves —me dejé caer de nuevo sobre el banco, desesperanzada.

Dante me estudió en silencio y paseó la mirada por mi cabello mojado y mis hombros temblorosos. Luego se detuvo en mi tobillo.

—¿Te duele? —Hizo un gesto con la cabeza hacia mi pie.

—No. No lo sé —admití.

No había tenido tiempo de preocuparme por mis propias lesiones. Lo único en lo que pensaba era en mi abuelo, que agonizaba en un lecho en la habitación de al lado.

—Déjame ver —me dijo, arrodillándose frente a mí.

Levantó el bajo de mi falda con suma delicadeza y tomó mi pie entre las manos. Torció la cabeza para examinarlo mejor.

—Sigue inflamado. Asumo que has pasado la noche sentada en vez de poner la pierna en alto.

No sonó a reproche, pero me envaré.

—¿Cómo esperabas que estuviera? ¡No voy a dormir mientras mi abuelo se está muriendo!

Necesitaba desahogar mi ira con alguien, y Dante era el candidato ideal.

—Si tú no existieras, si la muerte no viniera a esta casa cada dos por tres… ¡No quiero que estés aquí! ¡No te lo lleves!

Rompí a llorar de rabia, porque la vida era injusta con nosotros. Primero habían sido mis padres en aquel maldito accidente; luego, mi querida abuela, y ahora…

Dante me envolvió en un abrazo que no esperaba. Quise apartarlo, pero contra todo pronóstico no lo hice. Me aferré a él y le clavé las uñas en el abrigo de lana negro.

—Te odio —mascullé contra su pecho.

—Lo sé. Te aseguro que no me gusta ser lo que soy.

Su confesión me sorprendió tanto que me separé de él para mirarle a los ojos. Al contrario que en mi pesadilla, no parecía impasible. Me acarició el rostro con delicadeza y nos quedamos mirando unos instantes. De pronto, se alejó unos pasos de mí. Carraspeó.

—Tan sólo venía a decirte que estés tranquila por la fábrica, puedo hacerme cargo de todo si lo deseas —me explicó—. Quédate con él.

Miré en dirección a la puerta de la alcoba de mi abuelo, que permanecía cerrada. Asentí, admitiendo que en esos momentos no podía estar al frente del negocio; era mejor delegar en él.

—¿No vas a preguntarme cómo está? —le reproché.

Se mordió el labio y negó.

—No. Ya sé cómo está.

Tragué saliva, porque eso sólo podía significar una cosa.

—Ya te he dicho que no he venido a llevarme su alma —repitió.

De pronto el búho de Dante se posó en una de las cristaleras del pasillo. Nos observaba con atención. Le devolví la mirada a esa criatura que me generaba aprensión y curiosidad a partes iguales.

—¿Qué hace aquí?

Dante se volvió hacia la lechuza y suspiró, pero no me contestó. Justo entonces Dolores salió

de la salita contigua. Debía de haber estado quitando el polvo y ahuecando los cojines, porque estornudaba sin parar. Nos miró con curiosidad, pero no dijo nada sobre el enorme búho que había en la ventana. Me extrañó mucho, teniendo en cuenta cómo odiaba a todos los seres con plumas. La vi pasar su mirada por la zona, pero atravesó a la lechuza, como si no existiera, y regresó a sus tareas en otra alcoba. Fruncí el ceño. Después pasaron un par de lacayos junto a nosotros y nos saludaron con educación, pero tampoco mencionaron nada sobre el enorme pájaro que cubría gran parte del ventanal. Dante se removió incómodo.

—Será mejor que me marche —dijo, sacándome de mis pensamientos.

—¿No pueden verlo? —pregunté.

Dante cerró los ojos.

—Eres demasiado inteligente.

No supe si tomármelo como un cumplido o como un reproche.

—¿Por qué no lo ven? —insistí.

De pronto recordé que mi prima sí me había comentado algo sobre la lechuza.

—Margot también lo ha visto, varias veces.

Dante se pasó la mano por la barbilla, supongo que barajando si contarme o no parte de los secretos que guardaba con tanto celo.

—Sólo tu linaje puede ver a mi cancerbero.

Me tomé mi tiempo para asimilar la noticia.

—¿Y eso por qué?

—No me corresponde a mí contarte la verdad, Sibila.

—¿Qué? —exclamé—. ¿De qué verdad me estás hablando?

—No es el momento, ni el lugar —me dijo bajando la voz cuando una doncella pasó a nuestro lado cargada con sábanas y toallas.

—Sabes mucho más de lo que me cuentas —lo acusé—. ¿Quién intenta matarme?

Dante dio un paso hacia atrás y por un instante pensé que saldría corriendo. Por eso lo agarré de la manga para retenerlo a mi lado. Miró mi mano entrelazada con la tela de su abrigo; era más suave de lo que parecía.

—No estoy seguro de que seas tú a quien quieren atacar en realidad —reveló al fin—. Puede que solamente estuvieras en los lugares inadecuados en los momentos más inoportunos. Quizá me buscaban a mí. O a ti, no lo sé.

Lo miré sin demasiada convicción. Él no había estado en el camino de la calesa, sino yo. Tampoco lo habían seguido a él. Sin embargo, no me dejó formular mis reticencias y continuó con su explicación.

—Existe una organización, Aeterna. Quieren erradicar a los mensajeros como yo.

—Pero tú no puedes morir, ¿no? —repliqué.

Dante miró alrededor, visiblemente incómodo por tener una conversación como aquella en mitad del pasillo y a plena luz del día.

—Pero eso no lo saben —contestó.

—¿Y por qué quieren acabar con vosotros?

Dante rió sin ganas.

—¿Por qué crees que alguien puede querer matarme, Sibila?

—Para que… —calibré la idea que empezaba a formarse en mi mente—. Para que no te lleves a nadie más contigo.

Asintió.

—Buscan la vida eterna. Y yo, por supuesto, soy un estorbo que les impide lograr su objetivo.

Lo miré descolocada, porque no tenía claro si la existencia de una organización como aquella era buena o mala. Por un lado, si Dante dejaba de existir, mi abuelo no moriría nunca. Sin embargo, la idea me pareció antinatural y perturbadora. ¿Viviríamos los humanos para siempre si mataban a todos los mensajeros? Algo me decía que no era tan sencillo.

—Ya te he contado demasiado —terminó, soltando su abrigo de mi agarre.

—Pero…

—Me marcho a la fábrica.

No me dio la oportunidad de continuar preguntando, dio media vuelta y se apresuró en salir de mi casa como si yo también fuera la protagonista de sus peores pesadillas.

CAPÍTULO 14

No me apetecía ver a nadie aquella tarde, pero la presencia de Roger no me molestó. Apareció a la hora del café, ataviado con un traje sobrio y elegante y el sombrero bajo el brazo. Me miró apesadumbrado en cuanto lo recibí en el salón.

—¿Cómo se encuentra su abuelo, señorita Armengol?

Suspiré y miré por la ventana para no romper a llorar en su presencia.

—No ha despertado todavía, pero el médico nos ha dicho que está fuera de peligro.

—Eso son buenas noticias, ¿no?

Apreté los labios con fuerza para no empezar a barbotear que nada estaba bien, que el galeno no podía asegurarnos cómo se encontraría el abuelo cuando recuperara la consciencia, si es que llegaba a hacerlo. No quise ser desagradable con él y terminé asintiendo en silencio.

—¿Le apetece tomar algo, señor Fabra? —le pregunté con tal de cambiar de tema.

Roger asintió y le pedí que tomara asiento frente a mí en uno de los butacones de damasco que se encontraban en nuestra sala de visitas. Obedeció y se quedó callado unos instantes, analizándome en silencio mientras le pedía a Dolores que trajera algo para merendar. Apenas tardó unos minutos en depositar frente a nosotros una bandeja con café recién hecho y pastas de mermelada de melocotón, mis favoritas. Le dediqué una sonrisa a mi doncella. Dolores, que siempre sabía lo que necesitaba, me miró con complicidad.

—Estaré en el pasillo, por si necesita algo más, señorita.

Parpadeé varias veces. Dolores no solía dejarme sola en presencia de ningún hombre, y mucho menos con uno atractivo. Supongo que sabía que necesitaba espacio para desahogarme con alguien. En cuanto la puerta se cerró a nuestras espaldas, Roger puso una mano sobre la mía. Casi me sobresalté. No había esperado un contacto tan directo por su parte. Alcé la mirada y me encontré con sus ojos del color del mar mirándome con serenidad.

—Puede contar conmigo para lo que necesite, ¿lo sabe, verdad?

No sé si fue su tono comprensivo o el hecho de sentirme tan vulnerable, pero no pude evitar que un par de lágrimas se deslizaran por mis mejillas. Roger las recogió con ternura y me dedicó una sonrisa paciente.

—¿Puedo abrazarla? —me preguntó, tan cortés como siempre.

Tragué saliva y asentí lentamente. Sentí que sus brazos me envolvían con cuidado, como si no se atreviera a tocarme. Aun así, me insufló calma. Su pecho subía y bajaba con lentitud, pero los latidos rápidos de su corazón me indicaron que no estaba tan tranquilo como aparentaba. Lo sentí vivo, cálido, y me aferré a él mientras me acariciaba el pelo.

—Lamento mucho esta situación —dijo al cabo de unos minutos—. Si hubiera algo que pudiera hacer por evitarle este sufrimiento…

Me separé de él y lo miré a los ojos. Negué.

—Me temo que ahora no está en manos de ninguno de nosotros.

Roger suspiró y se echó hacia atrás para no invadir mi espacio, pero no me soltó la mano. Acarició mis dedos con el pulgar en un movimiento nervioso; quizá ni siquiera era consciente de lo que estaba haciendo, porque parecía sumido en sus pensamientos. De pronto me miró con una nueva resolución en sus ojos.

—Sé que este es un momento del todo inoportuno para decirle esto, pero se habrá dado cuenta de que… bueno —parecía que le costaba encontrar las palabras—, usted despierta en mí

algo más que sentimientos de amistad.

Me costó comprender lo que me estaba diciendo. Continuaba aturdida por las escasas horas de sueño, por la desgracia que parecía perseguir a mi familia y por todo lo que Dante me había contado. Cuando lo entendí, abrí la boca, pero no emití ningún sonido. Él carraspeó.

—Solamente quería que lo supiera. No es necesario que me responda ahora, por supuesto, pero me gustaría saber si tengo su permiso para cortejarla oficialmente.

Su mano apretó la mía con un poco más de intensidad.

—Gracias —murmuré al fin, incapaz de decir otra cosa.

Roger sonrió y se acercó a la bandeja que Dolores había dejado sobre la mesa y que ninguno de los dos había tocado. Me sirvió una taza de café y puso una de las pastas en el platillo antes de tendérmelo. Lo acepté con las manos temblorosas, incapaz de saber si lo que acababa de confesarme me hacía feliz o no.

Se quedó conmigo un par de horas, hablando sobre temas mucho más mundanos e incluso haciéndome reír con comentarios sobre alguno de sus socios, que eran bastante anticuados. Cuando se marchó, sentía el pecho algo más ligero y la cabeza más despejada.

Esa misma noche Margot y yo cenamos solas en uno de los salones más pequeños de la casa; quizá era el único modo de no notar tanto la ausencia del abuelo, que solía llenarlo todo con su presencia. Dolores preparó algo frugal, porque sabía que ninguna de las dos tenía demasiado apetito.

—Me voy a quedar en la habitación de invitados una temporada —anunció mi prima—. Así podré ayudarte con el abuelo.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, porque significaba mucho para mí poder contar con ella. Era la única persona que me quedaba a parte del abuelo. Mis tíos no eran demasiado cercanos; incluso Margot decía que sólo vivían para seguir amasando sus inmensas fortunas y que se habían olvidado de ella por el camino. Por eso solía preferir estar conmigo y el abuelo. Margot removió el guiso de ternera sin probar bocado, como si estuviera reflexionando sobre cómo decirme algo más.

—Te vi venir con el barón la otra noche.

Dejé el cubierto a un lado, porque sabía que no era decente andar con hombres en mitad de la noche, por muy socios que fuéramos.

—Sólo me acompañó a casa.

—No me cabe duda —me dijo con sinceridad—, pero el servicio está hablando.

—¿Y se puede saber qué tienen que decir al respecto? —pregunté ofendida.

Lo que menos necesitaba ahora eran los cuchicheos malintencionados de la gente.

—Que sois algo más que socios.

Margot cogió un trozo de pan y lo empezó a desmigajar.

—Soy mayor que tú y ya sabes que siempre he querido que seas feliz. Roger Fabra está muy interesado en ti. He visto cómo le decía a Dolores si os podía dejar a solas para pedirte salir como es debido.

Me puse tensa, porque no tenía ni idea de adónde quería llegar con esa conversación.

—Creo que podrías ser feliz con él y no me gustaría que tu —dudó unos segundos sobre la palabra que debía emplear— relación con Dante de Fosco estropeara esa oportunidad.

—No tengo ninguna relación con Dante —dije, aunque mi voz sonó menos firme de lo que debiera.

—Sé que no habéis hecho nada indecente y, aunque lo hubiérais hecho, no te juzgaría. Es un hombre demasiado guapo como para no mirarlo, pero creo que es un tipo problemático.

—No sabes cuánto… —farfullé sin querer.

Margot me miró sin comprender.

—¿Ha ocurrido algo?

Me mordí el labio inferior, porque no sabía si confiarle lo que Dante me había contado un par de días atrás. ¿Pensaría Margot que estaba loca? Miré a mi prima, que me observaba con sus grandes ojos azules, expectante y preocupada. Ella siempre me había comprendido, era mi mayor apoyo y mi confidente, y no iba a cambiar eso a estas alturas. Así que tomé aire y cerré los ojos unos segundos antes de contarle todo lo que había pasado, desde los atentados contra mi vida hasta las heridas que se curaban milagrosamente. Me detuve un poco más en la explicación sobre los mensajeros de la muerte. Mi prima me escuchó en silencio, pero por sus expresiones pude ver que estaba siendo una historia tan desconcertante como lo había sido para mí.

Cuando terminé, se pasó las manos por la cara.

—No me lo puedo creer.

—Eso mismo pensé yo.

—Ahora entiendo lo que dijo la abuela —reflexionó en voz alta.

—¿La abuela? —quise saber descolocada—. ¿Qué tiene que ver la abuela con todo esto?

Margot me miró apenada. No me contestó al momento, sino que se levantó para ir a buscar un par de copas y una botella de brandy que el abuelo guardaba para las grandes celebraciones.

—Vamos a necesitar esto.

Observé el líquido a través del cristal de formas geométricas, como un caleidoscopio dorado que tomaba formas inusuales a medida que se llenaba. Margot me tendió uno de los vasos y di un par de tragos antes de mirarla para instarla a continuar.

—Fue poco antes de que muriera. Ya apenas nos reconocía —dijo con el dolor todavía rompiendo su voz—, así que no le di importancia a lo que dijo.

Dio un sorbo bastante generoso y frunció el ceño.

—Me habló de los mensajeros, igual que acabas de hacer tú.

—¿Qué? —exclamé, sin poder creer lo que acababa de decirme.

—Me contó que nuestro linaje era el único capaz de ver a algunos de los cancerberos, aunque no me explicó el motivo.

Me cubrí la boca con las manos, incapaz de creer lo que estaba escuchando. Entonces, ¿la historia de Dante era verídica? A pesar de todas las evidencias, había guardado la esperanza de que fuera una invención con una explicación poco convencional, un truco de magia o la hazaña de un ilusionista. Pero con lo que Margot me estaba contando era imposible creer otra cosa que no fuera lo que él me había explicado.

Mi prima parecía tan perturbada como yo por lo que me estaba contando. Encendió una luz más, como si la oscuridad que nos rodeaba nos estuviera acechando.

—Lo peor de todo fue lo que me dijo después —me confesó—. Aún a día de hoy no estoy segura de que no fuera un desvarío, Sibila.

—¿Qué te dijo? —la apremié.

Vi la duda en su mirada, sabía que fuera lo que fuese lo que iba a decirme iba a doler, aunque nada me preparó para lo que vino.

—Comenzó a llorar y a gritar el nombre de tus padres.

Me tembló el labio y me aferré a la copa como si fuera lo único que me anclaba a la tierra. Mi

prima me miró con precaución, insegura sobre si debía seguir. Al final, logré asentir para que continuara con su relato.

—Empezó a nombrar a una organización secreta, Aeterna. Dijo que ellos eran los responsables de lo que les había pasado a tía Emilia y tío Jorge. Que jamás deberían haber confiado en ellos. Que quizá si hubieran hecho caso de los mensajeros, ahora estarían vivos. Que no veía el momento de volver a reunirse con su hijo y su nuera en el más allá para pedirles perdón.

Me derrumbé en la silla y Margot vino corriendo a mi lado. Me abrazó mientras sollozaba sobre su hombro.

—No debería habértelo contado —se lamentó contra mi pelo—. Sabía que te afectaría demasiado.

—¿Llevas años guardando un secreto así? —mascullé.

Margot me miró con los ojos impregnados de dolor y me tomó el rostro entre las manos.

—No creí que nada fuera cierto y no le vi el sentido a hacerte pasar un mal trago así para nada. Pero si esta historia es cierta… lo que me dijo la abuela no fue un desvarío a causa de su enfermedad.

Tragué saliva y miré a mi prima con la firme decisión de terminar con la vorágine de desgracias que asediaba a mi familia.

—Descubriré quiénes se esconden tras Aeterna, y te aseguro que si fueron ellos los responsables de la muerte de mis padres, los haré pagar.

CAPÍTULO 15

Esa noche mis pesadillas fueron especialmente virulentas. Sentí las manos de mi madre enredándose en mi cabello como si estuviera conmigo de nuevo; noté los golpes del carruaje contra mis huesos como si el accidente estuviera ocurriendo en ese mismo instante; me quedé sin aliento al descubrir los ojos vacíos de mi padre reflejados en el cristal. También lo vi a él, al desconocido que me ayudó. Solo que su rostro desdibujado por el paso de los años comenzó a tomar forma a una velocidad vertiginosa. Los rasgos borrosos terminaron convirtiéndose en unos ojos oscuros y en unos pómulos elevados que enmarcaban una boca apretada en un rictus silencioso. Uno que ya había visto antes. Dante me tendía la mano para sacarme de debajo del carruaje con un gesto imperturbable, como si no me conociera. Quería hablar, preguntarle qué hacía en mis recuerdos, pero no me salía la voz. De pronto no podía moverme, como si unas cuerdas invisibles me estuvieran apresando. Lo miré aterrada, pero él continuó observándome sin inmutarse.

Me desperté sobresaltada, con el pecho subiendo y bajando a una velocidad fuera de lo normal. Las sábanas estaban revueltas, probablemente había dado más de una vuelta en la cama. Me cubrí la cara con las manos, agobiada. ¿Era Dante quien se había llevado a mis padres? ¿Era ya un mensajero cuando yo era niña? ¿O era mi mente jugando conmigo? Miré por la ventana: ya estaba amaneciendo. Llevaba días sin conciliar el sueño y Margot lo sabía, así que la noche anterior me había hecho prometerle que intentaría descansar. Supongo que en algún momento me venció el cansancio y una vez mi cuerpo se había relajado, mi mente había comenzado a atormentarme con imágenes del pasado.

La ansiedad por el estado de mi abuelo me arañaba el pensamiento, y lo que le había ocurrido a mis padres me perseguía todavía más ahora que había descubierto que quizá no había sido un accidente. No podía seguir con esa incertidumbre. La única persona que podía arrojar algo de luz a mi situación no se encontraba en casa, así que decidí acudir a la fábrica para encontrarme con Dante. Tenía muchas cosas que contarme todavía y, si lo mantenía entretenido, no podría llevarse el alma de mi abuelo, ¿no? Me coloqué uno de los conjuntos que solía llevar a la oficina: un vestido beige de algodón con puntillas en la zona del cuello. Era elegante pero lo suficientemente cómodo como para moverme entre los telares si era necesario.

Bajé hasta la cocina. No había nadie, así que me limité a tomar una de las tostadas con embutido que Dolores había dejado preparadas. No fui capaz de terminarla; tenía el estómago cerrado y lo único que aceptó fue una taza de café.

Cuando entré, Dante estaba mirando los informes trimestrales. Al ver que alguien entraba sin llamar, había alzado la vista extrañado. Sin embargo, cuando comprobó que era yo, su rostro cambió a la sorpresa más absoluta. Se puso en pie, como si fuera lo que un caballero debía hacer ante una dama, aunque yo sabía que no lo había hecho por eso, sino por la inquietud de verme después de todo lo que me había contado. Puede que creyera que nunca más me acercaría a él.

—No te esperaba —dijo sin aproximarse—. Pensé que estarías con tu abuelo.

—He estado pensando —repliqué dando un paso hacia él—. Quiero saber más sobre la organización de la que me hablaste.

Dante miró hacia la puerta con un gesto nervioso. Al final, avanzó hasta ella y echó el cerrojo. No negaré que me inquietó quedarme encerrada con él en la oficina, pero traté de apartar

ese pensamiento rápidamente.

—Es mejor hablar de esto en privado —me explicó, quizá al percatarse de mi incomodidad.

Me limité a asentir y volverme hacia él, que había quedado a mis espaldas. De pronto me pareció mucho más imponente de lo que recordaba: alto y oscuro. Pensé que era un digno representante de la muerte, que quizá por eso lo habían elegido. Carraspeó al sentirse observado.

—Aeterna —reconduje mi discurso—, ¿quiénes son?

Dante soltó un bufido.

—Si lo supiera, ya no existirían.

Sentí un escalofrío ante lo implícito de sus palabras, pero no pregunté a qué se refería exactamente.

—¿No tienes ninguna pista?

Dante se dirigió hasta el pequeño aparador que se encontraba en un rincón de la sala y tomó una copa para servirse un brandy. Últimamente todos parecíamos necesitar un poco de ayuda etílica para sobrellevar la situación. Incluso él.

—¿No es un poco pronto para eso? —solté sin pensar.

Dante me fulminó con la mirada.

—El alcohol se elimina rápidamente de mi organismo, del mismo modo en el que no me afectan las heridas —me explicó—, pero quiero pensar que me relaja.

—¿No puedes emborracharte?

Apretó las mandíbulas.

—No —contestó después de una pausa demasiado larga—. Ni siquiera me dejaron ese consuelo.

Me mordí el labio, porque no sabía qué decir frente aquello. No tenía ni idea de cuál era su pasado ni cómo había terminado siendo lo que era, pero no creí que fuera el momento oportuno para preguntar. Tampoco parecía dispuesto a querer contar demasiado sobre sí mismo.

—Que nosotros sepamos, Aeterna se remonta a la edad media, aunque es posible que ya existiera en periodos anteriores, quizá en la antigua Grecia. Es difícil de saber a estas alturas, pero hay registros sobre grupos de gente que buscaba la vida eterna desde el inicio de los días. Supongo que es un tema que ha fascinado a la humanidad desde el principio: la piedra filosofal, el cáliz de la vida eterna, la fuente de la juventud… Se han vertido ríos de tinta y sangre sobre esos objetos, pero nadie ha dado con ellos.

—¿Cómo estás tan seguro de que no los han encontrado?

Dante se echó a reír.

—Porque todo son cuentos, Sibila. No existen, y te aseguro que los mensajeros cumplimos escrupulosamente con nuestro trabajo: la muerte no se olvida de nadie.

Tragué saliva al pensar en el abuelo, pero aparté esa idea para ser capaz de seguir conversando.

—Lo cierto es que no sabemos cómo Aeterna se enteró de nuestra existencia. Suponemos que algún mensajero habló más de la cuenta, igual que estoy haciendo yo ahora —chasqueó la lengua en un gesto demasiado sensual—. Los mortales podéis llegar a ser increíblemente persuasivos cuando queréis.

Me ruboricé ante la intensidad de su mirada.

—¿No temes que intente contactar con ellos?

Sus ojos se volvieron todavía más negros y, aunque no se movió del sitio, me asusté. ¿Por qué diablos le había dicho aquello? No tenía la más mínima intención de colaborar con nadie,

pero mi boca parloteaba sin sentido.

—Que me traiciones es una posibilidad que he contemplado desde que te conté la verdad.

Su sinceridad me pareció arrolladora, igual que las palabras que había empleado. Para traicionar a alguien, se debía tener una relación estrecha y de confianza. ¿Era eso lo que teníamos?

—No… no quería decir eso —me apresuré en aclarar—. Estoy nerviosa.

Dante se relajó y me dedicó esa sonrisa torcida que no solía prodigar en los salones de baile.

—La cuestión es que Aeterna tiene una ligera idea de quiénes somos nosotros, así que estamos en desventaja. Intentan cazarnos como si fuéramos grandes presas, incluso ponen precio a nuestras cabezas. Hace unos años asesinaron a uno de mis compañeros, y se armó un buen revuelo.

—¿Qué ocurrió? —pregunté, sin poder acallar mi curiosidad.

—No murió nadie durante meses en una zona bastante amplia, hasta que otro de nosotros se ocupó de la zona. La gente comenzaba a hacerse preguntas y la situación llegó a ser bastante insostenible.

—Entonces, ¿han descubierto quién eres? —pregunté con cierto temor.

Puede que Dante me hubiera robado parte de la dirección de la empresa y poblara mis pesadillas, pero por algún motivo no deseaba que le ocurriera nada malo.

—Eso me temo.

Apreté los labios, tensa.

—¿Está preocupada por mí, señorita Armengol? —quiso quitarle importancia con su tono bravucón, pero sabía que en realidad le inquietaba.

—No —mentí—, se supone que no puedes morir, ¿no? ¿Por qué habría de estarlo?

Dante me sonrió sin un ápice de diversión.

—Existen formas —me confesó—, pero no seré tan estúpido como para contártelas.

Arqueé las cejas y me crucé de brazos, ofendida.

—No pensaba hacerte daño —espeté.

—Por si acaso. ¿Quieres? —Me ofreció un vaso de brandy.

Dada la complejidad de la conversación que estábamos teniendo, decidí apurar la copa con unos cuantos tragos.

—Es usted una muestra de recato y finura, señorita Armengol —soltó con una carcajada.

Era la primera vez que lo escuchaba reír, y ese sonido hizo que algo dentro de mí bailara; puede que simplemente fuera el brandy en mi estómago vacío. En contra de mi voluntad, terminé sonriéndole.

—Mucho mejor así —dijo—, detesto verla triste.

Tomé aire y tragué saliva ante la intimidad que mostraban sus palabras. Me sentía incapaz de mirarle ahora, temía lo que me encontraría tras esos ojos oscuros. ¿Cómo era realmente Dante de Fosco cuando se quitaba esa coraza de impasibilidad?

—He soñado contigo —dije de pronto.

—Vaya, no esperaba que el alcohol te nublara el juicio tan rápidamente —se burló.

Enrojecí hasta el inicio de mi melena oscura.

—¡No es lo que crees! Verás…

Enmudecí al verme incapaz de contarle más sobre el accidente en el que habían muerto mis padres. Me costaba hablar del tema y las palabras solían quedarse atrapadas en mi garganta cada vez que intentaba recordar ese día. Me armé de valor con un par de inspiraciones y logré

recuperar la voz:

—Mi madre y mi padre murieron cuando era una niña. —El rostro de Dante se volvió serio —. El carruaje en el que viajamos perdió una rueda y terminó estrellándose. Yo estaba con ellos.

Estaba temblando y Dante se acercó a mí. Me tomó las manos entre las suyas y enseguida comencé a sentir una calma extraña y reconfortante. Me pregunté si era él quien estaba haciendo eso o si su mera cercanía me relajaba.

—Creo… creo que te vi —terminé diciendo.

Alcé los ojos hasta los suyos, tan oscuros que podrían absorberme.

—¿Eras tú? ¿El hombre que me sacó de debajo de los escombros?

Lo vi tragar saliva y cerró los ojos. Al final asintió. Apreté los puños con tanta fuerza que me clavé las uñas en las palmas. Me zafé de él y lo miré como si me hubiera abofeteado.

—¡Tú me los arrebataste! —grité, incapaz de contener la ira.

Llevaba años maldiciendo la injusticia de haberme quedado huérfana tan pronto, de que me lo hubieran quitado todo siendo tan sólo una niña. Y ahora tenía frente a mí al responsable, a la persona que se los había llevado antes de tiempo. Mis padres no me verían sacar el negocio adelante, no me verían casarme, no conocerían a sus nietos. Y todo por su culpa. Dante dio un paso hasta mí y trató de calmarme cogiéndome por los hombros, pero continué retrocediendo hasta que mi espalda impactó contra la puerta.

—¿Por qué? ¡Eran buenas personas!

Dante se frotó la cara, sobrepasado por mi reacción. Podía ver en sus ojos que no sabía cómo reconducir la situación. Puede que no tuviera solución.

—Lo siento mucho, Sibila —dijo—, te aseguro que yo no tengo ni voz ni voto en esto.

—¿Cómo que no? ¡Puedes decidir no hacerlo!

Dante negó, exasperado.

—No puedo desobedecer a la muerte —explicó—, no tienes ni idea.

No pude contenerme, me abalancé sobre él y lo empujé. Apenas logré moverlo del sitio.

—Golpéame si vas a sentirte mejor.

Mis ojos se llenaron de lágrimas, porque la verdad era que nada lograría deshacer el nudo que se me había formado en el estómago. No soportaba estar en su presencia.

Me volví y abrí el cerrojo que nos había mantenido encerrados.

—Aléjate de mí y de mi familia —le espeté antes de salir corriendo.

CAPÍTULO 16

Por suerte Dante respetó mis deseos y cuando yo acudía a la oficina, él no estaba allí. No es que pudiera encerrarme demasiado tiempo en mi despacho dado el estado delicado del abuelo, pero de vez en cuando me acercaba a la fábrica para ver cómo seguía el negocio. Al principio, creí que Dante había dimitido y por eso nunca andaba por allí, pero pronto me di cuenta de que, simplemente, trabajaba cuando yo no estaba. Lo descubrí gracias a pequeños detalles: cartas enviadas en mi ausencia, informes que se habían completado de la noche a la mañana, portafolios que se movían de lugar y bolígrafos que cambiaban de portalápices de manera mágica. Excepto ese rastro casi invisible de su paso por la oficina, Dante tenía bastante talento para evitarme, y llegué a preguntarme si de algún modo era capaz de detectar mi presencia.

Esa tarde acudí a la fábrica cuando empezaba a caer la noche. Me había pasado el día junto al lecho del abuelo, y Margot me había obligado a hacer algo para despejarme. Supongo que se refería a que hornease unas galletas o leyera un libro, y no a que saliera de casa a aquellas horas, pero no había protestado al ver que, por lo menos, le hacía caso y me levantaba de la butaca. Lo cierto es que me costaba dejar solo al abuelo; sentía que, si me alejaba por mucho tiempo, lo estaba abandonando. «Él no querría verte así: triste y agotada», insistía Margot. Entonces yo le replicaba que ella tenía la misma pena que yo reflejada en el rostro. Luego nos dábamos un abrazo y continuábamos velando al abuelo en silencio. Sin embargo, esa tarde me encontraba más angustiada de lo habitual y estaba convencida de que si no salía a tomar un poco de aire fresco, me volvería loca. No quería que nadie me acompañara, así que le dije a Dolores que pasaría el resto de la velada en la biblioteca.

Cuando entré en el despacho, Dante no estaba allí. Miré hacia su escritorio desierto. Me fijé en que había un montón de documentos desperdigados de cualquier modo sobre la mesa y la pluma colocada descuidadamente sobre uno de ellos; la tinta había calado en el papel y había dejado un enorme borrón. Parecía que había salido corriendo en mitad de la redacción de un informe. ¿Puede que a cumplir un recado de la muerte? Prefería no saberlo. Suspiré y tomé asiento frente a mi mesa para adentrarme en los libros de cuentas.

Perdí la noción del tiempo y, cuando quise darme cuenta, ya era noche cerrada y había comenzado a llover con furia. Miré hacia la ventana y lamenté mi insensatez. Después de que aquel misterioso encapuchado me siguiera unas semanas atrás, me inquietaba la perspectiva de adentrarme en las calles yo sola. Miré hacia el diván. No parecía muy cómodo, pero creía mejor pasar la noche allí que salir afuera en mitad de aquella tempestad. Margot estaría toda la noche con el abuelo y ninguno de los dos notaría mi ausencia; Dolores creía que estaba en nuestra biblioteca, así que tampoco me echaría en falta. Me acerqué hasta un pequeño armario, donde el abuelo había guardado unas cobijas bastante tiempo atrás. Saqué una de ellas y una enorme nube de polvo me envolvió; estornudé un par de veces. La sacudí como pude y la tendí sobre el sofá, mirándola con ciertas reticencias. Iba a tumbarme cuando la puerta del despacho se abrió sin previo aviso. Por un instante pensé que sería Dante, que venía tan a deshora como yo. Sin embargo, me topé con el rostro poco amigable de Luis y de otro hombre al que no había visto nunca; estaba segura de que no trabajaba en la fábrica. Ninguno de los dos parecía sorprendido de encontrarme allí, sino más bien lo contrario. Me envaré, percibía el peligro en los poros de mi piel, como un ácido. Dejé la manta a un lado.

—¿Qué hace aquí, señor Trillo? —le pregunté a Luís, tratando de mantener la compostura.

Él miró de reojo al otro hombre, que dio varios pasos hacia mí. No quería mostrar debilidad, pero reculé hasta que mis talones toparon con las patas aterciopeladas del diván. No era muy alto, pero en sus ojos había una fiereza que asustaba, como la de un animal salvaje. Una cicatriz bastante parecida a la mía le cruzaba la ceja y el ojo, dándole un aspecto macabro.

—No son horas para estar fuera de casa, ratoncita —soltó ese hombre, que cada vez me daba más escalofríos.

Alcé la barbilla y traté de no retroceder más.

—Le ruego que se dirija a mí con respeto.

El tipo soltó una risotada. Miŕe a Luís con la minúscula esperanza de que se diera cuenta de que esa visita me estaba incomodando, pero me sonrió con malicia.

—Una mujer respetable se queda en casa cuidando de su marido y sus hijos —escupió el capataz—; no se dedica a jugar a ser un hombre. ¿Creías que no habría consecuencias? ¿Qué podías echarme como a un perro?

Apreté tanto los puños que las uñas se me clavaron en las palmas de las manos.

—Yo no juego a nada, señor Trillo, tan sólo cumplo con mi deber. Y usted nos estaba robando.

Pero Luis ya no me miraba, sino que sus ojos habían viajado hasta su compañero.

—Toda tuya.

El hombre de la cicatriz soltó otra desagradable carcajada y me agarró de la cintura con decisión. Me atrajo hacia él con tanta fuerza que choqué contra su pecho.

—Tu deber es contentar a los hombres —me dijo demasiado cerca.

Su aliento apestaba a alcohol rancio y tuve que contener una arcada. Subió la mano por mi estómago y se detuvo en mi pecho. Me dedicó una mirada lasciva. Iba a empujarle cuando de reojo vi un brillo plateado en su mano izquierda. Una daga.

—Te enseñaré a tratarnos con respeto —murmuró, lamiéndome el lóbulo de la oreja.

Me mordí los labios para contener el llanto; aquello no podía estar pasando, no iba a permitirlo. Miré de nuevo hacia el arma que apuntaba directamente a mis costillas. Si me movía, probablemente me la clavaría. El hombre me dedicó una sonrisa desentada, sabía lo que estaba pensando, del mismo modo que sabía que no tenía forma de escapar de sus garras. Me agarró con fuerza de la nuca con la intención de besarme, pero entonces escuché un disparo. Tan cerca y tan ensordecedor que rompí el silencio con un grito. El tipo que me había apresado unos instantes atrás se desplomó sobre mí y el diván frenó nuestra caída. Enseguida me di cuenta de que sus ojos ya no miraban a ninguna parte. En su frente se había abierto un surco oscuro. De él empezaron a brotar ríos de sangre, que empapaban mi vestido ante mi mirada de horror. Volví a gritar, incapaz de quitármelo de encima. De pronto, todo aquel peso opresivo desapareció. Alguien lo apartó y lo lanzó a un lado. El cadáver quedó desmadejado sobre el suelo.

—Mierda, mierda —oí que farfullaba Luis desde la entrada.

Intentaba respirar, pero mis pulmones eran incapaces de dejar entrar el aire. Puede que estuviera sufriendo un ataque de pánico. Unas manos firmes me tomaron del rostro y me obligaron a centrar la vista en un punto que no fuera el cuerpo inerte que se desangraba junto a mí.

—¿Estás bien? Sibila, ¡mírame!

Hice un esfuerzo y mis ojos se encontraron con dos pozos negros, que me observaban preocupados. Dante me zarandeó con suavidad para asegurarse de que volvía poco a poco a la calma.

—Respira, tranquila.

Aspiré un poco de aire y por fin logré que llegara a mis pulmones. Me relajé lo suficiente como para mirar hacia la puerta en busca de la presencia amenazante del capataz, pero Luis había desaparecido. Probablemente, nunca volvería a pisar la fábrica. Dante siguió mi mirada y lo vi maldecir por lo bajo.

—Por mucho que corra, ese desgraciado no podrá escapar de mí —masculló una promesa que olía a sangre y muerte.

Al cabo de unos segundos Dante retornó a la calma y volvió a mirarme, pero yo había devuelto mi atención al cadáver. Una fuerte arcada me sacudió y terminé devolviendo lo poco que había comido durante el día. El barón me tendió un pañuelo para que me lavara y me tomó por los hombros para ayudarme a levantarme.

—Será mejor que nos vayamos de aquí —me dijo.

—Pero y el… —no fui capaz de terminar la frase, pero me entendió.

—Mandaré a alguien para que limpie todo esto.

Se me revolvieron las tripas de nuevo al comprobar con qué facilidad hablaba de los muertos. Después de todo, ese era su trabajo, ¿no?

A pesar de que seguía furiosa con él por quién era y por todo lo que le había hecho a mi familia, me dejé conducir hacia el exterior. Dante sacó un paraguas y me cubrió con él para protegerme del diluvio en el que estaba sumida la noche. No protesté cuando me agarró del brazo para refugiarse junto a mí, ni cuando me dirigió con suavidad por las calles de Barcelona hasta el palacio Recasens. Estuve a punto de negarme a entrar en su casa; no quería saber nada de él ni de su trabajo con la muerte, pero no tenía fuerzas para luchar contra nada más. Así que lo seguí cuando me adentró por uno de sus enormes pasillos hasta la sala de estar que ya había visitado otra noche turbulenta.

—Déjame verte —me dijo, analizándome de arriba abajo.

Sabía que era el doctor el que ahora tenía frente a mí. Revisó mi tobillo que, aunque menos hinchado, seguía dándome malas noches. Lo vi suspirar, pero pareció aliviado cuando terminó el examen.

—Por lo menos he llegado a tiempo —murmuró más para sí mismo que para mí.

Entonces entró esa anciana, Roberta. Era menuda y muy delgada y, a pesar de parecer tan frágil, sostenía con firmeza una bandeja con una tetera humeante. Llevaba un camisón y una bata de lana escocesa. No me pasó por alto que la calidad de sus ropas distaba mucho de la de una sirvienta habitual, pero no me cupo duda de su función en cuanto bajó la cabeza ante Dante, con un respeto que rayaba la predilección. Aun así me pareció extraño que no hubiera llamado a la puerta, ni hubiera esperado a que le dieran paso para entrar en el salón.

—Les he traído algo caliente —dijo con una voz aniñada que no iba para nada acorde con su imagen.

Desapareció de la sala en cuanto depositó la bandeja sobre la mesa y yo me quedé allí quieta y destemplada, bajo las miradas inquisitivas de los retratos que decoraban las paredes. Me fijé en la tetera; supe por su aroma que era una infusión de frutos rojos. Dante me sirvió una taza y di un par de sorbos. El líquido caliente atravesó mi pecho y me devolvió un poco a la vida. Después de unos minutos en silencio, me decidí a romper la quietud que nos había envuelto.

—¿Cómo lo haces para aparecer siempre en el momento adecuado?

Dante se sentó junto a mí, mucho más cerca de lo que acostumbraba, como si quisiera asegurarse de que no volvía a ocurrirme nada en su ausencia.

—He recibido una notificación —contestó incómodo.

—¿Una notificación? —pregunté extrañada.

—Sí, de la muerte.

Tragué saliva, sin llegar a comprender del todo lo que me estaba diciendo.

—Hoy tendrías que haber muerto, Sibila —me aclaró.

Me cubrí la mano con la boca, horrorizada por lo que acababa de decirme.

—Entonces, ¿piensas llevarme contigo al más allá?

Dante se humedeció los labios y se cruzó de brazos, puede que ofendido por lo que implicaban mis palabras.

—No, si no lo he hecho las otras veces, ¿qué te hace pensar que voy a hacerlo ahora?

—¿Qué otras veces? —quise saber, alterada.

Dante cerró los ojos, como si se arrepintiera de haber hablado demasiado.

—Dios mío, ¿te refieres al atropello de ese carruaje? ¿O a la persona que me seguía?

El barón resopló, rindiéndose a tener que contarme un poco más de todos los secretos que guardaba.

—Me refiero a ambas. Incluso a la lámpara de araña que iba a caerte encima cuando nos conocimos.

Lo miré negando con la cabeza. No podía ser. Él mismo me había dicho que la muerte era algo ineludible. Todos debían morir cuando llegaba su hora.

—¿No se supone que los mensajeros no podéis desobedecer a la muerte?

Se lo pregunté furiosa, pensando en mis padres, en mi abuela. Si realmente podía evitarlo, ¿por qué se llevaba a personas inocentes? ¿A la gente que más amaba en este mundo? Dante se pasó la mano por una barba incipiente y me di cuenta de que no tenía buen aspecto. Parecía que había dormido poco durante los últimos días. ¿Había estado trabajando de noche para evitarme?

—Y no podemos —sentenció.

Lo miré espantada.

—¿Eso significa que vas a matarme? —mi voz sonó mucho más aguda de lo que pretendía.

De pronto vino a mi mente la letalidad con la que había eliminado al tipo que intentaba forzarme. No le había temblado el pulso entonces. Él me miró con hastío.

—Creo que ha quedado claro que no pienso hacerlo —replicó, poniéndose en pie—. Puedes alojarte en una de las habitaciones de invitados. Sé lo que vas a decirme y, a pesar de que entiendo que te encuentras en una situación familiar delicada, lo mejor es que no regreses a casa en una temporada.

—Pero… —iba a elaborar una larga lista de objeciones; sin embargo, Dante me detuvo alzando el dedo índice.

—Cada vez está más claro que alguien quiere acabar contigo. Puede que Aeterna en realidad no sepa nada sobre mí. De momento, este nuevo ataque ha sido para ti, así que si de verdad quieres proteger a tu abuelo y a tu prima, mantente alejada de ellos hasta que todo se aclare y sepamos qué está pasando.

Me mordí el labio inferior en un puchero algo infantil, pero no volví a replicar. Tenía razón. Si alguien estaba atentando contra mi vida, sería mejor que no estuviera cerca de Margot y del abuelo.

—Dame papel y una pluma.

Dante frunció el ceño.

—¿Para qué?

—No tengo intención de clavarte la estilográfica, si es lo que temes —repliqué, volviendo por un momento a nuestro juego habitual—. Supongo que tendré que avisar a Margot de que soy tu invitada.

Dante abrió mucho los ojos.

—¿Piensas decirle la verdad? Si se descubre que estás alojada en mi casa sin carabina, tu reputación se verá dañada para siempre.

Pensé en Roger y por un instante sentí una punzada de culpa. No quería que pensara que estaba interesada en otro hombre, y mucho menos en el turbio barón de Barcelona.

—Margot no dirá nada.

Dante terminó asintiendo.

—Está bien. Te enseñaré tu habitación.

Se trataba de una alcoba tan majestuosa como el resto de la casa, aunque los tonos no eran tan oscuros. Las ventanas estaban cubiertas por suaves visillos, casi translúcidos; durante el día debían de dejar pasar enormes cantidades de luz. Sin embargo, ahora la estancia se encontraba alumbrada por un candelabro de hierro forjado con cenefas intrincadas, que apenas lograba aportar iluminación suficiente como para apreciar los detalles de los muebles de color claro, tallados con madera de limón pulida. Algunos tenían motivos florales, otros lucían el ostentoso escudo del linaje Recasens como única decoración. No había cuadros, ni una biblia en la mesita de noche, como se acostumbrara a encontrar en la mayoría de las casas que visitaba. Me llamó la atención no encontrar tampoco ningún crucifijo ni un reclinatorio para rezar. Miré a Dante, que se encontraba en el umbral cruzado de brazos. Puede que él tuviera más información de lo que nos esperaba después de la muerte, y a pesar de no ser especialmente creyente, la ausencia de motivos religiosos me inquietó.

—¿No tienes siquiera un rosario?

Dante arqueó una ceja y torció el gesto en una mueca.

—No te hacía una ferviente devota —replicó con sorna.

—Y no lo soy —contesté—, pero me pregunto si acaso tu evidente ausencia de fe no significará que sabes lo que nos espera después de la muerte.

Dante se puso muy serio de pronto y el amago de diversión desapareció de su rostro por completo. Dio un paso hacia mí, y la estancia que me había parecido enorme unos instantes atrás se me asemejó ahora a una cajita de música en la que yo era la bailarina atrapada.

—Nadie sabe lo que sucede después —susurró con tono oscuro—, ni siquiera nosotros.

—¿Entonces? ¿Por qué no te he visto nunca en la iglesia?

Aunque detestaba ir, Margot y el abuelo se empeñaban en acudir a misa todos los domingos; decían que si no habría habladurías en el pueblo.

Dante se echó a reír sin ganas y clavó esos ojos oscuros en mí; tuve la sensación de que me atravesaba.

—¿De qué serviría? Si existe un cielo, te aseguro que hace mucho que sus puertas se cerraron para mí.

Tragué saliva ante semejante declaración, y no me atreví a preguntar. Dante debió de percibir mi inquietud, porque deshizo el camino hasta la puerta.

—Te dejaré para que descanses. Si hay cualquier problema, estoy en la habitación de al lado.

Dicho esto, dio media vuelta y cerró tras de sí. Lejos de tranquilizarme, su última declaración me puso todavía más nerviosa. ¿Cómo iba a dormir pensando que se encontraba al otro lado de

un simple muro?

CAPÍTULO 17

Después de una infinidad de vueltas, conseguí dormir. De hecho, descansé mejor de lo que lo había hecho en mucho tiempo. Puede que fuera la seguridad de saber que, mientras Dante se encontrara allí conmigo, no podría llevarse al abuelo. O quizá fuera el mero hecho de saberme segura ante su cercanía. Me había dejado muy claro que no pensaba obedecer a la muerte en cuanto a mi hora se refería, aunque no conociera muy bien los motivos. Le había dado bastantes vueltas a la posibilidad de preguntarle por qué lo hacía, pero preferí no hacerlo. ¿Y si cambiaba de opinión? ¿Qué me esperaría en el más allá? No me sentía nada preparada para morir.

En cuanto desperté me percaté de que, efectivamente, los visillos dejaban pasar la luz diluida del sol de invierno. Los muebles mostraban franjas doradas con una nebulosa de partículas en suspensión; tenía la sensación de encontrarme en uno de los cuentos de hadas que me contaba la abuela cuando era sólo una niña. Descubrí que en el alféizar de la ventana había montones de plantas y que en un rincón de la habitación se encontraba un estante repleto de novelas. Muchas de ellas me provocaron escalofríos: *Drácula, Frankenstein o el moderno Prometeo, El hombre invisible*. Tuve que reconocer que me parecían más que adecuadas para alguien como él.

Miré hacia el vestido que había dejado sobre la silla la noche anterior. No tenía muy buen aspecto, arrugado y manchado de la sangre de aquel indeseable que me había atacado en el despacho. Resoplé y bajé la mirada hacia las enaguas que habían hecho las funciones de camisón. No podía bajar así a desayunar si no quería desatar un escándalo. Tampoco me veía capaz de ponerme de nuevo ese amasijo de sangre e inmundicia. Quizá pudiera escabullirme por la casa hasta dar con algo que ponerme sin que Dante se cruzara en mi camino. Con mucha cautela de no hacer ruido, abrí la puerta de mi cuarto y asomé la cabeza para ver si había alguien en el pasillo: estaba desierto. Sin embargo, una caja de una dimensión considerable a los pies de la puerta llamó mi atención. Había una nota en ella con mi nombre escrito. Sin demorarme en leerla, tomé el paquete y volví a encerrarme en la habitación, a salvo de cualquier mirada. Abrí el diminuto sobre y me encontré con un papel de carta con un puñado de letras elegantes.

He imaginado que necesitarías algo que ponerte. Es todo tuyo.

Dante

Abrí la caja y me encontré con un precioso vestido de color blanco roto, tan delicado que me dolía pensar que me lo pondría solamente para andar entre esas cuatro paredes. Había llegado a la conclusión de que lo más sensato era no salir a la calle si no quería que alguien atentara de nuevo contra mi vida. Me vestí con cuidado y me recogí el cabello, algo enmarañado, en un recogido alto. Algunos tirabuzones oscuros decidieron escapar del moño, pero pensé que tampoco tenía importancia, así que salí de la habitación decidida a comer algo. Mis tripas rugían con la fuerza de un león.

Bajé hasta el piso de abajo y me sorprendió encontrar la casa vacía. No me había topado con nadie más a parte de Roberta en ninguna de las ocasiones en las que había estado allí, así que sospechaba que Dante no tenía más servicio. Darme cuenta de que vivía prácticamente solo en un lugar tan inmenso me generó una mezcla de miedo y tristeza. ¿De veras no tenía a nadie con quién hablar después de una jornada difícil? ¿Cómo descargaba sus frustraciones?

Al no ver ni rastro del barón ni del ama de llaves por ninguno de los salones y bibliotecas de la casa, decidí servirme yo misma un desayuno. Me dirigí a la cocina y abrí la ventana para ventilar un poco. Corté un par de rodajas del pan que encontré sobre la encimera —seguramente horneado por Roberta—, y lo acompañé con algo de fiambre. Descubrí que Dante me había dejado otra nota junto a la cafetera.

He ido a la fábrica. No salgas sola. Volveré pronto.
Dante.

Bufé al leer la carta. Me imaginé el panorama que se habría encontrado en el despacho y me invadió un escalofrío. Había dicho que se encargaría de que alguien recogiera el cadáver, pero habría que limpiar la alfombra y el diván a consciencia. ¿Tenía gente que le hacía trabajos como aquellos? ¿Qué clase de hombre tenía ese tipo de contactos? «Uno peligroso», me dije, y no pude evitar recordar lo que me había confesado la noche anterior. Que nunca iría al cielo, si es que existía.

Me serví una generosa taza de café y me senté a la mesa, absorta en mis pensamientos. Dejé que mi vista vagara por el bonito jardín que se veía desde la ventana. Ya nada tenía que ver con el lúgubre bosque abandonado que me había encontrado allí la primera noche. Tampoco parecía el mismo palacio. Ya no quedaba ninguna ventana tapiada ni una pizca de descuido. Me pregunté si se encargaría el mismo Dante de realizar todas las tareas en la casa; me pareció una labor agotadora y poco habitual para un barón, pero supongo que él no era alguien normal. Me lo imaginé cortando los rosales, recorriendo los pasillos con ojo crítico, retirando tablones y viejas maderas; apartando muebles carcomidos y sustituyendolos por detalles sencillos y cuidados.

De pronto escuché un aleteo y vi al búho plateado en la ventana. Di un brinco al recordar que tenía muy poco de pájaro y mucho de humano. Sus ojos grises brillaron con un punto de diversión y, justo un instante después, se transformó frente a mí, en una nube de pluma y brisa. No pude evitar soltar un grito poco elegante cuando me encontré frente a mí con un hombre bastante alto y completamente desnudo.

—Buenos días —dijo, como si lo que acababa de ocurrir fuera de lo más normal.

Debía de tener algún tipo de gusto perverso por pasearse sin ropa frente a damas inocentes como yo. Por suerte, desapareció de mi vista y regresó al cabo de poco tiempo con una camisa y unos pantalones puestos. Fui incapaz de saludarle. Me quedé quieta, con la taza de café humeante todavía entre mis dedos. Lucien, que era como me había dicho que se llamaba la única vez que habíamos hablado, se acercó hasta mí y tomó la cafetera que todavía descansaba junto a mí para servirse una taza.

—Supongo que el otro día no empezamos con buen pie —dijo—, no quería asustarte.

Me relajé un poco, quizá no fuera peligroso, a pesar de sus rarezas. Intenté borrar de mi mente la imagen que acababa de ver y componer alguna frase coherente:

—No debí llamarte mascota.

Se echó a reír y me di cuenta de que había un timbre inusual en su voz, algo poderoso y poco humano.

—No, no debiste —me advirtió—, pero no soy rencoroso.

Le dediqué una sonrisa forzada y di un par de sorbos del café, porque no sabía qué otra cosa hacer o decir. Después le di un bocado a la tostada. Notaba cómo Lucien me estudiaba con

curiosidad, como si supiera cosas que nadie más sabía.

—Debes de valer mucho la pena —soltó de pronto—, para que Dante te esté protegiendo así.

Fruncí el ceño y lo miré molesta.

—Quizá se siente culpable por haberse llevado a gran parte de mi familia.

Lucien pareció divertirse con mi comentario, porque chasqueó la lengua con una sonrisa descarada.

—Dante no es especialmente sensible, cariño. Tendrá otros motivos para desobedecer a la muerte.

Me sentí atacada y de pronto recordé lo que el barón me había contado sobre su cancerbero y la función que tenía en este mundo.

—En todo caso, ¿no se supone que tu deber es avisar a la muerte si se incumplen sus órdenes?

Supe que había dado en el clavo cuando Lucien desvió la mirada hacia la ventana. Frunció los labios en una línea tan fina como el filo de un cuchillo.

—Así que el temible cancerbero está encubriendo a su protegido.

Lucien me fulminó con la mirada y temí haberme propasado. ¿Por qué reaccionaba tan temerariamente cuando me sentía acorralada?

—No es tan simple. —Lucien dio un buen sorbo de su bebida y miró hacia el horizonte, como si estuviera buscando algo—. Hace demasiado tiempo que lo conozco.

Bajé la guardia un poco y me relajé. No pude evitar seguir preguntando por su curiosa relación.

—¿Cuánto es demasiado tiempo?

Lucien sonrió como si le diera un poco de lástima una simple humana como yo, con sus preguntas mundanas.

—Dante lleva más de ochenta años siendo mensajero, y he estado guardando sus espaldas desde entonces.

—¿Ochenta años? —casi grité.

Era más que evidente que Dante no tenía ochenta años. A lo sumo llegaría a treinta. De repente me vino a la mente la imagen del hombre que me había rescatado de debajo de los restos del carruaje cuando era una niña. Hacía semanas que había asumido que se trataba de Dante, y él mismo me lo había confirmado. Pero no me había hecho la pregunta clave: si de aquello habían pasado más de quince años, ¿cómo era posible que tuviera exactamente el mismo aspecto?

—No envejece…

—No. Es parte de su condena: no estar ni vivo ni muerto.

Dante ya me lo había dicho, pero no había comprendido del todo la magnitud de lo que significaba. Estaba atrapado en el limbo entre la vida y la muerte para siempre.

—¿Por qué la muerte lo condenó a algo así?

Me costaba imaginar que hubiera cometido un crimen tan terrible como para que no se le permitiera disfrutar de la compañía de nadie a largo plazo. Vería morir a cualquier amigo o amante, a toda su familia. Incluso puede que fuera él mismo quien se los tuviera que llevar. Y si no podía soportar aquella existencia, tampoco podría ponerle fin. Porque era inmortal. Me parecía demasiado cruel.

—¿Qué hizo? —insistí al ver que Lucien dudaba.

—No me corresponde a mí contártelo.

CAPÍTULO 18

1833, Plantaciones de algodón de los Armengol, Cuba

No estaba del todo seguro de qué estaba haciendo allí. Algunos de sus hombres de confianza le habían advertido del mal genio del viejo Armengol, pero consideraba de muy mal gusto no presentar sus respetos a su vecino más cercano. Al fin y al cabo, Dante era nuevo en esas tierras y tenía que empezar a labrarse una buena reputación. Por mucho título nobiliario y riquezas que tuviera, consideraba que llevarse bien con la gente poderosa nunca estaba de más. Al menos eso era lo que siempre le había inculcado su padre.

Todavía lo echaba de menos.

Gabriel de Fosco había sido un hombre omnipresente y hasta cierto punto controlador, pero siempre lo había envuelto con alas protectoras y le había brindado mucho más amor del que los hombres solían darle a sus hijos. Puede que fuera para que no notara tanto la ausencia de su madre, que había fallecido durante el parto. Ahora, completamente huérfano, Dante no sabía qué hacer con su vida: no le llenaban las fiestas, ni el poder, ni las mujeres. Su único capricho había sido estudiar medicina y Gabriel se lo había concedido sin pensarlo: «Quizá así logres sacarle partido a esa inteligencia que Dios te ha dado, no sólo para los negocios», le había dicho orgulloso. Pero de poco le había servido contra la implacable enfermedad de su padre.

Dante no había podido soportar más el vacío que sentía en su enorme palacio de Barcelona y había decidido emigrar a las Américas. Puede que allí le encontrara algún sentido a su vida, en las tierras donde su padre había nacido. ¿Lograría sentirse más cerca de él al recorrer la tierra cálida y los paisajes frondosos que envolvían su hacienda? No estaba seguro, pero tenía que intentarlo.

Se esforzó por dejar de pensar en lo solo que se sentía y espoleó su corcel negro en dirección a la entrada de la finca de los Armengol, rodeada de una enorme plantación de algodón. Se fijó en las decenas de esclavos que labraban la tierra. No parecían mal alimentados ni presentaban el aspecto lamentable que había presenciado en otras tierras, pero aun así se le revolvió el estómago. Algunos no eran más que niños pequeños, y estaban trabajando de sol a sol sin descanso ni pago. No podía enfrentarse directamente al viejo Armengol ni a ninguno de los terratenientes que se encontraría en la zona; por desgracia, la ley los amparaba, pero intentaría hacerles ver que aquello no estaba bien: todos los seres humanos tenían derecho a la libertad.

Desmontó del caballo y lo anudó en el abrevadero que se encontraba junto a los establos. Apartó la vista de un par de niñas, probablemente mellizas, que recogían algodón con sus pequeñas manos, y llamó a la puerta, tratando de recomponerse. Le abrió una mujer mayor, el ama de llaves a juzgar por su atuendo algo más elegante que el de las doncellas que entreveía por los pasillos de la casa. La mujer no le dedicó una sonrisa amable, sino que lo miró de arriba abajo con hostilidad, como si su presencia fuera una molestia. No parecieron impresionarla ni sus ropas elegantes ni su aspecto de caballero de la capital. La mujer entornó los ojos.

—No esperamos visita —le dijo con una voz ajada por los años y los gritos.

Dante se irguió cuan alto era para intimidarla un poco.

—Soy el nuevo barón de Barcelona, Dante de Fosco. He venido a presentarme formalmente ante el señor Armengol, puesto que voy a ser su nuevo vecino.

El ama de llaves se encogió un poco, pero no cambió su tono.

—El señor no está y no desea visitas —atajó.

Dante iba a dar media vuelta. Era evidente que las habladurías eran ciertas y el señor Armengol no era precisamente amigable, y él no tenía por qué arrastrarse a los pies de nadie. Sin embargo, escuchó una voz suave surgir a las espaldas de la mujer.

—¿Quién es, Bernarda?

El ama de llaves se volvió con un respingo hacia la muchacha que acababa de aparecer en la entrada. Saltaba a la vista que era muy joven, pero no parecía que la mujer la intimidara lo más mínimo. De hecho, le pareció que Bernarda se ponía nerviosa.

—Ah, señorita, está usted aquí.

—¿Quién es? —repitió la joven, decidida a hacerse escuchar.

Dante quedó fascinado por sus enormes ojos verdes, que lo observaban con curiosidad. Unos salvajes rizos negros envolvían su rostro, por lo demás delicado, con una tez que parecía suave como un melocotón y unos labios del color de las fresas. Tragó saliva, porque jamás había visto a una mujer tan hermosa.

—Soy Dante de Fosco —dijo dando un paso al frente—. Su nuevo vecino.

Por algún motivo, no mencionó su título nobiliario. No quería parecer presuntuoso.

La joven le sonrió y Dante se quedó sin aliento al comprobar que podía ser todavía más bella.

—Hágale pasar al salón azul, Bernarda —dijo sin quitarle la vista de encima—, y traiga café y pastas.

—S-sí, señorita —balbuceó el ama de llaves.

—Enseguida estaré con usted, señor de Fosco —zanjó la joven antes de desaparecer con la misma ligereza con la que había aparecido.

El ama de llaves lo guió hasta un salón pequeño pero acogedor. No le costó comprender de dónde venía el nombre de la estancia: las cortinas eran de un vivo color turquesa, y las alfombras y las tapicerías de los divanes se encontraban en alguna tonalidad entre el cian y el lapislázuli. Incluso los muebles, de madera de roble, tenían destellos azules, como si se entrara en una cámara submarina. Bernarda le señaló un butacón adamascado para que tomara asiento y Dante obedeció.

La muchacha no tardó en aparecer. Iba sola, y le llamó la atención que no se hubiera traído una carabina por mera precaución. Era un desconocido, después de todo. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que el ama de llaves no iba a dejarles solos más que unos segundos. Su velocidad para traer café caliente y unas galletas no dejó de sorprenderle.

—No solemos recibir visitas —dijo la chica con jovialidad, sentándose en un sofá frente a él y dando un pequeño mordisco a un barquillo de chocolate.

«No me extraña».

—Supongo que estas tierras están un poco aisladas —terminó diciendo él.

—Sí. —La muchacha dio otro diminuto mordisco y continuó mirándole con esos ojos que parecían esmeraldas—. ¿Y dice que es ahora nuestro vecino?

—El más cercano, creo —replicó Dante con cierto orgullo—. Mi finca está a sólo tres kilómetros.

La muchacha se echó a reír.

—Cualquiera en la capital se echaría las manos a la cabeza al escuchar eso.

—Ya lo creo —confirmó él—. Pero son las distancias normales aquí.

—¡Qué maleducada! —dijo ella de repente—, no le he preguntado si quiere café.

Sin esperar respuesta, la chica se levantó y se abalanzó sobre la bandeja en la que descansaba

la cafetera. La cogió con tanta velocidad que no aseguró bien el agarre y el metal se escurrió de entre sus dedos. Dante iba a detenerla, pero sabía que era tarde cuando escuchó el pequeño grito: se había quemado. El líquido resbaló por la madera y comenzó a gotear sobre la alfombra.

Dante no dudó y se levantó del sillón para examinarla. Tomó sus delicados dedos entre las manos y descubrió una ampolla en uno de ellos. Un líquido transparente comenzó a supurar de la herida.

—No es nada —dijo ella con los dientes apretados.

—Déjeme limpiarla —se ofreció él.

Bernarda, que había corrido también a su lado, se lo impidió.

—No es adecuado que la tome de la mano —lo reprendió.

Dante la fulminó con la mirada.

—Soy médico. Tráigame agua caliente y gasas de algodón para desinfectar —le pidió sin titubear.

El ama de llaves apretó la mandíbula y se retiró un poco, pero no se marchó.

—Por el amor de Dios, Bernarda —le dijo la chica exasperada—, no va a propasarse conmigo.

Cuando la mujer se marchó, ella suspiró aliviada.

—Discúlpela, sólo hace lo que le manda mi padre.

—No tiene importancia.

Y se quedaron solos unos segundos en silencio, esperando el regreso de Bernarda con las manos entrelazadas y las respiraciones desacompasadas; las miradas se volvieron huidizas. Dante decidió centrarse en examinar la herida, porque si seguía mirándola temía cometer alguna imprudencia. Descubrió que, bajo el puño de su vestido, la piel tenía un tono más oscuro. Sin poder evitarlo, levantó la tela con delicadeza y descubrió un cardenal bastante feo, con forma de cepo. Aurora enseguida se percató de la dirección de su mirada, y se apartó de él de un golpe, recomponiéndose la manga. No tuvo tiempo de preguntar, porque la puerta se abrió de nuevo. Sin embargo, quien entró en la estancia no fue el ama de llaves, sino un hombre corpulento con cara de pocos amigos. A pesar de la edad, parecía estar en forma y llevaba sobre el hombro un látigo. Las botas, llenas de la tierra del camino, habían dejado el rastro de sus pasos sobre las baldosas oscuras del suelo del salón. Iba acompañado de dos hombres más jóvenes, que compartían con él los ojos verdes y el mismo cabello azabache que la muchacha. No le costó imaginar que debían de ser su padre —el famoso señor Armengol— y sus hermanos. Dante se puso en pie. Iba a presentarse, pero no le dieron la oportunidad.

—¿Quién es usted y que está haciendo con mi hija?

—Es nuestro nuevo vecino —respondió la muchacha, levantándose también.

La joven dio un paso al frente, como si con su cuerpo delgado y pequeño pudiera interponerse de algún modo entre su padre y Dante.

—No te he preguntado a ti, Aurora.

«Aurora». La muchacha bajó la mirada hasta sus pies y la seguridad que había mostrado hasta ese momento la abandonó por completo. Se encogió sobre sí misma y envolvió su herida con la otra mano, como si prefiriera que su padre no se enterara del incidente.

—Soy su nuevo vecino, Dante de Fosco, barón de Barcelona —dijo al fin.

El señor Armengol pareció relajarse un poco. Al menos, ya no parecía dispuesto a golpearle la cara con el látigo.

—Tan solo venía a presentarle mis respetos —añadió.

El hombre se cruzó de brazos y le dedicó una sonrisa de desdén.

—Muy bien, pues ya lo ha hecho, barón. Ahora puede marcharse de mis tierras.

Dante apretó los dientes para no enfrentarse a él y se volvió hacia Aurora.

—¿Quiere que le cure la herida antes de marcharme?

El padre se envaró inmediatamente y se acercó a su hija con gesto amenazante.

—¿De qué herida habla?

La muchacha se encogió un poco más.

—No es nada, padre, tan sólo una pequeña quemadura.

—Hay que desinfectarla —explicó Dante.

El hombre observó la mano de su hija y terminó accediendo. Bernarda, que acababa de regresar, le acercó un cuenco con agua y gasas. Dante le hizo las curas a Aurora con cuidado. La escuchó tragar saliva cada vez que rozaba su piel. El silencio era tan tenso que Dante se preguntó por qué diablos no había hecho caso de las habladurías por una vez en su vida. Ir allí había sido una de las peores ideas de los últimos tiempos.

—Ya está —dijo en cuanto terminó—. Ha sido un placer conocerlos.

Ninguno de los hombres dijo nada más. La única que mostró un poco de amabilidad fue Aurora, que se atrevió a dedicarle una pequeña sonrisa antes de que se marchara. Dante salió de esa finca con la sensación de haber entrado en un lugar oscuro y profundo, como una mina de paredes pegajosas de la que no se puede escapar.

CAPÍTULO 19

Por algún motivo, Dante no pudo dormir aquella noche. Los ojos de color verdemar de Aurora se le aparecían cada vez que intentaba descansar. ¿Estaría bien? La quemadura no revestía gravedad, pero aun así sentía la imperiosa necesidad de saber que todo seguía su curso natural y sanaba correctamente. Quizá no fuera la herida lo que más miedo le daba, sino la atmósfera asfixiante que había detectado alrededor de la muchacha. Algo le decía que los hombres de aquella casa no eran especialmente amables con ella. Le había parecido una muchacha resuelta, hasta que el señor Armengol había hecho acto de presencia con el látigo en la mano. Se estremeció solo de pensar en lo que podía ser capaz de hacer ese hombre. Había escuchado muchos rumores, y cada vez estaba más seguro de que eran ciertos.

Harto de dar vueltas en el lecho, se puso en pie. La casa solariega que su padre le había dejado en herencia no era ni mucho menos tan grande como la de los Armengol. Era una finca sencilla, con una pequeña plantación de cacao que quedaba muy lejos de ser rentable. No le importaba usar los beneficios de otros negocios para mantenerla. Era un lugar especial para Dante. Podía imaginar a su padre, todavía un muchacho, recorriendo esos mismos terrenos con su fuerza arrolladora. Ahora ya no quedaban más que deudas en aquella hacienda, pero la señora y el señor Hills, los guardeses, se habían encargado de mantenerla durante décadas. Eran mayores, pero trataban cada rincón de la casa y de la plantación con esmero y amor.

—¿No puede dormir? —le preguntó la señora Hills en cuanto lo vio entrar en la cocina a una hora tan temprana.

Era una mujer oronda, con la cara surcada por la experiencia y los años. Todo en ella era amable: los ojos, pequeños y risueños; las mejillas rollizas, siempre enrojecidas por un sol al que su piel inglesa no estaba acostumbrada; la sonrisa, grande y con alguna ausencia.

—Me temo que no me acostumbro al cambio horario —dijo Dante encogiéndose de hombros.

La señora Hills se apresuró en prepararle un té. Detestaba ese brebaje desabrido, pero no quiso herir sus sentimientos pidiéndole café. Se limitó a dar pequeños sorbos, que mezcló con unas pastas recién horneadas que había sobre la mesa.

—Ayer fue a ver al viejo Armengol. —No era una pregunta, y en su tono había algo de advertencia.

Dante dejó el té sobre la mesa y miró directamente a la señora Hills. La conocía desde pequeño, cuando su padre lo había llevado con él de viaje a las Américas alguna temporada. Y nunca le había parecido de las que se metían en asuntos ajenos; de hecho, su padre la tenía en alta estima por su discreción.

—Es un mal bicho —añadió la mujer, sin dejar de fregar una vajilla que ya estaba suficientemente brillante desde hacía un buen rato—. Será mejor que no ande cerca de su casa.

Dante tragó un trozo de pasta, que se le había quedado en la garganta. No era propio de ella hablar así de nadie; parecía algo personal.

—¿Lo conoce usted? —preguntó al fin.

—No me hace falta, con lo que me han contado es suficiente.

Dante asintió, comprendiendo que había escuchado lo mismo que él sobre Armengol.

—Su hija, ¿cree que está bien allí?

La señora Hills torció el gesto.

—Nadie podría estar bien en esa casa.

En vez de amilanarlo, aquella afirmación reforzó su deseo de asegurarse de que Aurora se recuperaba en condiciones. Y puede que, con un poco de suerte, le confesara cómo se había hecho aquellos cardenales en la muñeca.

Se adentró en la finca de los Armengol cuando el sol ya estaba bajo. Había pasado el día hablando con los jornaleros de su plantación, intentando saber si la cosecha de ese año sería algo mejor que las anteriores. Todo apuntaba a que no. Y a pesar de las malas noticias, no había podido dejar de pensar en ella. Nunca había sido un hombre enamoradizo. De hecho, se consideraba racional y bastante analítico. Sin embargo, había algo distinto en aquella muchacha; algo mágico que lo había cautivado. Puede que fuera la sensación de haber encontrado una flor preciosa en mitad de un terreno agreste y solitario.

Dejó el caballo en el mismo abrevadero que el día anterior y se encaminó hacia la puerta principal, con la certeza de que no sería bien recibido por Bernarda ni por ninguno de los habitantes de la casa, quizá con la excepción de Aurora. Para su sorpresa, no fue el ama de llaves quién abrió la puerta, sino una niña de unos once años, que era una reproducción en miniatura de Aurora. Debía de ser su hermana pequeña. La chiquilla no lo recibió con la animadversión habitual de los Armengol, sino con una sonrisa curiosa.

—¿Y quién es usted? —le dijo sin muchos artificios.

—El vecino —respondió él, divertido.

—Ah, el que vino ayer. Padre no estaba nada contento.

Dante no pudo evitar una sonrisa ante tanta naturalidad.

—He venido a ver a Aurora, se hizo una quemadura y quería asegurarme de que se encuentra bien.

La niña le dedicó una sonrisa socarrona, como si en el fondo supiera que sus motivos iban un poco más allá.

—Es muy guapa.

Dante estuvo a punto de ruborizarse, pero se mantuvo firme y fue capaz de sonreír con cierta entereza.

—Sí, lo es.

—Pase, pase. Aurora se encuentra en la biblioteca.

La niña emprendió un paseo bastante acelerado por uno de los enormes pasadizos de la casa. Parecía saber adónde iba, así que Dante la siguió sin preguntar. La niña se detuvo frente a una puerta de madera de caoba, oscura, y se volvió hacia él:

—Está dentro, y Bernarda está en la cocina.

Dante no estaba seguro de qué debía hacer con la información que le acababa de dar la niña. ¿Se supone que le estaba avisando de que tendría unos instantes a solas con su hermana porque Bernarda estaba ocupada? ¿O que tenía que ir a buscar al ama de llaves?

—Tengo que avisar a Bernarda, pero tardaré un poco —resolvió la pequeña con una risita—: la cocina está lejos.

Con esto, la niña dio media vuelta y se marchó por donde había venido, a un ritmo mucho más lento y silbando con alegría. Pensó que no podía ser más distinta a su padre. Dispuesto a no perder ni un momento, Dante puso la mano en el pomo. Si quería que Aurora le contara si su padre le daba problemas, tenía que ser a solas. Abrió la puerta con cuidado. No quería asustarla, así que saludó nada más traspasar el umbral. Ante él se abrió una biblioteca magnífica, repleta de estanterías que llegaban hasta el techo. El ambiente estaba impregnado del olor de las páginas

antiguas y la cera de abeja con la que el servicio pulía la madera. Y algo más. Un perfume a lavanda que, con el tiempo, identificaría con ella. Aurora.

Escuchó ruidos ajetreados, como de alguien que se había puesto en pie de un salto y había dejado caer al suelo varios tomos. Aurora apareció con la respiración acelerada, alisándose el vestido y atusándose el cabello, como si de aquel modo su recogido, bastante desordenado, pudiera cobrar forma. Dante no pudo reprimir una sonrisa. Se había puesto nerviosa. No en el mal sentido. Sus mejillas evidenciaban el rubor, y sus ojos brillaban un poco.

—No le esperaba, barón.

—Llámeme Dante, por favor —le pidió.

Ella bajó la mirada con una pequeña sonrisa.

—Está bien. Soy Aurora, creo que ayer no pude presentarme como es debido.

—Lo sé —dijo él, y dejó de sonreír al recordar el modo en el que el señor Armengol los había interrumpido—. Quería asegurarme de que se encuentra usted bien.

Aurora se miró el dedo, que aún lucía la herida reciente. Se lo enseñó.

—Creo que está bastante bien. Hizo un buen trabajo.

Dante tomó su mano entre las suyas, y sin pensarlo demasiado, levantó la manga que cubría concienzudamente las muñecas.

—¿Cómo se ha hecho estos cardenales, Aurora?

Ella se retiró al instante, como si su pregunta le hubiera quemado tanto como el café. Dante se arrepintió al instante de su osadía. Si quería que le contara la verdad, primero debía ganarse su confianza. Así no hacía otra cosa que asustarla. No pudo reconducir la situación, porque en ese instante Bernarda irrumpió en la biblioteca. Los miró airada, como si Dante la estuviera mancillando en el diván. Por precaución, él dio un par de pasos atrás. El ama de llaves parecía dispuesta a darle con la sartén que llevaba en la mano. La versión pequeña de Aurora apareció a su lado, con una sonrisa que distaba mucho de ir acorde con la situación. Era como si, al crecer entre tanta inquina, fuera incapaz de percibirla. Debía de ser lo normal para ella.

—¿Qué hace usted aquí otra vez?

No le pasó por alto el énfasis que Bernarda puso en las últimas dos palabras, como si el día anterior ya hubiera sido más que suficiente molestia. Dante alzó la barbilla.

—Sólo quería asegurarme de que la señorita Armengol se encuentra mejor.

—Pues ya ve que está estupendamente. Ahora márchese.

—Me gustaría dar un paseo con ella —soltó Dante, sin saber muy bien qué le estaba pasando a su bien conocida prudencia.

Bernarda boqueó un par de veces, como si no pudiera creer su desfachatez. Dante miró a Aurora, para ver qué le parecía la idea. Esperaba encontrarse con una negativa flagrante después de su desatino; sin embargo, la muchacha le dedicó una afirmación casi imperceptible.

—Puedo enseñarle la plantación, si lo desea —dijo Aurora al fin.

—¡Ni hablar! —zanjó Bernarda—. ¿Sin carabina?

—Creo que los cientos de esclavos que tiene padre serán garantía suficiente de que el barón no se propasa conmigo —le pareció detectar desprecio en su voz—. Además, Agnes puede acompañarnos.

La niña, que había presenciado el intercambio de pareceres callada en un rincón, se iluminó.

—¿De verdad?

Aurora le sonrió con afecto.

—Claro.

Bernarda comenzó a refunfuñar, pero la pequeña Agnes se puso frente a ella con resolución.

—Confíe en mí, seré su sombra.

Dante no supo si eso era bueno o malo, pero le enterneció que la niña tuviera tantas ganas de ir con ellos. Seguramente se pasaba el día aburrida, aprendiendo labores del hogar que, de bien seguro, le resultaban soporíferas.

—Está bien. El señor ha salido a zanjar unos asuntos en el pueblo; más vale que estén de vuelta antes de que regrese.

Dante asintió, prometiéndose a sí mismo tener bien vigilado el camino.

La plantación de los Armengol era mucho más vasta de lo que había imaginado. Dante no alcanzaba a ver el final, y ya llevaban más de una hora caminando junto a miles y miles de plantas de algodón; sus flores —que parecían nubes— los envolvían, meciéndose bajo el viento del crepúsculo. Agnes había resultado ser una sombra bastante esquiva. En vez de mantenerse cerca de ellos, se adentraba entre las plantas correteando, persiguiendo bolas de algodón como si cazara mariposas. Así que Dante había logrado que Aurora se relajara, lejos de la opresión de las paredes de su casa. Habían hablado de Cuba y sus paisajes, de la situación política y de Barcelona, donde ambos habían nacido. También de cómo la vida los había llevado hasta aquellas tierras lejanas y exóticas.

—Intento imaginarme a mi padre aquí, siendo feliz cuando era un niño —le confesó Dante—. ¿Cree que es una tontería? A veces pienso que venir a Cuba ha sido una locura sin sentido.

—No diga eso —contestó Aurora—, seguro que logra el sosiego que vino buscando. Este es un lugar cálido y amable con los extranjeros, dese tiempo.

—¿Vino usted aquí siendo una niña?

El rostro de Aurora se ensombreció, y Dante temió haber perdido de golpe toda la confianza que había logrado.

—Sí, tenía nueve años.

—Tengo entendido que su padre tenía un próspero negocio textil en Barcelona.

Dante omitió que había pasado parte de su día indagando en archivos hasta dar con alguna pista sobre su pasado familiar y debía confesar que todo le había resultado un poco turbio. Ella se limitó a asentir, sin dar más información.

—¿Qué los trajo aquí? —terminó preguntando Dante.

Aurora detuvo sus pasos y Dante hizo lo mismo, maldiciendo de nuevo su falta de sensatez.

—La muerte de mi madre.

Y no dijo nada más en un buen rato. Dante tampoco se atrevió a quebrar el silencio que se había interpuesto entre ellos como un muro.

—Disculpe si la he incomodado —se atrevió a decir al fin.

Aurora lo miró y le dedicó una sonrisa triste.

—No sufra, usted no lo sabía. Es un recuerdo doloroso.

—Lo lamento.

Ella asintió y miró hacia el horizonte, como si encontrara sosiego en el punto en el que el sol y los valles se besan, íntimos y a media luz. Uno de los muchos cabellos que habían escapado de su recogido se enarbolaba frente a su rostro. Dante no pudo evitar alargar la mano y retirarlo con cuidado. Sin querer le rozó la mejilla. Era casi tan suave como una de las nubecillas de algodón que los rodeaban. Ella ladeó un poco la cabeza hacia su mano, como si no quisiera que el contacto terminara. Escuchaban las risas de Agnes en la lejanía. Ambos sabían que estaban solos.

Dante se preguntó qué ocurriría si la besaba. Se reprendió por esos pensamientos. Jamás había sido un hombre de impulsos, pero lo que sentía era abrumador. Como si ella estuviera adivinando sus pensamientos, le sostuvo la mirada. Entreabrió los labios, y entonces dijo algo que terminó de desestabilizarlo:

—Mi padre va a casarme.

Dante parpadeó. Porque aunque había dicho pocas palabras, se podían entender muchas cosas: que no era su voluntad, que su padre era quien decidía sobre su vida, que su palabra era sagrada. Que era de otro.

Apretó los puños con rabia, porque no era justo que alguien no pudiera decidir sobre su vida. ¿En qué se diferenciaba entonces ser mujer de la esclavitud a la que estaban sometidos los cientos de jornaleros que tenía el señor Armengol? ¿Acaso no había convertido a su hija en uno más?

—Es un duque —continuó, con voz apática—. No lo conozco, pero me han dicho que es viejo y… no muy amable.

A pesar de su tono neutro, una lágrima furtiva cayó por su mejilla.

Dante la tomó de la mano. Era evidente que el señor Armengol solo pensaba en ascender. Por eso lo había despreciado desde el primer momento. Si un duque estaba interesado en su hija, un barón no era más que un juego de niños. No le interesaba llevarse bien con su nuevo vecino porque, simplemente, no lo necesitaba. Tenía más poder y más fortuna de la que podría malgastar. Y con esa unión tendría lo único que le faltaba: un título nobiliario.

—No debe casarse si no quiere, Aurora —dijo Dante.

Ella le dedicó la sonrisa más triste que había visto nunca, y a él se le rompió el corazón. En ese momento apareció Agnes, correteando tras una libélula. Dante soltó la mano de Aurora, que todavía retenía entre las suyas.

—No os preocupéis por mí, yo no he visto nada —dijo la niña con voz cantarina.

Agnes volvió a perderse entre las zonas más frondosas de la plantación y los dejó a solas con aquella verdad insalvable.

—Será mejor que regresemos —dijo Aurora.

Dante no tuvo más remedio que seguirla por el sendero de vuelta, sin más compañía que el silencio.

CAPÍTULO 20

Dante comenzó el día leyendo el «Diario de la marina». Como acababa de llegar a Cuba, quería estar informado de lo que ocurría en esas tierras, y la prensa siempre era una buena opción. Repasó temas de política, historia y literatura, hasta que le llamó la atención la sección de actualidad. Se hablaba de las bodas de las grandes riquezas y de las fiestas que organizaban algunos terratenientes en sus haciendas. También de algún bautizo y funerales de gente acaudalada. No le gustaban demasiado ese tipo de noticias y pasó rápidamente a la sección de sucesos. No es que le apasionara el tema, pero era donde encontraba la verdad acerca de los problemas sobre la esclavitud y las desigualdades sociales que le preocupaban. Se le revolvieron las tripas cuando leyó una terrible noticia.

La tuberculosis sigue medrando la población infantil
por Bruno Mendoza

Cinco niños más han muerto esta semana a causa de la enfermedad, que lleva asolándonos desde hace varias décadas. Los fallecidos trabajaban en las plantaciones algodoneras Armengol y se conoce que el terrateniente quiso ayudar a las familias con apoyo médico. Por ello puso a su disposición a don Fausto Aranda, una eminencia en el tratamiento de la enfermedad. Sin embargo, el mal estaba muy extendido y poco se pudo hacer por ellos. Descansen en paz.

Dante no se terminó el café. No podía parar de pensar en esos pobres niños, probablemente esclavos, en manos de Armengol. No terminaba de creerse la imagen de salvador que emitía el artículo. Para empezar, ¿quién empleaba a niños? Y encima en un trabajo tan duro como el campo. Desde luego, alguien sin principios. Por mucho que pretendiera lavar su imagen con el mejor de los doctores, no iba a dejarse engañar. Porque si algo había visto en la mirada de ese hombre era la maldad.

Dejó a un lado los cruasanes que la señora Hills le había servido con tanto apremio, y se disculpó con ella antes de salir. Se encaminó a su despacho y se dispuso a centrarse en su trabajo para intentar dejar de pensar en la miserable sociedad en la que vivía. Las pequeñas bodegas que tenía a las afueras de Barcelona iban bien, igual que el resto de negocios que tenía por Cataluña. Las propiedades eran otro asunto. Algunas, como el Palacio Recasens, eran un pozo sin fondo de gastos. Por suerte, los beneficios de sus empresas superaban con creces las deudas de su patrimonio, y podía mantener con holgura su posición. Eso lo llevó a pensar en Aurora. Si se casaba con un duque, de bien seguro terminaría amasando una fortuna mucho mayor que la que él podía siquiera imaginar. Pero le enfurecía saber que no era lo que ella deseaba. Lo había visto claramente en sus ojos. No era ese tipo de mujer, sino alguien sensible y amable, que no merecía pasar el resto de su vida al lado de alguien a quien no amaba. Sin embargo, Dante también sabía que Aurora no desobedecería a su padre. Le había confesado que iba a casarse con otro justo cuando iba a besarla: quería dejarle claro que no podía ocurrir nada entre ellos. Así que imaginaba que aquel paseo había sido el último, el ocaso de algo que ni siquiera había podido nacer.

Lo distrajeron unos golpes en la puerta. Era la señora Hills. La mujer entró algo nerviosa y Dante no dejó de sorprenderse. No solía interrumpirlo cuando se encontraba trabajando en el

despacho.

—Tiene visita, señor.

Dante la observó extrañado. Todavía no conocía a nadie allí, salvo a la familia Armengol. Y dudaba mucho que el señor se dignara a visitarlo; había dejado muy claro que Dante no era de su agrado. Tampoco creía que fuese Aurora. La conversación que habían tenido la tarde anterior había sonado a despedida.

—Hágale pasar.

La señora Hills se removió incómoda.

—¿Aquí?

—Sí, aquí —replicó extrañado—, ¿hay algún problema?

El ama de llaves se estrujó las manos.

—Es una mujer. Joven.

Dante comprendió al momento lo que le estaba diciendo. Si se quedaban a solas en un despacho, la reputación de la muchacha se vería en peligro. Maldijo entre dientes tanta hipocresía.

—Puede quedarse usted con nosotros y proteger su virtud, si tanto le preocupa —replicó con hastío.

La señora Hills carraspeó, todavía más abochornada.

—Dice que es un asunto importante y que… deben estar a solas.

Dante alzó las cejas, cada vez más intrigado ante las peticiones de su visitante.

—Está bien, señora Hills. No pasará nada. ¿Cuento con su discreción?

El ama de llaves pareció aliviada. Terminó asintiendo y se retiró enseguida, en busca de la invitada.

A pesar de que era la única mujer joven que conocía por aquellos lares, le sorprendió ver aparecer a Aurora por la puerta. Cerró después de entrar y se acercó hasta la silla que había frente a él. Trató de mantener la mente fría y no fijarse en las curvas de su cuerpo, que ese vestido de satén verde se empeñaba en remarcar. Se fijó en su rostro; estaba pálida y tenía los ojos rojos; los labios y la nariz estaban enrojecidos e hinchados. No le costó adivinar que había estado llorando.

—Buenos días, Aurora.

Ella hizo amago de morderse una uña, pero se detuvo al instante. Debían de haberle repetido un millar de veces que las señoritas no se comportaban así. Tomó aire y lo miró a los ojos.

—¿Ha visto los periódicos hoy? —soltó al fin.

Dante se echó hacia atrás en la butaca, porque no esperaba que la conversación fuera a tomar ese cariz ni que fuera tan directa. Asintió muy lentamente, sin saber adónde quería ir a parar Aurora.

—Esta madrugada han muerto otro niño y su madre a causa de la tuberculosis.

Trató de procesar esa nueva información con calma, pero empezó a sonar una alarma en su interior.

—¿También de la plantación?

—Sí. Todos ellos trabajaban en el área de tinturas. Es una zona donde el algodón, una vez hilado, se tiñe de diversos colores para enviar la tela en grandes rollos a Barcelona. Allí tenemos fábricas textiles que terminan de confeccionar las prendas para venderlas a los distribuidores.

Dante no comprendía muy bien por qué le estaba contando aquello.

—Usted es médico y sabrá más de esto. Dígame, ¿la tuberculosis es contagiosa?

—Sí, bastante, me temo. Supongo que por eso está afectando a trabajadores de la misma área,

se están contagiando unos a otros.

Aurora frunció el ceño y negó casi imperceptiblemente. Dante casi podía escuchar los engranajes de su mente llegando a unas conclusiones que eran desconocidas para él.

—Algo no cuadra. Esos mismos trabajadores duermen en zonas comunitarias con el resto. ¿No deberían los demás estar afectados también?

—¿Comparten dormitorio, dice?

—Sí. Algunos son familiares, incluso pareja. Y no se han pasado la enfermedad.

Dante la miró con una sospecha rondando su mente.

—Es extraño que nadie más se haya contagiado, ciertamente.

Aurora se cubrió la boca con el gesto compungido. Dante se levantó de la butaca y se acercó a ella. Al percibir el aroma de lavanda que la envolvía, tuvo que esforzarse por mantenerse lejos. Deseaba tocarla.

—¿Qué ocurre, Aurora? Puede confiar en mí.

La joven alzó la mirada hasta él, y pudo ver el tormento que le suponía lo que estaba a punto de decir:

—Me temo que no están muriendo a causa de la tuberculosis.

Dante se agachó junto a ella y la tomó de la mano con cautela. Ella no se apartó.

—¿Y qué es lo que está pasando entonces?

Aurora tomó aire y lo miró a los ojos. Estaba a punto de romper a llorar.

—No estoy segura, pero creo que puede tener algo que ver con la tintorería. Estos no son los primeros casos, hace meses que las muertes están aumentando, y todas las víctimas trabajaban allí.

Dante se pasó la mano por la cara, porque sabía que estaba a punto de meterse en un buen lío. Quizá el mayor de su vida.

—¿Cómo puedo ayudarla?

Aurora movió la otra mano, temblorosa, hasta su rostro. Sus dedos se sintieron suaves, como un pañuelo de seda.

—Es usted un buen hombre.

Dante le dedicó una sonrisa ladeada.

—Espero no lamentarlo.

—Puede que lo lamente en un futuro. Si las cosas salen mal, mi padre…

—No le tengo miedo a su padre, si es lo que le preocupa —la interrumpió.

—Pues debería.

—Siempre he sido un poco temerario.

Ella se humedeció los labios, y Dante no pudo evitar bajar la mirada hasta ellos. Aurora tomó aire y apartó la mano de su mejilla, como si se hubiera obligado a recobrar la compostura.

—Estoy pensando en entrar en la tintorería de noche y tomar algunas muestras de todo lo que encuentre allí. Estoy segura de que daré con la respuesta a lo que le está pasando a esa pobre gente. Quizá no pueda hacer nada en contra de que mi padre tenga esclavos, pero sí puedo tratar de ofrecerles una vida mejor.

Dante asintió. Comprendía muy bien cómo se sentía: atrapada entre dos mundos.

—Lo haremos juntos —soltó él sin pensarlo demasiado.

—¿De veras? —Aurora abrió los ojos con ilusión.

—Como usted, quiero un futuro mejor para esa gente —le aseguró Dante—. ¿Cuándo cree que es el mejor momento para entrar en la tintorería?

—Mañana, a medianoche.

Dante asintió.

—Le esperaré bajo el Olmo que hay a las puertas del edificio.

—Tenemos una cita, pues —bromeó él.

Aurora se acercó de un rápido movimiento y depositó un beso en la comisura de sus labios. No le dio tiempo a reaccionar. Cuando quiso darse cuenta, Aurora ya había desaparecido del despacho, dejando tras de sí su olor a lavanda y el corazón de Dante latiendo desbocado.

CAPÍTULO 21

Dante no solía ponerse nervioso. Si algo le había enseñado su padre era que en momentos de crisis, lo mejor era mantener la calma. Sin embargo, sentía una tensión inconfundible en la boca del estómago, ese tipo de nervios que avisan de que algo terrible va a ocurrir. Un instinto que la mayoría de personas perdía con los años, pero que él había conservado intacto. Sabía que colarse en la tintorería de las plantaciones de algodón del señor Armengol era una idea pésima: si lo cazaba colándose en su finca, probablemente le daría una paliza; y si encima estaba con su hija, de bien seguro no vería un nuevo amanecer. Por no hablar de lo que pensaría la sociedad: un barón colándose como un vulgar ladrón en las propiedades de un terrateniente sin título. Definitivamente, no se le ocurría un buen motivo para aquella locura, excepto uno: los niños afectados. Quizá si investigaba podría salvar otras vidas inocentes y, ¿no era esa la razón por la que había estudiado medicina? Si cabía la posibilidad de que alguno de los productos utilizados en el proceso de tintado fuera tóxico, tenía que averiguarlo y poner remedio antes de que hubiera nuevas víctimas.

Así que, en contra de lo que le decían sus entrañas, se quedó esperando a Aurora bajo el Olmo que se encontraba frente al edificio, con un pequeño maletín bajo el brazo y pocas esperanzas de salir indemne de aquella aventura. No había nadie ya. Los esclavos dormían en sus casetas desde hacía horas, puede que desde el ocaso. Poco se podía hacer en los campos cuando la oscuridad inundaba hasta el último rincón. Dante miró el reloj de pulsera que había heredado de su padre, una de las pocas pertenencias a las que le tenía apego. Era medianoche. Miró en la lejanía, pero no había ni rastro de la joven. Por un momento, creyó que quizá se trataba de una artimaña del señor Armengol. ¿Y sí había obligado a Aurora a acercarse a él para engatusarlo y que cometiera una estupidez con tal de desprestigiarlo? O para tener una buena excusa y quitárselo del medio. Desechó la idea rápidamente. Puede que no fuera bien recibido en la casa, pero tampoco había cometido un agravio insalvable, más que presentarse como su nuevo vecino y preocuparse por la salud de Aurora. Suponía que ni siquiera alguien como Armengol le buscaría la ruina por algo tan trivial.

A medida que pasaban los minutos, la mente de Dante ebullía con posibilidades, a cada cuál más terrible y desproporcionada: ¿Y si la habían visto saliendo a esas horas de la casa? ¿La estarían castigando? ¿Y si se le había infectado la herida? Había visto a hombres curtidos morir por culpa de la gangrena de un simple corte.

Cuando pensaba que terminaría volviéndose loco, la vio aparecer en la lejanía. Era una sombra pequeña, casi frágil. No iba a caballo, y lo único que se había puesto para guarecerse del fresco de la madrugada era un fino chal de algodón. Su cabello, suelto, ondeaba bajo el viento, generando una imagen que le costaría borrar de su cabeza: parecía un hada que había salido de los bosques para reunirse con él. Se sintió dichoso por un instante, por el mero hecho de que hubiera acudido a él para ayudarla. Luego pensó que, en realidad, debía de estar desesperada para confiarle a un desconocido algo así. O puede que muy sola.

—Buenas noches, Dante —lo saludó cuando llegó hasta él.

Dante se apresuró en guardar el reloj, que todavía sostenía entre los dedos; no quería parecer ansioso. Sin embargo, la mirada de la chica se encontró con las agujas que marcaban ya las doce y diecisiete minutos.

—Disculpe la demora.

La estudió en silencio. A pesar de la estampa que le había robado el habla al verla aparecer, se dio cuenta de que estaba ojerosa. No parecía feliz y estaba seguro de que no era tan solo por lo que estaban a punto de hacer.

—¿Ha ocurrido algo?

Aurora desvió la mirada, como si le incomodara la pregunta; o la respuesta.

—No he dormido demasiado. Ha aparecido el duque de Ribalta.

Dante tragó la bola que acababa de formarse en su garganta.

—¿Su futuro esposo?

Aurora asintió con timidez.

—Se encuentra de viaje en las Américas y al parecer estaba impaciente por conocerme.

Dante cerró los ojos y apretó los puños con fuerza. No lo conocía en persona, pero había estado indagando sobre él. Y no había descubierto nada bueno: era adicto a las apuestas y le gustaban las muchachas jóvenes e inocentes. Decían que no era precisamente amable con ellas. Se le revolvieron las tripas al pensar en Aurora en manos de ese tipo.

—Me ha costado escapar de su verborrea esta noche —continuó ella. Su voz trataba de ser neutra, pero notaba el ligero temblor—. La cena se ha alargado más de lo esperado. Padre y él no paraban de beber y contar sus viejas batallas en el ejército. Al parecer, fueron compañeros de armas.

Dante resopló.

—Lamento que se encuentre en esta situación. Si puedo hacer algo por usted…

Aurora abrió la boca para decir algo, con un destello brillante en la mirada, pero luego calló y bajó la vista.

—Vayamos dentro, cuanto menos tiempo estemos aquí, menos peligroso será —zanjó de pronto.

Dante no puso objeción y la siguió por un camino de tierra que conducía a una portezuela bastante destartalada. No dejaba de preguntarse cómo alguien con tanto dinero como Armengol tenía sus posesiones en un estado tan lamentable. Cuando entró, le golpeó un hedor químico que no supo identificar. A pesar de no estar en funcionamiento en esos momentos, en la tintorería todavía podían respirarse los efluvios insalubres de los calderos. Algunos depósitos contenían agua de varios colores, que burbujeaba con aspecto venenoso.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Dante.

Aurora señaló hacia los tanques de agua que acababan de rebasar.

—Quizá podríamos tomar muestras de esos líquidos.

Dante asintió y se arrodilló junto a ellos. Abrió el maletín, que no había soltado en todo ese tiempo, y sacó unas cuantas pipetas. Comenzó a recoger pequeñas cantidades de cada líquido, con cuidado de tocarlos lo mínimo y olerlos menos. Después, Aurora lo guió hacia una sala, en la que se encontraban polvos decolorantes. Había de todos los colores y, si no hubiera sido por el fuerte olor a arsénico, habría pensado que se encontraba en una alacena de especias: amarillos, naranjas, azules y verdosos se mezclaban en un baile de tonalidades que mareaba como un caleidoscopio. Recogió algunas muestras más con unas pinzas y pequeños cristales para tal efecto y decidió que ya tenía suficientes pruebas para descubrir si realmente había algo nocivo en ese lugar.

Salieron al exterior, y el aire limpio de la noche entró a borbotones en sus pulmones.

—No sé si es algo de lo que hemos recogido lo que los está matando, pero las condiciones son insalubres —dijo Dante, sin poder contenerse.

Aurora se mordió los labios. Sus ojos estaban húmedos.

—Lo sé, no había entrado nunca. Tan sólo de imaginarme a esos pobres niños… Hablaré con mi padre de todos modos.

Dante la miró en silencio, y no pudo evitar que sus ojos bajaran hasta las muñecas, ahora cubiertas por un chal. Ella adivinó lo que estaba pensando, pero antes de que pudiera contestar, escucharon un carruaje entrar por el camino. Aurora palideció al reconocer el escudo que lucía uno de los laterales, el del ducado de Ribalta. Dante no tardó en percatarse de que el duque los vería en cuestión de segundos; puede que con suerte contaran con un minuto. Así que corrió hasta su caballo y lanzó el maletín en la alforja. Desató el corcel del árbol y galopó hasta Aurora. La tomó con agilidad de la cintura para subirla de un solo movimiento frente a él. Enseguida le colocó una manta por encima del cabello y azuzó al caballo para que emprendiera la marcha. Pronto se encontraron en un camino paralelo, en el bosque, a salvo de la mirada del duque. Cuando su calesa pasó cerca de ellos, Dante comprobó que no iba solo. Junto a él se encontraba una muchacha joven, llorosa y con el gesto aterrado. No había recorrido ni cincuenta metros cuando el carruaje se detuvo. Vieron cómo un pequeño bulto salía disparado desde una de las puertas. ¿Se trataba de la chica? Antes de que pudieran reaccionar, la calesa comenzó a avanzar de nuevo.

Dante y Aurora se quedaron quietos, con la respiración todavía agitada de la carrera. Ninguno de los dos apartaba la vista de la pequeña sombra que yacía sobre el campo de algodón, inmóvil. Dante notó que Aurora temblaba entre sus brazos. Al principio pensó que era por la adrenalina, pero entonces ella dijo:

—Creo que es Roberta, una de mis doncellas.

Dante miró hacia el horizonte. La calesa ya se encontraba lo suficientemente lejos como para que no pudiera verlos, así que salió de su escondite entre el pequeño grupo de árboles y galopó hasta el campo en el que había caído la chica. Desmontó con rapidez y, cuando fue a ayudar a Aurora, se dio cuenta de que ella ya había bajado de la montura con una agilidad felina. La joven corrió hasta los algodoneros y se arrodilló junto al amasijo de mantas y ropa que encontró en él. Dante la siguió y se colocó junto a ella. Le dolió comprobar el estado en el que se encontraba esa joven, Roberta, que no debía de tener más de doce o trece años. Intentó poner en marcha sus conocimientos médicos sin dejar que sus sentimientos le impidieran trabajar como debía.

Roberta abrió los ojos y se encogió de terror al verlo, como si la simple visión de un hombre pudiera llevarla al mismo infierno. Aurora se dio cuenta y le tomó la cara entre las manos.

—Tranquila, Roberta, no vamos a hacerte daño.

La muchacha reconoció a la señorita de la casa en la que trabajaba, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Ya me lo han hecho, señorita —masculló.

Dante bajó la mirada hasta las faldas de la criada, rotas y llenas de sangre: la habían forzado. Cerró los ojos y tuvo que hacer acopio de toda su serenidad para no salir corriendo detrás de la calesa y prenderle fuego con el duque dentro. Con un examen rápido, comprobó que no había más heridas a parte de las evidentes.

—Vamos a llevarte a casa —dijo Aurora.

—¡No! —gimió Roberta—. No quiero volver allí, su padre… su padre.

—¿Mi padre te ha hecho esto? —gritó espantada.

—No —farfulló la joven, con los labios temblorosos—, pero le ha dicho al duque que podía… que podía…

Roberta se echó a llorar, incapaz de explicar lo que había ocurrido después. Aurora le acarició el cabello y miró a Dante con horror.

—Mi padre es un monstruo. Y mi futuro marido también.

Ambos miraron a Roberta, todavía encogida de dolor.

—¿Podemos llevarla a su casa? —dijo entonces Aurora—. No voy a hacerla volver a mi hacienda.

Dante asintió y miró a su único caballo.

—Suba con ella y póngala de lado con mucho cuidado. Yo caminaré.

Aurora asintió en silencio y poco a poco emprendieron el paso.

Tardaron casi dos horas en llegar a casa de Dante. No podían arriesgarse a ir más deprisa. Con cada movimiento brusco del caballo, Roberta gemía de dolor. Cuando por fin avistaron su pequeña finca, Dante se ocupó de dejar el caballo, exhausto, en el establo. Mientras tanto, Aurora acompañó a Roberta hasta la puerta principal. La muchacha apenas podía tenerse en pie y tuvo que apoyarse en el hombro de la señorita para poder avanzar. Dante se reunió con ellas enseguida y colocó la enorme llave en la puerta. No quería despertar al señor y la señora Hills: Roberta necesitaba paz y discreción en esos momentos, así que se apresuró en abrir con sigilo y llevar a las dos chicas a una de las habitaciones de invitados. Se dirigió a uno de los baños y se arremangó, dispuesto a llenar una tina con agua caliente. Le llevó bastante tiempo hervir el líquido y conseguir la temperatura adecuada; era la señora Hills quien normalmente se encargaba de esa tarea. Cuando creyó que estaba todo listo, avisó a Aurora para que ayudara a Roberta a desvestirse. Las dejó a solas en el baño y se dirigió a un pequeño laboratorio que todavía no había terminado de instalar en una de las habitaciones de la planta principal. Preparó un ungüento y regresó a las puertas de la habitación donde habían alojado a Roberta. Estaba cerrada, así que esperó pacientemente en el pasillo hasta que Aurora asomó la cabeza por la puerta.

—Ya hemos terminado. Se ha quedado dormida, estaba agotada —le explicó con voz apenada.

Su rostro se había ensombrecido todavía más después de bañar a Roberta, así que imaginó que las marcas, los moretones y las heridas debían de ser un horroroso reflejo de todas las vejaciones que había sufrido la chica a manos del duque.

—¿Necesita que la examine?

Aurora negó.

—Se pondrá bien. Me temo que será su mente lo que más tardará en sanar, si es que lo consigue algún día.

Dante se acercó y le tendió el tarro en el que había guardado la pomada.

—Déjeselo en la mesita, es un calmante para las zonas más afectadas. No quiero incomodarla mañana con mi presencia.

Aurora hizo lo que le pidió y volvió con él al pasillo.

—¿No debería regresar a casa antes de que noten su ausencia? —le preguntó Dante.

—Sí, aunque si le digo la verdad preferiría no volver jamás.

—Le daré cobijo, si es lo que desea.

Aurora negó.

—No quiero darle problemas. Por ahora cuide de Roberta. Y por favor, averigüe si hay algo nocivo en las muestras que ha recogido esta noche. Si es así, no me temblará el pulso en hacer caer a mi padre.

Dante asintió.

—La acompañaré a casa.

Aurora aceptó sin quejarse. Su futuro marido, o algunos de la misma calaña que él, podían asaltarla en mitad del camino si la veían sola a esas horas de la madrugada. Caminaron hasta el establo y tomaron una yegua blanca, mucho más rápida que su corcel habitual. Dante observó la gracilidad con la que Aurora se subía a la montura y tomó asiento tras ella. Su cercanía lo puso nervioso, pero hizo un esfuerzo por mantenerse sereno.

—No es la primera vez que monta, ¿me equivoco? —le preguntó él.

—Aprendí cuando llegué a Cuba. Subir a un caballo era lo único que me permitía tener la esperanza de escapar muy lejos algún día; supongo que todavía la tengo.

CAPÍTULO 22

Dante no podía dormir, así que se encaminó hacia el laboratorio que había improvisado en una de las salas de la planta principal. No era ni mucho menos tan avanzado como el que tenía en su palacio de Barcelona, pero se había hecho traer lo imprescindible para el estudio de las nuevas especies que encontraría en Cuba. Jamás habría imaginado que los tubos de ensayo le servirían para otra cosa que no fuera detectar flora y fauna distinta a la del continente o para analizar enfermedades infecciosas. De pronto, sus bártulos se habían convertido en las herramientas de un detective, y él en un avezado investigador que no sabía muy bien lo que buscaba.

Abrió el maletín que descansaba sobre su escritorio de pruebas y observó las pipetas que contenían los líquidos infectos que habían tomado de la tintorería. Analizó primero el agua residual de todo el proceso; si había algo tan tóxico como para estar matando a los trabajadores, tenía que ser fácilmente distinguible con el microscopio. Depositó unas cuantas gotas en uno de los portaobjetos de vidrio que guardaba en una pequeña caja de metal. Lo colocó bajo la lupa y comenzó su estudio.

A primera vista no vio nada más allá de la enorme cantidad de microorganismos que poblaban el agua estancada. Sin embargo, una pequeña mancha púrpura llamó su atención. No la reconocía como algo nacido en el medio natural, sino que parecía un elemento químico que no se había disuelto del todo en el agua; probablemente un resto de los polvos de tintar que se utilizaban diariamente.

Con esto en mente, se dispuso a analizar los polvos. En esta ocasión, prefirió utilizar técnicas menos tradicionales. Con lo que había aprendido en las clases de química de la universidad, se dispuso a experimentar con las muestras con mezclas de sulfitos y azufre, hasta que le devolviera la respuesta que estaba buscando.

Efectivamente, el resultado no se hizo esperar. Casi en el mismo instante en que la muestra de polvo lila entró en contacto con uno de los aceleradores, la mezcla reaccionó como esperaba: ese elemento tenía una alta toxicidad. No le costó adivinar que una exposición continua y prolongada en el tiempo podía provocar graves problemas respiratorios, incluso la muerte. No era de extrañar que alguien pudiera confundirlo con la tuberculosis: tos, dificultad para respirar, fiebre, incluso tos purulenta o con sangre. Sin embargo, le costaba imaginar que un médico con la formación y experiencia del doctor Fausto Aranda pudiera confundirlo. Su intuición le decía que debía de saber la verdad y que el señor Armengol se había encargado de recitarle lo que debía decirle a la prensa a cambio de una buena suma de dinero. Le asqueó la idea de que un médico, alguien que se suponía que debía cuidar de las personas, pudiera hacer algo así con tal de enriquecerse.

Sin poder esperar a exponer su hallazgo, se acercó a su secreter de nogal oscuro para tomar papel y pluma. Se sentó en la silla y comenzó a escribir:

Querida Aurora,

He realizado la tarea que me encomendó y me gustaría compartirla con usted en persona. ¿Cuándo le iría bien que nos viéramos?

Siempre suyo,

Dante de Fosco

Dudó bastante antes de enviar la misiva. Debía asegurarse de que, de ser interceptada, no pudiera saberse de ningún modo lo que estaban tramando ni lo que habían descubierto. Si caía en manos equivocadas, podía ser la ruina de ambos. Así que había optado por la ambigüedad y por omitir los motivos reales de la reunión. Lacró el sobre y, en cuanto amaneció, se lo entregó al señor Hills para que lo hiciera llegar a la hacienda de los Armengol cuanto antes.

Dante pasó el resto del día inquieto, incapaz de concentrarse en los negocios ni en los libros de cuentas de su pequeña plantación de cacao. Tan sólo podía pensar en Aurora y en el terrible secreto que ahora compartirían. Mientras él estaba ahí sentado revisando números, había niños que inhalaban ese producto nocivo, y nadie hacía nada por evitarlo. Al contrario, se habían compinchado para encubrirlo. Debía detener aquel sinsentido de algún modo, pero no estaba seguro de cómo hacerlo: ¿Serviría de algo ir a las autoridades para denunciar a un poderoso terrateniente? Algo le decía que no. Igual que Armengol había sobornado al doctor Aranda, podía hacer lo mismo con cualquier guardia de la zona.

Dante se encontraba en la cocina, observando el fondo de su taza vacía. Estaba tan cansado por su noche de insomnio que se había tomado hasta la última gota de café, a pesar de que era nefasto. La señora Hills era una amante del té, y el café le quedaba amargo y aguado. La mujer entró en la cocina y lo miró de soslayo. No era habitual en él quedarse taciturno ni quieto demasiado tiempo; era más bien un hombre de acción.

—¿Se encuentra bien, señor?

Dante se obligó a levantar la mirada de los posos del café. Le dedicó una sonrisa desdibujada y asintió.

—Ha llegado esto para usted —dijo entonces la mujer.

Le tendió una carta con el sello de los Armengol. Titubeó un instante, temiendo que fuera el señor quien le escribiera para amenazarle y decirle que se metiera en sus propios asuntos. Sin embargo, en cuanto abrió el sobre se encontró con una caligrafía exquisita, de trazos demasiados delicados para pertenecer a un bruto como Armengol.

Querido Dante,

Aunque temo lo que tenga que decirme, estoy deseosa de saber. Veámonos al anochecer en el Parque de la Alameda.

Suya siempre,

Aurora Armengol.

No pudo evitar que sus ojos se detuvieran más tiempo del que debían sobre las palabras «Suya siempre». Sabía que era una mera expresión y una formalidad al uso, pero deseaba tanto que fueran ciertas que se recreó en ellas.

—¿Malas noticias? —dijo la señora Hills, al ver que se quedaba absorto en la carta.

Dante la guardó demasiado rápido en su bolsillo, como si fuera culpable de algo.

—No, todo está en orden.

La señora Hills no preguntó nada más y se limitó a continuar fregando la vajilla.

No esperó al anochecer para acudir al Parque de la Alameda. Estaba tan impaciente que, en cuanto tocaron las seis de la tarde, se subió al caballo y emprendió el camino. No le llevó más de veinte minutos llegar a su destino. Se entretuvo dando varios rodeos por las zonas boscosas, en

las que varias parejas hablaban animadamente acompañadas de sus respectivas carabinas. Aun así, en los rincones más frondosos, adivinó a algunos amantes más atrevidos. Se preguntó si Aurora conocería lo que pasaba allí cuando el sol comenzaba a esconderse. Seguramente no. Miró hacia el horizonte, con la esperanza de ver aparecer su figura recortada en el ocaso. Sin embargo, no parecía tan impaciente como él. Dante esperó. Esperó hasta que se extinguió el último rayo de luz, hasta que el piar de los pájaros fue sustituido por el ulular de las lechuzas; hasta que algunos grillos comenzaron a entonar una sonata solitaria en esa noche estrellada. Pero ella no aparecía. Las parejas decentes terminaron marchándose a sus casas; y las no tan decentes, también. Al final, no quedaba nadie más que él en el parque. Sacó su reloj de bolsillo y las agujas le contaron lo que en realidad no quería admitir: que Aurora no iba a venir. Ya era más de medianoche. Suspiró y lo guardó en su chaleco. Subió al caballo y desapareció por el camino, atormentándose con las mil posibilidades por las que ella no habría podido acudir a la cita.

CAPÍTULO 23

Dante entró en la cocina con unas ojeras más que evidentes. De nuevo el sueño le había resultado esquivo y las pocas horas que había conseguido dormir, las pesadillas se habían encargado de atormentarlo: Aurora cayendo del carruaje del duque de Ribalta, Aurora golpeada, Aurora accidentada. Todo eran desgracias en su cabeza, y no se le ocurría ningún buen motivo por el que hubiera podido ausentarse de una cita que ella misma había propiciado.

El señor y la señora Hills estaban tomando un frugal desayuno: unas tostadas con mermelada de arándanos y un poco de té. Estaban hablando en voz muy baja, como si no quisieran despertarlo. Se encontraban tan enfrascados en la conversación que ni siquiera se percataron de que acababa de entrar en la estancia.

—Siempre se escuchan gritos en esa casa —farfullaba la señora Hills.

—Sí, pero te digo que esta vez fue diferente. Se escuchaban sartenes, ollas, incluso vasos romperse desde afuera.

Justo en ese momento crujió la madera del suelo y ambos se volvieron hacia Dante.

—Oh, señor De Fosco, está usted aquí.

Dante asintió, teniendo la fatídica sensación de saber de qué casa estaban hablando.

—¿Se refieren a la plantación Armengol?

Los señores Hills se miraron como si hubieran sido pillados en falta y asintieron con cierta vergüenza porque los hubiera encontrado cotilleando sobre los vecinos.

—Sí, mala gente, ya se lo dije. Esa pobre chica, Roberta…

—¿Ha despertado ya? —se interesó Dante.

—Sí, pero no deja que nadie se acerque. Le dejo la comida en la puerta. Por lo menos se alimenta un poco…

Dante cerró los ojos, tratando de que la furia no se apoderara de él. Ahora más que nunca debía actuar con la cabeza. Armengol parecía un hombre mucho más peligroso de lo que había creído, y encima estaba bien relacionado con la nobleza. Tendría que andarse con cuidado y pensar en una buena estrategia para hacerlo pagar por todo lo que estaba haciendo. Pero primero tenía que asegurarse de que Aurora se encontraba bien. Si, por lo que habían dicho los Hills, había habido una disputa en la casa, quizá había salido mal parada. ¿Qué habría ocurrido?

Dante se sirvió una taza del café aguado de la señora Hills y se lo bebió de un par de tragos. Luego tomó una galleta con la mirada clavada en la ventana. Dejaría todos los asuntos que tenía pendientes esa mañana para visitar a Aurora. Le daba igual que Armengol lo recibiera de malos modos. Lo importante era ella.

—¿Va al pueblo? —preguntó el señor Hills al ver que Dante se colocaba la americana—. Puedo acompañarlo si lo desea.

Era frecuente que el señor Hills asistiera con él a reuniones de negocios y a asuntos de la comunidad. Llevaba muchos años al frente de la finca y los vecinos lo respetaban; Dante también valoraba su opinión. Sin embargo, esta vez debía hacerlo solo.

—No es necesario, señor Hills. Volveré al medio día.

Con esto Dante se encaminó al establo y subió a su caballo. Los cascos del corcel golpearon el camino de tierra con decisión.

No tardó en llegar a la finca de los Armengol. Le sorprendió la quietud que se respiraba en el

ambiente: una calma enfermiza, esa que sólo se da después de una tormenta arrasadora. Los esclavos trabajaban en el campo sin decir ni una palabra; los ojos, clavados en las plantas de algodón; las manos apretando los tallos con demasiada fuerza. Dante avanzó hasta el abrevadero y ató su caballo a un poste. Después bajó y se encaminó hasta la puerta. Se detuvo en seco cuando reconoció la lujosa calesa del duque de Ribalta. Apretó los puños, pero no se detuvo. Iba a llamar al timbre, cuando la pequeña Agnes lo detuvo con un susurro:

—No lo haga.

Dante bajó la mano y miró a la muchacha. Lejos de encontrarse con su mirada vivaracha, le pareció que algo en ella se había apagado, como si de pronto se hubiera dado cuenta de la crueldad que la rodeaba; puede que no fuera tan inmune como había creído en un principio.

—¿Qué ha ocurrido, Agnes?

La niña se mordió el labio, insegura de si debía contarle la verdad a un desconocido. Miró hacia ambos lados de la finca, puede que buscando a su padre o a alguno de sus hermanos. Se relajó un poco al comprobar que ni ellos ni ningún capataz había visto llegar al barón. Lo agarró de la mano y se lo llevó a la parte trasera de la casa, en la que se encontraban las ventanas de los salones y de las habitaciones.

—No debería estar aquí —le susurró ella guiándolo hasta un rincón—Si padre le ve...

—¿Qué le ha pasado a Aurora? —insistió.

Podía notar en la boca del estómago que, si no había acudido a su cita, era por un motivo mayor. La niña tragó saliva y tomó aire antes de hablar.

—Padre se enfadó mucho anoche. No sé qué fue lo que encontró en la habitación de Aurora, pero discutieron. Escuché cristales rotos y muchos gritos.

—¿Por qué se pelearon? —quiso saber Dante, con el corazón encogido.

—No estoy segura. Hablaban del duque, pero también de usted. Pude oír claramente a padre bramando su nombre.

Dante se frotó la barbilla, cada vez más nervioso.

—¿Dónde está Aurora? —le pidió.

Agnes negó con la cabeza.

—No se encuentra… bien.

Dante notó que le hervía la sangre. Era evidente que lo que le acontecía a Aurora no era el malestar de una simple discusión. Había visto a Armengol y ahora que sabía de lo que era capaz por enriquecerse, no le cabía duda que algo debía de haberle hecho a su hija.

—Agnes, por favor —le suplicó—. Necesito verla.

La niña se apretó las manos, nerviosa. Al ver que no decía nada, Dante comenzó a insistir, pero entonces notó ese hormigueo extraño en la nuca, el mismo que uno siente cuando lo están observando. Se volvió con la esperanza de encontrarla tras de él, pero no había nadie. Luego miró a su alrededor en un movimiento lleno de inquietud. ¿Y si era Armengol? ¿Lo habría visto? No quería meter en problemas también a la pequeña Agnes. Justo en ese instante se encontró con unos ojos esmeralda, que lo estudiaban a través del visillo de una de las ventanas de la planta principal. A pesar de la tela que se interponía entre ellos, no le costó adivinar el pómulo amoratado, el labio partido y los ojos llorosos. Hizo ademán de correr hasta ella. Rompería el vidrio si hacía falta con tal de poder ayudarla. Sin embargo, la diminuta mano de Agnes lo detuvo.

—Ya la ha visto —le dijo—. Ahora márchese, por favor. Si padre descubre que ha estado aquí, será peor para ella.

Dante apretó los labios y volvió a mirar hacia la ventana, pero Aurora había desaparecido. Tomó aire y contuvo la impotencia que sentía. Deseaba correr por la plantación hasta dar con Armengol y hacerle pagar por todo. Entonces una idea feroz y dolorosa se cruzó por su mente. ¿Habría dejado Armengol a su hija a solas con Ribalta? ¿Habría corrido la misma suerte que la pobre Roberta? Se le revolvió el estómago y tuvo que contener una arcada.

—¿El duque? —preguntó con la voz entrecortada por el disgusto—. ¿Él ha tenido algo que ver en esto?

Agnes frunció el ceño.

—No. Estaba en la casa, pero no se ha acercado a Aurora. Fue…

La niña desvió la vista, incapaz de admitir la brutalidad de su propio padre.

—A veces, cuando se enfada, nos azota con el látigo —explicó con la voz temblorosa—. Aurora siempre me defiende, y padre se enfurece todavía más. Pero nunca lo había visto como ayer, parecía demente… Tuve miedo por ella, miedo de verdad.

Dante agarró a la niña por los hombros.

—Voy a detenerle, te lo prometo.

La niña asintió con solemnidad y él decidió que lo mejor sería salir de allí sin que nadie lo viera. Ahora comprendía que, si alguien se daba cuenta de que había intentado ver a Aurora, sería ella quien lo pagaría. Lo mejor que podía hacer era mantener las distancias con ella hasta que trazara un plan para desestabilizar a Armengol y tirar por tierra su imperio algodonero, erigido sobre el sudor, las lágrimas y la sangre ajenos.

CAPÍTULO 24

Habían pasado dos semanas interminables sin noticias de Aurora. Dante no se atrevía a acercarse a la finca de los Armengol para no ponerla en peligro, y la incertidumbre lo estaba carcomiendo. Siempre se había sentido inclinado por las causas perdidas, pero era consciente de que lo que Aurora despertaba en él no era lástima. Había algo más, un sentimiento que estaba anidando en un rincón de su pecho y en el que no se atrevía a indagar demasiado.

Se sirvió otra copa de whisky y miró por la ventana, en dirección a la hacienda de Aurora, a sabiendas de que a esa distancia y en mitad de la noche, poco vería. Suspiró y dio un trago, tratando de arrastrar con el alcohol la angustia que le provocaba esa situación.

—¿Otra noche sin dormir, señor de Fosco?

Dante se volvió hacia la voz femenina que lo llamó a sus espaldas. Era Roberta. Hacía unos días que había abandonado la seguridad de su habitación. Aunque la muchacha todavía no se atrevía a salir al exterior, toleraba la presencia de Dante y los señores Hills.

—Eso me temo —suspiró.

—¿Es por la señorita Aurora? —preguntó la chica con una voz tan suave que apenas fue un susurro.

Parecía temerosa de preguntar, como si Dante fuera a sacar un látigo del bolsillo y golpearla con él.

—Llevo semanas sin saber de ella —respondió.

Sabía que Roberta no le contaría nada a nadie. Entre ellos se había establecido una especie de pacto silencioso: ninguno de los dos mencionaba directamente lo ocurrido la noche en la que la había recogido del camino, y ella a cambio le brindaba trabajo eficaz y discreción con los asuntos más delicados.

—¿Cree que estará bien? —le preguntó, a pesar de que Roberta sabía tan poco como él.

Ella le dedicó una mueca de circunstancias.

—El señor Armengol es un hombre violento —le confesó la muchacha—, le gusta azotar a los esclavos y a los criados por nimiedades.

—¿Y es igual con sus hijas? —preguntó horrorizado, pensando también en lo que le había contado la pequeña Agnes.

—Con ellas se contiene, pero en ocasiones no puede evitar que el diablo que lleva dentro se apodere de él.

Dante miró el rostro aniñado de Roberta. Le costaba recordar que solamente tenía doce años. La vida se había encargado de arrancarle la infancia demasiado pronto.

—Lamento todo lo que has tenido que pasar en esa casa.

Roberta palideció, como si el mero recuerdo la pusiera enferma. Dante supo que no debería haber mencionado su pasado cuando la chica le dedicó una torpe reverencia y se escabulló por los pasillos de la casa. Tardaría horas, quizá días en volver a verla. Cuando la realidad de lo que le había ocurrido en la calesa del duque de Ribalta la azotaba de aquel modo, se recluía en su alcoba, hasta que la pesadilla amainaba y se sentía con fuerzas de volver a salir. Dante sabía que evitar hablar del trauma era tan sólo un método de defensa pero que, a la larga, la convertiría en una persona llena de temor.

Se dirigió al diván y se tumbó en él, dando cuenta del whisky que le quedaba. Cerró los ojos y trató de dejar la mente en blanco. Quizá con un poco de suerte, el alcohol le ayudaría a

recuperar el sueño. Estaba a punto de conseguirlo cuando unos golpecitos en la ventana lo distrajeron. En un primer momento pensó que sería una de esas tormentas que en ocasiones azotaban la zona. Sin embargo, pronto se percató de que era otra cosa, más punzante y espaciada. Se incorporó y se frotó los ojos, tratando de ubicar la procedencia del ruido. Entonces detectó que venía del ventanal de la derecha, que daba a una terraza poblada por una enorme buganvilla. Escuchó de nuevo el leve tintineo y llegó a la conclusión de que se trataba de piedras. Corrió hacia la puerta de vidrio y la abrió de un golpe. No vio a nadie a primera vista y, cuando pensaba que estaba comenzando a perder la cordura por culpa del insomnio, escuchó un leve siseo. Venía de más abajo de la terraza. Dante se asomó por la barandilla con el corazón en la garganta, temiendo dar con un grupo de bandidos. Sin embargo, lo único que encontró fue una melena oscura y unos profundos ojos verdes estudiándolo con nerviosismo. Dante sintió muchas cosas al ver a Aurora agarrada a la balaustrada, pero la principal fue el alivio. Enseguida se dio cuenta de que a la chica le temblaban los brazos del esfuerzo de la escalada. Supuso que lanzar aquellos pequeños proyectiles con tanta puntería tampoco había sido fácil en aquella posición.

—Suba, no se quede ahí —le pidió.

Eran las dos de la mañana y no era decente ni seguro tener a una dama colgando de un muro en mitad de la noche.

—¿Me ayuda? —la joven le tendió la mano por encima de la barandilla y él se apresuró a agarrarla.

Sus pequeños dedos estaban fríos y sudorosos, supuso que de los nervios y la brisa nocturna. Dante tiró de su brazo con fuerza y el cuerpo de Aurora ascendió como por arte de magia. La agarró entonces de la cintura para que terminara de subir. Con las prisas y la oscuridad, Dante no calculó bien dónde colocaba el pie y pisó una de las piedras que Aurora había lanzado unos minutos antes. Con el peso de la muchacha entre los brazos, no fue capaz de recobrar el equilibrio y cayó hacia atrás sobre el suelo de la terraza, llevándola con él. A pesar del dolor en la espalda, el aroma a lavanda lo invadió con tanta intensidad que quedó anestesiado. Tan sólo podía sentir sus rizos haciéndole cosquillas en la mejilla; las curvas contra su pecho; las piernas entre las suyas. Se escuchó a sí mismo tragar saliva y no pudo pensar con raciocinio hasta que Aurora se puso en pie con cierta torpeza.

—Lo siento —se disculpó ella entre balbuceos—, lo siento mucho. Sé que no son ni las formas ni las horas de presentarme en su casa, pero no podía arriesgarme a que me descubrieran.

Dante se puso en pie con la poca dignidad que le quedaba y se sacudió el polvo de los pantalones.

—No se preocupe, vayamos adentro.

En cuanto entraron en el salón, la luz de los candelabros se encargó de hacerle ver a Dante que, en efecto, la ascensión por el muro no había sido sencilla: la falda de Aurora estaba llena de enganches y descosidos; sus botas, manchadas de barro; su peinado, completamente deshecho. A pesar de la suciedad del camino, pensó que jamás la había visto tan hermosa: salvaje y sin los encorsetamientos a los que la obligaba la sociedad. Enseguida vio que los moretones del pómulo apenas se adivinaban ya. Su tez había recuperado la blancura y ya no estaba inflamada. El corte del labio era ahora apenas una línea disimulada bajo un carmín desdibujado.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó.

Dante alargó la mano hasta su mejilla en un gesto reflejo, pero se detuvo antes de llegar a tocarla. Apretó los dedos en un puño.

—Estaba muy preocupado por usted —añadió.

Aurora desvió la mirada y soltó un largo suspiro, como si estuviera cansada de la vida que le había tocado vivir, a pesar de su juventud.

—Estoy bien.

—No, no lo está. Vi claramente sus heridas a través de la ventana; no intente negarlo.

Dante había decidido que, si la confianza que tenía en él no era suficiente como para admitir lo que sufría a manos de su padre, tendría que enfrentarla directamente.

—Si sigue así, un día terminará por matarla.

Los ojos de Aurora se llenaron de lágrimas y lo miró con furia.

—¡No diga eso!

—¿Y qué es lo que quiere que haga? —explotó Dante, que había perdido algún filtro a causa del alcohol—. ¿Que me quede quieto mientras veo cómo la maltrata? ¿Que no diga nada cuando la case con ese monstruo?

Una gruesa lágrima descendió por la mejilla de Aurora y la chica bajó los ojos hasta sus pies. Dante se acercó a ella y, ahora sí, la tomó por el rostro para obligarla a mirarle.

—No pienso permitir que le haga más daño, Aurora, ni a usted ni a esa pobre gente de la tintorería.

Los labios de la muchacha comenzaron a temblar.

—¿Entonces sabe a ciencia cierta si había algo nocivo allí adentro?

Dante asintió y le dio un poco de espacio para asimilar la noticia. Le explicó los experimentos que había llevado a cabo y cuál había sido el resultado: los polvos que se utilizaban estaban envenenando poco a poco a los trabajadores.

Aurora se sentó en la punta del diván, como si temiera que, de recostarse, terminara de derrumbarse. Dante vio cómo sus hombros comenzaban a convulsionarse y no tardó en darse cuenta de que había roto a llorar en silencio. Se colocó junto a ella y puso una mano en su hombro, como si de ese modo pudiera ofrecerle consuelo.

—Cuando era más pequeña pensaba que tenía salvación —masculló con la voz tomada—, que sólo era desagradable cuando bebía, que si dejaba el alcohol…

Aurora se interrumpió con un sollozo y se abrazó a sí misma, tratando de contener el dolor que la atravesaba.

—Pero está lejos de la redención —terminó admitiendo al fin—. El otro día, aun sin saber que había productos tóxicos, le hablé sobre las miserables condiciones de los trabajadores de la tintorería. Me dijo que no tenía más que pájaros en la cabeza, que por suerte mi futuro marido era un hombre con las ideas claras, como él. Que sabría lo que era bueno para el negocio y se dejaría de sensiblerías. Que necesitaba un hombre con mano dura.

Las manos de Aurora comenzaron a temblar descontroladamente y a Dante no le costó identificar las muestras de un ataque de pánico: la respiración se había vuelto superficial y descontrolada; los ojos, aterrados; toda ella parecía a punto de colapsar. Se acercó más y la abrazó, a riesgo de que lo empujara y pusiera el grito en el cielo por ese atrevimiento. Sin embargo, lejos de apartarse, Aurora enterró su rostro en el cuello de Dante y se aferró a su camisa como si fuera el último puerto en el que pudiera refugiarse. La joven se serenó un poco y al fin se separó de él.

—Le contesté que no quería casarme con el duque —continuó—. No me dio oportunidad de decir mucho más: me cruzó la cara y se marchó. Esa misma tarde apareció Ribalta para cenar con nosotros. Padre se aseguró de que me mantuviera callada durante toda la velada. Cada vez que intentaba hablar me lanzaba esa mirada que sólo Agnes y yo entendemos: que si no obedecía, las

consecuencias serían terribles. Fui una cobarde. No osé decirle al duque que no deseaba ser su esposa, así que, cuando los hombres se retiraron al salón a beber, yo me marché a mi habitación. Pensaba que lo peor había pasado, pero entonces padre irrumpió en mi alcoba hecho una furia, enarbolando tu nota entre los dedos. Me había deshecho de ella, o eso creía. Alguien del servicio debió de hacérsela llegar; tiene ojos y oídos en todos lados en la plantación. Fui una estúpida al creer que no descubriría que nos habíamos estado carteando. Me golpeó sin pedirme explicaciones y me insultó de formas que ni siquiera conocía.

Dante tuvo que contenerse para no arremeter contra la vajilla y todo lo que alcanzara a su paso. Odiaba a Armengol. Lo odiaba de un modo candente, como nunca antes había odiado a nadie.

—Me acusó de tener una aventura contigo —Aurora se ruborizó— y me advirtió de que si nuestra supuesta relación llegaba a oídos del duque y cancelaba nuestro matrimonio, me encerraría para siempre en una habitación.

Dante bajó entonces la mano por su espalda en una caricia que intentaba ofrecer sosiego. Sin embargo, Aurora se envaró y soltó un gemido de dolor. Él frunció el ceño y se dio cuenta entonces del motivo por el que le había parecido más libre en cuanto la había visto: no llevaba corsé, sino un vestido cómodo que distaba mucho de sus atuendos habituales y dejaba intuir sus curvas. Pero también dejaba la espalda libre de artificios que pudieran rozarla, y eso sólo quería decir una cosa.

—¿Te azotó?

Aurora se mordió el labio inferior. Dante se pasó la mano por la cara.

—Es un animal. ¿Te ha visto un médico?

La chica negó. Dante no esperó a su aprobación para comenzar a desanudar el lazo que ataba la prenda sobre su pecho. Aurora no lo apartó, sino que se volteó poco a poco para mostrarle la espalda. Aunque las heridas provocadas por el látigo se habían curado bastante después de dos semanas, algunas se habían infectado, y la carne se encontraba enrojecida e hinchada bajo las costras. Al tocarla, Dante se dio cuenta de que estaba ardiendo: tenía fiebre.

—No se merece seguir respirando —gruñó Dante entre dientes—, pienso ir ahora mismo a…

—¡No! —Aurora se volvió hacia él con cara de terror.

—Pero…

La chica puso un dedo en sus labios para hacerlo callar. Dante trató de no apartar los ojos de su mirada verdemar, porque con el movimiento el vestido se había escurrido por un lateral y dejaba a la vista buena parte de su cuello y sus hombros. Trató de contener la respiración cuando ella movió el dedo de su boca hacia su mejilla en una suave caricia.

—Tenemos que hacerlo bien, pensar en una estrategia. Si queremos hacerle caer, no podemos correr riesgos ni dejarnos llevar.

Sin embargo, mientras decía eso, Aurora puso la otra mano en su rostro, como si hubiera encontrado por fin algo que anhelaba y que se le había negado durante mucho tiempo. Dante tragó saliva cuando vio que entreabría los labios muy cerca de los suyos.

—Voy a desinfectarle esas heridas —dijo Dante poniéndose en pie.

Necesitaba poner distancia entre los dos para no cometer ninguna estupidez. Ella lo miró sin comprender, como si hubiera estado esperando otra cosa de él. Sin embargo, Dante no se detuvo y fue en busca de su maletín médico, con la esperanza de encontrar el raciocinio que necesitaba en ese momento. Aurora Armengol estaba prohibida, y si se propasaba con ella, no haría otra cosa que buscarle más problemas con su padre. Y no pensaba tolerar ni una paliza más.

—No va a ser agradable —le advirtió con cara de circunstancias, mirando hacia su espalda parcialmente descubierta—. Voy a tener que rascar la costra para eliminar el tejido infectado y que vuelva a crecer sano.

Aurora asintió y la escuchó tragar. Dante aplicó sobre su piel una buena cantidad de líquido para desinfectar, luego tomó el bisturí previamente esterilizado. Lo acercó hasta su espalda, pero se detuvo un instante.

—Esto le dolerá.

Otro asentimiento. Dante tomó aire y comenzó el procedimiento. La vio apretar los cojines con las manos y sintió que su cuerpo temblaba. Pero no gritó, no emitió más sonido que algún que otro gemido de dolor, contenido contra el respaldo del sofá. Cuando terminó, ambos estaban cubiertos de un sudor frío. Ella apenas podía mantener la conciencia.

—Puedo alojarla en una de las habitaciones de invitados —le sugirió Dante.

—Tengo que regresar a casa antes del amanecer. Si padre descubre que he estado aquí…

—Está bien —aceptó, aunque se le revolvían las tripas de pensar en dejarla de nuevo en esa hacienda—. La acompañaré entonces.

Ella se volvió y le dedicó una sonrisa trémula. Estaba pálida y ojerosa, pero seguía pareciéndole el ser más hermoso de la faz de la Tierra.

Salieron al exterior. Dante tuvo que ayudarla a subir al caballo, apenas era capaz de caminar por culpa del dolor. La sentó frente a él para sostenerla con sus propios brazos, porque la sabía al borde del desmayo. La colocó de lado para que, en caso de apoyarse contra él, no lo hiciera sobre la espalda. Le dio la órden al caballo y comenzó a trotar con paso suave. No quería convertir el trayecto en más infierno del que ya sería. Aurora recostó la cabeza sobre el pecho de Dante y se aferró a su camisa mientras apretaba los dientes.

—Tendrán que hacerle curas dos veces al día. En cuanto lleguemos le daré un frasco con el ungüento que deben aplicarle.

Notó que asentía contra la tela de su camisa. Hicieron el resto del camino en silencio. Lo único que rompía la quietud de la noche eran los cascos del caballo, rebotando contra la maleza.

La dejó a las afueras de la casa, a una distancia prudencial para que nadie pudiera verlos. Le dolió ver que apenas podía caminar. Aun así, Aurora encontró la fortaleza para agradecerle su ayuda.

—¿Está segura de que no quiere que tome cartas en el asunto de inmediato? —insistió Dante mirando hacia el piso de arriba, donde suponía que debía de estar la alcoba del señor Armengol.

—Sí. —La voz era trémula, pero sus ojos ardían con rabia—. Voy a trazar un plan para destruir a mi padre. ¿Va a ayudarme?

—Por supuesto.

Ella le dedicó una leve sonrisa.

—Tendrá noticias mías pronto.

La vio encaminarse a la puerta de las cocinas con paso lastimero y se prometió que, saliera como saliera ese plan, iba a acabar con Armengol con sus propias manos.

CAPÍTULO 25

1916, Barcelona

Pasé dos días sin ver a Dante ni a Lucien. Era como si hubieran desaparecido y, por momentos, temía que el mensajero de la muerte se atreviera a entrar en mi casa para llevarse al abuelo con él. Sin embargo, me decía a mí misma que, por muy distante que se mostrara conmigo, no era tan malvado como quería hacerme creer. Y que, por lo tanto, no haría algo así sin avisarme antes. ¿Cómo no iba a darme la oportunidad de despedirme del abuelo?

La mayor parte del tiempo la pasé vagando por los pasillos, sin más ocupación que la de cotillear estancias y salones. Ninguna parecía demasiado interesante: era evidente que, a pesar del cuidado y el esmero que Dante había puesto en adecentar el lugar, ese palacio no tenía alma. No había enseres personales, nada que me hablara de su pasado o de sus recuerdos, y mucho menos de su personalidad. Tampoco podía adivinar demasiado sobre sus antepasados. Lo único que quedaba de ellos eran esos retratos que colgaban de los salones y que, en vez de hacerme compañía, me provocaban escalofríos.

Una mañana estaba recorriendo las habitaciones del piso principal cuando di con un laboratorio lleno de botes con elementos que no reconocí flotando en formol. No pude dejar de escuchar en mi cabeza los rumores que decían que el barón se entretenía con experimentos extraños. Cerré la puerta casi de inmediato y decidí omitir aquella sala de mis recorridos, porque me parecía tan lúgubre e inquietante como los cuadros que revestían las paredes. Por suerte, poco después encontré una biblioteca. No me sorprendió descubrir las estanterías repletas de ensayos médicos y estudios clínicos en varios idiomas. En un pasillo escondido de la parte de atrás vi un pequeño grupo de novelas. No había demasiadas, pero por lo menos eran buenas. Así que tomé un ejemplar de «Cumbres borrascosas» y me enfrasqué en la lectura para entretenerme. Cuando se abrió la puerta a media tarde me sobresalté tanto que el libro se escapó de mis manos y terminó aterrizando en el suelo. Me agaché a recogerlo y en cuanto me incorporé me topé con la mirada acuosa de Roberta. Estaba segura de que no debía ver demasiado bien, pero se movía por la casa con el sigilo y la discreción de un gato. De hecho, muchas veces me parecía ver su sombra, como si se escondiera de mí.

—Le he traído algo de comer —me dijo, dejando una bandeja llena de viandas sobre la mesita auxiliar que se encontraba junto a la butaca en la que me había sentado.

Le sonreí con toda la amabilidad que pude. Había algo en ella que me asustaba. Puede que fuera el modo de mirarme, con una intensidad que escondía muchos secretos. Me dedicó una reverencia y se marchó sin decir nada más. En cuanto salió, me abalancé sobre uno de los estofados que había traído. No me había percatado del apetito que tenía hasta que el delicioso olor se había paseado frente a mí. Di buena cuenta de toda la comida y volví a concentrarme en la historia que me ocupaba. Cuando el sol descendió para esconderse en el horizonte, miré por la ventana con hastío. Había terminado la novela y la luz comenzaba a escasear como para empezar una nueva. Dejé el libro sobre la mesa y me froté los ojos. Luego me puse en pie para estirar las piernas. Sin saber qué otra cosa hacer, saqué uno de los cigarrillos que guardaba en mi falda. Lo enrollé con lentitud, para alargar mi tiempo en alguna actividad y, al terminar, lo coloqué en la boquilla dorada que siempre llevaba conmigo. Lo encendí con el fuego de la vela de uno de los candelabros que Roberta se había encargado de encender un par de horas atrás y cerré los ojos al

dar la primera calada. Expulsé el humo con suavidad, para que me envolviera como un abrazo en mitad de tanta soledad.

—No deberías fumar —dijo una voz muy cerca de mí.

Solté un grito y di un paso atrás hasta topar con la butaca en la que había estado sentada toda la tarde. Me apoyé en ella con un gesto muy poco delicado y alcé la mirada con frustración. Afortunadamente, el cigarro no se había escapado de entre mis dedos. Si no, puede que hubiera provocado un incendio: las alfombras y las cortinas abundaban en el palacio Recasens.

—Dios mío, qué susto me has dado.

Dante se acercó hasta mí y me arrebató la boquilla con el cigarro sin decir nada más. Lo miré indignada y traté de recuperar lo que era mío con un manotazo. Él, sin embargo, lo levantó para que quedara fuera de mi alcance. Gruñí y lo fulminé con la mirada.

—No te he salvado la vida tantas veces para verte morir por culpa del tabaco.

Fruncí el ceño, indignada. Gran parte de los hombres fumaba, y nadie me había advertido de que fuera peligroso, así que lo miré con la ceja alzada.

—¿Acaso no fuma todo el mundo?

—Es más nocivo de lo que cree la gente —explicó Dante, apagando la colilla contra la suela del zapato. Tus pulmones son delicados.

—¿Qué sabrás tú? —espeté, sin pensarlo.

Luego caí en la cuenta de con quién estaba hablando y, cuando me sonrió con malicia, me arrepentí de haber sido tan impulsiva.

—Claro, ya sabes de antemano lo que pasará, ¿no?

Él asintió y yo dejé caer mis hombros, sobrepasada por todo lo que estaba ocurriendo.

—¿De veras sabes la fecha de la muerte de todo el mundo?

—No es tan sencillo —contestó él—, pero tengo mis fuentes.

Tragué saliva, porque algo me decía que le había preguntado sobre mí a esas fuentes.

—Sí, si no dejas de fumar el tabaco te matará.

—Si no lo hace esa organización antes —mascullé con voz cansada.

—Ya te dije que no iba a permitir que se acercaran a ti.

Entorné los ojos y me acerqué a Dante. Entre nosotros todavía flotaba el humo del cigarro.

—¿Y por qué no quieres que eso pase?

Dante apretó las mandíbulas y se tensó al instante, como si mi pregunta hubiera sacado a relucir sus demonios más profundos. Entonces dio un par de pasos hacia mí con tanta decisión que me obligó a recular. Terminé de nuevo con la espalda apoyada contra el respaldo de la butaca. Vi cómo alargaba la mano hacia mi cintura sin dejar de mirarme y debo admitir que sus ojos me paralizaron: había tanto detrás de aquella mirada oscura que a veces tenía la sensación de que me ahogaba solo con mirarlo. Noté que me envolvía su olor a madera y se me entrecortó la respiración cuando su pecho quedó a escasos centímetros del mío. ¿Qué diablos estaba haciendo? ¿No iría a…? No pude evitar que mi mirada bajase hasta sus labios; podía notar su aliento cálido y embriagador cerca de mi mejilla. Entonces sentí su mano en mi falda, lo noté rebuscar entre la ropa y de pronto se separó de mí, con su trofeo entre las manos: había tomado la tabaquera que guardaba tan celosamente. Me sentí imbécil y maldije el embrujo al que me había sometido.

—Voy a confiscarte esto —anunció—. No tires por tierra mis esfuerzos.

Y con esto dio media vuelta y desapareció por la puerta. Dejé caer todo mi peso sobre la butaca con un resoplido muy poco femenino. Me froté la cara y me eché a reír de puro

nerviosismo. Por lo ridícula que era. Por pensar siquiera que él pudiera tener algún interés en mí. Cuando me calmé, tuve que reconocer la razón por la que me avergonzaba tanto ese encuentro: por un instante, había deseado que me besara.

CAPÍTULO 26

—Me resulta inquietante.

Distinguí la voz ajada de Roberta al otro lado de la cocina y me detuve en seco, porque no parecía de las que hablaban solas.

—Lo sé. —Reconocí la voz de Dante a su lado.

Me detuve en seco. No quería interrumpir lo que fuera que estuvieran hablando, así que me quedé en mitad del pasillo. No pude evitar bajar la vista hacia mi vestido para asegurarme de que estaba todo en su lugar: Dante se había encargado de que cada mañana tuviera a las puertas de mi habitación ropa que ponerme, y siempre había sido elegante y delicada. El problema era que yo estaba acostumbrada a la ayuda de Dolores, incluso a la de mi prima Margot para colocarme prendas así. Me convencí de que lo había hecho lo suficientemente bien y avancé un paso en dirección a la puerta. Sin embargo, volví a pararme en cuanto me percaté de que Roberta no había terminado de hablar con su señor.

—No sé cómo puedes soportarlo —dijo con un tono mucho más cercano del que solía emplear una sirvienta—, se parecen tanto…

—Eso no es cierto —replicó Dante.

Con ella no usaba el tono cortante y decisivo con el que le hablaba al resto del mundo. Era como si hubiera un respeto mutuo y muy antiguo entre ellos: una confianza ciega que la mayor parte de nosotros no llegaba a alcanzar a tener con otro ser humano.

—Puede que tengan un aspecto similar, pero no tiene nada que ver con ella.

Roberta no contestó, como si lo que Dante le hubiera dicho fuera algo definitivo e inamovible. Tan sólo la escuché emitir un gruñido de asentimiento y entonces salió de la cocina sin previo aviso ni una despedida. No me dio tiempo a preguntarme de quién estaban hablando, ni mucho menos a esconderme, así que me encontró allí parada como un mueble más del corredor. Si le molestó descubrir mi presencia, lo disimuló muy bien. Se limitó a dedicarme una pequeña reverencia con la cabeza al pasar junto a mí y se perdió en la inmensidad de la casa sin mediar palabra.

Dudé un poco antes de entrar en la cocina, porque el hecho de encontrarme a solas con Dante me inquietaba. Todavía no había podido sacarme de la cabeza su proximidad en la biblioteca. A pesar de que sabía perfectamente que tan sólo lo había hecho para apoderarse de mi tabaco, no podía evitar que se me acelerara el corazón al recordarlo. Tomé aire y alcé la barbilla. Lo último que necesitaba eran esos confusos sentimientos por el hombre que amenazaba con llevarse a mi abuelo al más allá. Sacudí un poco los hombros y carraspeé para anunciarle mi próxima entrada.

Dante se encontraba junto a la mesa, repleta de cruasanes y con varias tazas de café llenas, como si en esa casa fuéramos muchos más. Estaba tomando un sorbo de una de ellas, y en cuanto me vio aparecer alzó los ojos por encima de la porcelana. Cuando sentí su mirada oscura sobre mí, se me olvidaron los buenos propósitos: me intimidaba y no podía hacer nada por evitarlo. Me senté a la mesa para disimular que mis piernas apenas eran capaces de sostener mi peso.

—No eres especialmente madrugadora —me reprochó, sentándose frente a mí.

Podía sentir la proximidad de sus piernas bajo la mesa.

—No le veo el sentido a despertarme al alba cuando no tengo nada que hacer —solté molesta.

Llevaba encerrada en esa casa varios días, sin más entretenimiento que un puñado de novelas. Echaba de menos ir a trabajar y tener algo en lo que concentrarme. Sentía que en ese palacio

terminarían por devorarme mis propios fantasmas, mis miedos y mis anhelos. Por eso prefería cerrar los ojos y que me engullera la oscuridad del sueño.

—Puede que tenga un remedio para eso —replicó haciendo un gesto hacia el lateral.

Me di cuenta entonces de que sobre la mesa se encontraba una caja de madera que se me había pasado por alto. Me abalancé sobre ella sin importarme demasiado lo que pensara Dante sobre mi impaciencia. Se me iluminó el rostro al descubrir que se trataba de los libros de cuentas de la fábrica, junto con algunos archivos e informes de los últimos proyectos. Alcé la vista hasta él con una sonrisa y me pareció que él ocultaba otra tras la taza de café.

—Me marcho a supervisar que todo vaya bien en la fábrica —anunció—, volveré al anochecer.

Dejó su vaso dentro de la fregadera de la cocina y pasó por mi lado. Me envolvió su aroma de madera y deseé que se quedara más tiempo junto a mí. Decidí sacarme esa sensación de encima poniéndome a trabajar. Agarré uno de los tomos de dentro de la caja y lo coloqué junto a mi plato, en el que me había servido un cruasán. Le di el primer bocado al tiempo en el que abría el libro de cuentas para perderme en líneas y líneas de números y activos. Cuando quise darme cuenta, había terminado de revisar más de cien páginas; el café se había enfriado a un lado y el cruasán se había apelmazado. Me levanté hasta la caja en busca de algún informe nuevo con el que entretenerme un rato más y me sorprendió encontrar un pequeño envoltorio entre los papeles. Lo saqué y lo miré con curiosidad: no había nada escrito. Decidí que si Dante lo había colocado allí era porque debía de ser para mí. Rasgué el papel con cierta impaciencia y parpadeé cuando me encontré frente a lo que parecían las cubiertas de una novela. Busqué el título: «Orgullo y prejuicio». Me ruboricé. Debía de haber visto el tipo de novelas que había estado leyendo cuando había entrado en la biblioteca la noche anterior. No pude evitar sonreír y abrirlo por la primera página.

Espero que su orgullo no le impida aceptar este presente. No soy tan terrible como usted cree.

Dante de Fosco.

Me mordí el labio inferior, completamente desconcertada. ¿Qué significaba ese regalo? Quizá tan sólo se trataba de un gesto de amabilidad a una invitada que debía quedarse prisionera en su casa. Me convencí de ello y terminé por pasar las manos con cuidado sobre la cubierta. Se trataba de una edición especial, con ribetes dorados en la zona exterior de las páginas; debía de haberle costado una pequeña fortuna. Impaciente por saber de qué trataba la novela, me marché a la biblioteca.

Llevaba toda la tarde leyendo, incapaz de separarme de las palabras que me envolvían como un abrazo cuando más lo necesitaba. Me sentía identificada con la protagonista y no podía dejar de preguntarme si ese sería el motivo por el que Dante me lo había regalado. Puede que él también fuera un poco como ese tal Mr. Darcy. No estaba muy segura, porque, a decir verdad, no sabía nada del hombre que me estaba alojando en ese antiguo palacete.

A pesar de lo enfrascada que estaba en la lectura, cuando el sol empezó a descender, también lo hicieron mis párpados. Supongo que estaba exhausta por toda la situación, así que no tardé en sucumbir al sueño: la butaca era mullida y la manta que me había colocado sobre las piernas me mantenía caliente y comfortable.

Me pareció notar unos dedos descendiendo por mi mejilla y fruncí el ceño. Después sentí una mano apretando mi brazo y un suave zarandeo. Abrí los ojos. Casi grité al encontrarme con Dante inclinado sobre mí, mirándome con atención. Me envaré, sobresaltada, y fue peor, porque lo único que hice fue recortar la distancia entre nosotros.

—¿Te encuentras bien? —me preguntó con cierta preocupación—. Estás muy colorada.

Lo aparté con el antebrazo para ponerme en pie y sacudirme de encima el bochorno de que me hubiera encontrado de esa guisa. Escuché el libro caer con estrépito al suelo y me agaché con muy poca elegancia a recogerlo. Lo dejé sobre la mesita auxiliar mientras maldecía mi torpeza. ¿Habría estado roncando? ¿Se habría abollado el lomo de la novela con la caída? Me convencí de que no al tiempo que me sacudía la falda en un absurdo intento por eliminar las arrugas de la tela.

—Estoy estupendamente —dije al fin.

—Veo que te ha gustado —replicó moviendo la cabeza hacia el libro.

—No está mal —contesté, incapaz de admitir que me estaba encantando.

Se quedó mirándome con una intensidad que me descolocó, como si estuviera intentando leer mi mente. O más bien como si pudiera hacerlo. Esa idea me horrorizó. ¿Sería ese un poder de los mensajeros de la muerte? Si podían llevar el alma de los mortales al más allá, quizá también podían percibir sus pensamientos.

—¿Tenéis algún poder sobrenatural?

Dante arqueó las cejas, como si la pregunta le hubiera sorprendido genuinamente. Soltó una risa desganada.

—Me temo que no —me dijo.

—Pero eres inmortal.

—Yo nunca he dicho eso —replicó con más brusquedad de la que esperaba.

—No envejeces, tus heridas sanan en cuestión de minutos… ¿cómo le llamas a eso?

—Es un maldito castigo, Sibila —me respondió, muy serio.

Se acercó a mí y su presencia se volvió asfixiante, como si la oscuridad que arrastraba con él me atrajese de un modo opresivo.

—Hay gente que lo daría todo por ser como tú —susurré sin dejar de mirarlo.

Chasqueó la lengua.

—Lo dudo mucho. —Me dedicó una sonrisa torcida, sin un ápice de diversión—. ¿Sabes lo que es vivir una larga existencia sin ninguna emoción? ¿Despertarte y que tu único propósito sea llevarte a gente de este mundo? ¿Obedecer órdenes, te gusten o no? Estar seguro de que nunca volverás a tener amigos, familia, nadie que te importe. Ni nadie a quien le importes. Porque ninguno vivirá lo suficiente como para quedarse a tu lado.

Me di cuenta de que Dante tenía los puños apretados a ambos lados, como si estuviera tratando de contener las emociones que se le escapaban de entre los labios. Acerqué mi mano hasta la suya. No me había percatado del sufrimiento que podía ocultarse tras alguien como él. Lejos de apartarse, dejó que envolviera su palma con mis dedos: era suave y cálido. Tragué saliva, porque estaba segura de que nunca nadie me haría sentir de ese modo. Ni siquiera Roger.

—¿Por qué te impusieron un castigo tan cruel? —pregunté, incapaz de contenerme.

—Porque la muerte es así: despiadada —contestó sin dudar.

—¿La has visto alguna vez? —me aventuré, al ver que no se marchaba ni eludía mis preguntas.

—Ya lo creo. Más de las que me gustaría.

—¿Y cómo es?

Me sentía como una niña que acababa de descubrir una casa llena de dulces. Dante parecía dispuesto a abrirse un poco a mí, y no podía perder la oportunidad. Por mucho que me asustara lo que tenía que contarme, quería saber más de él, de su pasado; de su condena.

—Es perfecta —sentí una punzada de celos—; se trata de una diosa, después de todo. Pero su fondo es negro y putrefacto. Juega con los humanos, y le encanta hacer sufrir a los mensajeros.

Sin saber muy bien por qué, moví mi pulgar sobre su piel, como si necesitara acercarme más a él.

—¿Qué os hace? —pregunté con un hilo de voz.

—No quieres saberlo —replicó, apartando la vista de mis ojos.

Casi lo vi volver a recluirse en sí mismo.

—Sí, quiero —le apreté la mano y lo obligué a mirarme.

Me dio la sensación de que sus ojos viajaban por mi rostro y se detenían en mis labios durante una milésima de segundo.

—Tiene formas creativas de hacer sufrir a los mensajeros que incumplen sus órdenes.

Por primera vez, temí por él. Porque eso era justo lo que había hecho: desobedecer a la muerte para salvarme; una y otra vez. Ahora fui yo quien miró hacia sus labios. ¿Tendrían el mismo aroma de madera que desprendía su cabello?

—¿Y si descubre lo que has hecho? ¿Que no… que no me has llevado contigo?

Nuestras manos seguían entrelazadas y mis pies se movieron lentamente hacia los suyos, en busca de una proximidad que todavía no comprendía, pero que necesitaba.

—Me torturará.

Me temblaron los labios.

—¿Cómo? —susurré.

—Atormentándome con los recuerdos que más me duelen.

Y de pronto el embrujo se rompió. Dante me soltó la mano y dio un paso atrás. Me dedicó una pequeña reverencia y me dio las buenas noches atropelladamente. Escuché un gruñido, como si hablara consigo mismo; y luego la puerta se cerró con un golpe demasiado fuerte.

CAPÍTULO 27

1833, Plantaciones de algodón de los Armengol, Cuba

Habían pasado otras dos semanas sin noticias de Aurora. Dante se atormentaba con la idea de que su padre los hubiera descubierto cuando regresaban a la hacienda Armengol aquella noche y le hubiera dado otra de sus palizas. A veces tenía unas terribles pesadillas en las que Aurora sufría una sepsis por las heridas infectadas y se encontraba entre la vida y la muerte, abandonada a su suerte en una cama solitaria. Trataba de convencerse de que eran sus propios miedos los que lo acechaban y que, si no había escuchado nada de boca de los señores Hills, es que estaba bien. Nadie había escuchado más discusiones ni había rumores sobre altercados en la casa.

—Anda usted muy callado últimamente —le dijo la señora Hills cuando entró en su despacho para servirle un café después de comer.

Dante levantó la vista de los informes que estaba revisando y vio que el ama de llaves había añadido unas galletas en la bandeja en la que había traído la bebida. «Los dulces siempre levantan el ánimo», solía decirle con voz traviesa. Puede que Dante realmente no estuviera en su mejor momento y ella lo hubiera notado. Sonrió, aunque el gesto no alcanzó sus ojos.

—Estoy algo inquieto por el cierre de unos negocios —mintió Dante—. No tiene de qué preocuparse.

La mujer pareció más tranquila con su respuesta y su rostro se transformó en uno mucho más animado.

—Estupendo, pues.

La señora Hills dio media vuelta hacia la puerta y dio unos cuantos pasos hacia la salida, pero se detuvo de pronto, como si hubiera recordado algo importante.

—¡Lo olvidaba! ¿Debo prepararle el esmoquin para la fiesta de esta noche?

Dante frunció el ceño y cerró los ojos como si la pregunta le hubiera dolido. Lo había olvidado por completo. Las últimas semanas el asunto de Aurora lo había mantenido absorto y había dejado de lado sus obligaciones. Ahora se volvían una realidad ineludible, porque nadie en su sano juicio dejaría de asistir al baile en casa del gobernador. No si quería hacer negocios en esas tierras.

—Sí, el azul marino estará bien, gracias —contestó al fin.

—¿Con la camisa blanca?

—Lo que considere usted mejor.

La señora Hills pareció encantada con la responsabilidad de terminar de elegir su atuendo y se marchó enseguida, supuso que para almidonar las prendas cuanto antes. Él iba a hundirse en la silla con el poco ánimo que le quedaba, pero entonces cayó en la cuenta: Armengol no perdería la oportunidad de rodearse de la flor y la nata de la provincia. Le interesaban los negocios tanto o más que a él, así que por descontado asistiría a la cena de esa noche, y seguro que lo haría junto a sus hijos, incluida Aurora. Querría pasearla por los salones y presumir de su belleza mientras aún seguía soltera; con su ambición, puede que Armengol esperara un mejor partido que un duque, aunque le costaba imaginar a alguien con más poder.

Se levantó de la silla con energías renovadas. La perspectiva de ver a Aurora no le dejaría centrarse en informes ni prospecciones, así que determinó que saldría a dar un paseo a caballo para despejar la mente. A su vuelta, comenzaría a arreglarse para el baile.

La mansión en la que vivía el gobernador no tenía nada que envidiarle a los palacetes aristocráticos de Barcelona. De estilo colonial, ocupaba la parte central de unos jardines dignos de Versalles, moteados con margaritas y rosas, que unas enormes farolas de gas se encargaban de iluminar en mitad de la noche. Dante le tendió las riendas de su caballo a uno de los lacayos para que lo llevara a las cuadras y él se dirigió a la puerta principal. La entrada era majestuosa, con un pórtico rodeado de columnas que ascendían por buena parte de la fachada. Nada más acceder al vestíbulo, se encontró con una marea de vestidos de tul, gasas y seda, que lo envolvieron en un baile de colores. Azules, verdes y rosados eran los tonos que habían elegido muchas de las invitadas, ataviadas con tocados, perlas y perfumes. Los caballeros también se habían vestido a la altura de la ocasión: muchos llevaban sus mejores esmóquines, confeccionados en Europa, y saltaba a la vista que el barbero del pueblo había estado muy ocupado aquella tarde. Aunque no solía darle demasiada importancia a su aspecto, Dante se sintió un poco descuidado. Llevaba el cabello demasiado largo a pesar de las quejas de la señora Hills. Tampoco había repasado su afeitado. Por suerte, nadie pareció reparar en él. No conocía a nadie por esos lares, a parte de los Armengol que, evidentemente, no iban a brindarle ningún tipo de amabilidad.

Durante la cena, a Dante lo sentaron junto a un viejo hombre de negocios que había perdido casi toda su fortuna y que estaba allí tan sólo con la esperanza de engatusar a algún ingenuo que le prestara dinero. Dante no se dejó convencer y terminó por ignorar sus desvaríos. A su otro lado se encontraba una viuda que no dejó de lanzarle miradas seductoras durante toda la velada. Trató de ser amable con ella, pero era incapaz de escucharla. Dante tan sólo podía centrarse en la espalda de una muchacha, sentada unas cuantas mesas más allá. No estaba del todo seguro, pero estaba convencido de que esos tirabuzones negros eran los de Aurora. Estaba absorto en ella, cuando la viuda deslizó su mano por debajo de la mesa. Dante tuvo que levantarse para poner distancia. Todavía no habían servido el postre, pero no le importó. Se disculpó y se marchó a una de las terrazas, abochornado. Se quedó allí unos minutos, disfrutando de la soledad de la noche y de su propia compañía.

Llegado el momento, la música comenzó a sonar en el salón y supo que el baile había comenzado. Decidió volver a entrar. Quizá en mitad de una danza sería más fácil acercarse a Aurora sin que resultara sospechoso. Ya había muchos de los asistentes en pie, buscando entretenimientos más divertidos que las conversaciones sobre plantaciones, dinero y algodón. Dante caminó entre la gente y estiró un poco el cuello en busca de Aurora. Por suerte, Dante le sacaba casi una cabeza al resto de invitados, y no le costó localizarla en un rincón, junto a la mesa en la que se servía el ponche. No llevaba nada más en las manos a parte de su carné de baile, con el que no paraba de juguetear. Miraba de un lado a otro, como si temiera que alguien se acercara a conversar con ella. Saltaba a la vista que no estaba cómoda y que deseaba estar en cualquier otro lugar antes que allí. Dante no pudo evitar sonreír al comprobar que se encontraba en perfecto estado, al menos a simple vista. Su rostro no tenía ninguna marca y sus labios rellenos tan sólo mostraban el rastro de un suave carmín. No se percibía golpe alguno en sus pómulos ni en las partes visibles de su cuerpo. Para Dante, verla bien ya era suficiente recompensa para el esfuerzo que había supuesto acudir a un evento social en el que no conocía a nadie. Como si Aurora hubiera detectado su presencia, levantó los ojos de su carné de baile y recorrió la sala en un barrido rápido, hasta que lo encontró al otro lado del salón. A esa distancia no podía estar seguro, pero habría jurado que ella había disimulado una sonrisa, y que su mirada se había tornado brillante. Entonces un hombre se colocó frente a ella. Aurora palideció y Dante

no tardó en reconocer al duque. Aunque no podía escucharlos desde allí, le pareció evidente que le estaba pidiendo un baile. Aurora no tuvo más remedio que alzar su pequeña libreta y anotar con quién compartiría la primera danza. Dante tuvo que reprimir un ataque de ira al ver a aquel monstruo pasearse indemne entre los invitados. No podía olvidar lo que le había hecho a Roberta y se había jurado vengar el honor de la chica, aunque todavía no sabía cómo. La sola idea de que ese hombre pusiera sus zarpas sobre la delicada piel de Aurora le provocó un regusto amargo que ni siquiera el delicioso ponche fue capaz de eliminar.

Dante se sirvió una copa de algo más fuerte y se sentó en un sillón sin apartar los ojos de la escena. Cuando empezó una nueva melodía, el duque le tendió la mano a la que por decreto había nombrado su prometida. Aurora colocó sus delicados dedos sobre la mano regordeta del duque que, a juzgar por el brillo grasiento debía de haber estado comiendo algún manjar. El hombre le dedicó una sonrisa descarada a la muchacha y cuando lo vio agarrarla de forma posesiva de la cintura, Dante tuvo que aferrarse al reposabrazos de la butaca para no golpearle delante de todo el mundo. Respiró varias veces, contando mentalmente para calmarse, mientras observaba el rostro compungido de Aurora. De vez en cuando la chica le dedicaba a Dante una mirada de advertencia, pidiéndole en silencio que no interviniera. Cuando al fin terminó la canción vio cómo Aurora se disculpaba con el duque. «Tengo que acudir un momento al tocador», le pareció leer de sus labios.

Entonces la muchacha salió del salón en dirección a uno de los pasillos principales, que llevaba al servicio de señoras. Dante esperó un par de minutos para no resultar sospechoso; entonces se levantó y siguió la estela de perfume a lavanda que Aurora había dejado tras de sí. Un montón de damas, la mayoría acompañadas de sus madres, se agrupaban en los corredores, algunas retocando sus carmines y otras espolvoreando sus mejillas. Sin embargo, Aurora parecía haberse evaporado entre la multitud. Dante resopló y dio varios pasos atrás, en busca de algo que se le hubiera pasado por alto, puede que no la hubiera visto. Entonces dio con una puerta entreabierta. No parecía que hubiera nada interesante allí. Estaba a punto de desestimar esa opción cuando una mano salió de la pequeña apertura y le hizo un gesto rápido para que entrara. Dante miró a ambos lados. Las mujeres estaban demasiado ocupadas acicalándose como para detectar su presencia en un rincón, así que al fin se aventuró a entrar en la estancia. En cuanto lo hizo, la misma mano lo agarró con decisión y cerró de un golpe, echando el cerrojo. Por un instante, creyó que era una trampa y que alguien se había aprovechado de su estupidez para robarle o algo peor. Que supiera, no tenía cuentas con nadie, más que su reciente enemigo, Armengol. Pero no pensaba que fuera tan temerario como para hacer algo peligroso en una fiesta. Pero entonces distinguió la figura delicada de Aurora ante él. Había poca luz, apenas el brillo de una exigua vela en la mesita de noche, pero no le cupo duda de que era ella. El verde de sus ojos borboteaba bajo la llama de un candil que llevaba en la mano y que aportaba algo más de claridad.

—¿Qué está haciendo? —le preguntó él cuando recuperó el habla—. ¿Es consciente de que si nos descubren aquí…?

Dejó la frase inacabada, porque se veía incapaz de verbalizar ante ella la posibilidad de que fueran amantes. La deseaba demasiado. Ella no pareció amedrentarse y se acercó a él. Dante apoyó la espalda contra la puerta, como si su cercanía pudiera abrasarlo.

—Necesitaba hablar con usted —replicó ella—. He encontrado el modo de destruir a mi padre.

Dante olvidó por un momento que se encontraba a solas con la mujer que habitaba sus sueños

y se centró en lo que le iba a contar.

—¿De veras?

—Sí, pero no carece de riesgo —le advirtió—. Quiero que sepa que mi padre es un hombre peligroso y hace pagar con creces los agravios.

Los labios de Aurora temblaron y le pareció detectar un miedo atroz en sus pupilas dilatadas por la penumbra.

—No quiero meterle en algo así, Dante —prosiguió.

—No le tengo miedo —replicó él con más seguridad de la que sentía—. Los esclavos merecen justicia. Roberta merece justicia. Usted y su hermana, la libertad.

Los ojos de Aurora se llenaron de lágrimas, puede que hasta ese momento se hubiera sentido muy sola. Avanzó hasta él un paso más y posó las manos en su pecho. Dante se olvidó de respirar.

—Detestaría que algo le ocurriera por mi culpa.

Dante logró recobrar la respiración, y agarró una de las manos que ella había posado sobre su pecho.

—Nada va a pasarnos. Iba a contarme un plan —la animó, sin soltarla.

Comenzó a trazar pequeños círculos sobre la palma de su mano. Era suave y delicada.

—Claro, el plan —repitió ella, como si le costara regresar a sus pensamientos.

Aurora carraspeó con decisión y entonces comenzó a hablar. La ejecución de su idea no era sencilla. Consistía en hacer hablar al doctor Aranda sobre el acuerdo al que debía haber llegado con su padre para fingir que los trabajadores tenían tuberculosis. Y luego publicarlo en el «Diario de la marina». Dante la miró con escepticismo.

—¿Qué le hace creer que el doctor va a reconocer algo así? Tiraría por tierra su carrera.

—Mi padre lo sobornó con dinero —apuntó Aurora—. Le daremos más. Tanto, que no sabrá en qué gastarlo.

—Dispongo de una buena cantidad —le advirtió Dante—, pero no sé si más que la riqueza que pueda poseer su padre.

—Oh, jamás le pediría algo así. Tengo ahorros: mi madre hizo dos testamentos. Unos meses después de su muerte y de que se hubiera hecho público el testamento oficial, me llegó una carta con remitente de Barcelona. Era un despacho de abogados distinto al de mi padre. En la carta me pedían que mantuviera en secreto esa correspondencia y todo lo que tratara con ellos. Después de unos cuantos intercambios, me informaron de que mi madre me había legado una gran fortuna, solo a mí y a mi hermana, a espaldas de mi padre. No la podría usar hasta la mayoría de edad, o hasta que necesitara el dinero de verdad. Mi madre se había encargado de brindarles los poderes necesarios para poder hacerme llegar el dinero sin necesidad de la rúbrica de ningún hombre, marido o padre. Creo que fue su forma de proporcionarme a mí y a mi hermana la libertad que ella nunca tuvo.

—Si tiene dinero, ¿por qué no ha huido de esa casa?

Aurora suspiró.

—El miedo me ha paralizado durante años, supongo —se lamentó.

Alzó la mirada hasta él y vio que varias lágrimas caían por sus mejillas.

—¿Sabe por qué nos mudamos a Cuba? ¿Nadie se lo ha contado todavía?

Dante frunció el ceño y negó muy lentamente. Había escuchado muchos rumores sobre Armengol, pero ninguno hacía referencia a su mudanza.

—Es bueno silenciando a la gente —escupió—, siempre lo ha sido.

Dante no supo qué decir, temía que si la interrumpía no terminara de contarle su historia. Ella tomó aire, como si necesitara reunir todas sus fuerzas para decir aquello:

—Mi padre mató a mi madre —soltó al fin.

Su pecho se desinfló y Dante se quedó muy quieto, incapaz de reaccionar ante una noticia tan atroz.

—Le hizo creer a la gente que fue un accidente doméstico, que se había caído por las escaleras. Mis hermanos lo idolatran y son igual de violentos que él, así que no cuestionaron su palabra. Pero yo lo vi todo, escondida en un armario y temblando de terror.

»Las palizas no eran algo nuevo; sin embargo, aquel día mi padre estaba más furioso que nunca. Al parecer, habían visto a mi madre hablando con un caballero. Dudo mucho que fueran nada más que amigos, ella jamás habría osado importunarle así. Pero poco importó. Mi padre fue implacable y comenzó a golpearla con tanta fuerza que tuve que cubrirme los oídos para no escuchar los golpes. Mi madre, supongo que harta de todo, agarró el atizador de la chimenea. Él la detuvo y comenzaron a forcejear. Hasta que la empujó. Lo hizo a propósito. Los crujidos de su cuerpo cayendo por cada escalón todavía me acechan cada noche. Así que el miedo me volvió una estatua. No podía moverme, ni sentir, tan solo aguantar. Por mi madre. Por mi hermana. Hasta hoy, Dante. No voy a tolerarlo más.

Dante la envolvió en un abrazo.

—Ahora que sabe de lo que mi padre es capaz, entenderé que se eche atrás —murmuró contra su pecho.

Se separó de ella y le secó las lágrimas con el pulgar.

—Vamos a lograrlo —le aseguró Dante—. No volverá a hacerle daño a nadie más. Yo me encargaré de hablar con el doctor Aranda.

Aurora le dedicó una sonrisa trémula.

—¿Puedo pedirle algo más?

—Lo que sea.

La joven se mordió el labio, y Dante no pudo evitar que sus ojos bajaran hasta su boca. Demasiado cerca. Estaban demasiado cerca. Tragó saliva e hizo acopio de valor para no moverse de donde estaba. Si se dejaba llevar por su cuerpo, terminaría haciendo alguna tontería.

—Béseme —le pidió ella en un susurro—. Sólo por una vez. Quiero saber lo que se siente.

Dante dudó un instante. Puede que no hubiera escuchado bien; quizá había bebido más de lo que creía y se le estaba subiendo a la cabeza. ¿Podía Aurora llegar a pedirle algo así? Imposible. Tenía que estar soñando.

Entonces notó la pequeña mano de Aurora tirar de su camisa con un leve movimiento, como si quisiera acercarlo a ella.

—Si van a acusarme de ser su amante, por lo menos que tengan razón —insistió la chica, completamente ruborizada.

Dante no le dijo que ser amantes implicaba algo mucho más íntimo que un beso, ni tampoco le pidió que no fuera por ahí pidiéndole a ningún otro hombre que la besara en una habitación cerrada. Incapaz de resistirse a su petición, recorrió la poca distancia que los separaba. Intentó ser delicado al principio, pero cuando vio que Aurora, lejos de asustarse, enredaba los dedos en su cabello para acercarlo más, terminó por apoderarse de su boca con un hambre que no podía reprimir por más tiempo. Con ella entre los brazos dio media vuelta para dejar que fuera su pequeña espalda la que quedara contra la puerta. Aurora abrió los labios para dejar que explorase hasta el último rincón y Dante creyó que perdería la cordura cuando la escuchó gemir contra su

lengua. Al fin, con el poco sentido común que le quedaba, logró separarse de ella. Porque sabía que si no se detenía en aquel punto, le costaría cumplir con su parte del acuerdo: solo un beso. Posó su frente contra la de ella, con la respiración entrecortada. Aurora, con las mejillas enrojecidas y los labios hinchados por su beso, le sonrió.

—Debo reconocer que esto es más intenso de lo que esperaba.

Dante soltó una carcajada y le dejó espacio.

—No vuelva a pedirme algo así —le rogó—. No soy de piedra.

Ella bajó la mirada, sonrojándose todavía más.

—Creo que será mejor que pensemos en otra cosa.

—Sí, estábamos terminando de trazar el plan.

—Cierto —dijo aturullada, como si quisiera salir corriendo y pensar en lo que acaba de ocurrir—. Yo trataré de conseguir el contacto del periodista para que publique nuestra investigación.

Se miraron en silencio unos instantes. La vio pasarse la lengua por los labios y a punto estuvo de volver a besarla, pero se contuvo.

—Ahora será mejor que se marche, antes de que alguien se pregunté dónde estamos —le dijo Aurora en un susurro—. No intente contactar conmigo, sería demasiado arriesgado; encontraré el momento de acercarme a usted.

Él le acarició la mejilla y depositó un suave beso en ella antes de salir con sigilo de la estancia.

CAPÍTULO 28

Dante acudió a la consulta del doctor Aranda sin demasiada convicción. Le había pedido una cita a través de su ayudante, a la que tuvo que engatusar inventándose una afección de los pulmones con tal de que lo visitara.

El consultorio se encontraba en una vivienda unifamiliar situada en medio del pueblo, muy cerca del ayuntamiento, supuso que con el objetivo inicial de acudir rápidamente a la mayor parte de las casas de la villa. No era tan lujosa como las mansiones de los terratenientes, pero saltaba a la vista que era el lugar donde vivía alguien importante. La fachada estaba inmaculada, el balcón lucía decorado con plantas bien cuidadas y la puerta era de madera de roble, de la que sólo unos cuantos afortunados podían pagar. No le costó adivinar que el doctor Aranda vivía allí mismo: desde las vidrieras de la planta superior podía adivinar un dormitorio y una biblioteca atestada de libros.

Dante llamó a la puerta a la hora acordada y, para que la muchacha de la recepción —que lo observaba con interés— no sospechara, fingió un poco de tos. Ella le sonrió con cierta coquetería y Dante carraspeó, concentrándose en una novela que se había llevado consigo, «Orgullo y prejuicio». Se la había regalado su padre unos años atrás y no se había animado a leerla hasta que había llegado a Cuba y la falta de noticias de Aurora le habían obligado a mantener la mente ocupada en algo que no fuera la espera. Se preguntaba si ella habría logrado su parte del plan. Él no tenía que darle explicaciones a nadie, pero Aurora tenía a su padre y a sus hermanos vigilándola día y noche. Le atormentaba no poder acercarse a ella ni saber cuándo podría verla. Su único consuelo consistía en rememorar aquel beso, único y apasionado, que ella le había pedido. Tenía que significar algo. ¿Acaso Aurora sentía lo mismo que él?

La voz de la asistente del doctor lo distrajo y alzó la vista de la novela; no había sido capaz de leer siquiera un párrafo, absorbido por sus propios pensamientos.

—Ya puede pasar —lo invitó con voz amable.

Dante se puso en pie y siguió a la muchacha hasta la sala en la que Fausto Aranda atendía a sus pacientes. Era un consultorio amplio y bien arreglado, con las paredes blancas y una camilla en el centro, que se veía bien desinfectada. No le costó imaginar que su minuta debía de ser alta y que no abundaban por allí personas sin recursos.

—Buenas tardes tenga, barón. —Le dio la bienvenida, con una voz cavernosa.

Así que sabía quién era. Puede que la gente comenzara a conocerlo por la zona. Dante estudió sin disimulo al hombre algo entrado en carnes que le observaba desde una butaca, tras un enorme escritorio de madera de nogal. Había un montón de archivos en un rincón, como si fuera un hombre ocupado; o quisiera aparentarlo. No le pareció buena persona: los ojos pequeños rezumaban avaricia y mostraba una sonrisa desdeñosa que su bigote no llegaba a ocultar.

Dante había pensado mucho en esa cita y en cómo afrontarla. Sabía que la amabilidad de poco serviría con alguien cuyo principal interés era el dinero. Tampoco le gustaba andarse con rodeos ni fingir simpatía por personas que no le agradaban, así que había decidido ser directo:

—He venido para hablar con usted. De médico a médico.

El doctor Aranda, que había permanecido en una confortable posición, inclinado en su butaca, se enderezó; puede que hubiera percibido la peligrosidad de esa mirada oscura que Dante se reservaba para la gente como él.

—Usted dirá.

—¿Sabe lo que está ocurriendo en la tintorería del señor Armengol?

Fausto Aranda palideció como si estuviera viendo frente a él a los fantasmas que sabía que algún día irían a buscarle. Lo escuchó tragar saliva; su papada tembló.

—Se están contagiando de tuberculosis —dijo en un intento de consolidar su mentira.

Dante chasqueó la lengua, molesto por que lo tomara por imbécil.

—Ambos sabemos que eso no es cierto.

El doctor se pinzó el puente de la nariz, como si la conversación estuviera yendo demasiado deprisa para él y no supiera qué responderle.

—¿Qué es lo que quiere? —terminó preguntando.

Dante lo miró fijamente.

—Que cuente la verdad: que murieron por culpa de las toxinas de los polvos decolorantes.

—Eso no son más que patrañas.

—Tengo pruebas bastante contundentes sobre esas supuestas patrañas, doctor —escupió Dante.

Lo vio palidecer un poco más.

—No puedo hacer eso.

—¿Es cuestión de dinero? Le pagaré más que él.

—No es sólo eso. Si hablo, me matará.

—Oh, eso debería haberlo pensado antes. Le estoy ofreciendo un trato, pero usted no me está entendiendo: si me ayuda a sacar la verdad a la luz, le daré el dinero suficiente como para que empiece un nueva vida en otro país, lejos del señor Armengol. Pero si no me ayuda, contaré lo que ocurre igualmente, y usted quedará como un médico negligente que no es capaz de distinguir una tuberculosis de un envenenamiento. Dudo que llegada esa circunstancia Armengol sea tan caritativo como yo; no se arriesgará a que usted abra la boca para intentar rescatar su carrera, y lo silenciará para siempre. Usted elige: una nueva vida con una buena fortuna o morir en la más absoluta miseria y degradación.

Para cuando Dante terminó de exponerle la situación, el doctor Aranda estaba temblando, a pesar de su enorme envergadura. Se cubrió la cara con las manos y sorbió de una forma patética; por un instante Dante temió que fuera a echarse a llorar allí mismo, pero al fin pareció recobrarse.

—Aceptaré su dinero.

Dante le dedicó una sonrisa triunfal.

—Estupendo. Le haré llegar una citación para acudir al periódico, en el que expondremos el caso.

El médico apretó los labios, como si odiara esa perspectiva, pero la otra le pareciera peor.

—En ese momento, dispondrá de todo el dinero.

Dante no le ofreció la mano para cerrar el acuerdo. Le asqueaba la idea de tocar a un ser tan miserable, que miraba más por su bolsillo que por la vida de niños y personas inocentes que trabajaban sin cesar.

—Aguarde a mis noticias. Y ni se le ocurra irle a Armengol con el cuento. Yo también puedo ser peligroso.

Dante no se quedó a ver el efecto de sus palabras y cerró la puerta con fuerza.

Pasó una semana entera, con sus siete días y sus siete infernales noches, hasta que tuvo noticias de Aurora. Era más de medianoche y Dante se encontraba en su dormitorio, tratando de conciliar

un sueño que parecía esquivo de nuevo. Entonces escuchó unos golpes en su ventana, muy similares a los que había oído un par de semanas atrás. Salió de entre las sábanas y acudió a la ventana. Por el camino tropezó con un mueble y maldijo por lo bajo.

Cuando abrió la contraventana, se encontró con Aurora a los pies de la casa, mirando hacia arriba con una sonrisa que brillaba más que la luna que iluminaba esa noche. Dante le pidió que aguardara un instante y bajó las escaleras a trompicones, de dos en dos y con más agilidad que un guepardo. Deseaba verla. Necesitaba tenerla cerca. Agradeció que los señores Hills tuvieran un sueño profundo y se hubieran ido a dormir un par de horas atrás, porque la puerta de la entrada rechinó con un quejido agónico en cuanto la movió para que Aurora pudiera acceder a la casa sin peligro de caer de un primer piso.

En cuanto la tuvo cerca sintió un deseo casi irrefrenable de besarla, pero se dijo a sí mismo que no era el momento ni el lugar. Ella no dijo nada, temerosa de que alguien pudiera escuchar su voz. Dante la tomó por la mano y la condujo en silencio hasta su alcoba. Cerró la puerta con llave, aunque no creía que fuera necesario; ni la señora ni el señor Hills entraban a esas horas.

—Por fin —dijo él—. La espera me estaba matando.

Aurora se acercó a él y no pareció nerviosa porque se encontraran a solas en su dormitorio. Sin embargo, para Dante la presencia de la cama era opresora y dolorosa. Un lugar en el que nunca podría estar con ella; su relación estaba vetada.

—Ayer conseguí hablar con Bruno Mendoza, el periodista que redactó la noticia sobre las muertes. Aunque al principio pareció asustado por enfrentarse a mi padre, creo que lo convencí. Es joven y quiere prosperar, cree que una investigación así puede hacerle ascender. Así que nos ayudará. Es importante que cuando vayamos a contarle la historia y a presentarle las pruebas, venga con nosotros el doctor Aranda para terminar de descubrir lo ocurrido.

—Eso es estupendo. Le escribiré una nota al doctor enseguida. Lo he convencido muy amablemente de que colabore —le aseguró—. ¿Cuándo podrá atendernos el señor Mendoza?

—Hemos quedado mañana a medianoche, para que mi padre y mis hermanos no puedan seguirme.

Dante notó cómo le subía un líquido viscoso por el estómago, muy parecido al vértigo. ¿Y si no salía bien? ¿Y si Armengol los descubría antes? Le parecía todo muy precipitado. Tenía menos de veinticuatro horas para avisar a Aranda y asegurarse de que acudía con ellos a su cita en el periódico.

—Sé lo que está pensando —le dijo ella—. Pero no tenemos más tiempo.

Dante se mordió el labio.

—¿Qué ha pasado?

—Mi padre y el duque han fijado la fecha de la boda. Será la semana que viene.

Dante frunció el ceño, horrorizado por lo que estaba escuchando.

—Eso ni siquiera es legal.

—Llevan días planeándolo. Le han pedido un permiso especial al obispo y, evidentemente, se lo ha dispensado.

Aurora empezó a estrujar sus propias manos con nerviosismo.

—He preparado el dinero para el doctor —continuó ella, como si necesitara hablar de otra cosa que no fuera su propia boda—, he guardado un cheque en mi joyero, para entregárselo en cuanto sepamos que se va a publicar la historia. Y tiene que ser ya. Necesito destruir a mi padre, es el único modo de que el duque se eche atrás en cuanto a nuestro matrimonio. No querrá casarse conmigo cuando sea la hija de un delincuente.

Aurora se quedó callada unos instantes, como si de pronto un pensamiento horroroso se estuviera formando en su mente.

—Supongo que entonces nadie querrá acercarse a mí, me convertiré en una apestada.

Dante la observó con admiración y preocupación a partes iguales. Lo que estaba haciendo requería de doble valentía: por un lado, se enfrentaría a su propia familia; pero por otro, tendría que luchar contra una sociedad que le haría el vacío. Se acercó a ella y le acarició la mejilla.

—No tiene nada de lo que avergonzarse.

Aurora sonrió con tristeza.

—Nunca podré quitarme ese estigma, lo sabe usted bien. Pero la causa lo vale.

Una idea comenzó a aflorar en Dante. Trató de apartarla, porque le parecía una locura. Sin embargo, poco a poco comenzó a llenar su cabeza y ya no podía pensar en otra cosa.

—Puede que lo olviden si se convierte usted en baronesa.

Aurora parpadeó varias veces, como si no comprendiera del todo lo que acababa de decir.

—Cásese conmigo, Aurora.

Ella abrió mucho los ojos, como si ese pensamiento fuera una locura en sí misma. Dante la tomó del rostro, cada vez más seguro de que aquella era la solución a todos sus problemas.

—Sé que no nos conocemos demasiado, pero es evidente lo que despierta en mí.

Dante no pudo evitar bajar los ojos hasta sus labios.

—Me gusta pensar que usted se siente igual —prosiguió—. Hasta se aventuró a pedirme un beso.

Un fuerte rubor ascendió por el cuello de Aurora y llegó hasta sus mejillas. Ella desvió la mirada, puede que azorada por el recuerdo.

—No sé lo que me pasó —murmuró avergonzada.

—Yo sí lo sé.

Dante la tomó con cuidado por la cintura y se acercó a ella hasta que sus rostros quedaron a escasos centímetros el uno del otro. Le dejó unos segundos para apartarse, pero permaneció inmóvil. Temió que fuera una reacción provocada por el miedo. Al fin y al cabo estaban solos en una habitación cerrada, en mitad de la noche. Y seguro que nadie sabía que ella estaba allí.

—¿Puedo besarla de nuevo? —preguntó, haciendo uso de todo su autocontrol.

Ella no contestó, pero se echó hacia adelante hasta atrapar su boca con los labios en un movimiento casi desesperado. Sus dientes chocaron de manera torpe. Dante se echó hacia atrás de pura sorpresa y la miró con una sonrisa.

—¿Eso es que sí?

—¿No va a callarse nunca?

—¿Y usted va a dejar de tratarme de usted? Acabo de pedirle matrimonio, por el amor de Dios, creo que es bastante bochornoso tanto formalismo.

Ella sonrió.

—Todavía no he aceptado.

—¿Eso significa que va a hacerlo?

Ahora fue Aurora quien sonrió. Las últimas veces que la había visto, su rostro estaba apagado por la sombra del miedo y de la incertidumbre. Por un momento la vio en todo su esplendor, un atisbo de toda la felicidad que podrían compartir algún día.

—Sí —admitió ella al fin.

Dante le devolvió la sonrisa y entonces fue ella quien no pudo evitar que su mirada bajase hasta sus labios. Él le acarició el rostro con reverencia y se inclinó hacia ella.

—Prometo cuidarte y hacerte feliz —murmuró contra sus labios—. En cuanto todo esto termine, mañana mismo si hace falta, huiremos a Barcelona, lejos de todo y de todos los que puedan herirte.

Ella cerró los ojos, aliviada por tener una salida. Una oportunidad de salvarse de la vida que le había tocado vivir. Un final para tantos años de maltrato.

—Y yo haré todo lo posible para estar a la altura de un corazón tan bondadoso como el tuyo —respondió Aurora un instante antes de besarle.

Esta vez fue mucho más suave, y Dante pudo recrearse en el sabor a lavanda de sus labios. Aurora se apretó contra él y pudo notar su figura frágil y delicada entre sus brazos. No lograba entender cómo alguien podía llegar a hacerle daño a un ser tan puro. Apartó al maldito Armengol de sus pensamientos y la besó con reverencia, hasta que Aurora comenzó a desabotonarle la camisa del pijama con manos inexpertas. Dante se echó hacia atrás para mirarla a los ojos.

—¿Qué…?

—Déjame ser tu esposa. Desde hoy mismo.

—Pero…

Aurora acalló sus dudas con otro beso. Dante no pudo pensar con coherencia y la tomó en brazos sin separar sus bocas. La depositó con cuidado en la cama y se inclinó sobre su cuerpo; la estudió unos instantes. Sus ojos verdes brillaban con deseo y verla así lo incendió. La besó de nuevo, esta vez con menos delicadeza y más fuego. Aurora lo agarró del cabello de la nuca y lo acercó más a ella, emitiendo sonidos contra su boca que casi consiguieron enloquecerlo. A pesar de que sus cuerpos estaban prácticamente pegados el uno al otro, Aurora consiguió terminar de quitarle la camisa y la lanzó al suelo. Luego tanteó su pecho con las manos temblorosas, como si no supiera muy bien cómo debía tocar a un hombre. Dante enterró su rostro en el cuello de Aurora y resiguió la línea que llevaba hasta su escote, donde se encontró con varias lazadas. No es que tuviera mucha experiencia con mujeres, así que le costó un buen rato deshacerse de ese corpiño. Cuando logró liberarla, Aurora lo observaba con la misma sed que tenía él. Dante besó sus hombros, su pecho, su ombligo, sus muslos. Acarició todo su cuerpo hasta que la sintió estremecerse bajo sus manos. Recorrió cada espacio de su ser con tal de memorizarla, mientras ella se aferraba a su espalda con fuerza incontrolada. Sólo cuando supo que estaba preparada se colocó entre sus piernas.

—Te prometo que iré con cuidado.

Ella lo miró como si no supiera a qué se refería. Cuando él se deslizó en su interior, Aurora abrió mucho los ojos. Dante se detuvo para dejar que se adaptara a la sensación. Entonces ella lo besó de nuevo, con cierta desesperación.

—Muévete —susurró contra sus labios.

Dante hizo lo que le pedía. Con cuidado al principio, con mucha más pasión a medida que ella seguía su ritmo. De pronto Aurora alcanzó un lugar en el que nunca había estado y comenzó a gemir con más fuerza que antes. Dante la besó para silenciar su placer y que nadie en la casa se preguntara lo que estaba ocurriendo en esa habitación. Al final él no pudo aguantar más y se liberó, apretando los dientes para no dejar escapar ninguno de los gruñidos que brotaban de su propia garganta. No tardaron en quedarse dormidos, como si jamás se hubieran encontrado en un mundo tan seguro y feliz.

CAPÍTULO 29

Dante había preparado el carruaje él mismo, para mantener las manos ocupadas en algo. Después de la noche que había pasado con Aurora, tenía la sensación de que sus pies flotaban sobre la tierra que pisaba, como si lo que había ocurrido entre ellos fuera producto de una ensoñación; un imposible. Sin embargo, había pasado: se habían hecho una promesa. Y sentía el vértigo en la boca del estómago, porque cualquier gesto mal planeado, un susurro a destiempo, podían dar al traste con el plan que habían trazado. No quería siquiera imaginar las consecuencias que tendría para ella si su padre descubría lo que estaban tramando. Se pasó el día en un debate interno sobre si se sentía feliz, asustado o impaciente, porque las sensaciones se mezclaban a destiempo. Si no hubiera sido por las circunstancias, el hecho de que Aurora hubiera aceptado ser su esposa habría sido la mayor de las alegrías, pero estaba enturbiado por el peligro y el mal que los acechaba desde sus hogares, desde su propia familia.

Esperó hasta las once de la noche para entrar en la calesa y dar la órden al cochero de que condujera hasta el consultorio del doctor Aranda. Esa misma mañana le había enviado una nota avisándole de su próxima cita. Si acudía con él al periódico y denunciaba la situación ante Bruno Mendoza para que la publicase, obtendría una gran suma de dinero y un pasaje a otro país. No le había contestado y dudaba de si era porque no le había dado tiempo o si lo había denunciado ante Armengol. ¿Y si no había sido lo suficientemente convincente en su discurso? Le había amenazado con la inminente destrucción de su carrera si no cumplía con su parte del trato, pero temía que el miedo que el médico pudiera tenerle a Armengol fuera mayor. Así que cuando lo vio aparecer embozado en una gabardina oscura frente a la puerta de la consulta, Dante sintió un inmenso alivio. Por lo menos, iba a colaborar. El hombre ni siquiera le saludó. Subió a la calesa y se sentó junto a él en un mutismo férreo, como si temiera que hablar fuera a romper algún tipo de delicado equilibrio. Dante pensó que era mejor así, no deseaba mantener ninguna conversación con ese indeseable, así que se limitó a guardar silencio hasta que vio la redacción de el «Diario de la marina» por la ventanilla.

—En cuanto haya corroborado usted nuestra historia con el señor Mendoza, tendrá su cheque y un pasaje en el primer barco a Venezuela.

El doctor Aranda asintió, sin mudar su gesto; como si aquella noche se hubiera colocado una máscara de mármol.

Dante fue el primero en bajar del carruaje. Las calles estaban oscuras, las farolas de gas apenas podían iluminar los recovecos de aquella zona, no demasiado lujosa, de la ciudad. Pensó en Aurora, caminando sola por ese sitio y tuvo un mal presentimiento. No era un buen lugar para una mujer sola, por muy valiente que fuera. Podía ver algún maleante en la lejanía, más de un vagabundo e incluso algunas prostitutas ofreciendo sus servicios a gente de la peor calaña.

—Será mejor que vayamos rápido a la redacción —dijo el doctor Aranda rompiendo al fin su mutismo.

Debía de haber advertido el mismo peligro que él. Eso no le tranquilizó. Terminó asintiendo para darle la razón. No pensaba que fuera un buen lugar para comenzar una charla ni aparcar la calesa, así que se volvió hacia el cochero para mandarlo a una zona más noble de la ciudad, no sin antes darle instrucciones de que regresara a ese punto en una hora.

Las ruedas metálicas rasgaron la tierra del camino y se mezclaron con el sonido de cristales

rotos que provenía de alguna taberna de mala muerte. Dante comenzó a caminar hacia el periódico, seguido por el doctor, que no parecía dispuesto a quedarse allí solo.

La puerta de la redacción era algo más lujosa que la de los edificios que la rodeaban; suponía que debía de haber comenzado como un pequeño gabinete de comunicación o una imprenta que se había ido haciendo famosa; la fachada daba muestras de algún intento de mejora, pero era evidente que no lo lograrían en aquella ubicación. Empujó el portón con todas sus fuerzas y se detuvo en seco en el umbral. Porque lo que vio era más de lo que podía asumir. Más de lo que podría soportar.

Aurora yacía en el suelo.

Sobre un charco de sangre.

Los ojos buscaban el techo, como si quisiera aferrarse a algún lugar de este mundo. Para no abandonarlo. Para no sucumbir al dolor de las heridas. Entonces ella reparó en Dante, con la mirada verde empañada por el horror. Y sonrió. Trémula.

Dante se abalanzó sobre ella, en busca del lugar del que manaba la sangre. El vestido que llevaba, que había sido de una seda exquisita, estaba hecho jirones y se podían apreciar restos de barro, como si se hubiera revolcado por el suelo. A simple vista no encontró ninguna herida, más que arañazos y cortes que parecían de una pelea. Entonces Aurora se encogió de dolor y comenzó a toser. De sus labios brotó una cantidad de sangre que no podía deberse a nada bueno. Se alarmó al ver cómo gorgoteaba en busca de aliento. Dante la incorporó y Aurora pareció volver a respirar. Al agarrarla por la espalda la chica se estremeció. Fue entonces cuando se percató de que la tela estaba especialmente rasgada en esa zona. Sobre las cicatrices recientes de los latigazos había nuevos surcos, pero lo que de veras le preocupó fue el enorme moratón que ocupaba gran parte de su piel, azul y ominoso. Letal. Porque alguien le había provocado una hemorragia interna a base de golpes.

—No, no, no…

Ella alzó la mano hasta su rostro, obligándolo a mirarla a la cara.

—No intentes salvarme esta vez —le dijo.

Dante hizo caso omiso y comenzó a desabrocharle el vestido, con la esperanza de poder estudiar más los daños y estabilizarla para llevarla a un hospital.

—No, Dante —insistió ella—. No quiero que pierdas nuestros últimos momentos en esto.

Dante comenzó a verla borrosa, porque sus ojos se estaban llenando de lágrimas.

—No me dejes, Aurora.

Ella le sonrió con dulzura.

—Nunca lo haré. Viviré en ti.

Sintió una lágrima caer por su mejilla. Aurora se llevó la mano al pecho, que subía y bajaba con lentitud, y se sacó con cuidado una gargantilla ovalada. Se la tendió con los dedos temblorosos. Dante lo abrió y comprobó con horror que se trataba de un retrato, como si ella ya hubiera sabido que no volverían a verse. Aurora le cerró la mano para que dejara de observar el retrato con esa mezcla de terror y amor.

—No me olvides.

—¿Cómo iba a hacerlo? —masculló—. ¿Quién te ha hecho esto? —logró preguntar entre sollozos.

—Se dio cuenta de que me escapaba —explicó Aurora con la voz cada vez más débil—. Mandó a mis hermanos a vigilarme y descubrieron dónde pasé la noche. No ha dudado en azotarme para recordarme que mi vida nunca fue mía. He intentado defenderme y se ha puesto

como loco. Ha agarrado el atizador de hierro de la chimenea y ha comenzado a golpearme. Le he empujado y he conseguido escapar. He robado uno de los caballos de la cuadra y he logrado llegar hasta aquí. Sabía que me estarías esperando, y ha sido eso lo que me ha mantenido despierta todo el camino.

Dante se mordió el labio de rabia e impotencia; se hizo sangre.

—Salva a Agnes de este destino —le pidió Aurora con un hilo de voz.

—Lo haré. Te prometo que tu padre lo pagará, Aurora. Todos pagarán. Aunque sea lo último que haga.

—No quiero que termines como yo… —masculló ella.

—No me importa nada si tú no estás conmigo —replicó él—. Sólo quería hacerte feliz.

Besó la mano de Aurora y la mojó con sus propias lágrimas. Ella le sonrió por última vez.

—Y lo has hecho. Ayer fue la noche más feliz de mi vida.

Entonces cerró los ojos. Dante vio cómo su pecho, que había subido y bajado trabajosamente durante esos minutos, se detenía.

—No, Aurora. Por favor, no —suplicó.

Se inclinó sobre ella y comenzó a reanimarla. Perdió la noción del tiempo. Movía sus manos entre su pecho y su cuello, en busca de un pulso que no volvía, de un rastro de vida. Sus movimientos se volvieron erráticos, desesperados.

—Está muerta —dijo una voz a sus espaldas.

Había olvidado por completo la presencia del doctor Aranda. Se volvió hacia él y lo miró furioso.

—¡No! ¡No puede estar muerta! —gritó.

Volvió a agacharse junto a Aurora y esta vez abrazó su cuerpo desmadejado. Comenzó a mecerla, a acariciar ese cabello que siempre le había parecido hermoso, a besar cada parte de su rostro. Era como un ángel dormido y pálido.

—Marchémonos antes de que Armengol nos encuentre aquí —le advirtió el doctor—. Si le ha hecho esto a su propia hija…

Dante se levantó como una exhalación y agarró al médico del cuello. Lo estampó contra la pared sin medir sus fuerzas. Vio cómo el hombre se quedaba sin respiración por el golpe, por la sorpresa.

—¿¡Es que no le importa nadie más que usted?!

Dante comenzó a apretar, cegado por el dolor. Por la pérdida. Cuando quiso darse cuenta, el doctor boqueaba en busca de aire, como un pez al que habían sacado del agua. Por un instante deseó acabar con ese miserable, que no hacía más que enriquecerse con las desgracias de los demás, sin importar que fueran niños o inocentes. Apretó un poco más el gaznate, hasta que su tez adquirió un peligroso tono púrpura. Sólo entonces lo soltó.

—Apártese de mi vista —gruñó.

El doctor no esperó a que se lo pensara. Salió de allí trastabillando, dejando tras de sí la estela de su propia orina.

Dante se volvió de nuevo hacia Aurora, que permanecía tirada de cualquier manera al pie de esas escaleras que ya nunca subirían. No le contarían la verdad a Bruno Mendoza. No expondrían a Armengol ante las autoridades y al juicio de la gente. No huirían a Barcelona. No se casarían. No pasarían juntos el resto de su vida.

Porque Aurora estaba muerta.

La certeza lo golpeó como un mazo y lloró aferrado a su cuerpo hasta que escuchó al cochero

llamarlo desde la calle. Era incapaz de separarse de ella, así que la tomó en brazos y la acomodó en la calesa ante la mirada horrorizada del conductor. Al ver su expresión, debió decidir que era mejor no hacer preguntas y lo llevó hasta su finca.

Dante bajó con el cuerpo de Aurora en brazos y se encaminó hasta la casa. Roberta fue la primera en verlo. Se cubrió la boca con las manos y ahogó un sollozo. Había crecido con Aurora y, por mucho que fuera su señora durante mucho tiempo, era la única a parte de Agnes que le había mostrado amabilidad en casa de los Armengol. La joven lo ayudó a colocarla en una cama y a lavar el cuerpo con mimo. Cuando terminaron, parecía que Aurora sólo estaba teniendo un sueño plácido. Roberta se retiró y Dante se tumbó a su lado. La tomó de la mano, hasta que su cuerpo se fue enfriando. Barajó la posibilidad de envenenarse y marcharse con ella. Pero no podía dejar este mundo con seres como Armengol y el duque haciendo el mal. Para cuando llegó el amanecer, tenía una resolución: terminaría con ellos.

—Te prometo que no le harán daño a nadie más —le susurró a Aurora acariciando sus caracoles oscuros—. Agnes será libre.

La besó en los labios una última vez.

Después salió de la habitación y le pidió a Roberta y a los señores Hills que prepararan una sepultura en el panteón familiar. Aurora no descansaría en las infames tierras de los Armengol. No permitiría que volviera a ese lugar maldito.

Pero antes de despedirse de ella para siempre, tenía que cumplir su promesa.

CAPÍTULO 30

El metal del arma lo anclaba a la realidad. No había dormido, no había comido, ni siquiera había vuelto a llorar, como si su cuerpo se hubiera secado por dentro y estuviera más muerto que vivo. Tenía una constante sensación de irrealidad, como si todo lo ocurrido fuera imposible, una pesadilla de la que despertaría en algún momento. Pero el frío del hierro contra la piel lo mantenía centrado. Posó la mirada de nuevo en el camino y espoleó el caballo. Había comenzado a cabalgar en cuanto los señores Hills y Roberta se habían marchado a descansar después de un largo día en el que habían tratado de hacerle entrar en razón. No era difícil imaginar tras su mirada airada que iría en busca de venganza. Al final les había hecho creer que se mantendría al margen. Y en cuanto habían cerrado los ojos se había armado con la daga que su padre le había regalado y un revólver de buen calibre.

La hacienda de Armengol apareció en el horizonte nocturno. Azuzó un poco más al corcel, con tal de llegar cuanto antes a su destino. Sus manos deseaban saciar la sed de sangre, de compartir su dolor con quien se lo había infligido. Con quien había llevado a Aurora a la muerte.

En cuanto llegó, los mozos de cuadra se acercaron a él para ayudarle con el caballo. Sin embargo, al detectar que venía armado, retrocedieron hasta los establos. Los escuchó dar algún grito, puede que una señal de alarma. No le importó. Continuó avanzando hasta la entrada principal. Allí descabalgó. La puerta estaba cerrada. Sin pensarlo demasiado pegó un tiro en la cerradura; cedió enseguida. Oyó el grito de alguna sirvienta, que había escuchado el disparo. Tampoco se detuvo y se dirigió a las escaleras que subían al piso en el que debían encontrarse los dormitorios. Antes de que pudiera alcanzar la planta superior, una voz a su espalda lo llamó.

—Deténgase, de Fosco.

Dante se volvió y se encontró con un hombre de su tamaño, joven y con la cabellera oscura como el carbón. Dedujo que era uno de los hermanos de Aurora.

—Márchese ahora mismo, o correrá la misma suerte que mi hermana.

Entonces lo vio levantar la mano, en ella brillaba un arma muy parecida a la suya. No se lo pensó. Aquel desgraciado había seguido a Aurora y la había delatado ante su padre, aun sabiendo las consecuencias que tendría para ella. Dante alzó su pistola y disparó. El hombre se quedó estático unos instantes, mirando al vacío. Luego cayó como un plomo al suelo, con un agujero en el centro de la frente. Dante no se quedó a observar el reguero de sangre que comenzaba a manchar la moqueta de los escalones. Tampoco se sintió culpable.

Continuó subiendo la escalera. A su paso se encontró con lacayos y doncellas huyendo despavoridos. Era la primera vez que alguien se atrevía a atacar a Armengol de frente. Al fin llegó a los dormitorios. No le costó encontrar la estancia principal, al final del corredor. La puerta estaba abierta y el señor Armengol lo observaba con gesto adusto desde el dintel. Pensó en apuntar y terminar con él directamente, pero necesitaba saber por qué había tanta maldad en él, por qué había sido capaz de matar a su propia hija.

—Le estaba esperando —le dijo cuando lo alcanzó, como si no hubiera visto que iba armado.

Por lo menos podría jactarse de haberlo pillado desprevenido. No guardaba ninguna escopeta en su habitación, tan sólo su sempiterno látigo, que nada podría hacer contra un arma de fuego. Dante le indicó con el arma que se metiera en la habitación. Armengol, contra todo pronóstico, obedeció. En cuanto estuvieron dentro, Dante cerró la puerta. Nadie iba a molestarle. No ahora.

—¿Por qué? —dijo simplemente.

Armengol chistó, como si no pudiera creerse todo aquel lío para hacerle una pregunta tan evidente.

—Porque era una furcia.

Dante alzó el revólver y lo apretó contra la sien del padre de Aurora.

—No te atrevas a manchar su nombre.

—Me humilló encamándose contigo —gruñó entre dientes—. No podía permitir que mi propia hija me desobedeciera así. Tenía que hacerme respetar.

—¡La mataste a golpes!

—Ya no me era útil. Su único propósito debía ser casarse con el duque de Ribalta, pero se empeñó en ti, con tus ideales sobre proteger a los inocentes, liberar a los oprimidos. ¡Todo sandeces! Eres una vergüenza para la aristocracia.

Dante tuvo que contenerse para no disparar antes de que terminara su explicación.

—¿Acaso creías que no iba a enterarme de lo que tramábais con el periodista? —siguió Armengol—. Por suerte, el señor Mendoza tiene más sentido común que vosotros y vino a contármelo enseguida.

Dante apretó los dientes, mascando la traición. El dolor. La corrupción. El periodista los había denunciado. Puso el dedo sobre el gatillo.

—Si te marchas ahora, nadie sabrá de esto —continuó Armengol—. Olvídate de Aurora y de esas ideas absurdas de liberar esclavos que compartíais. Eres un barón, debes saber el lugar que te corresponde.

—Acabo de matar a tu hijo —espetó Dante—. Creo que ya es demasiado tarde para negociar.

Los ojos de Armengol se oscurecieron por un instante. Dudaba que ese miserable pudiera sentir dolor, pero por lo menos aquello le había afectado. Más de lo que lo haría nunca la muerte de Aurora. Ese pensamiento lo puso todavía más furioso: por injusto, por triste, porque un padre era quien más debía protegerla, no quien le arrebatara la vida.

—No vas a escapar de mí —sentenció Dante.

—Si me matas, creerán que fuiste tú quien asesinó a Aurora. —La voz de Armengol ya no parecía tan segura.

Dante se echó a reír, y sonó diabólico, oscuro.

—No me importa lo que piensen, ella y yo sabemos la verdad.

Y apretó el gatillo.

Salió de la habitación y se encontró en el pasillo con el otro hermano de Aurora, el mayor. Lo estaba apuntando con un arma pequeña, probablemente la única que había encontrado en el poco tiempo que había transcurrido desde el inicio del asalto. Le temblaba la mano ligeramente. Dante no se inmutó y alzó su arma. Sin embargo, esta vez no fue lo suficientemente rápido. Escuchó el disparo —sibilante y delicado— cortar el aire antes de impactar contra su brazo izquierdo. Apenas se movió. Un dolor sordo comenzó a extenderse por toda la extremidad, pero lo ignoró. Se ocuparía de eso más tarde. Antes de que el hermano de Aurora tuviera la oportunidad de disparar de nuevo, lo hizo él. Y fue mucho más certero. Implacable.

Se detuvo junto al cuerpo agonizante y lo miró por encima del hombro.

—Eres un cobarde, y morirás como tal.

Dante le disparó de nuevo. Esta vez entre los ojos.

Entonces reparó en alguien, que lo observaba con espanto desde la escalinata. Ver un rostro tan parecido al de Aurora observándole con ese horror le oprimió el corazón.

—Agnes —susurró al reconocerla, a pesar de la oscuridad.

La niña comenzó a llorar, asustada.

—¿Vas a matarme?

Dante frunció el ceño, espantado por que Agnes hubiera pensado que podría hacerle daño.

—No. Estoy aquí para liberarte. Es lo último que me pidió Aurora.

La niña miró hacia el cuerpo inerte de su hermano, y luego hacia el de su padre, unos metros más atrás. Comenzó a gimotear.

—Aurora no aprobaría algo así. ¿Dónde está?

Dante se mordió el labio, porque se percató de que Armengol había mantenido la muerte de su hija en secreto. Puede que su idea fuera achacar su muerte al asalto de unos bandidos, o incluso apuntarlo a él como culpable. Ahora ya no lo sabría.

—Murió anoche —susurró Dante, casi incapaz de decir esas palabras.

Porque eran reales, porque se clavaban, porque le hacían sangrar el corazón.

Agnes comenzó a sollozar. Cayó de rodillas y se abrazó a sí misma. Dante tendió la mano para consolarla, pero la niña se encogió de miedo. Él retrocedió. De pronto recordó algo.

—Aurora guardó un cheque con una gran suma de dinero en su joyero —le explicó.

La niña lo miró espantada, quizá creyendo que quería robarles.

—Tómalo y regresa a Barcelona. Allí tendrás una vida mejor. Aquí no quedan nada más que fantasmas.

Dante dio media vuelta y comenzó a bajar las escaleras. Los trabajadores que encontraba a su paso lo observaban con una mezcla de terror y agradecimiento. Ninguno trató de detenerlo y se encontró su caballo justo donde lo había dejado. Subió y lo espoleó. Aún tenía algo que hacer.

CAPÍTULO 31

Dante galopaba sin ver nada más que su objetivo. No le importaban las miradas de los rezagados que quedaban en las calles a esas horas de la madrugada. Algunos lo observaban con miedo; otros, con curiosidad: no era normal ver a alguien noble en aquella zona, mucho menos cubierto de sangre y con un brazo claramente inutilizado. Dante cabalgaba con las riendas aferradas a la mano derecha, mientras trataba de omitir el dolor lacerante que engullía todo su brazo izquierdo. No pensaba detenerle una herida de bala. Le daba lo mismo morir desangrado, quizá hasta lo agradecía. Por lo menos dejaría de sentir esa ira, ese vacío oscuro y aterrador que se estaba apoderando de él.

No tardó en llegar al edificio de la redacción. Estaba en penumbra, alumbrado tan sólo por las lámparas de gas de la calle, como la noche anterior. Sin embargo, algo le decía que lo encontraría allí. Bruno Mendoza parecía el tipo de hombre que dormía en su lugar de trabajo; probablemente no tenía casa propia o, como mucho, malviviría en la habitación de una pensión barata. Cuando llegó a la entrada se le revolvieron las tripas. Alguien había limpiado, pero si uno se fijaba, todavía podía verse el suelo de madera de un color más oscuro allá donde Aurora había pronunciado sus últimas palabras. Apretó el arma que había vuelto a ocupar su mano derecha y tomó aire para evitar gritar de furia. Y empezó a subir la escalera que lo llevaría a la redacción. Ese lugar en el que se suponía que debía reinar la verdad, pero que ahora sólo ocupaban mentiras y periodistas que se dejaban cegar por el dinero. Le sorprendió ver luz bajo la puerta. No era demasiada, quizá la llama de un candil. Pero era suficiente como para alertarle de que alguien andaba despierto, puede que perseguido por la culpa o por sus propios fantasmas. Rezó para que allí solamente se encontrara ese tal Bruno. No quería llevarse a ningún inocente por delante. Puso la mano sobre el pomo y no le costó que girara: estaba abierto. En cuanto entró, se topó con un hombre joven sentado a la mesa, redactando algunas notas. El tipo alzó la cabeza sobresaltado, como si no hubiera estado esperando ninguna intromisión. Su rostro cambió de la sorpresa al miedo en cuanto lo reconoció. Puede que lo hubiera visto en los oficios de los domingos o en la fiesta del gobernador; saltaba a la vista que el periodista sabía quién era.

—¿Qué hace aquí? —le preguntó el tipo con menos seguridad de la que quería aparentar.

La pluma temblaba entre sus dedos y sus ojos no tardaron en encontrarse con el arma de Dante, que ya le apuntaba.

—¿Es usted Bruno Mendoza?

El hombre debió de notar que su respuesta sería una sentencia de muerte, así que con calma fingida tomó la lamparilla que había estado iluminando sus papeles, se levantó y caminó hasta Dante.

—No sé para qué ha venido, pero no necesita eso.

Miró de reojo hasta la pistola, y por toda respuesta Dante alzó el arma y le apuntó.

—¿Es usted Bruno Mendoza? —insistió.

Vio cómo apretaba el quinqué entre los dedos, en busca de una fortaleza que parecía abandonarlo por momentos. De pronto, el hombre se movió muy deprisa, y la lamparilla de aceite salió despedida hacia el rostro de Dante. Dio un paso atrás, pero el líquido candente terminó salpicando parte del rostro. Dante emitió un gruñido de dolor furioso, como el de un gran depredador herido por una presa diminuta e insignificante. El arma que había estado sosteniendo se le escapó de entre los dedos y terminó arrinconada bajo el escritorio. Llevado por

la ira y el instinto de supervivencia, se abalanzó sobre el periodista y comenzó a golpearle. El hombre trató de defenderse, pero perdió la consciencia en el segundo golpe. Dante estaba tan ofuscado que no olió el humo, tampoco escuchó el crepitar del fuego ni vio crecer las llamas a su alrededor. Fue el súbito calor el que lo hizo reaccionar al fin. El aceite caliente del candil había prendido la madera del suelo de la redacción. Miró al periodista, inconsciente bajo su yugo. Si se marchaba ahora y lo dejaba allí, Bruno Mendoza no podría escapar del incendio. Su alma, que en otro momento de su vida había sido pura y honesta, se revolvió en un rincón de su conciencia. Pero luego recordó a Aurora, muerta a los pies de esa escalera por culpa del mismo hombre al que se estaba planteando salvar.

Y retrocedió.

Primero un paso. Luego otro.

Al final se vio bajando solo la escalera. No podía contener la tos, el humo se había vuelto denso e irrespirable. Cuando llegó al exterior, el aire limpio de la noche invadió sus pulmones con una virulencia inesperada. Alzó la vista hacia el piso de arriba. Las llamas salían por las ventanas del despacho. Por si le cabía alguna duda de que Bruno hubiera podido sobrevivir a aquella situación, escuchó una detonación, y una miríada de cristales salieron disparados en todas direcciones. El edificio comenzó a quejarse: las vigas gruñían, las maderas crepitaban. Empezaron a aparecer curiosos y escuchó una sirena de bomberos en la lejanía. Dio unos cuantos pasos atrás y buscó su caballo, desorientado. Todavía notaba la quemazón en los pulmones, el alma un poco más negra. Lo encontró en una callejuela trasera, asustado por la explosión. Lo calmó como pudo y subió con torpeza. El dolor del brazo no le daba tregua, y estaba seguro de que las heridas de su rostro no eran tan leves como intentaba pensar. Pero siguió adelante con su plan. Con su promesa. Así que espoleó al corcel y continuó con su camino.

El duque vivía en un palacete a las afueras del pueblo, más cercano a su propia plantación de cacao de lo que le hubiera gustado. Pero por una vez, esto suponía una ventaja. Por lo menos, cuando todo terminara, podría regresar rápido a casa. Y reunirse con Aurora para un último adiós.

Tardó algo más de una hora en alcanzar el palacio. Para entonces, se encontraba preso de una bruma extraña, que se iba adueñando poco a poco de sus sentidos. No le hacían falta sus nociones de medicina para reconocer que tenía fiebre, y que la bala que llevaba alojada en el brazo no iba a quedarse allí sin hacerse notar. Tampoco las quemaduras, que escocían cada vez más en el lado izquierdo de su cara.

Bajó del caballo a trompicones y se preguntó si sería capaz de volver a subir. Trató de dejar la mente en blanco y centrarse sólo en lo que había ido a hacer allí. Caminó arrastrando los pies hasta la entrada de la casa, pero sabía que habría mucho más servicio que en la hacienda de los Armengol. Al fin y al cabo, era uno de los hombres más poderosos después del rey. Dante no podía permitirse que alguien lo detuviera y diera al traste con el destino que le había reservado, así que optó por algo más arriesgado para llegar a él. Comenzó a subir por la fachada con bastantes dificultades. Tan sólo podía usar una mano y las dos piernas para ir ascendiendo por las terrazas, que por suerte estaban configuradas de tal modo que le facilitaban la escalada. No estaba seguro de en qué habitación terminaría apareciendo, pero no era difícil adivinar que se encontraba en la zona noble del edificio. Los ventanales eran más grandes y las decoraciones de los frisos estaban más trabajadas. Observó a través del cristal de una de las estancias y vio que no había nadie dentro, así que rompió el vidrio con el codo. Con un poco de suerte, el servicio

achacaría el ruido a un vaso roto en la cocina a deshoras, y no a un intruso. Por si acaso, se apresuró a entrar. Con el mayor sigilo del que fue capaz renqueó hasta la puerta. En cuanto la abrió se percató de que llevaba a un corredor bastante lujoso. Estaba en el lugar adecuado, pero no sabía por dónde empezar. El pasillo estaba repleto de puertas cerradas y en ese punto era difícil adivinar tras cuál de ellas se escondía el duque. Estaba a punto de comenzar a abrir una por una cuando escuchó el primer grito. No era muy alto, como si alguien estuviera tratando de evitar que fuera a más. Entonces escuchó un gruñido y algún otro lamento. Se le aceleró el corazón por culpa de la adrenalina y estuvo a punto de vomitar al imaginar el motivo de aquellos ruidos. Siguió la procedencia. No había nadie más allí, como si doncellas y lacayos estuvieran haciendo todo lo posible por no ser testigos de lo que estaba ocurriendo en esa ala del palacio. Puede que fuera así cada noche, o la mayoría de ellas, y lo único que quisieran era evitar un destino similar al de la pobre víctima que gritaba en busca de una ayuda que nunca llegaba. Dante decidió dejar de ser discreto, nadie lo detendría. Para eso tendrían que haber salido de sus escondites. No le costó más que unos minutos dar con la puerta tras la que se escuchaban los forcejeos. Distinguió los gemidos agónicos de una mujer. Sin pensarlo demasiado abrió de una patada.

Se quedó quieto un instante, viendo al duque moverse sobre una pobre muchacha. Tan joven como Roberta, tan hermosa como lo había sido Aurora. Tan inocente como ellas. Dante no dejó que continuara. Sacó la daga de su padre del cinto y se abalanzó sobre él sin mediar palabra. El duque, medio vestido y con cara de sorpresa, le pareció ahora un engendro, grasiento y desagradable, que se movía entre sus brazos intentando saber qué estaba pasando. Dante lo apuñaló en el pecho. Una vez. Y otra. Perdió la cuenta. Escuchaba los sollozos de la chica como si vinieran de un lugar muy lejano, de un sitio al que él ya no podía regresar. Al final, con el brazo dolorido por tanta fuerza, Dante terminó por clavarle la daga en el cuello al maldito duque, que cayó hacia un lado del colchón. Un gorgoteo nació de su garganta, como si buscara aferrarse a una vida que ya no era.

—Esto es por Roberta.

Dante se incorporó. La joven de la que el duque había abusado se había quedado inmóvil, echa un ovillo a un lado de la cama, como si temiera que él también fuera a agredirla.

—Él ya no podrá hacerte daño —le aseguró, pero no intentó acercarse.

Sabía muy bien que la chica tardaría tiempo en asimilar todo lo que había ocurrido, y él no era la mejor compañía en esos momentos. Dante se despidió con una leve reverencia y caminó hacia la ventana. Miró hacia abajo. Podía saltar, y terminar con todo. Sin embargo, pensó en Aurora, que permanecía en su cama, aguardando sepultura. Reunió las últimas fuerzas que le quedaban y bajó por la misma fachada por la que había ascendido. Cuando estaba a un par de metros del suelo, la mano derecha se le resbaló, y acabó aterrizando de espaldas. Tardó unos minutos en ser capaz de ponerse en pie. Las heridas comenzaban a hacer más estragos de los que quería admitir. Por suerte, su caballo se acercó, como si hubiera percibido que lo necesitaba. Dante subió con muchas dificultades. Estaba agotado, anestesiado por el dolor y la sangre que acababa de derramar. Se apoyó sobre la crin del caballo y solo entonces logró llorar de nuevo. Por Aurora, por la vida que ya nunca tendrían, por sí mismo. Porque aquella noche se había convertido en alguien distinto: en un asesino, en alguien despiadado sin capacidad para perdonar. Porque se había llevado las vidas de quienes le habían arrebatado a su amor. Y aun así, no se sentía mejor. Al contrario, el vacío que le había dejado tanto odio crecía como un agujero negro que todo lo absorvía. Cerró los ojos y la oscuridad lo envolvió.

Cuando Dante recuperó la conciencia, el caballo estaba entrando por la hacienda. Era un animal bien entrenado y, por suerte, había reconocido el camino de regreso a casa. Gruñó, somnoliento y con la cabeza abotargada. El dolor se había extendido ya por su hombro izquierdo, el sudor de la fiebre había envuelto todo su cuerpo como un velo mortuorio, y las zonas quemadas de su rostro escocían tanto que se veía casi incapaz de hablar. Cerró los ojos de nuevo y se recostó sobre el cuello del animal. Si intentaba bajar, caería como un plomo al suelo.

El corcel se detuvo frente al establo, a la espera de que alguien lo condujera hasta su cuadra. Puede que fuera consciente de que su jinete no podía tenerse en pie, porque aguardó paciente hasta que una mano pequeña y femenina lo agarró de las riendas para llevarlo hasta el establo. Dante entreabrió los ojos, y le pareció reconocer el cuerpo menudo de Roberta conduciendo al animal. Lo detuvo en su cubículo y solo entonces ayudó a Dante a bajar. Intentó no dejar todo el peso en la muchacha, pero le fallaban las piernas. A pesar de su delgadez, Roberta le demostró de nuevo su fortaleza, y tiró de él hasta la casa.

La chica lo llevó a su habitación y lo tumbó en la cama con premura. Roberta sabía que algo andaba mal; debía de haber percibido el olor ferroso de la sangre o el del humo del incendio. Prendió un candil. Entonces lo contempló con una mezcla de espanto y estupor. Primero observó el rostro de Dante, desfigurado por el aceite hirviendo; luego, su brazo, que colgaba inerte a un lado; de sus dedos caían regueros de sangre fresca. Toda la ropa estaba manchada de restos de hollín y muerte. Y sus ojos se habían oscurecido tanto como su alma. Roberta tragó saliva.

—Voy a llenarle la tina con agua caliente —le dijo.

La doncella desapareció en el baño y regresó unos minutos más tarde. Dante no pudo evitar pensar en la noche en la que la había recogido del camino. Él la había ayudado entonces, y ahora ella estaba haciendo lo mismo por él. La chica fue a quitarle la camisa —pegada a la piel por el sudor y las manchas— para ayudarlo a desvestirse y entrar en la bañera. Dante la detuvo, porque sabía que Roberta detestaba el contacto humano desde aquel día y dudaba mucho que fuera capaz de soportar la visión de un hombre desnudo. No quería incomodarla.

—Puedo hacerlo solo.

Roberta parpadeó y se echó hacia atrás, claramente aliviada.

—Esperaré afuera, por si me necesita.

La chica dio media vuelta en dirección a la puerta. Abrió y ya estaba saliendo cuando Dante la detuvo.

—Roberta.

La muchacha se volvió hacia él.

—El duque de Ribalta ya no podrá hacerle daño a nadie más. Está en el infierno, de dónde no tendría que haber salido nunca.

Le pareció detectar una sonrisa trémula en los labios de la chica; quizá una mirada de agradecimiento, puede que alivio. Nunca lo supo, porque Roberta cerró la puerta y ninguno de los dos volvió a pronunciar el nombre de ese hombre infame. Jamás.

CAPÍTULO 32

El entierro fue peor de lo que esperaba. El señor Hills tuvo que arrancarle a Aurora de los brazos para poder depositarla en el féretro. La señora Hills intentaba darle consuelo con palabrería que ni siquiera llegaba a alcanzarle: lo único que escuchaba era el silencio, el de un corazón que no latía y que no volvería a hacerlo. Roberta se quedó a su lado sin abrir la boca, pero podía escucharla llorar. Dante apenas era capaz de tenerse en pie y debía acompañarse de un bastón. Ardía de fiebre y sabía que la gangrena empezaba a extenderse por su extremidad como un veneno. Su rostro no iba a correr mejor suerte; notaba las quemaduras infectándose y, por las miradas esquivas de la señora Hills, sabía que no presentaba buen aspecto. Era un hombre destruido, muerto antes de estarlo siquiera.

No recordaría más que retazos: el ataúd bajando, la cuerda rozándose contra el mármol del panteón, el frío, la oscuridad; la soledad.

Cuando todo terminó, se quedó con ella. A pesar de la insistencia de la señora Hills en que debía regresar a casa y descansar, Dante permaneció a los pies de la tumba de Aurora. No podía abandonarla. Dormitó allí durante horas, vencido por el cansancio y la infección. Debía de ser ya medianoche cuando abrió los ojos de nuevo. La señora Hills, sospechando que iba a quedarse allí mucho tiempo, le había dejado un candil encendido en la entrada del panteón. Dante avanzó hasta él y lo agarró con la mano temblorosa. Se acercó una última vez a la tumba de Aurora, se agachó y besó la piedra en la que estaba grabado su nombre.

—Perdóname por haberme convertido en esto.

Acarició la lápida y se puso en pie. Caminó con decisión a través del campo, en busca de un estanque cercano. Muchos jornaleros iban allí a lavarse durante el día, pero por las noches solía estar desierto. Dante no se detuvo cuando las zarzas le rasgaban los pantalones, ni cuando las piedras parecían empeñarse en interponerse en su camino. Había tomado una decisión. Sin Aurora, nada tenía sentido. Aún menos después de todo lo que había hecho. Había asesinado a un terrateniente, a un periodista y a un duque. No tardarían en ponerle una soga al cuello. O en encerrarlo en una cárcel de por vida. Y no pensaba pudrirse en una celda para que el recuerdo de Aurora lo atormentara. No. Debía reunirse con ella.

Llegó a los pies del lago con el frío quemándole la piel. Sacó del bolsillo el colgante con el retrato ovalado que le había dado Aurora. Lo observó durante un largo rato, y al fin lo depositó con reverencia sobre la tierra húmeda. Cuando alguien regresara a ese lugar por la mañana, aquella sería la única prueba de que Dante había muerto allí; esas aguas serían su morada eterna.

La fiebre le había subido tanto que cuando puso un pie dentro del estanque tuvo la sensación de que mil agujas heladas atravesaban sus huesos. No le importó. Continuó caminando, hasta que el agua lo cubrió por completo, en un abrazo ahogado. Su cuerpo se opuso a morir y boqueó en busca de aire en un gesto involuntario; lo único que consiguió fue llenarse los pulmones de líquido y acelerar lo inevitable. Dante comenzó a hundirse en las profundidades y se dejó llevar por la nada. Cerró los ojos y su último pensamiento fue para ella; para sus rizos negros y sus ojos verdes, tan esmeraldas como el agua que ahora lo rodeaba.

Entonces percibió un burbujeo a su lado y una mano que lo agarraba de la muñeca. Dante abrió los ojos y frente a él, en el agua enturbiada, distinguió a una mujer. Había algo en ella que no parecía real. Puede que fuera ese cabello de un rubio lunar, o los ojos tan azules como el hielo. Quizá fue su voz, pegajosa como la miel. «Dante de Fosco», la escuchó pronunciar su

nombre, pero no la vio mover los labios. Simplemente seguía apresando su mano y arrastrándolo hasta el fondo. «Por tus pecados, te condeno a ser mi mensajero; a no estar ni vivo, ni muerto; a vagar en este mundo recogiendo almas y trayéndolas a mi morada».

«¿Quién eres?», pensó Dante, aunque fue incapaz de formular la pregunta bajo el agua.

Ella sonrió con suficiencia, como si hubiera podido escuchar a la perfección sus pensamientos: «La muerte», susurró con esa voz melosa. Dante abrió mucho los ojos. No tuvo tiempo de recobrarse de la sorpresa, porque la mujer se acercó más a él con un movimiento fluido y lo agarró de la nuca. Luego colocó sus labios sobre los de él: no fue exactamente un beso. Dante notó cómo le insuflaba aire, y algo más. Algo mágico e irreal, que de pronto comenzó a extenderse por las células de su cuerpo. Gritó sobresaltado bajo el agua, pero tan sólo logró formar una enorme acumulación de burbujas frente a su rostro. Cuando estas desaparecieron, también lo había hecho la mujer. Dante la buscó durante unos segundos, pero no encontró ni rastro de ella. Comenzó a pensar que quizá era una alucinación provocada por la falta de oxígeno en su cerebro, pero entonces se percató de que podía mover el brazo izquierdo, y de que su rostro no escocía ya al contacto del agua. Pensó en quedarse ahí abajo y morir, que era lo que había ido a hacer. Pero la curiosidad fue superior a él. Ascendió hasta la superficie y tomó aire. Sus pulmones respiraron aliviados y nadó hasta la superficie. Examinó su propio cuerpo, y se sorprendió por la ausencia de heridas. No había ni rastro de ninguno de los golpes y rasguños de las últimas horas. Ni de la herida de bala ni de las quemaduras. Lo único que le quedaba era el dolor, sordo y mudo en el corazón.

—Parece que te ha elegido a ti —dijo una voz a su espalda.

Dante dio un bote y se encontró con un hombre de cabello plateado y mirada gris. No lo había visto nunca por esos lares. Detectó unas cuantas plumas a sus pies, como si un pájaro hubiera estado cerca. Al ver que Dante no decía nada, el tipo se acercó. Le extendió la mano con una sonrisa de suficiencia.

—Soy Lucien. Voy a ser tu cancerbero.

CAPÍTULO 33

1916, Barcelona

Ya me había terminado la novela que Dante me había regalado, y no tenía nada más que hacer. Ni el señor de la casa ni su cancerbero daban muestras de querer regresar pronto. Pasaban días enteros fuera, supongo que cumpliendo con los designios que marcaba la muerte y llevando los negocios de los que yo apenas podía ocuparme. Estaba aburrida y no me apetecía leer más. Necesitaba dar un paseo, pero los jardines no eran una opción. Las ventanas estaban cubiertas por una fina escarcha helada y podía ver cómo las plantas soportaban un aire frío e inclemente. Así que comencé a caminar sin rumbo por el palacio. Era lo suficientemente amplio como para mantenerme entretenida durante por lo menos media hora y, por suerte, no había personal entrometido que pudiera juzgar mi comportamiento. Roberta parecía ser la única habitante de esa casa, y era sigilosa como una sombra; sólo aparecía cuando la necesitaba. Debo reconocer que la anciana me provocaba una mezcla de miedo y ternura. Siempre se mostraba amable conmigo, pero había algo inquietante en ella, como si estuviera ocultándome algún secreto.

Harta de recorrer los pasadizos, decidí explorar un poco más. Total, no había nadie allí que pudiera descubrirme. Así que no tardé en adentrarme en algunas habitaciones. La mayoría no tenían ningún interés: bibliotecas, despachos, cuartos de invitados o aseos. Todos bien decorados e impolutos, pero sin alma. También estaba ese laboratorio en el que ya había indagado una vez. No me apetecía demasiado verme rodeada de frascos y pipetas, así que seguí mi recorrido hasta la planta superior. Allí di con los aposentos de Dante. Lo supe en cuanto abrí la puerta y me envolvió su olor a sándalo y a limpio. El sentido común me gritaba que diera media vuelta, pero era tentador tener abierta una puerta a su intimidad. ¿Qué le gustaba hacer en su tiempo libre? ¿Qué objetos guardaba en su secreter? ¿Cuál era su pasado? Acallando la voz de mi conciencia, comencé a inspeccionar una de las cómodas. Tan sólo me encontré con camisas de interior, todas blancas y pulcramente dobladas. Mis manos traicioneras agarraron una de ellas, y me la acerqué al rostro, como si necesitara tenerlo un poco más cerca. El aroma de Dante me rodeó como un abrazo. Cerré los ojos. ¿Me estaba obsesionando? Tenía que admitir que mis actos estaban fuera de lo normal. Una dama no debería estar en la habitación de un caballero, ni husmear entre sus cosas, ni mucho menos comenzar a poner la mejilla en ellas para tenerlo un poco más cerca. ¿Qué diantres me estaba pasando? ¿Es que había perdido la razón? Guardé la camisa de golpe, como si del algodón hubieran brotado unos pinchos. Cerré el cajón con premura y tomé aire, tratando de acompasar los latidos de mi corazón. Cuando me calmé, continué con la inspección. Abrí el armario, repleto de trajes negros, como no podía ser de otro modo. Todo en él rebosaba oscuridad. Acaricié la tela de las chaquetas y mis dedos dieron con algo que tintineó en uno de los bolsillos. Fruncí el ceño y no pude evitar que mis manos comenzaran a buscar en su interior. Noté algo metálico y lo saqué enseguida. Lo observé con curiosidad: se trataba de un colgante ovalado, de esos en los que la gente guardaba retratos de un ser querido. ¿Dante tenía a alguien especial? No parecía el tipo de persona que amara a alguien. Tampoco de los románticos que guardaban ese tipo de recuerdos. Incapaz de contenerme, abrí la tapa.

Parpadeé unas cuantas veces, porque por un instante creí que me estaba viendo a mí misma. Luego empecé a notar las diferencias: la nariz un poco más alargada, los labios algo más llenos, la mirada más triste. La ausencia de la cicatriz en la mejilla. ¿Quién era esa mujer? ¿Por qué nos

parecíamos tanto? ¿Y, sobre todo, qué hacía Dante guardando su retrato como un tesoro?

—Se llamaba Aurora.

Di tal brinco que el colgante casi se me cae de las manos. Me volví con un nudo en la garganta, espantada porque me hubieran cazado así. Sin embargo, en los ojos de Roberta no detecté un ápice de rencor. No parecía acusarme de nada, como si el hecho de haber estado rebuscando entre las cosas de Dante hubiera sido algo inevitable y natural.

—¿Aurora? —repetí, dirigiendo mi mirada de nuevo hacia la joven mujer que me observaba tras el cristal ovalado.

—Aurora Armengol —completó con un asentimiento.

Fruncí el ceño. Recordaba haber leído cosas sobre mi bisabuela, Agnes Armengol, entre los libros de cuentas y los informes de negocios de mi abuelo. Pero nada sobre una tal Aurora; no se la mencionaba en las escrituras ni en las actas notariales, como si no hubiera existido.

—Murió hace muchos años, cuando su bisabuela Agnes era apenas una niña —me explicó, como si hubiera estado siguiendo el hilo de mis pensamientos—. Eran hermanas. Se parecían como dos gotas de agua, y supongo que usted ha salido a esa rama de la familia: con el cabello de tirabuzones oscuros y esos ojos verdes como esmeraldas.

—¿Y por qué tiene el señor De Fosco un retrato suyo?

Roberta suspiró con hastío, como si estuviera cansada de respirar durante el siglo que debían contar sus huesos.

—Porque fue su gran amor —dijo al fin.

Me sorprendió que me lo contara. Estaba segura de que Roberta era una de esas amas de llaves leales con sus señores, de las que nunca desvelan sus secretos. Torcí la cabeza, y me sonrió.

—Se parece usted mucho a ella.

—¿La conoció? —pregunté sorprendida.

—Oh, ya lo creo.

Me pareció que su rostro se cubría de una pátina de dolor y nostalgia, como si los recuerdos estuvieran empañados por algo. No tardé en darme cuenta de que, si esa mujer había conocido a la hermana de mi bisabuela, de bien seguro que debía de haber sobrepasado el siglo de vida. No le pregunté cuántos años tenía, porque me pareció fuera de lugar, pero no pude evitar pensar en el Dante de aquella época pasada. ¿Roberta lo habría conocido entonces?

—¿Desde cuándo está al servicio del barón? —me atreví a preguntar.

—Desde hace más de ochenta años —replicó con una sonrisa desdentada.

Tragué saliva, porque aquello solamente podía significar una cosa.

—Usted lo sabe —murmuré—. Sabe lo que es.

Roberta asintió y se encogió de hombros, como si no tuviera importancia alguna servir a un mensajero de la muerte que no envejecía como el resto.

—¿Qué le pasó a Aurora?

El rostro de Roberta pareció aún más anciano, como si las memorias le aplastaran el corazón.

—Iban a casarse —dijo en tono soñador—, querían fugarse juntos y comenzar una nueva vida, lejos de todos.

Me quedé en silencio, aguardando a que prosiguiera con la historia. Temía que si la interrumpía dejara de revelarme ese episodio de la vida de Dante. Pero no se detuvo, era como si Roberta sintiera que debía contarme aquello. Puede que pensara que era el modo de que Dante pudiera sanar algún día.

—Pero su propio padre, Julián Armengol, la asesinó—dijo con amargura.

Me estremecí ante aquella noticia.

—Dante la encontró a las puertas de la muerte y prometió vengarse.

Me mordí el labio, incapaz de imaginar tanto sufrimiento. ¿Por eso Dante era así? ¿Por eso no parecía importarle nada? Era como si su parte más humana hubiera partido con ella hacia el más allá. «No estoy ni vivo, ni muerto», me había dicho. Debía de haberse referido a esto, a ese estado de ingravidez en el que había entrado su alma hacía ochenta años.

—¿Y lo hizo? —pregunté con un hilo de voz—. ¿Se vengó?

Roberta apretó los labios y por un instante me pareció ver que la rabia se cruzaba en su mirada.

—Sí, nos vengó a las dos.

Roberta se quedó en silencio, como si estuviera indagando muy hondo en su propia mente, en un lugar al que no solía regresar; y que dolía.

—¿Por eso Dante me ha salvado en tantas ocasiones? —pregunté, con la esperanza de sacarla de esa nueva introspección y que me aportara las respuestas que Dante no me daba—. ¿Porque le recuerdo a Aurora?

Roberta suspiró y me dedicó una sonrisa apenada.

—Sí, y creo que incumplir los deseos de la muerte será su perdición.

Me acarició el rostro con ternura, como si con ello quisiera lavar la desazón que acababan de provocarme sus palabras y se marchó.

Me dejé caer sobre el colchón, con el colgante todavía bailando entre mis manos, como una cadena que me apresaba a un destino incierto. Cerré los ojos y me obligué a reconocer que me dolía no ser especial para él, que estaba enamorado de Aurora y que el motivo real por el que me había rescatado era, simplemente, el parecido con mi antepasada. Tampoco pude quitarme de la cabeza las palabras de Roberta. No quería meter a Dante en problemas, pero ¿qué le haría la muerte si descubría que estaba incumpliendo sus órdenes por mí?

Echaba muchísimo de menos al abuelo y a Margot, su sabiduría y sus consejos. Necesitaba reunirme con mi prima, hacer una de nuestras tiradas del tarot, cualquier cosa que pudiera aportar un poco de luz a mi situación. Y, sobre todo, deseaba ver a mi abuelo. Fui hasta mi habitación en el palacio, desde donde se podía ver mejor mi antiguo hogar, con la esperanza de apaciguar un poco la melancolía. Sin embargo, se me encogió algo en el interior cuando vi que las ventanas estaban cerradas. La casa parecía demasiado silenciosa, sin ningún sirviente pululando por los alrededores o los jardines: como si algo malo hubiera ocurrido y se les precisara dentro. Desoyendo las órdenes de Dante y la prudencia, decidí ir a ver qué ocurría.

CAPÍTULO 34

No me costó escabullirme del palacio Recasens. No había nadie para notar mi ausencia, salvo Roberta, que debía de estar ocupada con montones de quehaceres. Así que salí por la puerta de la cocina y crucé el jardín sin ni siquiera molestarme en ser sigilosa. Cuando llegué a la avenida, no pude evitar sentirme abrumada. Llevaba días encerrada en una casa, sin más compañía que la de una anciana esquiva y un montón de novelas. Ahora las calles me parecían atestadas; la gente caminaba apresurada hacia sus puestos de trabajo, embozada bajo gruesas capas para tratar de guarecerse del frío. Se formaban nubes de vaho entre sus labios y se unían a la acuosa bruma matutina que nos envolvía a todos. Los colores oscuros de sus ropas —azul marino, marrón, negro— contrastaban con el cielo grisáceo, que destellaba una luz molesta y cegadora. Quizá lo peor era el ruido: coches de caballos que relinchaban sin cesar, vendedores tratando de colocar todos los ejemplares de algún periódico a pleno pulmón, las conversaciones entrecortadas aquí y allá.

Me abracé a mí misma, porque no había tenido la precaución de coger ningún abrigo y corrí hasta mi casa. Cuando llegué me detuve ante la fachada. El frío que sentía en mi piel no fue nada comparado con el que empezó a crecer en mi interior. Las contraventanas estaban cerradas; las cortinas, echadas. No se veía movimiento, como si algo malo estuviera anidando en el interior de esas paredes. Saqué la llave de mi bolsillo con premura y entré. El silencio en el interior era devastador. Tan sólo podía escuchar los pasos sigilosos del servicio, que parecía no querer molestar con su presencia. Tragué saliva. Dante no podía haberse llevado a mi abuelo sin decirme nada, ¿verdad? ¿Por eso se había ausentado tantos días?

—Sibila. —La voz de Margot me asaltó.

Me volví hacia ella y me encontré con los ojos azules de mi prima observándome con una mezcla de preocupación y ansiedad. Su cabello rubio, por lo general bien peinado, caía en mechones desordenados a ambos lados de su cuerpo, como si en algún momento hubiera llevado un par de trenzas. Sus ojos se llenaron de lágrimas y se lanzó a mis brazos. Me estrechó con fuerza y la escuché suspirar con alivio.

—¿Cómo está el abuelo? —pregunté contra su hombro.

Noté que se desinflaba, como si la alegría de verme se hubiera evaporado en un suspiro.

—Sigue igual. Todos nos hemos volcado en su cuidado, pero no mejora.

Me mordí el labio y me sentí culpable por no estar a su lado. Me recordé que quedarme en casa de Dante y vigilarlo de cerca podía evitar que fuera a buscarlo para llevarlo más allá. Estaba intentando protegerlo como podía.

—Dios mío, pensaba que ese maldito barón te había abducido —dijo Margot, dejando a un lado el tema que a ambas nos quitaba el sueño.

Se separó de mí y estudió mi rostro con atención, en busca de algún indicio de sufrimiento, que supongo que no encontró.

—Te escribí una nota —le dije—, para avisarte de que estaba en su casa.

Margot miró a ambos lados, como si creyera que era una insensatez hablar del tema en mitad de la entrada. Me agarró de la mano y me llevó hasta su habitación. Se dejó caer sobre el colchón y me invitó a sentarme a su lado.

—Recibí tu carta —me aclaró—, pero de eso hace más de una semana. Estaba muerta de preocupación. ¿Sabes todo lo que dicen de él? Estuve indagando y cuentan que hizo cosas

terribles en Cuba. Por una mujer, de la que se supone que estaba enamorado.

El recuerdo de lo que Roberta me había contado sobre Aurora se cruzó en mis pensamientos. ¿Podían viajar los rumores en el tiempo? ¿Se había tergiversado la historia hasta el punto de creer que había ocurrido ahora?

—Ella desapareció de forma misteriosa —prosiguió Margot—. Y toda su familia apareció muerta a la mañana siguiente. También su prometido.

Me cubrí la boca, ¿era esa la venganza de la que Roberta había hablado? No. Con total seguridad lo ocurrido permanecía siendo un misterio que nadie podría resolver a estas alturas. No había mucha gente tan mayor como Roberta que pudiera recordar algo así.

—Son embustes, Margot —le aseguré—. No parece un asesino despiadado. Debió ocurrir de otro modo.

—Te recuerdo que trabaja para la muerte —insistió—. Tú misma me lo explicaste.

Margot torció la cabeza y me estudió con desconfianza.

—¿No te habrá seducido? Es muy atractivo, no hay duda, puede que te haya engatusado con mil historias…

Me ruboricé ante la simple idea de que pudiera haber ocurrido algo entre Dante y yo. Le di un manotazo en el brazo a mi prima.

—¡Para! No digas tonterías.

—Te has puesto colorada —apuntó con malicia.

—Porque… porque es absurdo.

—Está bien, ¿qué habéis hecho entonces durante todo este tiempo?

—Nada, simplemente he estado allí sola, se supone que bajo su protección. No quise asustarte, por eso no lo mencioné en mi carta, pero hay alguien tratando de acabar conmigo. Creo.

Porque aún no estábamos del todo seguros de quién me perseguía, ni por qué. O de si en realidad buscaban a Dante y no a mí. Margot se cubrió la boca con las manos.

—¡No sabía nada! Deberías habérmelo dicho. Dios mío, ¿por qué alguien desearía hacerte daño?

—No lo sé.

—¿Y has venido sola hasta aquí? —preguntó ansiosa.

—¿Lo ves? Sabía que te pondrías así. Nadie me ha visto salir, regresaré enseguida. Necesitaba saber que estábais bien; al ver la casa tan cerrada…

—¿Y si te están vigilando? Podrían atacarte en cuanto salgas.

—Margot, nadie me va a hacer nada a plena luz del día en una calle atestada de gente.

Mi prima pareció contrariada.

—¿Quién te persigue?

—No estamos seguros, creemos que pueden ser de la organización de la que hablamos, Aeterna. Aunque podría tratarse de otra persona y estar en cualquier parte. Por eso Dante creyó prudente que me alojara con él.

Margot frunció el ceño.

—Así que Dante. Ni barón, ni señor De Fosco.

Resoplé, porque mi prima era infalible. Me conocía demasiado bien.

—Puede que ya no le odie tanto —admití.

—¿Y Roger? —preguntó con un punto de preocupación—. Pensé que estabas interesada en él.

—Y lo estaba, ¡lo estoy! —me corregí rápidamente, y me cubrí el rostro con las manos—. No lo sé, Margot. La verdad es que estoy muy confundida.

—¿Por el barón?

—Es absurdo, Margot. Es algo imposible, así que ni siquiera quiero pensar en ello.

—Pero no puedes negarte tus sentimientos a ti misma—insistió.

Me quedé callada, porque era cierto. Había estado evitando los pensamientos que se referían a Dante. No quería saber por qué se me aceleraba el pulso cuando andaba cerca, ni por qué deseaba que me besara en secreto. Tampoco había querido admitir que la espera a que regresara se me hacía eterna e insostenible.

—Él está atrapado en otra historia —terminé diciendo.

Margot me miró sin comprender.

—No quiero alentar esta relación tan extraña, pero no se le conocen esposas ni amantes —dijo al fin.

Me froté los ojos con los dedos, agotada.

—Porque está enamorado de nuestra antepasada —terminé soltando.

Mi prima me dedicó una mueca escéptica y luego resopló.

—No sé si quiero saber más.

Le expliqué lo que me había dicho Roberta.

—Puede que esos rumores de lo que hizo en Cuba sean la historia de su pasado, de hace décadas.

Margot se quedó callada durante unos minutos, algo insólito en ella, como si estuviera reflexionando profundamente sobre todo lo que estaba diciendo.

—Pero se muestra preocupado por ti —dijo en voz alta.

—Sólo porque le recuerdo a ella —insistí.

Me miró con la boca formando una mueca de escepticismo.

—Reconozco que la cuestión de vuestro parecido es algo inquietante. Pero por lo que dices tampoco sois idénticas y, además, hace más de ochenta años de aquello, puede que ya lo haya superado. Quizá realmente esté interesado en ti.

Le dediqué un puchero, agobiada por todo.

—Ojalá el abuelo pudiera darme su consejo —susurré.

Margot me dedicó una sonrisa triste.

—Si el abuelo se enterara de todo esto, se presentaría en el palacio Recasens con una escopeta.

No pude evitar echarme a reír. Sin embargo, el cascabeleo terminó estancándose en algún punto de mi pecho.

—Me gustaría verle.

Margot me miró con pena y asintió.

El abuelo estaba tumbado en su cama. No tenía mal aspecto, a pesar de llevar más de una semana en ese estado. Sus mejillas tenían algo de color y, aunque estaba más delgado, la respiración era acompasada y estable. Parecía que estuviera durmiendo y que fuera a abrir los ojos en cualquier momento.

—Se pondrá bien —le aseguré a Margot.

Ella me miró dudosa. El médico no había pronosticado nada bueno, me dijo. Al parecer, era normal estar en ese estado las primeras horas. Pero ya habían pasado días desde la apoplejía y no

era una buena señal que no recobrara la consciencia.

—No permitiré que se lo lleve.

Mi prima apretó los labios, porque sabía que quizá no fuera capaz de cumplir con mi palabra. Porque no se puede luchar contra la muerte.

Nos quedamos en su alcoba durante un par de horas, charlando sobre temas más insustanciales. A mediodía apareció Dolores cargada con una bandeja de comida, como si fuera algo habitual que Margot comiera allí junto al abuelo. Sentí una punzada de culpa, porque los había dejado solos, sin más compañía que la del otro.

—¡Señorita Sibila! —exclamó mi doncella en cuanto se percató de mi presencia—. ¿Ya ha regresado de su retiro?

Miré a Margot con apuro, porque no tenía ni idea de lo que había contado para justificar mi ausencia prolongada.

—Es muy piadoso por tu parte encerrarte en un convento para rezar por la salud del abuelo —dijo rápidamente mi prima.

Abrí bastante los ojos. No era algo que yo haría, todos en esa casa sabían que la religión no era mi pasión. Y más aún Dolores, que había soportado estoicamente cada domingo desde mi infancia mis pataletas para no asistir a misa.

—Cuando ocurren estas desgracias es cuando aparece la auténtica fe —dijo mi doncella con una sonrisa amorosa, como si el hecho de que me hubiera puesto a rezar de repente tuviera todo el sentido del mundo.

Asentí, incapaz de decir nada y de seguir agrandando todavía más la mentira.

—Voy a buscar otro cubierto, pues supongo que se quedará a comer.

Le dije que sí, aunque no había previsto estar fuera del palacio tanto tiempo. Tampoco le di demasiadas vueltas. De todos modos, no había nadie allí que notara que había salido; como mucho Roberta, que no solía llevar la cuenta de mis movimientos ni de dónde pasaba las horas.

—¿Un convento? —le pregunté por lo bajo a Margot con una mueca.

—No se me ocurrió nada mejor para encubrirte. ¡No te quejes!

Bufé sonoramente y ambas nos echamos a reír. La había echado tanto de menos... Comimos mientras hablábamos de bailes, vestidos y tiradas del tarot que no tendríamos tiempo de realizar en ese momento. También me puso al día de lo que se cocía en la sociedad.

—Doña Hortensia y Roger Fabra no paran de preguntar por ti. Ayer fue la cuarta vez que tuve que decirles que no tenía ni idea de cuándo volverías de tu retiro.

Me froté la cara, porque tenía la sensación de que había dejado a Roger con su declaración pendiendo en el aire. Cuando me había expresado sus sentimientos, me había limitado a darle unas gracias bastante insulsas, y no me había dignado a decirle nada más. No debía de tener ni idea de si respondía o no a sus afectos.

—Roger me dijo que sentía algo por mí —le revelé a Margot.

Mi prima abrió tanto los ojos que se volvieron completamente redondos.

—¿Y qué le dijiste?

Me sonrojé.

—Nada.

Margot cerró los ojos, como si esa respuesta no fuera la que quería escuchar.

—Ahora entiendo su impaciencia. —Hizo una pausa para mirarme con cautela—. ¿Y qué vas a contestarle?

—No lo sé, estoy muy confundida. Me gusta Roger: es amable, apuesto y tiene buena

conversación. Y además es adecuado para mi posición. Por mucho que me repita a mí misma que no me interesa casarme, no puedo ignorar algo así.

—No deberías, es un buen partido —estuvo de acuerdo mi prima.

—Pero…

—Pero está él —completó Margot.

Me sentí descolocada. No quería admitir que Dante tenía un magnetismo que me costaba ignorar. Era un mensajero de la muerte, alguien oscuro y condenado. ¿No debería sentir animadversión por él? Debería desear que anduviera lejos el mayor tiempo posible, y no lo contrario.

—Tengo que regresar antes de que noten mi ausencia —dije al fin, deseando cortar una conversación que lo incluyera a él.

Margot asintió y me acompañó hasta la salida. Me hizo prometerle que me cuidaría, y me envolvió en un abrazo lleno de ansiedad e incertidumbre.

—No vuelvas a salir sola —me advirtió—. Ha sido una insensatez.

Asentí.

—Está bien, pero si hay alguna novedad sobre el abuelo, avísame enseguida.

Y me adentré de nuevo en la inmensidad de personas que poblaban la ciudad en una mañana de enero, que era incluso mayor a primera hora de la tarde.

No había andado más de dos pasos desde la salida de mi casa cuando me topé contra un pecho duro y ancho. Aunque no era tan alto como Dante, me vi obligada a alzar la mirada para encontrarme con los ojos azules de Roger Fabra, que me observaba con una mezcla de desconcierto y alivio.

—Señorita Armengol, es un placer verla de nuevo —me dijo con una sonrisa nerviosa—. ¿Ya ha terminado su retiro?

Lo miré como si se hubiera vuelto loco, no sabía de qué estaba hablando. Entonces recordé la absurda excusa de mi retiro espiritual, y me apresuré a asentir.

—Sí, he hecho una pequeña pausa para venir a ver al abuelo, pero enseguida regresaré al convento.

De pronto apareció doña Hortensia, y no tuve oportunidad de seguir hablando con él. Ella se ocupó de acaparar la conversación.

—¡Querida! —dijo tomándome de las manos, como si para ella fuera evidente que íbamos a ser familia—. La hemos echado mucho de menos.

Le dedicó una sonrisa nada discreta a su hijo, que no sabía dónde esconderse. ¿Le habría hablado Roger de sus sentimientos?

—¿Le apetece tomar un refrigerio con nosotros? El chocolate del Café Orleans es maravilloso.

Traté de negarme, pero fui incapaz de deshacerme de doña Hortensia, que terminó agarrándome del brazo con su corpulencia rechoncha y llevándome hasta la cafetería sin tener en cuenta mis protestas. Roger me dedicó una mirada apurada.

—Madre, quizá no sea el mejor momento para…

—¡Tonterías! Será sólo una merienda —insistió la señora Fabra.

Así que terminé embutida en un butacón de terciopelo rojo, algo desgastado, y con un chocolate acompañado de melindros. Apenas probé bocado, mientras la mujer parloteaba sin cesar de la ilusión que le haría una boda, de lo bonitas que estarían las flores en primavera y de

que quería nietos pronto. Todo ello sin mencionar a su hijo, que se encontraba mortificado a mi lado, hundido en el sillón y cubriéndose parte del rostro con una mano.

—Madre, ¿puede parar de una vez? —dijo al fin, con el tono más elevado de lo que le había escuchado nunca.

Doña Hortensia lo miró ofendida, como si no comprendiera el motivo de su enfado.

—Creo que debería marcharme —aproveché el impás para ponerme en pie.

La mujer pareció contrariada y miró hacia mi taza, que apenas había tocado.

—No tengo apetito y desearía regresar a mis rezos cuanto antes.

La mirada de la mujer se suavizó.

—Oh, claro que sí, ¡qué desconsiderada he sido!

Le dediqué una sonrisa amable, porque de veras parecía sentirlo. Roger se mordió el labio, como si estuviera dudando sobre lo que debía hacer.

—¿Puedo acompañarla a la salida? —me preguntó entonces.

La señora Fabra pareció comprender que quería hablar a solas conmigo un momento y, por suerte, siguió sentada en su sillón mientras Roger me conducía hasta la salida de la cafetería, con la mano apenas rozando la curva de mi espalda. Sus dedos eran cálidos.

—Lamento mucho la situación —me dijo en un susurro cuando llegamos a la salida—. No debí haberle mencionado a mi madre mis intenciones para con usted.

Noté el calor del rubor ascendiendo por mis mejillas.

—No se preocupe —respondí con la boca pequeña.

Si le había contado a doña Hortensia que quería cortejarme, significaba que iba muy en serio. Roger alargó la mano hasta la mía y la tomó con cuidado, casi como si temiera que fuera a apartarla de un tirón.

—Estaré aguardando su respuesta.

Me mordí el labio y lo miré. Su cabello, castaño claro, estaba algo enmarañado, supuse que a causa de los gestos nerviosos que había hecho durante la merienda. Me imaginé el resto de mi vida con él: sería un matrimonio tranquilo y bien avenido, estaba segura de que incluso podría llegar a amarle con el tiempo. Sin embargo, fui incapaz de decir nada más. Me limité a asentir y él soltó mi mano con cierta reticencia, como si no quisiera que me marchara tan pronto.

—No tarde en volver —me pidió.

Sonreí y me marché, dando un par de rodeos por las callejuelas de atrás, para que nadie me viera entrar de nuevo al palacio Recasens.

CAPÍTULO 35

Terminé llegando al palacio Recasens cuando ya estaba anocheciendo. Entré en la casa con más sigilo del que había salido, con la esperanza de que Roberta no hubiera notado mi ausencia. La casa se encontraba más oscura de lo habitual. Gran parte de los candiles estaban apagados, y tuve que tomar uno de la cocina para alumbrarme. Cuando el halo de luz iluminó la estancia, miré hacia los fogones, para descubrir que no había nada en ellos: ni una sopa, ni un potaje, ni un estofado. Tampoco vi ningún pastel de atún ni carne asada que pudiera justificar tanta quietud. Al contrario, el espacio estaba inmaculado, como si alguien lo hubiera limpiado a conciencia. Comencé a notar una desazón familiar en el pecho, de esas que te avisan de que ha ocurrido algo malo en tu ausencia.

—¿Roberta?

No solía llamarla, pero las veces que lo había hecho, la anciana había acudido presta a mi encuentro. Sin embargo, esta vez no lo hizo. Comencé a recorrer el pasillo central, que llevaba al salón en el que la mujer acostumbraba a servir la cena. Tampoco estaba allí, ni en ninguna de las alcobas de la planta baja. Como la cocina, todo presentaba un aspecto impecable: la plata recién pulida; las alfombras, cepilladas; el suelo, brillante.

Decidí continuar mi inspección en la planta de arriba. No tardé demasiado, porque ya me conocía la casa como si fuera la mía propia.

Miré hacia los aposentos de Dante. Quizá Roberta se encontrara almidonando los trajes y por eso no me había escuchado. No había vuelto a entrar allí desde que había descubierto el retrato de Aurora, pero me armé de valor. Necesitaba saber que no estaba sola en la inmensidad de ese palacio. Sin embargo, en cuanto crucé el umbral me engulló la oscuridad. No había ni rastro del ama de llaves, ni de ninguna de las planchas que utilizaba para adecentar la ropa; ni siquiera parecía que la casa estuviera habitada. Entonces noté el frío. Nadie había encendido las chimeneas en todo el día, y el aire helado del invierno se había apoderado de cada rincón. Me estremecí. Me sentía incómoda en ese silencio sepulcral. Nunca me había gustado escuchar mi propia respiración; tenía la sensación de ahogarme, de encontrarme de nuevo bajo las maderas rotas del carruaje de mis padres, de tener a la muerte frente a mí. Entonces alguien me rodeó por detrás y una mano firme apretó mi boca para que no pudiera chillar. Solté el candil y se estrelló contra el suelo con un ruido de cristales rotos. La llama se extinguió. Mi cuerpo se reveló y comencé un forcejeo inútil contra los brazos fuertes que me inmovilizaban. De pronto noté un cuchillo contra mi cuello y detuve mi pelea. No quería morir. Mis quejas terminaron acalladas contra la piel caliente de mi captor, que no aflojaba su agarre. Hasta que de pronto me liberó.

—¿Sibila?

Me volví espantada y trastabillé con torpeza hasta el dosel de la cama, en el que me apoyé como pude, con la respiración agitada y el corazón bombeando en la garganta. Me pareció reconocer unas facciones a través de la poca luz que dejaban entrar las densas cortinas de la ventana. Poco a poco mi vista se amoldó a la oscuridad y entonces estuve segura de que era él.

—Dante.

—¿Se puede saber qué haces entrando a hurtadillas como una ladrona?

—¿Acaso le pones un cuchillo en el cuello a cualquiera? —lo increpé—. Estaba buscando a Roberta.

El silencio creció entre nosotros, hasta que él decidió romperlo con una noticia que no

esperaba.

—Roberta ya no está.

Fruncí el ceño y lo miré.

—No te entiendo.

—Ha muerto —me aclaró, como si fuera una niña estúpida.

Apreté los puños y sentí que la indignación me hervía en las venas. Ahora comprendía por qué me había podido escapar tan fácilmente, por qué no había ni rastro de comida ni de todas las tareas que hacía esa pobre anciana desde las sombras. A pesar de su dedicación, de una vida a su servicio, Dante se la había llevado. Como a todos.

—¿Cómo has podido? —gruñí.

Él permaneció inmóvil, con ese gesto imperturbable que lo caracterizaba y que ahora me resultaba insoportable. Di un par de pasos hacia él para encararlo.

—¿Acaso no tienes corazón? ¡Esa mujer te dedicó su vida!

Me pareció que sus ojos negros se convertían en dos pozos insondables. Me dio rabia que no me contestara, que se limitara a quedarse ahí quieto mientras yo lamentaba esa pérdida injusta.

—Tenía más de cien años —dijo al fin.

—¿Y qué más da? No la conocía demasiado, pero parecía buena persona, y lo más importante, te era fiel.

Sabía que me estaba propasando. Puede que viera reflejada en Roberta la situación de mi abuelo. Quizá fuera un absurdo creer que el derecho a la vida no implicaba la muerte. Pero no podía evitarlo. Dante tenía en sus manos evitar esas desgracias, y aun así, no lo hacía. Obedecía a la muerte una y otra vez, sin importar lo injustos que fueran sus designios.

—¿Es que no tienes principios? —seguí.

—¡Cállate! —me gritó de repente.

Me quedé helada, porque no había visto venir esa ráfaga de ira. Se acercó tanto a mí que nuestras narices se quedaron a tocar.

—Roberta era lo más parecido a una familia que tenía —gruñó entre dientes—, la única persona que recordaba cómo era antes de convertirme en esto.

Se clavó un dedo en el pecho, como si se despreciara a sí mismo. Apreté los labios, porque no sabía qué decir o qué hacer. Nunca lo había visto perder la calma de ese modo.

—Llevaba años retrasando su partida —prosiguió—, hasta que ella misma me lo pidió.

Lo vi apretar las mandíbulas, como si estuviera intentando retomar la serenidad que se le acababa de escapar.

—No quería seguir viviendo, Sibila. Estaba agotada y quería descansar.

Quizá por eso me había revelado todo aquello sobre el pasado de Dante, porque sabía que iba a dejarlo solo. Debía de tener la esperanza de que yo cuidaría de él o algo por el estilo. Y allí estaba, despreciándolo con mis palabras. Se me llenaron los ojos de lágrimas, porque me dolía no haberme podido despedir de ella como era debido y porque la muerte me parecía algo horroroso. Aparté la mirada, avergonzada por haberme sobrepasado de ese modo con él.

—Así que no te atrevas a juzgarme —terminó Dante—. Tengo mucho autocontrol, pero pareces empeñada en que pierda los estribos.

Lo miré molesta, él tampoco tenía derecho a hablarme así.

—No sé ni por dónde empezar con todo lo que has hecho estos días —dijo antes de que pudiera interrumpirle.

Se pasó la mano por el cabello y se despeinó de un modo que me habría resultado arrebatador

si no fuera por el hecho de que estábamos discutiendo.

Me quedé callada, porque no sabía a cuál de mis hazañas se estaba refiriendo: ¿A las indebidas expediciones por la casa? ¿A la visita a Margot y al abuelo? ¿Al café con Roger y doña Hortensia?

No tardó en sacarme de dudas.

—¿Se puede saber qué buscabas en mis aposentos?

Me puse pálida y noté que la sangre abandonaba mi cuerpo. Volví a agarrarme al dosel. ¿Cómo había descubierto que había estado en su habitación? ¿Acaso había reconocido mi olor como los depredadores?

—¿Te lo dijo Roberta?

—No ha hecho falta.

Entonces sacó algo del bolsillo y lo colocó frente a mi rostro. Dante movió la tapeta de plata ovalada para que pudiera ver lo que contenía. Era el retrato de Aurora, que me miraba acusatoriamente. Cerré los ojos y resoplé.

—Lo dejaste en la mesilla de noche, en vez de en el traje en el que llevaba guardado varias décadas.

Me mordí el labio y maldije mi propia estupidez.

—Lo siento —dije por lo bajo, aunque no sabía si me estaba disculpando por haberme convertido en una intrusa en su historia de amor, o por el fatal desenlace que ésta había tenido.

Dante miró entonces el retrato y supe que no lo había hecho en años, como si verla le doliera tanto como el primer día. Se quedó en silencio y vi que se le tensaban los músculos del cuello con una amargura antigua.

—¿Sigues enamorado de ella?

No sé por qué diablos le hice esa pregunta. Era absurda e innecesaria. Tan sólo le traería más dolor. Porque aunque lo estuviera, Dante jamás podría tenerla. Y allí estaba yo, remarcándolo como una estúpida. Celosa. Celosa de mi antepasada. Celosa de un recuerdo.

Dante no me preguntó cómo sabía la historia de su amor truncado. No era muy difícil deducir quién me la había contado.

—¿Por qué te has marchado sin decirme nada? —quiso saber él.

Así que no iba a contestarme. Y al parecer, sabía también lo de mi excursión.

—No necesito tu permiso para salir —repliqué, y alcé la barbilla.

Dante chasqueó la lengua, como si mi orgullo le irritara todavía más de lo que ya estaba.

—No te pareces en nada a Aurora —soltó de pronto, con la mirada oscura.

Fruncí el ceño, molesta, porque había sonado a reproche.

—Ni quiero hacerlo. Ahora que ya sabes que somos tan diferentes, puedes abandonar la estúpida misión de salvarme. No soy ella.

Dante se acercó un poco más a mí, aunque lo creía imposible. Nuestras respiraciones, furiosas, se entremezclaban.

—Desde luego, Aurora era mucho más sensata. No se hubiera expuesto a plena luz del día como lo has hecho tú. ¿En qué estabas pensando para salir sin más? Podrían haberte seguido y descubrir que estás aquí escondida. ¿Tan ansiosa estabas por ver al señor Fabra?

Alcé la mano sin pensar. Sus palabras habían sonado sucias, como si mi encuentro con Roger hubiera sido algo planeado y fuera de lugar. Puede que no hubiera sido del todo oportuno, pero no había ocurrido nada entre nosotros y, por supuesto, no era de su incumbencia lo que hiciera con él. Estaba a punto de abofetearle cuando su mano detuvo la mía, firme y rotunda.

Di un tirón, dispuesta a regresar a mi casa a pesar de las horas. No quería estar ni un segundo más en el palacio Recasens, con ese hombre que parecía detestarme cada día un poco más. Pero Dante no me soltó. Al contrario, tiró de mí con tanta fuerza que terminé estampada contra su pecho. Alcé la mirada, asustada. Puede que por fin hubiera decidido entregarle mi alma a la muerte y no quisiera esperar ni un segundo más para deshacerse de mí. Sin embargo, sus ojos estaban ahora inundados por un sentimiento más intenso que la rabia, algo que no supe reconocer. Se inclinó hacia mí, hasta que nuestros rostros estuvieron muy cerca. Acarició mi cicatriz, como si no se tratara de un borrón en mi rostro, sino de algo hermoso que formaba parte de mí.

—Sé que no eres ella. Ni pretendo que lo seas —murmuró muy cerca de mis labios.

Dejé de respirar, puede que fuera a desmayarme de un momento a otro por su cercanía. El olor a madera y a sándalo me envolvía como una manta.

—Aurora se horrorizaría si viera en lo que me he convertido. Pero a ti no te asustan mis demonios, ni la oscuridad.

Entonces se agachó hasta que sus labios estuvieron exactamente a mi altura. Supongo que me dejó un segundo para apartarme si lo deseaba; fui incapaz de moverme. Lo único que quería era que me besara, conocer al fin si sabía tan bien como olía. Alcé la vista hasta sus ojos, que bailaban entre mi boca y mi mirada. Y al fin se inclinó hacia delante. Su boca tanteó la mía con suavidad, como si temiera hacerme daño. Se separó un segundo, pero no se lo permití. No quería que pensara. Yo tampoco quería pensar. Tan sólo deseaba más. Así que tiré del cuello de su camisa hacia mí. Entonces supe que se había estado controlando. Me agarró de la nuca con mucha más vehemencia y puso una mano en mi cintura para atraerme hacia él, hasta que nuestros pechos estuvieron el uno contra el otro. Notaba su corazón bombear con fuerza a través de la ropa: puede que sí que estuviera vivo después de todo. Sus dedos se entrelazaron en los rizos que escapaban de mi recogido y abrí la boca, sin saber muy bien qué estaba haciendo. Él parecía dispuesto a mostrármelo, y enseguida noté su lengua contra la mía. Emití un sonido algo vergonzoso, pero a él no pareció molestarle, sino más bien al contrario. Me agarró por la cintura y me llevó hasta la pared más cercana sin separar sus labios de los míos. Noté el papel pintado en la espalda, la firmeza de su cuerpo contra el mío. Profundizó el beso y yo bebí de él como si lo hubiera necesitado toda la vida. Dante bajó la mano por mi cadera y separó su boca de la mía para enterrarla en mi cuello. Emití otro gemido, que él se dedicó a acallar con un nuevo beso. Me habría rendido a lo que sentía en ese mismo instante, le habría entregado mi alma a él o al mismísimo diablo. Sin embargo, Dante se separó de mí con brusquedad, como si le hubiera requerido más esfuerzo del que debería.

—No —murmuró contra mi boca.

Lo miré sin comprender. Había sido él quien me había besado en primer lugar. Debió de leer el desconcierto en mi mirada, porque me proporcionó una explicación más o menos atropellada de ese «no».

—No deberías mezclarte conmigo, Sibila —me advirtió—. Estoy condenado. Por favor, olvida lo que acaba de ocurrir.

Y se marchó sin darme oportunidad a réplica. No pude decirle que aceptaba su pasado, que no me daban miedo sus claroscuros. Me sentí más confundida que nunca, porque en el fondo sabía que Dante tenía razón y que lo más sensato era alejarme de él.

Me escabullí a mi habitación con una sensación de vacío en el pecho. Sabía que estaba sola con Dante en esa casa enorme, pero también era consciente de que él no iba a cruzarse en mi

camino en días, quizá en semanas. Lo conocía lo suficiente como para saber que se culpaba por lo que acababa de ocurrir entre nosotros. Había perdido el control, y eso no era propio de él. Me desvestí y, temblando de frío y deseo, me coloqué uno de los camisones de franela que alguien había guardado en mi armario. Miré hacia la chimenea, fría e impersonal, que me había calentado tantas otras noches. Ahora que Roberta no estaba, la ausencia que se respiraba entre esas paredes se hacía notar todavía más.

Me metí en la cama y entonces sentí algo rugoso contra mi cabeza. Palpé la almohada en la oscuridad y me pareció que había un papel sobre ella. Encendí el candil que reposaba en mi mesita de noche y pude ver que, efectivamente, lo que tenía entre mis dedos era una nota manuscrita. La letra no era demasiado buena, pero podía entenderse lo suficiente como para leerla.

Querida Sibila,

Mi señor lleva décadas ahogado en el dolor de su propia desdicha, en la condena que lo ata a la muerte. Y puede que, como le dije, sea usted su perdición. Pero por lo menos cambiará su destino de una vez por todas, será la llave de su liberación. Puede que sea usted demasiado joven para comprenderlo, pero la muerte también es alivio, paz, redención. Algo que él nunca ha podido tener. Dante de Fosco vive en un día eterno, atrapado en una realidad que no puede cambiar. Pero usted le ha despertado. Lo conozco bien y no recuerdo haber visto ese brillo en sus ojos en los ochenta años que llevo a su servicio: un destello de felicidad. De algo que quizá pueda ser. O de algo que nunca será. Pero de algo que lo sacará de ese bucle infinito que es su existencia.

Les deseo suerte.

Roberta.

Leí la nota unas cuantas veces. La caligrafía algo infantil me decía que Roberta había aprendido a escribir bastante tarde; puede que fuera el mismo Dante quien le había enseñado. Los imaginé bajo la luz de las velas, pasando horas y horas de práctica, hasta que una mujer mucho más joven que la que yo había conocido aprendía las vocales, las consonantes y las grafías. Puede que Roberta hubiera sido como la hermana que Dante nunca había tenido. Su última familia, como él mismo me había confesado. Dejé que una lágrima recorriera mis mejillas, mientras pensaba en el rostro sereno de Roberta, que había encontrado al fin la paz que tanto ansiaba; esa que Dante y yo quizá nunca podríamos alcanzar.

CAPÍTULO 36

Aquella noche ni siquiera intenté dormir. No podía dejar de darle vueltas a las palabras de Roberta, ni a lo que había ocurrido entre Dante y yo. Ese beso se repetía en mi cabeza como un mantra que no conseguía apartar. Cada vez que cerraba los ojos lo veía a él: contra mis labios, las manos recorriendo mi cuerpo, su respiración agitada. Mi mente jugaba a ir más lejos, a lo que podría haber ocurrido si él no se hubiera detenido. Me avergonzaba reconocer que había querido mucho más, que en ese momento todo mi anhelo había sido él. Me hice un ovillo y encendí de nuevo la lamparita que había dejado en la mesa unas horas atrás. No soportaba más la oscuridad, la espera y la incertidumbre en la que se había convertido mi vida. Así que agarré otra de las decenas de novelas que había comenzado desde que estaba en el palacio Recasens y me dispuse a leer, con la esperanza de que la historia de algún personaje me sacara de mis propias miserias. Lo estaba logrando cuando un olor muy particular comenzó a envolver el aire de mi habitación. Era denso, opaco e insalubre. Salí de la cama de un salto y el camisón, que antes me había parecido poca cosa, ahora se me antojó pesado y demasiado cálido. La temperatura había subido de repente. Miré hacia la puerta y vi con espanto como una nube espesa y oscura se colaba por los huecos, implacable. Reconocí por el quicio los colores anaranjados y rojos que crepitaban al otro lado de la madera. Los había visto cada noche en mi chimenea. Solo que esta vez no eran acogedores, sino lenguas de fuego que amenazaban con colarse en mi estancia.

Me quedé quieta unos instantes, sin saber muy bien qué hacer. Nunca había presenciado un incendio, ni mucho menos había tenido que escapar de uno. La puerta cerrada me daba una falsa sensación de seguridad, de distancia respecto a la amenaza que me estaba reclamando ahí afuera. Vi la ventana y por un equívoco instante tuve la sensación de que la situación no era tan grave. Corrí hasta la maneta y abrí el cristal con firmeza. Entró una ráfaga de aire helado, que respiré como si hubiera estado debajo del agua. Sin embargo, el alivio fue efímero. En cuanto el oxígeno penetró en la estancia, el fuego se avivó al otro lado, con el gruñido de un dragón. La puerta estalló en mil pedazos, como si mi reacción hubiera provocado una explosión. Grité alarmada. Estaba sola. No tenía ni idea de si Dante seguía en la casa, o si se había marchado como las noches anteriores, en busca de las almas que la muerte le reclamaba. Traté de mantener la calma y no mirar hacia el pasillo, que ahora se abría frente a mí como un corredor digno del infierno; no podía ver más allá del umbral: todo era fuego, humo y desolación. Los ojos me escocían, como si me hubieran entrado virutas de ceniza o madera; me costaba tragar y tenía la sensación de que mis pulmones se estaban cerrando. Tuve un acceso de tos que me obligó a doblarme sobre mí misma. Me cubrí la boca con el brazo, con la esperanza de que la tela del camisón aplacara un poco el humo, pero fue inútil. Miré de nuevo a la ventana, sabía que era mi única esperanza. Mi alcoba estaba a unos cinco o seis metros de altura, no era demasiado, pero tampoco era insignificante. Tragué saliva. Nunca me habían gustado las alturas y el horrible pensamiento de una caída me ancló al suelo durante unos segundos preciosos; unos segundos que perdí; unos segundos que marcaban la diferencia entre la vida o la muerte. En ese leve titubeo, la estructura del palacio, antigua y con vigas de roble, comenzó a sufrir. Parte del techo se hundió y me obligó a dar un salto hacia atrás. Caí de espaldas y gruñí de dolor al sentir el suelo caliente contra mi piel. Me puse en pie rápidamente, pero cuando miré hacia la ventana, ésta ya no estaba. Varios tablones, que se habían desprendido del techo, la habían cubierto por completo. Grité de rabia y corrí hasta allí. Traté de apartarlos, pero en el momento en el que toqué la madera tuve que

retirar la mano con un gruñido de dolor. Estaba ardiendo. Me miré las manos, chamuscadas, pero no me rendí. Rasgué mi falda y me cubrí las palmas con la tela del camisón para poder tocar los tablones sin quemarme. Sin embargo, el esfuerzo fue inútil. No tenía fuerza suficiente: por mucho que tiré, no se movieron ni un centímetro. Lo dejé estar y comencé a mirar alrededor en busca de una escapatoria. Solo había una: la puerta. Pero las lenguas de fuego ya la habían cruzado mientras estaba luchando contra la ventana y ahora lamían las paredes. Sin el aire del exterior, mi habitación se había convertido en un caldero. A pesar del calor comencé a temblar. Porque había escuchado historias. Sobre la peor de las muertes. Sobre el dolor de las quemaduras. Sobre la poca gente que sobrevivía a algo así. Y comencé a desear que el humo fuera más rápido que las llamas. Cerré los ojos y me rendí.

—¡Sibila!

Escuché la voz de Dante llamarme desde algún lugar lejano. Abrí los ojos con dificultad; los tenía pegados por las lágrimas y el humo. Me costaba respirar y cuando tomé una bocanada de aire me arrepentí al instante. Una nube espesa se alojó en mis pulmones y me obligó a toser, desechando las pocas fuerzas que me quedaban.

—¡Sibila! —Su voz sonó desesperada.

Logré incorporarme, las manos apoyadas en el suelo ardiente. Miré a mi alrededor y comprobé que seguía en el infierno. Las cosas, lejos de mejorar, se habían vuelto todavía más caóticas. En algún punto de mi inconsciencia, una viga se había desprendido del techo y ahora sellaba parte de la puerta.

—Voy a entrar —lo oí decir.

Entonces vi una figura oscura saltar por encima de las llamas. Podría haber sido Lucifer, que venía a buscarme. Sin embargo, enseguida reconocí las facciones de Dante frente a mí, cubiertas de hollín y alguna quemadura superficial. Me tomó el rostro entre las manos, como si quisiera asegurarse de que seguía viva; como si no pudiera creer que hubiera llegado a tiempo.

—Te sacaré de aquí —me prometió, a la vez que me tomaba en brazos.

Me abandoné a él. Si debía morir, él me llevaría. Y si debía vivir, él me salvaría.

Cuando volví a abrir los ojos, estábamos en el jardín. Se escuchaban las alarmas de los bomberos en la lejanía. Miré hacia el palacio. El ala norte era ahora pasto de las llamas. Dolía ver una magnificencia así desmoronarse; el trabajo de años; el legado de siglos, destruido en apenas unos minutos. Volví a notar la mano de Dante en mi mejilla, como si quisiera asegurarse de que seguía con él. Respiraba agitado y pude ver cómo sus quemaduras sanaban en apenas unos segundos. La visión se me nubló de nuevo, como si no fuera capaz de seguir en este mundo.

—Sibila —me susurró con voz rugosa—, quédate conmigo. Por favor.

Me esforcé por hacer lo que me pedía, por seguir mirando sus ojos oscuros.

—Eso es. —Pareció aliviado—. Ahora respira, poco a poco.

Lo hice. Noté el aire limpio de la noche entrar en mis pulmones doloridos. Me estremecí, pero él me sostuvo. Cuando estuvo seguro de que no moriría en sus brazos, examinó mis quemaduras. Por suerte, eran superficiales. Mientras él se ocupaba de mí, yo no podía dejar de mirar la devastación que ocurría a sus espaldas. Sin embargo, Dante parecía completamente ajeno al hecho de que su palacio estuviera ardiendo. Como si no le importara en absoluto.

—Tu hogar… —murmuré.

Mi voz sonó rasposa y me arañó la garganta, así que no terminé de hablar. Él se volvió hacia

la construcción, que agonizaba bajo las mangueras de agua que los bomberos habían comenzado a usar para tratar de contener el incendio.

—Hace mucho que dejé de tener un hogar, ahora eso no importa.

Se inclinó hacia mí y me besó en la mejilla durante un largo instante. Me quedé quieta, sintiendo sus labios muy cerca de los míos, secos y agrietados.

—Te llevaré a casa —dijo en cuanto se separó de mí.

Ya no quedaba ternura en sus ojos. Tan sólo la fría resolución que siempre lo había acompañado. Me tomó en brazos con cuidado y comenzó a caminar hacia la calle.

En cuanto Dante llamó a la puerta, apareció Margot. Estaba visiblemente alterada; debía de haber estado presenciando el incendio desde su habitación.

—¡Dios mío! —gritó al ver mi camisón rasgado y chamuscado.

Dante no presentaba mejor aspecto a mí lado, aunque en su caso las heridas ya no eran visibles.

—¿Qué ha pasado? —preguntó mi prima mientras le dejaba paso a Dante.

Él no le contestó, simplemente caminó con seguridad por mi casa, como si la conociera a la perfección. Me condujo hasta mi habitación, sin importarle demasiado los cuchicheos que el servicio iba dejando a nuestro paso. Margot parecía algo preocupada por los rumores, pero debió de pensar que se ocuparía más tarde de acallarlos con ayuda de Dolores.

—Mande que nos traigan paños húmedos —le pidió Dante, depositándome en la cama—. Las heridas no son graves, pero hay que mantenerlas limpias.

Margot pareció reticente a dejarnos a solas, pero debió creer que no íbamos a hacer nada indecente dado mi estado lamentable, así que se marchó en busca de lo que Dante le había pedido.

Mi prima regresó con Dolores. Mi doncella tenía el gesto contrito y su tez se tornó pálida en cuanto me vio. La conocía lo suficiente como para saber que estaba callando lo que pensaba: que ese hombre estaba arruinando mi reputación y que por poco no había terminado también con mi vida. No podía culparla por creer algo así. Hasta donde ella sabía, Dante era un noble con muy mala fama, que según las habladurías había asesinado a su prometida y a su amante. Yo sabía que no había sido así, pero ella no. Dolores miró a Dante con odio y apretó las mandíbulas antes de hundir un paño en una palangana llena de agua templada. Él hizo un gesto para tomar la toalla, pero ella no se la dió. Lo miró con fijeza, como si le importara muy poco que fuera barón o el mismísimo rey.

—Lo haré yo.

Dante no discutió. Mientras Dolores me quitaba el hollín de las quemaduras, él se limitó a observarme, como si estuviera memorizando mis rasgos. Mi doncella devolvió entonces la atención hacia él.

—Será mejor que se marche, barón, tengo que desvestirla —le espetó.

Dante se mordió el labio e hizo algo que nunca le había visto hacer. Agachó la mirada, como si admitiera su culpa, como si entendiera que Dolores lo detestara. Se puso en pie y se dirigió a la puerta. Se volvió hacia mí una última vez y me miró con intensidad.

—Lo siento, Sibila.

Luego se marchó.

CAPÍTULO 37

Por suerte las heridas no me dejaron más marcas que las que ya tenía. La mayoría no revestían importancia. Las que más tardaron en sanar fueron las de las palmas de las manos, y también las más incómodas. La pobre Margot se tenía que encargar de todo por mí: de vestirme, de peinarme y de leerme algunas novelas —que yo no podía sostener—, para que no muriera de aburrimiento. A pesar de todo, mi prima parecía feliz de tenerme de vuelta en casa. Debía de haberse sentido muy sola al cuidado del abuelo, sin la ayuda de sus padres que, como siempre, eludían los problemas.

Yo trataba de sonreírle y actuar con normalidad, pero el desasosiego crecía cada día un poco más en mi interior. Dante no había venido a verme. Estaba acostumbrada a sus idas y venidas, pero siempre terminaba apareciendo en los momentos importantes. Y ahora lo necesitaba; más que nunca. Estaba asustada. Cada noche me despertaba cubierta en sudor, con la sensación de asfixia del incendio golpeando en mi pecho, con el recuerdo del accidente de mis padres en la retina, con la sensación de que no iba a poder escapar de la muerte una vez más. En ocasiones me ahogaba. Los médicos decían que eran las consecuencias del humo del incendio, que pronto me repondría. Pero era algo distinto, algo que crecía en mi pecho y se alojaba en mi mente: el terror, el nerviosismo, la soledad. Deseaba ver a Dante, que me asegurara que todo estaría bien, que estaba conmigo. Sin embargo, no había dado muestras de que mi salud le importara demasiado.

Supongo que al final no supe disimular demasiado bien, porque una tarde Margot me miró con resignación y soltó sobre su regazo la novela que había estado leyendo para mí.

—No me estás escuchando —se quejó.

Parpadeé y me esforcé por recordar el pasaje que me acababa de narrar mi prima, pero fui incapaz. Había estado pensando de nuevo en él. Margot me dedicó una mirada llena de compasión.

—¿Vamos a seguir fingiendo que no existe? —me preguntó al final.

Mis ojos se llenaron de lágrimas casi al instante. Mi prima se apresuró a sentarse a mi lado en la cama y a pasarme un brazo por el hombro.

—Ni siquiera ha venido a verme —me lamenté.

Margot se mordió el labio, puede que dudando sobre cómo consolarme.

—Igual está ocupado.

Le dediqué una mueca.

—En serio —insistió—, quizá se ha iniciado una guerra en algún sitio y está llevándose las almas de los pobres soldados.

—¡Margot! —me quejé dándole un codazo, aunque no pude evitar esbozar una sonrisa.

—Vi cómo te miraba —dijo al fin—: es evidente que no le resultas indiferente. Pero eso no quita que sea del todo inadecuado para ti.

Le dediqué un puchero.

—Ya lo sé. Pero no puedo evitar sentirme atraída por él.

Margot arqueó las cejas. No solíamos hablar sobre lo que sentíamos por ningún hombre; de hecho, era la primera vez que ninguna de las dos se veía en una situación como esta. Al menos, que ella me hubiera contado.

—Antes del incendio nos besamos —acabé soltando.

No le había explicado nada todavía, porque no me había sentido preparada para verbalizarlo. Mi prima se cubrió la boca con las manos.

—¡Cómo se ha atrevido a algo así! —gruñó indignada.

—No fue solo él —murmuré muerta de vergüenza.

Margot terminó suspirando con resignación y se quedó en silencio unos minutos, calibrando lo que había ocurrido entre nosotros.

—Pobre Roger… —dijo al fin.

Le di otro codazo.

—¿Pero de parte de quién estás tú?

—De Fabra, por supuesto —me dijo en tono jocoso.

Me eché a reír.

—Dante me tiene muy confundida —acabé admitiendo—, cuando logro acercarme un poco a él, sale corriendo; como si no quisiera que lo conociera.

—Puede que en el fondo lo haga por ti, porque le importas más de lo que te ha dicho.

La miré extrañada; parecía saber algo que a mí se me había pasado por alto.

Antes de que pudiera seguir preguntándole, la vi meterse la mano en el bolsillo de su vestido. Después de rebuscar durante un tiempo, me entregó una nota doblada por la mitad. El papel era de buena calidad y mi nombre estaba escrito en un lateral con letra elegante y masculina.

—La dejó en la mesita del salón la noche que te trajo —me confesó.

La observé con la boca muy abierta.

—¿Y no me la has dado hasta ahora?

Margot apretó los labios.

—Quería que estuvieras mejor antes de dártela.

—¿Por qué?

Al ver que no contestaba, me apresuré en desdoblar el papel que tenía entre mis dedos. Dante no me había escrito una larga carta de amor ni palabras amables, se había limitado a redactar un puñado de palabras que viajaron directas a mi pecho, para clavarse como estacas:

No me busques, ni me esperes.

Dante

No volvimos a hablar de él. Sin embargo, su presencia seguía persiguiéndome. Cada vez que miraba por la ventana, veía el palacio Recasens. Los bomberos habían conseguido extinguir el incendio, pero las llamas habían dejado en ruinas el ala norte del edificio y parte del jardín carbonizado. Era una imagen desoladora. Alguien había tapiado puertas y ventanas de la noche a la mañana y ese lugar, que un día había estado habitado, había pasado a ser de nuevo un cascarón vacío. Como cuando le había conocido, como aquella primera vez en la que me había salvado de la lámpara de araña. Parecía que hubieran pasado siglos.

Estaba tan absorta en mis pensamientos que no me percaté de que Dolores estaba en la puerta hasta que carraspeó. Me volví hacia ella. La mujer me dedicó una sonrisa amable.

—Tiene visita.

Me incorporé en la cama de un salto y me pasé las manos, todavía vendadas, por mi cabello desaliñado. Miré el sencillo vestido que llevaba y lamenté mi aspecto. ¿Sería él? ¿Se había decidido por fin a venir? Puede que se hubiera arrepentido de esa maldita nota.

—Buenos días, señorita Armengol —dijo una voz masculina desde el umbral.

Tuve que disimular mi decepción y sonreírle a Roger, que me observaba desde la entrada con

gesto dubitativo.

—¿Puedo pasar?

—Oh, claro que sí, por supuesto —me apresuré a contestar—. ¡Qué desconsiderada!

Él me dedicó una sonrisa amable, como si comprendiera la situación. Caminó hasta el sillón que había junto a mi cama y le pedí que se sentara, un poco más dueña de mis acciones. Dolores no se había ido muy lejos, supongo que con la absurda idea de proteger mi virtud.

—¿Desean tomar algo? —me preguntó mi doncella, sin llegar a entrar en la habitación.

Puede que quisiera dejarnos cierto espacio.

—Un café y unas tostadas estarán bien, muchas gracias —le pedí.

La mujer se marchó hacia la cocina y nos dejó a solas unos minutos. Roger alargó su mano hasta mi rostro, y apartó un mechón de pelo que no había logrado acomodar bien antes de que entrara.

—Me alegro de ver que está recuperada.

Pensé que mi corazón estaba muy lejos de recuperarse, pero le devolví la sonrisa.

—Estaba muy preocupado por usted —continuó—, pero no quería agobiarla. Por eso no he venido hasta hoy.

Me sentí culpable, porque Roger Fabra se estaba portando como un verdadero caballero conmigo, mientras yo suspiraba por otro hombre.

—Gracias —le dije.

Quería ser amable con él, intentar devolverle algo de la cortesía que siempre mostraba conmigo. Roger se quedó callado, como si algo le rondara por la cabeza pero no terminara de atreverse a decirlo. Al fin lo hizo:

—Dicen que fue el barón de Barcelona quien la trajo aquí la noche del incendio —comenzó.

La mención de Dante me provocó un pinchazo en el pecho. No estaba preparada para hablar de él de nuevo, y mucho menos con Roger.

—Sé que no es de mi incumbencia y no quisiera resultar impertinente, pero ¿qué hacía usted allí a esas horas de la noche?

Me atraganté con mi propia saliva, y no hubiera sabido qué responder si no hubiera sido por la milagrosa aparición de Dolores. Traía una bandeja con pastas y un par de tazas de café humeantes, que dejó en la mesita auxiliar que habían colocado junto a mi cama. La mujer recogió parte de la cubertería antes de volver a dejarnos a solas, lo que me permitió pensar durante unos minutos.

—Después de merendar con usted y su madre, me entretuve con la modista —expliqué con más convicción de la que sentía—. No eran ya horas de andar sola por la calle, así que corrí para casa con la intención de retomar mi retiro espiritual por la mañana. Fue entonces cuando vi la columna de humo saliendo del palacio del barón. Entré para avisarle, sin embargo, me vi atrapada en el incendio.

Los ojos de Roger me estudiaban con atención, quizá tratando de detectar la mentira; un resquicio de duda que diera al traste con mi versión de la historia. Pero al fin asintió, puede que supiera que no era del todo verdad, pero quería creerla.

—Fue usted muy valiente, entonces.

Negué con la cabeza. Y recordé esos ojos oscuros, los labios, las caricias.

—Lo que fui es una insensata —murmuré.

Roger se quedó conmigo el resto de la tarde. Mantuvimos una conversación cómoda y animada, incluso me hizo reír en varias ocasiones.

Cuando se marchó, me sentía un poco menos sola.

CAPÍTULO 38

1918, Barcelona. Dos años después.

Le di un poco de sopa al abuelo. Se la tomó con cuidado. Ya estaba acostumbrada a su mirada ausente, pero todavía me costaba aceptar que no volvería a hablar. En ocasiones emitía sonidos con los que conseguía hacerse entender, pero echaba de menos nuestras conversaciones. Yo me esforzaba por llenar sus silencios, y le contaba mis avances con los negocios. Al fin parecía que los capataces se mostraban un poco menos reticentes a obedecer mis órdenes. Nunca estaría segura de si era por la misteriosa muerte de Luis después de que intentara atacarme, o de si se trataba de la presencia de Roger, que venía a buscarme cada tarde y parecía mantener las cosas en calma. Por mucho que quisiera creer que los hombres de mi alrededor se habían dado cuenta de mi valía, era difícil obviar que lo que en realidad habían visto era un futuro para la fábrica si terminaba casándome con el señor Fabra. Y eso me hacía hervir de rabia e impotencia, porque en el fondo la sociedad no había cambiado

Tampoco es que Roger hubiera hecho ningún avance al respecto. Me trataba con cortesía, como había hecho hasta entonces, pero no había vuelto a mencionar su intención de cortejarme; supongo que el hecho de que aceptara las flores y los bombones que me traía ocasionalmente le había dado a entender que estaba dispuesta a recibir sus atenciones.

Lo cierto es que me agradaba su compañía y cada vez que levantaba la vista de los informes para mirar por la ventana, esperaba verlo ahí. Era un hombre confiable, que me aportaba la seguridad que necesitaba en esos momentos. Además era un soltero cotizado, de los más atractivos de la ciudad. «Si no contamos al barón de Barcelona, por supuesto», apuntaba siempre alguna muchacha en los bailes a los que Margot me obligaba a seguir yendo. «¿Dónde se habrá metido? Lleva más de dos años sin aparecer por aquí», continuaban las voces. «Yo escuché que se había marchado a Cuba». Y entonces me hundía. De veras que intentaba no pensar en Dante. Pero cada mañana mi primer pensamiento era para él, y cada vez que cerraba los ojos por la noche esperaba poder verlo, aunque fuera en mis pesadillas. Incluso había tenido pensamientos que me asustaban y rayaban la desesperación: si intentaba quitarme la vida, ¿vendría él a buscarme? Pero no me había atrevido a comprobarlo.

—Ya estás poniendo esa cara otra vez —me dijo Margot.

Su voz me hizo reaccionar, y me di cuenta de que sostenía la cuchara vacía frente al abuelo. La llené enseguida y se la di antes de que se percatara de mi titubeo.

—¿Qué cara? —me quejé.

—La que pones cuando piensas en él.

La fulminé con la mirada e hice un gesto hacia mi abuelo, exasperada. Puede que sus facultades para hablar se hubieran visto mermadas por la apoplejía, pero seguía escuchando perfectamente. Lo oí carraspear, solo para confirmar que se estaba enterando de nuestro parloteo.

Le di un bollo de pan al abuelo y me levanté, molesta con mi prima.

—Se ha acabado la sopa. Voy a pedirle un poco más a Dolores.

Me marché sin decir nada más, y noté la presencia de Margot tras de mí; me había seguido hasta el pasillo.

—Vamos, no te enfades —me dijo con un puchero, deteniéndome por el brazo.

Resoplé y puse los brazos en jarras.

—¿A qué ha venido eso? —me quejé.

—A que no puedes seguir vagando por la vida como un alma en pena, Sibila. Hace más de dos años que se fue. No va a volver. Deberías seguir adelante con tu vida.

La observé indignada, me sentía furiosa. Sobre todo, porque tenía razón. Dante me había dejado muy claro en su escueta nota que no le buscara, que no le esperara. Él había pasado página, si es que alguna vez había habido algo entre nosotros. En cambio, yo seguía atrapada en los recuerdos. No soportaba los ramilletes de sándalo que Dolores colocaba en algunas de las habitaciones de casa, porque tenía la sensación de tenerlo al lado. Y en cuanto me volvía, lo único que había era el vacío y ese olor tan suyo. Tampoco podía soportar la visión del que había sido su escritorio, al punto que lo mandé sacar de mi despacho. Lo peor era la imagen del palacio Recasens desde mi ventana, ruinoso y quemado; una presencia pétrea que no me permitía olvidar.

—¡Y eso hago! —mentí.

Margot me tomó de la mano y me dedicó una expresión de conmiseración.

—Si lo hicieras no tendrías a Roger Fabra esperando una respuesta.

Fruncí el ceño.

—He aceptado sus presentes —rezongué.

—Pero no le has dicho que apruebas su cortejo, ni si sientes algo por él.

Cerré los ojos y me azotó una oleada de culpa. Era verdad; estaba siendo egoísta. No le había expresado mis sentimientos a Roger, porque ni siquiera sabía cómo me sentía. En algún punto de mi adolescencia, recibir sus atenciones había sido mi sueño. Incluso antes de que apareciera Dante, había mostrado interés por él. Pero todo había cambiado. Ahora me costaba centrarme en sus ojos azules; temía que si lo miraba demasiado, supiera dónde residía mi corazón. O que fuera capaz de ver lo que había ocurrido entre nosotros.

—Antes me gustaba tanto… —dije casi sin pensar.

—Y volverá a gustarte —me animó mi prima—. Es cuestión de tiempo y un poco de voluntad por tu parte.

Suspiré y terminé asintiendo.

—Tienes razón.

Aquella tarde, cuando Roger se presentó en mi casa me esforcé más de lo habitual por prestarle atención. Lo invité a sentarse a mi lado en vez de frente a mí. Le miré con un poco más de intensidad, charlé e incluso reí a carcajadas cuando me explicó la última de las aventuras de Facundo, un noble de poca monta que intentaba estafar a las señoras como su madre con muy poco éxito. Esta vez lo había intentado con una de las ancianas más ricas de la ciudad, y la cuestión había acabado a bastonazos en mitad de la calle, con el susodicho llorando en el suelo e implorándole perdón a la nonagenaria.

—Me gusta verla así, señorita Armengol —me dijo Roger cuando Dolores nos dejó solos con el pretexto de ir a buscar más café—. Hacía tiempo que no la escuchaba reír.

Me esforcé por no apartar la vista. Sus ojos azules me estudiaban con interés, y tuve que recordarme que no tenía acceso a mis pensamientos: no sabía nada de lo ocurrido con Dante.

—Lamento no haber estado a la altura últimamente —me disculpé.

Roger sonrió con amabilidad.

—Ya le dije en una ocasión que usted está siempre a la altura.

Me humedecí los labios, y Roger miró hacia ellos. Se inclinó ligeramente hacia mí. Me

acarició la mejilla en la que no estaba la cicatriz, y no pude evitar recordar los dedos de Dante recorriendo mi marca como si fuera algo hermoso. Intenté bloquearlo de mi mente. El señor Fabra se acercó un poco más y supe que iba a besarme. Me envaré. Porque si lo hacía borraría el rastro de Dante de mis labios. Si me tocaba, ya no sería el tacto de sus manos lo último que habría sentido. Cerré los ojos para ahogar las lágrimas y dejé la mente en blanco. Esperé. Pero el beso no llegó. Cuando volví a mirar frente a mí, Roger me miraba con una sonrisa.

—Pensé que iba a apartarse —me confesó.

Me sonrojé por ser tan transparente. Roger me tomó de la mano con mucho cuidado y noté sus dedos cálidos en torno a mi palma.

—No sé qué le ha ocurrido exactamente para que esté tan triste. Supongo que es en parte por el estado de salud de su abuelo, pero no soy estúpido. Sé que hay algo más. No hace falta que me lo cuente ahora, pero quiero que sepa que estoy dispuesto a escucharla si algún día me lo quiere confiar.

Lo miré sin disimular esta vez lo que sentía.

—No merezco sus atenciones, Roger.

—No importa si las merece o no —terminó diciendo—. La cuestión es que las tiene.

Suspiré y puse mi mano sobre la de él, aceptando que quizá no es tan sencillo controlar los sentimientos.

—Llevo más de un año viniendo a verla cada día —continuó sin apartar la mirada de mis ojos —. Creo que es usted la dama más inteligente que he conocido nunca y, por lo tanto, considero absurdo ocultar mis sentimientos.

Hizo una pausa, en la que lo escuché tragar saliva.

—Lo que quiero decirle es que la admiro profundamente, en todos los sentidos, y me gustaría que fuera mi esposa.

Abrí la boca, no sé para qué; por suerte, Roger me interrumpió antes de que pudiera cometer alguna estupidez.

—No me conteste ahora. —Me acarició de nuevo la mejilla—. Sé que me rechazaría.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Odiaba no poder amarle como debía. Puede que me gustara Roger, pero tenía la sensación de que nunca podría dárselo todo. Porque Dante se había llevado con él un pedazo de mí.

—Piénselo con calma.

Roger depositó un beso suave en el dorso de mi palma y luego se retiró con la elegancia y la discreción que lo caracterizaba.

—¡Dios mío! —exclamó Margot en cuanto se lo conté.

Me miró con exasperación.

—¿Por qué estoy yo más contenta que tú?

Enterré mi rostro en la almohada.

—¿Y que ha hecho cuando has aceptado? —quiso saber después—. Porque le has dicho que sí, ¿verdad?

Le dediqué un puchero y negué casi imperceptiblemente.

—Por favor, Sibila —se quejó, dejándose caer a mi lado—. Ese hombre se merece un monumento a la paciencia.

—Lo sé, lo sé. Me estás haciendo sentir aún más miserable —musité—, pero no creo que sea justo aceptar su propuesta.

—¿Qué tontería es esa?

—¿Y si no puedo amarle como es debido? ¿Y si me veo atrapada en un matrimonio infeliz?

—¿Tú le has visto bien? Terminarás loca por él: es amable, apuesto y encima es inteligente.

Margot me abrazó, debía de saber que estaba hecha una maraña de nervios y dudas.

—Sé que sigues pensando en él, pero su presencia se irá diluyendo con el tiempo. Dante de Fosco no será más que un recuerdo lejano. En cambio, Roger está aquí, por ti. Un hombre de carne y hueso con el que puedes tener una vida, una familia.

Me eché a llorar. Mi prima me abrazó con fuerza hasta que me deshice de todas mis lágrimas. Esperaba que con cada una de ellas pudiera sacar un poco a Dante de mi organismo, hasta que no quedara ni rastro.

—Tienes razón —terminé diciendo—. No tiene ningún sentido pasarme el resto de mi vida esperando a alguien que no va a volver. Voy a aceptar.

CAPÍTULO 39

Pude entrar en la iglesia del brazo del abuelo. Tuvo que apoyarse en un bastón que temblaba ligeramente entre sus dedos, pero reunió la fuerza suficiente como para avanzar con pasos lentos hasta el altar. Agradecí tenerlo a mi lado, quizá sin él no hubiera sido capaz de llegar hasta allí. Dolores y Margot se habían pasado la mañana tratando de tranquilizarme. «Eres la novia más hermosa que he visto nunca», me repetía mi doncella con los ojos llorosos por la emoción. «Lo dejarás sin aliento», me había asegurado mi prima. Pero la que estaba sin aire era yo. Me costaba respirar dentro del corsé blanco, rodeada de tantas puntillas y con la gasa de color nacarado envolviendo cada parte de mi cuerpo. Por suerte me habían colocado un velo antes de entrar en la basílica de Santa María del Mar. Así nadie podría ver mi tez demasiado pálida ni los ojos asustados. Nunca me habían gustado las multitudes y, sin embargo, allí había más de la mitad de Barcelona, agolpada en unos bancos que se habían quedado demasiado pequeños. No era lo que había querido, pero doña Hortensia había resultado implacable: quería que la boda de su hijo fuera recordada. Así que había puesto atención a cada detalle. En parte lo agradecía, porque yo no hubiera sabido encontrar la energía para hacerlo: pasaba gran parte del día atendiendo al abuelo y trabajando en la fábrica hasta horas bastante intempestivas. Por suerte, a Roger no parecía importarle que estuviera tan centrada en mi familia y en los negocios; al contrario, no paraba de repetirme que me admiraba por ello, que era la mujer más fuerte que había conocido.

El abuelo se detuvo y me obligué a mirar hacia mi futuro marido. Roger llevaba un esmoquin que no le había visto nunca, imagino que confeccionado para la ocasión por uno de los mejores sastres de Barcelona. Habían cuidado hasta el último detalle: el azul marino de la americana resaltaba el color de sus ojos, y su cabello castaño relucía bajo la luz de los miles de cirios que iluminaban el altar, dándole un brillo casi místico. Nunca me había parecido tan guapo como ese día. Y aun así, no pude evitar acordarme de Dante. Me obligué a apartar su imagen de mi cabeza y subí sola los escalones que me conducían hasta Roger. Él dio un paso al frente y tomó mis manos entre las suyas, a pesar de que ese gesto estaba fuera de todo el protocolo y de cualquier ensayo que hubiéramos realizado días antes. Su contacto me calmó: era cálido y amable. Lo saludé con un susurro y me devolvió una sonrisa deslumbrante. Parecía aliviado, como si no hubiera estado del todo seguro de que fuera a presentarme, a pesar de llevar meses preparando aquella celebración.

—Estás aquí —murmuró, colocando la otra mano sobre la mía.

Esta vez fui yo quien le dedicó una sonrisa tímida. No tuvimos tiempo de intercambiar más palabras, porque el sacerdote se adueñó de la ceremonia con salmos, rezos y consejos que no alcancé a escuchar. Estaba demasiado concentrada en Roger. No me atrevía a apartar los ojos de los suyos; temía que si miraba a otro lado, mi corazón cambiaría de opinión; me horrorizaba la idea de volverme y ver a Dante tras de mí, por muy imposible que eso fuera. Y, por encima de todo, no quería hacerle daño a Roger. Le había hecho una promesa: sería su esposa. Sabía que él podía hacerme feliz, y era consciente de que, si con el tiempo era capaz de amar a alguien, sería a él.

—Sibilia. —La voz de Roger me obligó a regresar a la misa.

—Sibila, ¿desea aceptar a Roger Fabra como su futuro esposo?

Tragué saliva. Volví a mirar a mi futuro esposo, que ahora me miraba con los ojos asustados. Puede que me hubieran hecho aquella pregunta unas cuantas veces y yo ni siquiera la hubiera

escuchado. Comenzó a llegarme el eco de algunos susurros, cuchicheos y toses nerviosas desde el público.

—Sí, quiero.

Tuve la sensación de que los invitados se relajaban, igual que Roger, que aflojó el agarre de su mano.

—Entonces, yo os declaro marido y mujer —terminó el párroco.

No era algo que se acostumbrara a hacer en una iglesia, ni mucho menos ante toda aquella congregación, pero Roger dio un paso en mi dirección y se agachó hasta que su rostro quedó a la altura del mío. Y me besó. Fue suave y delicado, pero percibí los nervios y el deseo que había estado conteniendo durante años. Cerré los ojos y dejé que mis labios se acostumbraran a los suyos. Permití que borrara la huella de Dante. Y que lo recluyera en un rincón de mi mente, en el que esperaba poder enterrar todo lo que aún sentía por él.

Se separó de mí con la respiración desigual y los ojos brillantes. Me sonrió y un sentimiento cálido comenzó a extenderse por mi pecho. Había sido un contacto agradable, puede que realmente sí que fuera capaz de superarlo, de volver a enamorarme de él como cuando era una adolescente. De pronto me sentí observada; miré hacia una de las ventanas de estilo gótico del edificio y me pareció ver un búho plateado. Sin embargo, cuando parpadeé ya no estaba allí. Estaba tan pendiente de descubrir un aleteo, el rastro de una pluma, que tardé en escuchar el crujido ensordecedor. Y las advertencias. Cuando me volví, uno de los muros de la sacristía se cernía sobre mí. Escuché a Roger gritar mi nombre. Lo vi alargar su brazo en mi dirección, pero no fue lo suficientemente rápido. Apenas noté dolor. Creo que lo primero que sentí fue el golpe de una de las piedras en mi cabeza. Y luego todo se volvió oscuro. Mullido y tranquilo.

Cuando abrí los ojos, vi a Roger inclinado sobre mí. Estaba pálido. Su traje, antes impoluto, estaba lleno de polvo y parte de la manga estaba hecha jirones, como si se la hubiera enganchado con alguno de los hierros herrumbrosos que había a mi alrededor. Volví la cabeza hacia un lado y vi que la sacristía se había derrumbado parcialmente. No eran daños mayores y bastaría con unos cuantos días de trabajo para reformarla; pero casi me había costado la vida. Las manos de Roger estaban manchadas de sangre, y noté el líquido caliente descender por una parte de mi pelo.

—Déjeme ver. —Escuché una voz ajada por los años acercarse hasta mí.

Se trataba de uno de los doctores más importantes de la ciudad, que había acudido a nuestra boda como invitado. Se arrodilló al lado de Roger y se apresuró en cubrirme la herida con un pañuelo.

—No creo que sea grave —dijo después de un corto examen—. Las heridas en la cabeza son muy aparatosas, pero al tener una brecha se evitan los coágulos en el cerebro, que sería lo realmente peligroso en este caso.

—¿Sibila? —escuché la voz del abuelo en la lejanía.

Había pronunciado mi nombre con dificultad; sabía el esfuerzo que le costaba emitir algún sonido. Se me llenaron los ojos de lágrimas cuando lo vi mover la cabeza de un lado a otro, tratando de ver algo con unos ojos que hacía años que habían dejado de responder a sus demandas. Margot apareció a su lado y le colocó una mano tranquilizadora en el brazo.

—Cálmese, abuelo. Está bien —le aseguró mi prima, aunque su voz sonaba temblorosa.

Debía de haberse asustado tanto como él al ver ese muro volcarse sobre mí. Me incorporé en un intento de demostrarles que me encontraba mejor de lo que me sentía en realidad. El dolor de cabeza era sordo y palpitante. El médico me instó a tomarme las cosas con calma para evitar

mareos y vértigos.

—Menos mal que el barón de Barcelona andaba por aquí —escuché que decía una de las invitadas desde los bancos de las primeras filas.

Me quedé estática, sin comprender exactamente lo que estaba escuchando.

—¿No se había marchado a Cuba? —preguntó otra.

—Eso fue antes, ¿no?

Me apoyé en Roger y casi le obligué a ayudarme a ponerme de pie. El hombro y parte de la zona del pecho de mi vestido de novia estaban manchados de sangre; había algunos desgarrones en los bajos de la falda.

—¿El barón de Barcelona ha estado aquí? —logré preguntar.

Roger frunció el ceño, puede que molesto porque eso fuera lo primero que quisiera saber.

—Sí, él y el señor Fabra la han sacado de debajo de los escombros —apuntó el médico, ajeno a lo que provocarían sus palabras.

—¿Dónde está? —pregunté, desesperada.

El hombre me miró desconcertado, como si no comprendiera mi agitación. Luego se encogió de hombros, dándome a entender que le había perdido el rastro. Estiré el cuello y comencé a buscar sus ojos oscuros entre los cientos de rostros que se encontraban todavía dentro de la basílica. Sin embargo, no los encontré. Se había esfumado de nuevo.

No me detuve a pensar en lo que estaba haciendo. Eché a correr en dirección a la salida. Si había estado allí hacía apenas unos minutos, no podía andar lejos. Recorrí las calles sin rumbo, de un lado a otro, dando vueltas sobre mí misma. Puede que algún invitado creyera que el golpe me había nublado el juicio. No me importó. Continué buscando por las calles colindantes. Comenzó a llover. Y aun así no cesé en mi empeño. Cuando quise darme cuenta, mi vestido estaba empapado y las manchas, antes de un rojo intenso, comenzaban a desdibujarse, igual que la presencia de Dante. Me eché a llorar. Porque lo había tenido cerca, y ni siquiera había sido consciente de ello.

Margot apareció a mi lado con el gesto preocupado y un paraguas sobre su cabeza. Me tomó del brazo con cuidado y me miró con pena.

—Se ha ido, Sibila —susurró—. Olvídalo.

Me mordí los labios y sollocé contra el hombro de mi prima, que me consoló con paciencia, dejando que la lluvia calara también la parte de su cuerpo que no estaba cobijada bajo el paraguas.

—Será mejor que regresemos. Roger te está buscando.

Todo el mundo achacó mi reacción a una enajenación momentánea a causa del golpe. Roger no me pidió explicaciones y canceló el convite. «Ya tendremos tiempo para celebraciones», me había dicho. «Ahora lo importante es que te recuperes». Sabía de mi terror a las calesas, así que habíamos caminado desde la iglesia hasta el palacio Fabra cogidos del brazo y soportando la mirada de los curiosos que nos cruzábamos por la calle: unos novios vestidos con sus mejores galas llenas de polvo y sangre pasada por agua. Sin embargo, él no había agachado la cabeza en ningún momento y me había sostenido la mano con firmeza. Eso hizo que quisiera enamorarme de él con más ahínco. Porque en ningún momento me había reprochado mis miedos, que lo habían obligado a recorrer media ciudad a pie de esa guisa. Tampoco se había quejado por mi fuga temporal, ni de mis silencios. Lo había aguantado todo con estoicismo.

Llegamos a mi nuevo hogar a primera hora de la tarde, hambrientos y exhaustos del camino

recorrido. Roger me mostró la que sería mi habitación. Se trataba de una estancia amplia y luminosa, amueblada con una cómoda de madera pintada con colores nacarados y beiges, un secreter y una cama con dosel con las mismas tonalidades. En las cortinas, las tapicerías y las alfombras destacaban los rosados y amarillos. Era evidente la mano de doña Hortensia en la decoración.

—Espero que sea de tu agrado —me dijo con una sonrisa esperanzada.

Asentí, todavía incapaz de mirarle. Sentía que de algún modo había traicionado su confianza incluso antes de empezar nuestro matrimonio. Me había bastado la simple mención de Dante para salir corriendo tras él como una insensata. Y mientras, Roger trataba de hacerme feliz; procuraba que me sintiera cómoda; quería ser comprensivo y entender mis rarezas.

—Es perfecta —dije al fin.

Roger sonrió y se acercó a mí. Me retiró el cabello —acartonado por el polvo— del rostro con un movimiento fluido y acarició la línea de mi barbilla. Se inclinó de nuevo hacia mí y me besó con mucha suavidad. Esta vez no fui capaz de concentrarme en la sensación. Los últimos acontecimientos me tenían desubicada. No pude evitar mirar hacia la puerta entreabierta. Estábamos solos, pero podía escuchar el barullo del servicio al otro lado. ¿Iba a intentar ir más allá con tan poca intimidad?

—Descansa. Le pediré a Carmen que te prepare un baño —dijo por toda respuesta, dándome un último beso en la frente—. Mis aposentos están justo al lado. Si necesitas cualquier cosa, llámame, estaré aquí en un segundo.

Le sonreí, infinitamente agradecida porque no quisiera compartir lecho inmediatamente. No me habría sentido capaz. El rastro que Dante dejaba en mí era infinito y devastador. Y el dolor de cabeza me duraría días.

CAPÍTULO 40

Cuando desperté a la mañana siguiente, tenía la sensación de que la cabeza me iba a estallar. Me miré en el espejo del tocador de mi flamante habitación y observé que mi tez estaba demasiado pálida para una recién casada; la herida en mi sien tampoco debería haber estado allí. Estaba convencida de que el hecho de que una sacristía que llevaba cientos de años en pie se derrumbara no era mera casualidad, igual que tampoco lo había sido que Dante estuviera allí. Había reflexionado lo suficiente como para llegar a la conclusión de que, si se había acercado a mí, había sido, una vez más, para salvar mi vida no sé por qué absurdos motivos, pero no para regresar a mí. Si hubiera querido verme, me habría hablado. Si hubiera querido algo más conmigo, habría detenido la boda. Pero no lo había hecho. Había aguardado escondido en algún rincón al momento justo para rescatarme y después volver a desaparecer de mi vida. Estaba furiosa con él. Ya casi había logrado reponerme, pasar al siguiente capítulo de mi vida. Me había casado con otro hombre, por el amor de Dios, ¿por qué tenía que aparecer y ponerlo todo del revés?

Me puse una bata gruesa para cubrir mi camisón y me empolvé un poco las mejillas para ocultar mi mala cara. Si me encontraba con Roger durante el desayuno, no quería que pensara que estaba así por él.

Bajé las escaleras hasta el saloncito dónde estaban sirviendo café y pastas recién horneadas. También había una buena cantidad de confituras de distintos sabores junto a una hogaza de pan. Mi marido —me costaba asumirlo como tal—, se encontraba recostado en un sillón leyendo el periódico. En cuanto escuchó mis pasos, lo bajó hasta su regazo y me dedicó una sonrisa radiante. Ojalá hubiera podido compartir su felicidad. Una punzada de culpa me atenazó el pecho y me esforcé por devolverle el gesto.

—¿Cómo estás, Sibila? —Era evidente que estaba preocupado por mí.

Sus ojos se deslizaron por mi rostro hasta la herida oculta entre mis cabellos.

—Bien, un poco aturdida todavía —respondí con sinceridad.

—No todos los días se le cae a uno un muro encima —explicó con tono comprensivo—, imagino que es normal que te encuentres algo embotada. ¿Deseas tomar una tostada? Yo mismo recojo los arándanos cuando paseo por el bosque.

No pude negarme, por nada del mundo quería herir sus sentimientos. Asentí con torpeza y vi cómo cortaba un trozo de la hogaza de pan y lo untaba con esmero. Me tendió la tostada junto a una taza de café que él mismo me había servido. Desde luego, estaba dispuesto a cuidarme. No pude más que sonreír ante su calidez.

—Por fin veo un poco de luz en tu mirada —me dijo mientras volvía a sentarse en la butaca.

Me senté a su lado en un sillón idéntico al suyo y puse el plato que acababa de tenderme sobre mi regazo. Suspiré con pesar.

—Siento que la boda no fuera como esperabas —murmuré.

Roger se encogió de hombros, como si de verdad no le importase no haber podido festejar el enlace.

—Tuviste un accidente, no fue tu culpa, así que no tienes que disculparte, querida.

Se levantó de la butaca y se acercó a mí. Se inclinó y depositó un casto beso en mi mejilla.

—Voy a mi despacho a revisar unos informes, si me necesitas, allí estaré.

Dejé que se marchara sin preguntarle si no iba a tomarse unos días libres para nuestra luna de

miel. Tampoco le consulté si había pensado realizar algún viaje juntos a un país exótico, como se estilaba últimamente. Porque yo no estaba preparada para algo así, y puede que en el fondo él lo supiera.

—Por cierto —Roger se había detenido en el umbral como si de pronto hubiera recordado algo importante; me dedicó una sonrisa amable—, salimos en La Vanguardia de hoy. Han tenido el buen gusto de no mencionar el accidente y, en su lugar, alabar la belleza de la novia.

Me obligué a estirar los labios para que interpretara que eso me hacía feliz y pareció satisfecho. Escuché cómo cerraba la puerta tras de mí. Entonces bufé. Iba a ser difícil concentrarme en mi relación con Roger cuando el recuerdo de Dante seguía persiguiéndome. Pero tenía que intentarlo. Así que cogí el periódico que descansaba sobre la mesita y vi que Roger lo había dejado abierto justo por la página en la que aparecía la noticia de nuestro enlace, que ocupaba una página entera del apartado de sociedad.

Observé la fotografía que habían elegido. En ella me encontraba junto al abuelo, a las puertas de la iglesia. Deduje que la habían tomado antes de entrar a la boda. Por suerte, mi rostro estaba oculto por el velo y no se podía entrever la mirada nerviosa que de bien seguro había tenido entonces. A pesar del blanco y negro de la tinta, pude adivinar el colorido de las ropas de los invitados. Estaban por todas partes, rodeándome como si yo fuera alguien a quien admirar. Los ojos les brillaban. Todo el mundo sonreía. Puede que por eso me llamara enseguida la atención alguien que no lo hacía. Alguien con unos ojos oscuros e insondables. Se me congeló el aire en los pulmones cuando reconocí a Dante entre los asistentes. Estaba tan atractivo como siempre, con un traje oscuro y la camisa del mismo tono. Más ataviado para un entierro que para un casamiento. A pesar de su mirada opaca, podía adivinar que tenía las mandíbulas apretadas y los hombros tensos.

No podía seguir mirándole de ese modo o me volvería loca. Entonces me asaltó un terrible pensamiento: si había presenciado el enlace, también habría sido testigo del beso que Roger me había dado ante todos. Cerré los ojos con fuerza y deseé que la tierra me tragara. ¿Por qué tenía que pensar esas cosas? Solté el periódico de golpe, dispuesta a comerme la tostada que me había preparado Roger e intentar ser una mejor esposa; dadas las circunstancias, no me sería muy difícil superarme.

Esa noche Roger se presentó a la cena tan arreglado que me sentí mal por no haberme vestido del modo correcto. Yo llevaba un atuendo sencillo para estar en casa. Dolores o Margot me habrían advertido de que esa no era la indumentaria adecuada para una recién casada que desea impresionar a su marido, pero no estaban allí conmigo para ayudarme. Las echaba tanto de menos ya… Y tan sólo llevaba un día fuera de casa. Es cierto que el palacete de los Fabra estaba apenas a un par de manzanas del que había sido mi hogar hasta entonces, pero ahora me parecía un mundo. Sabía muy bien que ya nada volvería a ser lo mismo. No sería adecuado que Margot viniera sola a casa, ni que yo me ausentara del lecho conyugal con frecuencia. Así que debía hacerme a la idea de que las visitas de mi prima se reducirían a la hora del café y a las ostentosas fiestas de doña Hortensia.

—Creo que puedo oírte pensar —dijo Roger.

Casi me había olvidado de que estaba allí. Solté una risita que me ayudó a relajarme.

—Perdona, sólo estaba pensando que estás muy —dudé un instante sobre qué adjetivo usar— elegante. Y que yo llevo un vestido demasiado sencillo.

Roger se acercó a mí. Estábamos de pie en mitad del salón. Aunque la mesa ya estaba

dispuesta y los platos humeantes nos aguardaban sobre un mantel de lino, ninguno de los dos se había movido hasta entonces. Pude oler la colonia que debía de haberse puesto para la ocasión, era suave y con leves notas afrutadas.

—No se me ocurre una palabra menos adecuada para tí.

Parpadeé varias veces sin llegar a comprender lo que quería decirme y vi que seguía acercándose, hasta que estuvo a escasos centímetros de mí.

—Eres de todo, menos sencilla —dijo casi en un ronroneo.

Se inclinó ligeramente hacia adelante y me besó en los labios. Suave, pero para nada tan castamente como el día de la boda. Podía sentir el deseo en la mano que había deslizado hasta mi cintura. Escuché el cuchicheo de alguna doncella y vi que desaparecían del salón antes de que Roger pudiera siquiera terminar el breve contacto. Se separó de mí un segundo y me estudió inquisitivamente, quizá preguntándose si estaba haciendo algo mal. Yo me había quedado inmóvil.

—Lo siento —dijo al fin—, quizá he sido demasiado entusiasta.

Fue a separarse de mí, pero decidí que debía darle una oportunidad. Estaba claro que Dante no volvería, que me había desechado de su vida. No tenía sentido esperarle ni guardar intacto el rastro de sus besos. Me daba demasiada vergüenza pedirle a Roger que me besara de nuevo, así que fui yo la que se echó hacia adelante con esa intención. Él no tardó en comprender lo que pretendía y se inclinó de nuevo hacia mí, para facilitarme el acceso a su boca. Reconozco que no fue desagradable. Roger besaba bien: suave y dulce. Además, era algo con lo que había fantaseado muchas veces siendo muy joven. Sin embargo, no pude evitar recordar cómo me había hecho sentir Dante: el hambre, la necesidad. Me separé, quizá algo bruscamente, porque no era justo seguir besándole mientras pensaba en otro.

—Creo que necesito algo más de tiempo para… antes de… —Comenzaba a notar que la sangre me subía por las mejillas.

Probablemente debía presentar un aspecto muy similar al de un farol. ¿En qué momento había creído que aquello era una buena idea?

Roger no pareció en absoluto molesto, puede que más bien al contrario. Para él, había habido un acercamiento por mi parte, y eso era una novedad. Me sonrió y depositó un nuevo beso en mis labios, mucho más inocente.

—Iremos poco a poco, si es lo que deseas.

Asentí. No se me ocurría una idea mejor. Si iba recortando las distancias cada día un poco más, quizá llegara un momento en el que me acostumbrara a Roger, hasta el punto de que su presencia fuera tan poderosa como para hacerme olvidar la que me acechaba cada noche.

CAPÍTULO 41

Supongo que no tenía derecho a quejarme. Roger me había concedido tiempo, y eso era justo lo que tenía. Aunque había retomado mis actividades en la fábrica del abuelo y me mantenía entretenida unas cuantas horas al día, me dolía regresar a una casa vacía. No es que Roger no cenara conmigo, pero nuestras conversaciones se limitaban a contarnos nuestro día sin demasiada profundidad. No lo conocía más que el primer día de nuestro matrimonio, y ya llevábamos dos meses casados. No sabía cuáles eran sus manías, ni sus virtudes, ni sus defectos, más que los que había podido intuir durante nuestro noviazgo.

Por lo menos no tenía que relacionarme demasiado con sus padres. Doña Hortensia se pasaba el día tomando café con amigas y en reuniones sociales, y don Leopoldo en su despacho revisando papeles. Tampoco tenía que verles por las noches. Cenaban y dormían en el ala oeste del palacio y ni siquiera los veía. Supongo que lo hacían para dar intimidad a unos recién casados como nosotros. Solo que no había ocurrido nada todavía. Roger no había vuelto hacer amago de acercarse físicamente a mí. Puede que no estuviera preparada para nada más que un beso delicado por su parte, pero me sentía sola. Después de cada cena, lo esperaba en mi alcoba. Los primeros días había creído que era cuestión de tiempo que hiciera un intento de aproximarse a mí. Sin embargo, comenzaba a creer que nunca lo haría. De hecho, mientras me quedaba despierta aguardando a su llegada, lo escuchaba partir. No tenía ni la más remota idea de adónde se dirigía, pero cada noche sin falta lo oía enfundarse sus botas y desaparecer por los pasillos del palacio. Mi mente siempre había sido imaginativa y se llenaba de posibles destinos para sus pasos. Todos terminaban en otra mujer: una cantante de ópera, una meretriz, una viuda sin ataduras. No importaba, la cuestión es que cada día que pasaba estaba más segura de que tenía una amante. ¿Acaso podía culparlo? Había esperado pacientemente durante dos años a que yo aceptara sus atenciones y, cuando por fin lo había hecho y había accedido a casarme con él, lo primero que había hecho era pedirle espacio. Después de nuestros primeros besos, como si el contacto me hubiera espantado. No era difícil imaginar que se había sentido repudiado y había buscado consuelo en unos brazos más agradecidos. Así que no era justo que me diera rabia, que la situación me escociera como un corte hecho con el filo de un papel de carta. Porque yo misma me lo había buscado. Y ahora era mi responsabilidad enmendar la situación si quería que nuestra unión llegara a algún lugar. «Acércate tú a él», me insistía Margot cuando le contaba nuestros problemas, «es probable que Roger no quiera incomodarte y por eso no ha intentado nada más». Sabía que tenía razón. Pero por otro lado temía dar un paso hacia él y arrepentirme. Una cosa era aceptar un beso, y otra era llegar más lejos. Lo poco que sabía sobre lo que ocurría entre un hombre y una mujer me daba escalofríos; nadie me había hablado claramente acerca de ello y estaba convencida de que no podía ser nada agradable.

Esa noche, como siempre, Roger me estaba hablando de negocios. Al principio me había atraído la idea de compartir con mi esposo las preocupaciones acerca de nuestras respectivas empresas, pero ahora lo aborrecía. Tenía la sensación de que era una excusa para no hablar de nosotros y de nuestra inexistente relación. Yo había dejado de escucharle hacía un rato, y estaba concentrada en la sopa de pescado que nos habían servido.

—¿Te encuentras bien, querida? —me dijo con la formalidad que acostumbraba a utilizar para dirigirse a mí.

Alcé los ojos del líquido humeante y los fijé en él, tratando de encontrar el hilo de la

conversación. ¿Qué me había estado contando sobre los Mallol?

—Lo siento, ando un poco distraída.

Torció el gesto, como si esto lo sorprendiera. ¿De veras no se había dado cuenta de que llevaba semanas en ese estado de hastío?

—En ese caso quizá desees descansar —propuso.

Se puso en pie casi inmediatamente y dejó su servilleta sobre el mantel impoluto. No había tocado el plato y el pan continuaba entero sobre la mesa.

—Me marcharé a ocuparme de unos asuntos y así estarás tranquila —añadió.

—¿Tienen nombre y apellido? —solté, incapaz de contenerme.

Lo vi alzar las cejas como si no hubiera escuchado mi pregunta. Apreté los labios en una línea tan fina como el filo de un cuchillo.

—Esos asuntos, si tienen nombre y apellido —le aclaré con amargura.

Lamenté no poder contenerme. Llevaba demasiados días sin ver al abuelo y a Margot, ellos me mantenían cuerda y me aportaban la compañía que echaba de menos en mi nuevo hogar.

Roger carraspeó y se envaró incómodo, como si no hubiera esperado un comentario así por mi parte.

—No sé de qué me hablas, Sibila.

El hecho de que lo negara no hizo más que acrecentar mi furia. Yo también me puse en pie y me acerqué hasta él.

—Sé que tienes una amante.

Roger abrió mucho los ojos, como si esa idea lo horrorizarse tanto como a mí.

—¿De dónde has sacado esa tontería? —Por primera vez, noté algo acerado en su voz, como si él también hubiera estado conteniendo sus sentimientos.

Puede que estuviera tan furioso como yo por mi pasividad. Me amilané un poco y ya no estuve tan segura de lo que había escuchado día tras día.

—Te escucho salir cada noche —confesé—, creí que ibas a ver a alguna mujer…

Roger se echó a reír, pero no hubo nada de divertido en esa carcajada. Era como si algo se hubiera roto dentro de él. Tragué saliva y deseé con todas mis fuerzas no haber comenzado esa discusión.

—¿Y me culparías si lo hiciera?

Su respuesta me dejó helada. Porque me confirmó todo lo que había estado reflexionando durante semanas: que Roger estaría en su derecho de buscar consuelo fuera de nuestro matrimonio, puesto que yo lo había rechazado de algún modo. Bajé la mirada.

—No —terminé admitiendo con un hilo de voz.

Lo vi apretar las mandíbulas, como si no hubiera querido escuchar esa respuesta. En un intento de rescatar algo me apresuré en añadir:

—Pero no me gustaría en absoluto.

Su expresión se relajó un poco, pero seguía observándome con cierta dureza.

—¿Qué es lo que quieres de mí, Sibila?

No supe qué responderle, porque ni siquiera yo lo sabía. Deseaba un amigo, compañía y, con el tiempo, un marido, con todas las consecuencias. Aunque ahora no estuviera preparada para ello. Sin embargo, no lo dije. Me quedé en silencio como una estúpida, con Roger aguardando una respuesta que no llegaba. De pronto se acercó a mí. Colocó una mano en mi cintura y puso su boca en la mía sin que tuviera tiempo de reaccionar. No pude evitarlo. Me envaré y mis pulmones se quedaron sin aire de puro terror. Tan rápido como se había acercado, se alejó. Sus

brazos dejaron de envolverme y no pude sentir otra cosa que alivio. Sin embargo, cuando vi su cara de decepción, algo pesado se instaló en mi pecho.

—No tengo una gran experiencia en esto, pero sé que no deberías ponerte tensa cada vez que te beso. Tampoco deberías mirarme con pena, ¡maldita sea!

Estaba furioso de verdad, y no pude hacer otra cosa que callar y bajar mi mirada hasta mis pies. Porque esa situación la había provocado yo sola con mi ineptitud.

—Lo lamento —dije con la voz rota—, creí que con el tiempo…

—Eso mismo pensé yo —admitió él—, pero me estoy cansando de esperar.

Su voz sonaba tajante. No estaba acostumbrada a verlo así.

—¿Desearías que fuera él?

Lo miré boquiabierta. Ambos sabíamos de quién estaba hablando y, aun así, llegué a preguntarme si lo había escuchado bien. Todo ese tiempo había creído que Roger desconocía mis inoportunos sentimientos por Dante y ahora resultaba que estaba informado. ¿Había escuchado rumores? ¿O había llegado él mismo a esa conclusión? Antes de que pudiera negarlo o defenderme de su acusación, decidió zanjar el tema:

—Espero que no vuelvas a cuestionarme adónde voy.

Roger se marchó sin esperar a que le diera más explicaciones. Cuando desapareció del salón me derrumbé en una de las sillas. Lloré. Lloré mucho más de lo que imaginaba que se podía llorar.

Casi había logrado dormirme después de horas de llanto. Sin embargo, el sonido de la puerta de la habitación de Roger me desveló. De nuevo se marchaba a dónde quiera que fuese cada noche. Ni siquiera había esperado al día siguiente. Me maldije porque la situación me continuara molestando; después de la cena que habíamos compartido, estaba claro que yo era la principal culpable del fracaso de nuestro matrimonio, así que si hubiera sido un poco más sensata, me habría quedado en mis aposentos sin decir nada. Pero como Dante me había dejado claro una vez, yo no era especialmente racional. Más bien me movía por impulsos. Impulsos que me habían llevado hasta ese momento. Impulsos que habían terminando alejándome de él.

Aparté la imagen de Dante de mi mente y me coloqué una capa oscura sobre el camisón. Si Roger no me contaba lo que hacía de madrugada por los pasillos de casa, lo averiguaría por mi cuenta. Preparé un quinqué pequeño y esperé a que sus pasos se alejaran un poco por el corredor y moví el pomo de mi puerta. Asomé la cabeza. Escuchaba sus botas haciendo crujir la madera unos cuantos metros más adelante, aunque él no podía verme a esa distancia. Esperé a que doblara la esquina y salí, colocando la capucha sobre mi cabello. Ese disfraz no haría demasiado por ocultar mi identidad, pero me sentí más segura dentro de ese escondite de terciopelo. Comencé a seguirlo procurando que mis pies no hicieran gruñir el suelo que pisaba con tanto cuidado y que la luz de la lámpara no me delatara. Tan sólo podía escuchar mi propia respiración —algo agitada—, el asa metálica del candil chirriando entre mis dedos y los pasos lejanos de Roger. De pronto se detuvieron y tuve que esconderme tras una columna. Se había detenido frente a una de las dos bibliotecas de la casa, la más pequeña. ¿Era eso lo que hacía? ¿Sumergirse en las páginas de un libro? Me parecía improbable, pero tampoco sonaba descabellado. Estuve a punto de dar media vuelta y dejarlo en la intimidad de esas paredes recubiertas de novelas, pero algo en el fondo de mis entrañas me gritaba que había algo más. Roger entró en la sala y cerró la puerta. Maldije entre dientes. Si entraba, cabía la posibilidad de que me viera. No podía arriesgarme. En un vano intento por averiguar lo que hacía ahí adentro, puse mi oreja contra la

madera de la puerta. De repente se escuchó un estruendo bastante considerable, hasta el punto que me pregunté cómo me había pasado desapercibido las otras noches. Y entonces se hizo el silencio. Aguardé unos minutos. Como no ocurría nada, me decidí a entreabrir la puerta con mucho cuidado, sólo el espacio suficiente como para echar un vistazo al interior. Sin embargo, olvidé toda precaución cuando vi que, en el lugar en el que había habido una chimenea, se encontraba ahora una enorme apertura que daba paso a una oscuridad abisal. Miré a ese abismo durante más tiempo del que dictaba la prudencia, hasta que osé asomarme. No había rastro de Roger por ningún lado, tan sólo unas escaleras de caracol de mármol negro que se perdían en las profundidades de la tierra. Debería haber dado media vuelta. Pero no lo hice. Porque era evidente que era una insensata. Bajé un escalón, y después otro. Perdí la cuenta cuando llevaba unos cuantos minutos descendiendo. El frío me arañaba la piel a través de la capa, la temperatura ahí abajo distaba de ser agradable. La humedad, igual que las telarañas y las ratas, era un habitante más. No entendía cómo ese edificio podía ocultar unas catacumbas así y que nadie lo supiera. Eran grandiosas, como si se tratara de una reproducción exacta del palacio que se encontraba sobre ella. Sólo que ese lugar era mucho más tétrico y se sentía abandonado. Los corredores eran laberínticos y comenzaba a sospechar que terminaría perdida si no iba con cuidado, así que busqué señales que me permitieran deshacer el camino sin complicaciones: la muesca de una esquina, un charco en forma de luna, una piedra ausente. Fue entonces cuando reparé en el enorme símbolo que había tallado en las rocas que me rodeaban. Solo en las de las esquinas, como si fueran una especie de marca que guiara a los osados que entraban allí. Acerqué la luz del quinqué para estudiarlo con atención: se trataba de una especie de E que se arremolinaba de una forma bastante intrincada con lo que habría jurado que era una A. Todo ello rodeado por un cuadrado bastante elegante. En contra de lo que habría hecho alguien con sentido común, comencé a seguir el camino que me indicaba ese dibujo. Así fue como me tope con una enorme puerta de madera de roble. Parecía milenaria, aunque no muy bien conservada. La humedad y las termitas no tenían piedad. Me fijé en que no estaba del todo cerrada, como si quien hubiera entrado hubiera tenido la suficiente confianza como para saber que nadie más andaría por allí. ¿Habría sido Roger el último en cruzarla? ¿Estaba ahí detrás? Acerqué el candil a la pequeña apertura y puse mi rostro tan pegado a la madera que las virutas carcomidas me rascaban la cicatriz de la mejilla. Lo pasé por alto y me concentré en mirar lo que había al otro lado. Contuve el aliento al comprobar que ahí detrás había más de diez encapuchados de pie en una sala circular con pórticos alrededor. Las balaustradas eran de mármol tan oscuro como el de las escaleras y el suelo estaba cubierto de símbolos arcaicos que no comprendía. La luz de los cientos de velas que iluminaban la estancia la hacían parecida de uno de los libros esotéricos que Margot y yo guardábamos a escondidas del abuelo. Sólo que lo que ocurría ahí adentro no parecía un juego inocente. Un par de ellos estaban discutiendo algo con bastante vehemencia, pero no alcanzaba a discernir de qué a esa distancia. Lo único que lograba escuchar era un cántico lejano, tántrico y antiguo, que me estremeció. El poco sentido común que me quedaba me indicó que era el momento de retirarme. Fuera lo que fuese ese lugar, no era para mí. Me daba escalofríos.

Me volví para salir de allí, pero me topé con el pecho de alguien. Era uno de los encapuchados. Grité, pero me cubrió la boca tan rápido con la mano que el sonido no llegó a reverberar entre las paredes de piedra. Tardé unos instantes en reconocer los ojos azules de Roger bajo la capa.

—No deberías haber visto esto.

CAPÍTULO 42

Por suerte la impresión me impidió gritar. Así por lo menos no llamé la atención de los diez encapuchados que seguían con sus cánticos al otro lado de la vetusta puerta. Miré a los ojos de Roger como si lo viera por primera vez. ¿Quién era toda esa gente? ¿Y él? ¿Qué secreto era tan terrible como para esconderlo a más de diez metros bajo tierra?

Roger me destapó la boca una vez estuvo seguro de que no me pondría a chillar.

—¿Qué es todo esto? —atiné a preguntar en un susurro bronco.

Él no contestó. Se limitó a tirar de mí de vuelta a la casa. Nuestros pasos resonaban entre los muros de piedra, y la humedad se me antojó más espesa, viciada. Casi no podía respirar, no estaba segura si del sobresalto de haberme encontrado a mi marido ahí abajo o de lo que acababa de descubrir. ¿Sería eso una especie de secta? ¿Tendría algo que ver con los masones de los que habíamos escuchado hablar Margot y yo en círculos bastante poco respetables para unas damas como nosotras? No tenía ni idea, pero las preguntas se agolpaban en mi mente una tras otra, a una velocidad que ni siquiera me permitía formularlas con coherencia.

Cuando llegamos a la biblioteca, Roger apretó un botón oculto en algún rincón de la piedra. Observé con estupor cómo el muro que permanecía abierto se movía ante mis ojos en una danza ancestral para regresar con maestría a su forma original: una chimenea de lo más inocente. Parpadeé sin poder creer nada de lo que había visto durante los últimos diez minutos de mi vida. Puede que tuviera algo de práctica con las historias extrañas después de lo de Dante, pero jamás habría imaginado algo así de Roger. Los Fabra eran correctos, agradables y populares entre la aristocracia barcelonesa, no una familia que ocultara secretos de esa magnitud en los cimientos de su palacio. ¿O había estado del todo equivocada? Desvíe la mirada de la pared hasta Roger, que se mesaba el cabello a mi lado. No parecía para nada tranquilo y me atrevo a decir que nunca lo había visto tan nervioso como en aquel momento. A pesar del frío, unas gotas de sudor descendían por sus sienes y el rubor subía por su cuello. Imagino que también estaba furioso. Nunca me había parecido un hombre violento, pero de pronto me pregunté si me haría daño por haber visto lo que no debía.

—Puedo explicártelo —dijo él al fin.

Aunque era una expresión un tanto manida, me tranquilizó un poco que la utilizara. Por lo menos significaba que asumía que era su culpa que hubiera descubierto lo que fuera que era aquello y, además, dejaba entrever su intención de contarme la verdad.

—Soy toda oídos.

Me crucé de brazos para mostrar enfado, aunque lo cierto es que me temblaban las piernas. Me apoyé en uno de los divanes de la biblioteca para que no lo notara.

—Será mejor que te sientes —me advirtió.

¿No me había dicho Dante algo parecido cuando me había contado que era un mensajero de la muerte? Me horrorizó la idea de que Roger fuera algo parecido. ¿Había otro tipo de seres —criaturas, o como quisieran llamarles— que yo desconocía?

Le hice caso y tomé asiento en una de las butacas, apenas iluminada por el candil que reposaba sobre la mesa, junto a un par de libros.

—Lo que voy a decirte es peligroso —comenzó, y no me tranquilizó en absoluto—, pero es algo que debía compartir contigo tarde o temprano. Bien es cierto que no tenía pensado hacerlo tan pronto, no te quería asustar…

—Pues lo estás consiguiendo —lo interrumpí.

Me miró con cara de circunstancias, carraspeó y prosiguió con su discurso:

—La familia Fabra lleva siglos custodiando un secreto: bajo este palacio se encuentra la sede de una de las organizaciones más antiguas de la humanidad, Aeterna. Somos los encargados de propiciar las reuniones de los miembros del grupo y de intentar lograr el objetivo que perseguimos desde hace siglos.

Agradecí que me hubiera invitado a sentarme. Cerré los ojos y lo que había estado intentando apartar de mi mente desde los últimos dos años regresó como un torrente: las verdades y las mentiras acerca del accidente de mis padres, las advertencias de mi abuela, lo que Dante me había explicado a regañadientes cuando le había preguntado sobre ello. Qué Aeterna era la responsable de su asesinato.

Roger continuó hablando, ajeno a lo que estaba pasando por mi cabeza.

—Nuestra misión es conseguir una fuente de la vida eterna. Después de muchos intentos, hemos llegado a la conclusión de que el secreto no reside en un objeto, como el cáliz sagrado o la piedra filosofal. No. Todo recae en los mensajeros de la muerte. Se trata de seres que se encargan de acompañar a la gente al más allá en su último tránsito. ¿Qué pasaría si dejaran de hacer ese horripilante trabajo? Si no ayudaran a nadie a cruzar al otro lado, no existiría la muerte. Y como no lo van a dejar de hacer de forma voluntaria…

Dejó la frase inacabada, pero entendí perfectamente lo que quería decir: como no iban a colaborar, la vía fácil era quitarlos de en medio. Se me revolvió el estómago y tuve que hacer un verdadero esfuerzo por no devolver la sopa de pescado.

—Eres mi esposa, después de todo, y ahora esta es también tu responsabilidad. Entenderé que no quieras tomar parte activa en ello. Aunque nos serías de gran ayuda, comprendo que puede ser una tarea de lo más desagradable para una sensibilidad femenina…

—¡Basta! —le alcé la voz como nunca le había gritado a nadie.

No sabía qué era lo que más me había ofendido de su perorata: que creyera que iba a colaborar con una panda de asesinos, que pensara que iba a ser su cómplice por el mero hecho de ser su esposa o que apelara a mi condición de mujer para apartarme de todo. Pero sin duda, que olvidara mencionar que esa organización era la responsable de la muerte de mis padres, sobrepasaba cualquier límite.

Roger me miraba como si me hubiera salido una segunda nariz, puede que sorprendido por que me atreviera a gritarle después de una revelación así.

—Esa gente a la que dices servir y proteger mató a mi familia —gruñí, sin darle la oportunidad de preguntarme cómo tenía esa información.

Su mirada azul se oscureció hasta tal punto que me asusté. Quizá me había precipitado. Puede que Roger no fuera tan inofensivo como había creído.

—¿Eso es lo que te ha contado ese dichoso barón?

De nuevo no fue necesario mencionar su nombre para sentir su presencia interponiéndose entre nosotros. Roger dio un paso hacia mí y por primera vez en mi vida lo sentí como una amenaza. Traté de no encogerme sobre mí misma.

—Dante de Fosco no es más que un mentiroso. Engaña a todo el mundo con su apariencia y sus maneras, pero aquí el único asesino es él.

Se me cerró el estómago y apreté las uñas en el reposabrazos del sillón cuando Roger se inclinó un poco más sobre mí.

—Fueron los mensajeros de la muerte quienes decidieron acabar con tus padres, no Aeterna.

Los mensajeros más antiguos llevan siglos en este mundo y saben muy bien que hay linajes peligrosos para su existencia.

No sé si era el desconcierto de que Roger supiera todo eso, pero comenzaba a perderme en esa historia. Mi primer impulso había sido abalanzarme sobre él y acusarle del asesinato de mis padres, pero parecía muy seguro de lo que decía, así que decidí escuchar lo que tenía que aportar.

—¿A qué te refieres con linajes peligrosos?

—Todos tenemos un punto débil, Sibila. Los mensajeros también: no están vivos, pero tampoco muertos; así que no son inmortales. La muerte se ha encargado de hacerles saber que no son semidioses, sino almas condenadas a su servicio que pueden morir igual que los demás. Para ello se asegura de que cada vez que surge un nuevo mensajero, una familia tenga la posibilidad de convertirse en su verdugo. La mayor parte de las veces le otorga este privilegio a las víctimas de la afrenta que mensajero en cuestión haya provocado antes de convertirse. Se rumorea entre los miembros más antiguos de Aeterna que Dante de Fosco ya existía hace ochenta años, y que terminó con casi todos los Armengol en Cuba, por despecho de un amor no correspondido. Solo dejó viva a tu bisabuela. Después de un crimen así, no es muy difícil deducir que la muerte concedió a todos los descendientes de Agnes Armengol el poder de acabar con la vida de Dante de Fosco. Sabemos además que una vez un linaje ostenta ese poder, puede eliminar a cualquier mensajero que se cruce en su camino. Y eso los convierte en personas peligrosas para ellos. Como te decía, algunos llevan cientos de años vagando por este mundo y se han acostumbrado a la existencia eterna. Los más radicales no estaban dispuestos a que unos meros mortales pudieran amenazar su forma de vida, por llamarlo de algún modo. Por eso asesinaron a tus padres.

¿Era eso cierto? ¿Habría mi abuela tergiversado la historia en sus últimos momentos por culpa de la enfermedad? Puede que Dante me hubiera estado mintiendo todo el tiempo. Al fin y al cabo, debía de saber desde el principio que yo era capaz de matarle y me lo había ocultado, a pesar de todo. La verdad era que tampoco sabía lo que había ocurrido en Cuba con Aurora, más que lo que Roberta me había contado. Ya no sabía lo que era cierto ni lo que era falso. Ni en quién podía confiar.

—Cómo ves, no soy el único que te ha ocultado cosas —añadió Roger.

Por fin se retiró un poco y pude volver a respirar, no sin cierta dificultad.

—Supongo que tampoco te mencionó que ahora eres tú quien está en el punto de mira. Hay otro de esos mensajeros en esta zona y, desde luego, no va a permitir que seas un estorbo.

Con un escalofrío recordé cómo la lámpara de araña había caído sobre mi cabeza en el momento oportuno; la puñalada que Dante había recibido en el estómago por mí; la calesa que había tratado de arrollarme; el embozado con una daga en la mano persiguiéndome de noche; el incendio en el palacio Recasens; el muro centenario de la basílica cerniéndose sobre mí.

—Ninguno de los accidentes que te ha ocurrido en los últimos dos años ha sido fortuito —sentenció—. Ese otro mensajero está intentando acabar contigo, pero no sabemos de quién se trata.

Tragué saliva porque de pronto todo tenía sentido. Dante no me lo había contado para protegerse a sí mismo. Si lo hubiera hecho, yo habría descubierto que podía terminar con él. Y nunca quiso darme ese poder. Contuve las ganas de echarme a llorar.

—No ha hecho más que utilizarte —Roger dijo en voz alta lo que estaba pensando.

Aún así, me puse a la defensiva. Dolía demasiado admitir que mis sentimientos me habían cegado.

—¿Y tú? ¿Acaso no me has utilizado tú? Supongo que era útil contar con alguien como yo

dentro de Aeterna, dado la naturaleza de la organización.

Roger suspiró, como si hubiera estado esperando que le echara en cara algo por el estilo.

—Entiendo que estés frustrada y que ahora mismo no puedas ver las ventajas, Sibila. Pero si nos ayudas a terminar con ellos, podrías detener el sinsentido de la muerte. Tu abuelo estaría a salvo. Y tú y tu prima por fin podríais disfrutar de él sin miedo a que os lo arrebataran de un momento a otro.

Me mordí el labio. La verdad era que no se me había pasado por la cabeza una idea así. Habría dado cualquier cosa por estar más tiempo con el abuelo, por seguir teniendo una familia. Por no sentirme tan sola. Sin embargo, me parecía una alternativa extremista. Sin saber muy bien qué hacer, agaché la cabeza.

—Lo pensaré —logré decir con un hilo de voz.

Roger sonrió y volvió a ser el hombre amable y comprensivo que siempre me había mostrado. Aun así no fui capaz de devolverle el gesto y me retiré a mis aposentos. Tenía mucho sobre lo que reflexionar. Demasiado.

CAPÍTULO 43

Me refugié en el que había sido mi hogar durante veinte años. Me pasaba el día en la fábrica y al atardecer acudía a la casa que me había visto crecer: charlaba con Margot y le explicaba al abuelo cómo iban las cosas en nuestro negocio. Incluso cenaba con ellos. Tan sólo regresaba al palacio Fabra a la hora de dormir, acompañada por una paciente Dolores que no hacía preguntas al respecto. Supongo que no era habitual que unos recién casados llevaran vidas separadas, pero no podía hacer otra cosa. No sabía si era por haberme ocultado la verdad durante tanto tiempo o por el hecho de haber descubierto que Roger no era como yo creía. No se trataba del chico amable y amoroso del que podría haber llegado a enamorarme si Dante no se hubiera cruzado en mi camino. Aunque Roger no se comportaba mal conmigo ni me había echado en cara mi actitud, sus miradas eran frías y estaban llenas de impaciencia. Por suerte nos veíamos poco y no me había preguntado todavía sobre mi decisión acerca de formar parte de Aeterna. Tampoco habría sabido qué decirle, porque ni yo misma sabía lo que debía hacer.

Por un lado, la idea de que mi abuelo pudiera vivir para siempre era tentadora. Llevaba años temiendo su partida, que nos dejara solas a Margot y a mí. Sin embargo, formar parte de una organización secreta que se encargaba de matar a mensajeros, no me parecía demasiado ético. Por no mencionar que Dante era uno de ellos y se convertiría en mi enemigo. Por mucho que se hubiera marchado de mi vida de un modo tan ruín, me dolía pensar que algo malo pudiera ocurrirle. ¿Cómo iba yo a matar a alguien, y mucho menos a él? Me sentía incapaz.

Por lo menos tener a Margot y al abuelo a mí alrededor era como un bálsamo y a ratos volvía a sentirme optimista. Contra todo pronóstico, el abuelo había comenzado a hablar un poco más cada día. Aunque al principio no habían sido más que palabras que emergían de su garganta entrecortadas, ahora podía articular frases enteras. Puede que su voz estuviera algo más ronca y ajada que antes, pero poder hablar con él de nuevo era algo que no había imaginado ni en mis mejores sueños, así que en ese sentido estaba feliz. Esa tarde se encontraba en uno de los salones de té, sentado en la silla de ruedas que últimamente lo acompañaba a todas partes. Tenía una manta sobre sus piernas y presentaba un aspecto más frágil que meses atrás, pero su mirada estaba llena de fuerza. Me hizo un gesto para que me acercara a él.

—¿Cómo está hoy, abuelo?

Me sonrió.

—Mucho mejor ahora que estás aquí.

Puse mi mano sobre la suya.

—Coge una silla, ¿quieres? —me dijo—. Detesto tener que hablar hacia arriba para que la gente me escuche.

Hice lo que me pedía. Sabía que decía eso para fingir que era su orgullo el que le impedía hablar sentado mientras los demás estábamos de pie. Pero lo que pasaba en realidad era que le dolía horrores la espalda y el cuello cada vez que alzaba la cabeza, hasta el punto de sufrir episodios de vértigos. El médico decía que era normal, que su sistema nervioso había quedado afectado después de la apoplejía y que no había mucho más que hacer. Así que me senté a su lado y me tomó de la mano. Siempre había sido amable con nosotras, aunque no demasiado cariñoso. Los mimos se los había dejado a mi abuela, mucho más dada a los abrazos. Pero desde que había estado a las puertas de la muerte, mi abuelo buscaba nuestro contacto de forma sutil, como si necesitara sentirse anclado a este mundo con nuestra presencia.

—Creo que no te lo he dicho todavía —comenzó a decir con su voz rasposa—, pero estoy muy orgulloso de lo que has conseguido con el negocio. Lamento no haber confiado en que podías hacerlo sola desde el principio. Sin ese barón.

Carraspeé, porque no me apetecía mencionar a Dante ni su apresurada salida de la empresa. Le había puesto una excusa al abuelo y había desaparecido de la fábrica tan rápido como lo había hecho de mi vida. No quería pensar en él.

—Tenías motivos para creer que la sociedad no me lo permitiría.

—Puede, pero siempre te pareciste a Agnes. Tendría que haber sabido que lo conseguirías, igual que lo hizo ella.

Fruncí el ceño, porque el abuelo no solía mencionar a su madre y siempre me había llamado la atención que, cuando lo hacía, la llamara por su nombre, como si existiera algún tipo de distancia insalvable entre ellos.

—¿Su madre?

—Sí, ella sacó muchas cosas adelante sola, pero ahora no viene al caso —apartó a mi bisabuela de la conversación dando un manotazo en el aire—. Lo que quiero decir es que no volveré a dudar de ti ni de tus decisiones.

Le di un abrazo, porque no me veía capaz de responder con palabras. Se me había hecho un nudo en la garganta y sabía que si hablaba me echaría a llorar.

—También quería hablarte de mi testamento —dijo sin darme la oportunidad de recuperarme.

Le dediqué una mueca de disgusto y me dispuse a interrumpirle, pero me mandó callar con un gesto.

—Déjame terminar —me pidió—. Ya sé qué no es de tu agrado que hable de esto, Sibila. Pero mi tiempo en este mundo es limitado, y ambos lo sabemos. Soy consciente de que te duele, de que ahora crees que soy lo único que te queda a parte de tu prima, de que te parece imposible imaginarte una vida sin mí. Pero pasará, tienes que estar preparada para ello y por eso lo he dejado todo por escrito con mi abogado. No es necesario que discutamos los detalles, pero jamás te faltará de nada y el negocio siempre será tuyo, por mucho que ahora estés casada.

—¡Abuelo! —me quejé con un suspiro atragantado.

—Es ley de vida, cariño —añadió, y me acarició el cabello.

Me quedé pensando en lo que acababa de decir. Si colaboraba con Roger, ese maldito círculo vital se rompería. Dejaría de existir la muerte. ¿Le gustaría al abuelo vivir eternamente?

—Si pudieras elegir, ¿te gustaría ser inmortal?

Pensé que soltaría una carcajada, pero mi abuelo se volvió hacia mí muy serio y tuve la sensación de que sus ojos, cubiertos por una pátina grisácea, se clavaban en mí, aunque sabía que era imposible: hacía tiempo que había perdido la visión por completo. Era como si mi pregunta, que cualquiera se habría tomado como el desvarío de una joven, le hubiera removido un recuerdo que dolía.

—Tu padre me preguntó lo mismo una vez.

Contuve el aire, porque el abuelo tampoco solía mencionar al hijo que había perdido en ese fatídico accidente en la calesa.

—Fue poco antes de morir —añadió.

Mi pecho se volvió pesado, y me arrepentí de haberle preguntado algo así. ¿En qué estaba pensando?

—Lo siento, ha sido una tontería —me disculpé, dispuesta a zanjar el tema.

—No. No lo es.

El abuelo dirigió la mirada hacia la ventana, como si quisiera ver el paisaje gris de Barcelona que sus ojos ya no le devolvían. Había comenzado a llover, y se escuchaba el chispear de las gotas contra el cristal.

—Mi madre me dejó en herencia algo más que los ojos verdes —dijo al fin—, y creo que tú sabes algo al respecto.

Me puse muy nerviosa. No había esperado ese giro en la conversación ni que mencionara el maldito legado que corría por nuestras venas. Me puse de pie tan deprisa que volqué la mesa auxiliar, que contenía un puñado de tazas y platillos con pastas; todo terminó destruido contra las baldosas ajedrezadas del salón, en medio de un estrépito que llamaría la atención del servicio de inmediato. Me agaché enseguida y recoloqué la mesa en su sitio. Después me apresuré en recoger los trozos de porcelana que había desperdigados a nuestro alrededor.

—Nunca he sido un soñador, ya lo sabes —continuó el abuelo, como si yo no acabara de romper media vajilla—, así que cuando Agnes me habló de nuestro supuesto poder, no la creí. Simplemente me parecían tonterías. Pero tu padre era distinto y encontró en él a un aliado. Le contó mil historias absurdas sobre mensajeros de la muerte, cancerberos y paparruchas que yo nunca creí.

»Supongo que Agnes no fue la única en percatarse de su interés por las ciencias ocultas. Por eso Aeterna terminó llamando a su puerta. Querían colaborar con él y mi hijo los escuchó. Se dejó seducir por sus mentiras, a pesar de que uno de esos supuestos mensajeros de la muerte le advirtió que no confiara en esa secta. Mi hijo se encontraba en una encrucijada y me hizo la misma pregunta que me acabas de hacer tú. Mi respuesta fue tajante: disfrutamos más de las cosas breves que de las que se hacen eternas, aburridas. Nadie que viva cientos de años puede ser feliz, estoy convencido de ello: la muerte le da sentido a la vida. Supongo que lo convencí, y me arrepiento cada día de ello. Porque si no se hubiera reunido con el representante de Aeterna para decirle que finalmente no iba a colaborar con ellos, mi hijo y su esposa seguirían vivos.

Traté de comprender lo que me estaba diciendo, pero me costaba asimilar toda esa información de golpe.

—¿Ellos mataron a mis padres? ¿Aeterna?

Según Roger, había sido justo al revés. Un mensajero había propiciado el accidente. Aunque era evidente que esa versión de la historia era más amable con la organización a la que representaba.

—No lo he dudado nunca—me aseguró—. La investigación preliminar de la policía reveló que había restos de pólvora en los ejes de las ruedas de la calesa. Habían colocado la cantidad justa de explosivos para desviarla de su camino de forma letal, pero dejando tan poco rastro que pareciera un accidente. Cuando quise indagar más, descubrí que habían apartado al inspector jefe del caso y que lo habían cerrado sin más dilación.

—Si sabías la verdad, ¿por qué no denunciaste a la organización? —pregunté indignada.

—Son gente poderosa, Sibila. Muy peligrosa. Y lo peor de todo, anónimos. Nadie conoce la identidad de sus miembros.

Tragué saliva, porque yo sí que conocía a uno, y puede que hubiera llegado el momento de enfrentarlo con la verdad.

—Temía que, de luchar contra ellos, fueras tú la perjudicada. Después de todo, la sangre Armengol corre por tus venas. No quería ponerte en peligro.

Le apreté la manos para darle a entender que entendía sus razones. De pronto el abuelo suspiró, como si se hubiera quitado un gran peso de encima.

—Ahora me gustaría descansar. ¿Me acompañas a la habitación? Pídele a Dolores que me sirvan allí la cena, por favor.

Había pasado el resto de la tarde muy inquieta. Por un lado quería regresar al palacio Fabra para pedirle explicaciones a Roger, pero por otro me parecía algo imprudente, teniendo en cuenta el pasado de la organización a la que representaba. ¿Acabarían conmigo igual que habían hecho con mis padres si le decía que no pensaba colaborar con ellos? La respuesta a esa pregunta me daba miedo, pero se agolpaban tantos sentimientos en mi pecho que no sabía por cuál decantarme, aunque la rabia y la decepción eran las que más destacaban. La traición. Roger me había hecho creer una enorme mentira acerca de la muerte de mis padres, y eso no iba a perdonárselo jamás.

—¿Qué ha pasado? —La voz de Margot me sobresaltó.

Me volví hacia la puerta. Mi prima acababa de entrar en la que había sido mi habitación y me estudiaba con la mirada nerviosa.

—¿Es el abuelo? —preguntó con la voz aguda.

Me levanté de la cama, en la que había estado tumbada hasta entonces, y la miré extrañada.

—¿De qué hablas? El abuelo está bien —me apresuré en contestar.

La escuché suspirar, aliviada.

—¿Entonces a qué viene esa cara?

No pude contener las lágrimas. Margot se acercó enseguida y me abrazó, como hacía cuando era más pequeña y me caía. Me acarició el cabello, eso siempre me tranquilizaba.

—Es Roger. No es quien pensaba.

Margot se separó de mí y me estudió muy seria.

—¿Te ha hecho algo? —quiso saber.

—No es eso.

Entonces le expliqué todo lo que había descubierto en las catacumbas del palacio Fabra, las mentiras de mi marido —que me habían atormentado durante semanas— y su oferta de formar parte de Aeterna.

—¿Piensas aceptar? —me preguntó.

—En absoluto, ese hombre es cómplice de los asesinos de mis padres. Fueron miembros de Aeterna y Roger ha tratado de hacerme creer lo contrario. No pienso confiar en él, ni mucho menos colaborar en esa locura. Se acabó. Pienso pedir la nulidad.

Lo había pensado durante horas y había tomado una decisión: no podía seguir casada con alguien que me había traicionado de ese modo; si alguna vez había albergado la esperanza de poder amar a Roger, ésta se había evaporado en cuanto había descubierto su relación con Aeterna. Y ahora que sabía que era capaz de manipularme así, me sentía incapaz de acercarme a él.

Margot me miraba espantada por lo que acababa de revelarle.

—¿La nulidad? Acaso no habéis…

Me ruboricé. No solíamos hablar de estas cosas, supongo que pocas mujeres compartían con sus familias lo que ocurría en sus lechos conyugales. Terminé negando con la cabeza.

—Aun así, la sociedad te dará la espalda —me advirtió Margot.

Me mordí el labio. Era algo que ya había sopesado. Sin embargo, me daba igual. Prefería que se me vetara la entrada a fiestas y celebraciones de la aristocracia a seguir unida a un hombre así. Además, el dinero no sería una preocupación. Aparte de lo que el abuelo me había asegurado, el

negocio iba bien: los capataces se habían acostumbrado a mi mando y las mujeres de los telares me miraban con cierta admiración.

—Asumiré las consecuencias —le dije.

Margot asintió.

—Sabes que siempre podrás contar conmigo, ¿verdad?

Abracé de nuevo a mi prima y asentí contra su cuello.

—Voy a ir al palacio Fabra a hablar con Roger y comunicarle mi decisión. No pienso quedarme ahí ni una noche más.

CAPÍTULO 44

Dolores me acompañó hasta la puerta del palacio Fabra. Se despidió de mí con un abrazo. Puede que supiera que estaba nerviosa y lo necesitaba. A veces pensaba que mi doncella me conocía demasiado bien.

—Cuídese, señorita —me dijo, como si no fuera a verme en mucho tiempo.

Puede que hubiera escuchado parte de mi conversación con Margot o que supiera que mi matrimonio con Roger no iba del todo bien. Al fin y al cabo, ¿qué clase de esposa se pasaba más tiempo en su antigua casa que con su marido?

Asentí y entré en el edificio, dejando a Dolores atrás. Caminé con sigilo. Ya había pasado la hora de la cena y no me apetecía encontrarme con doña Hortensia. No solía entrometerse demasiado en mi camino, pero me daba la sensación de que últimamente la veía por nuestra parte de la casa más de lo habitual, como si el periodo de gracia que nos había concedido como recién casados hubiera llegado a su fin. Por suerte, no había nadie al otro lado. Un silencio anormal reinaba entre las cuatro paredes, como si no hubiera nadie del servicio pululando por allí aquella noche. Encendí el interruptor que se encontraba junto a la entrada y agradecí por primera vez la ostentosidad de los Fabra con la luz eléctrica. Un montón de lámparas se encendieron a la vez e iluminaron mi camino. De no haber sido así, quizá habría salido corriendo ante el aire espeso y extraño que se respiraba. Olía a algo que no supe identificar, pero me recordó a los inciensos que en ocasiones Margot y yo usábamos para tirar las cartas del tarot. Dudé de nuevo cuando llegué a mitad del corredor que llevaba a las habitaciones, porque efectivamente estaba desierto. A esas horas era habitual encontrarse con algún lacayo o alguna doncella que terminaba sus quehaceres. Pero no había nadie allí, ni se escuchaba el sonido de la cubertería en la cocina. Tragué saliva y avancé hasta el pasillo que llevaba hasta la que era mi habitación, con la esperanza de encontrar un refugio en el que me sintiera algo más segura. Quizá me estaba sugestionado, me dije en un intento por mantener la calma. Ahora que sabía que Roger no era la persona que yo pensaba y que esa organización había matado a mis padres, tenía la sensación de estar adentrándome en las fauces de un lobo hambriento, uno que llevaba años acechándome. Me repetía que era imposible que Roger supiera lo que había decidido; nadie le podía haber hablado de la nulidad ni de mi intención de abandonar esa casa. Tampoco podía conocer de antemano que no iba a colaborar con Aeterna, ¿no? Así que me obligué a calmarme y convencerme de que simplemente le habían dado el día libre al personal de la casa para un merecido descanso. Por fin llegué a mi puerta. Puse la mano en el pomo. Lo moví.

—Sibila.

Ahogué un grito en cuanto escuché mi nombre. Me volví más sobresaltada de lo que quería mostrar, para toparme con los ojos azules de Roger, que me escrutaba desde el pasillo. Lo saludé con torpeza y un leve balbuceo. Le tenía miedo. ¿Cómo era posible? Lo conocía desde que éramos niños. No podía hacerme daño. ¿Verdad?

—Llegas muy tarde —observó.

No sé si se refería para la cena o para la conversación que debíamos mantener y que habíamos retrasado por distintas razones.

—Me gustaría hablar contigo —me atreví a decirle después de tomar una profunda bocanada de aire.

Él arqueó una ceja, quizá sorprendido porque fuera yo quien tomara la iniciativa. Asintió casi

imperceptiblemente y me hizo una señal para que lo acompañara hasta la biblioteca. Me subió algo de bilis por la garganta. Ahora que sabía lo que se encontraba al otro lado de la chimenea de esa sala, me aterrorizaba encontrarme cerca. No quería tener nada que ver con Aeterna. Tan sólo estaba allí para dejárselo claro a Roger y pedirle que me devolviera mi libertad. No quería estar unida a él ni a esa organización de ninguna manera.

Roger entró y yo lo hice tras él. Me invadió la inquietud cuando lo vi poner el cerrojo. ¿Desde cuándo había uno allí? Traté de serenarme y lo seguí con la mirada. Mi marido sirvió un par de copas con una parsimonia que no hizo otra cosa que alterarme más. Se lo veía tranquilo, como si estuviera preparado para esta conversación. Daba la sensación de tenerlo todo bajo control. Justo al contrario que yo, que había comenzado a temblar como una estúpida en cuanto él me había acercado uno de los vasos. Ninguno de los dos tomó asiento, nos quedamos de frente, enzarzados en un silencio incómodo y tenso. Di un trago sin pensarlo demasiado: me daba igual el alcohol que fuera, tan sólo necesitaba un poco de valentía para poder enfrentarle.

—Tú dirás —dijo Roger al fin, con uno de sus elegantes ademanes.

Luego bebió.

Tragué saliva y noté el regusto amargo del coñac. Opté por adoptar un tono conciliador. Por lo que sabía de los miembros de Aeterna, podía encontrarme frente a un asesino, por muy caballeroso que pareciera. Estaba completamente sola y asumí que no era un movimiento inteligente comenzar esta charla con acusaciones. Ahora que sabía la verdad, tenía que ser capaz de hacerle hablar sin resultar demasiado sospechosa.

—He estado pensando en lo que me propusiste.

Roger ladeó la cabeza con interés.

—La posibilidad de tener al abuelo a mi lado para siempre es una oferta tentadora, pero no puedo aceptar. Lo siento.

Roger frunció el ceño contrariado, como si hubiera sabido desde el principio que esa iba a ser mi respuesta, pero hubiera depositado ciertas esperanzas en que fuera algo más osada.

—La muerte forma parte de la vida, y sin ella no tiene sentido. No colaboraré con Aeterna.

Lo vi cubrirse el mentón con la mano, como si estuviera conteniendo algún tipo de emoción. Supo guardar las apariencias lo suficiente como para que no pudiera adivinarlo.

—Esperaba más de ti, Sibila.

Dejó la copa, ya vacía, sobre una de las mesas auxiliares. Y luego dio un par de pasos hacia mí. Lentos. Casi amenazadores.

—Lamento ser una decepción —dije, con la rabia comenzando a aflorar de mi interior.

Yo tampoco había esperado esto de él. Tan sólo había querido encontrarme con un marido atento que lograra arrancarme a Dante del corazón. Y me había encontrado con un hombre turbio rebosante de secretos.

—Supongo que llegados a este punto, estarás de acuerdo conmigo en que lo mejor es pedir la nulidad matrimonial —solté.

No mencioné que el asesinato de mis padres era una diferencia insalvable entre nosotros. Habría sido revelar demasiado y ponerme en peligro innecesariamente. El abuelo era un hombre sabio, y él mismo se había alejado de Aeterna para protegerme.

Me esperaba muchas reacciones por su parte, pero no que se echara a reír. Me asustó mucho más que sí hubiera lanzado el vaso de licor contra la pared más cercana. Lo peor fue cuando dio un nuevo paso hacia mí, sin dejar de sonreír con una mirada que me pareció muy distinta a la que le había conocido hasta entonces.

—De eso nada, querida. Nuestros destinos están sellados. Si es cuestión de consumar el matrimonio, te aseguro que podemos remediarlo de inmediato.

Me agarró de la cintura.

—No he querido presionarte —me dijo muy cerca de mi boca—, pero creo que he sido sobradamente paciente contigo.

Su mano subió por mi espalda, y tuve la sensación de que era un tentáculo pegajoso el que se movía sobre el raso de mi vestido. Sentí vértigo. Sabía que nadie vendría a ayudarme. Por mucho que gritara, se había asegurado de que estuviéramos solos. Y Dante ya no estaba en mi vida. Ahora estaba a su merced.

Roger me besó con lentitud, como si paladeara mi repulsión. Me aparté de golpe, pero las piernas me fallaron. Terminé cayendo con la espalda sobre una de las butacas que decoraban la estancia. Ahogué un gruñido al notar que uno de los reposabrazos se me había clavado en las costillas. Traté de levantarme, pero los pies no eran capaces de sostenerme y la habitación daba vueltas a mí alrededor. Tenía la sensación de que las estanterías cargadas de libros se cernían sobre mí en un baile distorsionado, con sonidos estridentes que no sabía de dónde procedían.

—Vaya, el efecto es más rápido de lo que me habían dicho. Tendremos que dejar nuestros deberes conyugales para otro momento.

Estaba tan mareada que tardé unos instantes en comprender. Puede que la situación me sobrepasara, pero la reacción de mi cuerpo no se debía a un puñado de emociones descontroladas, sino a los efectos de alguna droga.

—¿Qué me has dado? —logré articular, mientras trataba inútilmente de sostenerme con el sillón.

Terminé de nuevo en el suelo. La sonrisa de Roger se volvió lobuna, descomunal, como si fuera a comerme con sus fauces desencajadas por el mal. Se acercó mucho a mí, tanto que el azul de sus ojos se lo tragó todo, como si me hubieran lanzado a un océano en el que iba a morir ahogada.

—Ahora duerme, princesa.

—¿Está segura de que funcionará, madre?

Lo primero que percibí fueron las voces, lejanas. Me costaba saber de dónde venían, era como si reverberaban en mis oídos con un eco infernal. La presión que sentía en las sienes me impedía abrir los ojos, así que me concentré en otra cosa que no fuera el dolor punzante que se había instalado en mi cabeza.

—Claro que sí. Hay escrituras antiguas sobre ello. No es la primera vez que se lleva a cabo una transmutación de linajes.

Traté de comprender lo que estaba escuchando, pero me resultaba difícil. Puede que lo estuviera soñando todo. ¿Dónde me encontraba? Seguro que no en una cama. Tenía la sensación de estar flotando, pero sentía un dolor lacerante en las muñecas; algo se cernía en torno a ellas como un cepo. ¿Me habían atado? Seguía sin poder abrir los ojos.

—¿Y si sale mal?

—No lo hará. Piensa en lo que vamos a ganar. En cuanto la sangre de Sibila entre en tu sistema, también lo harán sus poderes. Cuando hasta la última gota se encuentre dentro de ti, serás tan capaz como los Armengol de acabar con los mensajeros.

Me alteré todavía más. ¿De qué estaban hablando esas voces? Había estado tan aturdida que no los había reconocido, pero ¿acaso no eran Roger y doña Hortensia? No era posible. ¿Qué plan

macabro era ese? ¿Iban a desangrarme?

—Adelante, pues.

Sentí un súbito pinchazo en el antebrazo. Luego noté una presión extraña en las venas de esa zona, como si tirarán de ellas. Tomé aire con dificultad, se me estaban cerrando los pulmones, porque cada vez era más consciente de mi propio cuerpo, y de lo inmóvil que estaba. Con toda la fuerza que fui capaz de reunir, abrí los ojos. Me encontré con un foco desagradable y doloroso, que me perforó la retina. Era una lámpara eléctrica, como las que había en algunos de los quirófanos de los hospitales más punteros de la ciudad. No era algo que debía estar en un sótano húmedo y lúgubre como aquel. Porque ahí era justo donde me encontraba: en las catacumbas de Aeterna, amordazada y atada a una camilla metálica. Las cintas de cuero marrón aprisionaban mi cuerpo e impedían que moviera ni un músculo. Ni siquiera la cabeza. Tan sólo podía esforzarme en barrer con mis ojos espantados el espectáculo grotesco que tenía lugar en esa sala circular. Desde la balaustrada me observaban varios encapuchados, con sus rostros ocultos bajo las sombras. ¿No era uno de ellos don Leopoldo? Recitaban cánticos que no era capaz de discernir y que sonaban como el latín que a veces escuchaba en misa. Algunos se balanceaban hacia delante y hacia atrás, como si estuvieran conectando con un ente de otra dimensión. Por si eso no fuera suficiente espeluznante, a mi lado se encontraba otra camilla. Roger estaba tumbado en ella, con el brazo extendido y una vía clavada en él. De ella salía un conducto por el que circulaba un líquido rojo y viscoso. Seguí el recorrido de ese tubo estrecho y retorcido, y descubrí horrorizada que estábamos unidos por él: le estaban haciendo una transfusión de mi sangre. Doña Hortensia se encontraba entre nosotros con una sonrisa triunfal pintada en la cara. Al contrario que el resto de encapuchados, que vestían de oscuro, ella llevaba una túnica blanca, como si se tratará de una maestra de ceremonias. La zona del pecho estaba moteada de rojo, supuse que consecuencia de la punción en mi piel. Parecía una cirujana avezada, y no la mujer afable que había creído que era. Estúpida de mí.

No sabía si era por las drogas que aún atontaban mis sentidos o por el mero hecho de que mi sangre estuviera abandonando mi cuerpo, pero me sentía más débil a cada instante que pasaba. Mis párpados comenzaban a pesar y los cánticos se alejaban. Pensé que quizá era mejor dormir. Si tenía que morir, puede que así no doliera. Cuando estaba a punto de abandonarme a mi destino, me pareció ver unos ojos oscuros entre los encapuchados. Unos que conocía demasiado bien. ¿Era él? ¿Había venido para llevarme al otro lado?

El sonido de un disparo hizo que exhalara el poco aire que quedaba en mis pulmones.

CAPÍTULO 45

Todo ocurrió más deprisa de lo que podía procesar. Después del rugido atronador de aquel tiro, doña Hortensia, que ni siquiera había tenido tiempo de alzar la mirada, se desplomó entre las dos camillas. El sonido de la bandeja con agujas que llevaba en la mano rompió el mantra de los encapuchados al caer contra el suelo. Creo que grité. Por instinto traté de zafarme de las cintas que me ataban a la superficie metálica, pero no tuve fuerza suficiente. No pude más que observar cómo Roger daba un salto en la camilla de al lado y bajaba de inmediato para socorrer a su madre. Se arrancó la vía que había unido nuestros flujos sanguíneos hasta entonces y una salpicadura brotó de su brazo. No se detuvo a mirarlo, ni tampoco le importó que mi sangre siguiera fluyendo hacia el suelo. Cerré los ojos, me prometí que era solo un parpadeo.

—¡Madre! —el grito de Roger me obligó a abrirlos de nuevo.

Desvié los ojos en dirección al sonido. No podía ver a doña Hortensia desde donde estaba, pero sí a su hijo acuclillado junto a ella. También alcanzaba a ver parte del suelo que se encontraba algo más allá de las camillas. A pesar de la oscuridad, no me costó distinguir una mancha viscosa e inconfundible que recorría el suelo. Un charco inequívoco y letal.

Doña Hortensia no estaba herida, sino muerta.

Mi ojos viajaron de nuevo hasta el encapuchado de ojos oscuros, el que estaba segura de que había disparado. Sostenía de nuevo el arma en alto y ahora apuntaba a los demás miembros de la organización, como si no supiera por cuál de ellos empezar. Mi corazón se saltó un latido cuando la capucha se le cayó hacia atrás con el movimiento. No me observaba a mí, pero tuve que tragar saliva ante la intensidad de su mirada. Siempre me había parecido inescrutable y difícil de leer, pero en ese instante pude distinguir con claridad que estaba furioso. Más de lo que lo había visto nunca.

Escuché otro disparo. Esta vez fue un hombrecillo de poca altura el que cayó hacia atrás en la balaustrada circular. Observé su cuerpo inerte con una mezcla de aprensión y disgusto. Era el padre de Roger. Nunca me había gustado en exceso la sangre, y esa noche estaba viendo demasiada. De nuevo comencé a sentir que mis sentidos abandonaban mi cuerpo, puede que por la falta de riego sanguíneo. Volví a cerrar los ojos, y esta vez tardé unos cuantos minutos en volver en sí. Cuando lo hice, me topé con siete cadáveres más en el suelo y el sonido de un intercambio de disparos me sobresaltó. Era evidente que el último integrante de Aeterna que quedaba en pie iba bien armado. Vi que de la mano de Dante, que se movía con agilidad felina entre los barrotes de la balaustrada, regalimaban gotas de sangre. Estaba herido, pero no parecía afectarle en absoluto. Recordé con alivio que se pondría bien, que no podía morir. Supongo que ese pensamiento me dio el valor para seguir mirando. Dante corrió hacia el encapuchado y este descargó lo que quedaba en su cargador contra el pecho del mensajero de la muerte. Ahogué un grito cuando lo vi tambalearse. Se apoyó contra sus rodillas para mantener el equilibrio, lo vi respirar con dificultad. Por mucho que no fuera a morir por sus heridas, le dolían igual que a cualquier otro. ¿Cuánto podría aguantar sin desmayarse? Apretó los puños contra la tela de su pantalón y de pronto se irguió. Puede que hubiera sanado parcialmente o que tuviera una voluntad extraordinaria, la cuestión es que se abalanzó sobre el hombre con fiereza. Ambos cayeron al suelo en un revoltijo de manos y pies. Comencé a escuchar golpes y gruñidos. Después de unas cuantas idas y venidas, Dante logró colocarse encima de su presa. Y entonces fue infalible. Comenzó a golpearle con tanta ira que tuve que apartar la vista cuando escuché un

crujido. Estaba segura de que el tipo debía de haber muerto, pero aun así continuó golpeándolo un rato más. De repente se detuvo, como si se hubiera percatado de lo innecesario de seguir peleando. Se quedó unos segundos sobre el cuerpo desmadejado de su oponente y al fin se levantó. Miró alrededor con ojos de cazador. Al parecer, no había terminado.

—¡Fabra! Maldito seas, da la cara —lo escuché gritar.

Sin embargo, no escuché la respuesta de Roger. Lo busqué entre las dos camillas, donde había estado hacía unos minutos, pero no lo encontré. Barrí la estancia con la mirada en busca del hombre que había jurado amarme y respetarme hasta el fin de mis días. Pero no di con él: había desaparecido.

Dante pareció llegar a la misma conclusión que yo. Roger había huido en mitad de la reyerta, puede que sabiendo que ese sería el único modo de sobrevivir. Lo maldije entre dientes, porque no podría dormir tranquila mientras alguien de Aeterna siguiera queriendo mi poder.

Al ver que nadie respondía, Dante se volvió hacia mí y me miró por primera vez. El brillo letal de sus ojos desapareció casi al instante. Debía de presentar una estampa patética: inmovilizada en una fría camilla de metal con un aguja clavada en el brazo, por la que se me escapaba la vida a borbotones. Su rostro se volvió de piedra, como si no quisiera mostrarme sus emociones. No sabía si estaba enfadado por encontrarme así: hasta aquí me habían llevado mis malas decisiones. O si sentía lástima por mí. Se acercó a mí y lo primero que hizo fue sacarme la vía del brazo con mucho cuidado. Tomó unas gasas de algodón de alguna parte de aquel macabro laboratorio y me taponó la pequeña incisión. Luego se apresuró a liberarme de mis ataduras. Sentí un alivio instantáneo en las muñecas y las piernas, que al fin pude mover. Sin embargo, cuando traté de incorporarme, todo me dio vueltas. Dante me tomó de los hombros y me ayudó a sentarme. Noté sus manos cálidas sostenerme y si hubiera tenido fuerzas suficientes probablemente me habría lanzado a sus brazos. Sin embargo, me obligué a recordarme que me había abandonado, que había huído de mi vida sin dejarme más que una miserable nota y el corazón roto. Así que no hice nada cuando rodeó mi cuerpo para tomarme en brazos. Me esforcé por respirar acompasadamente, por no respirar su aroma, por no apoyar la cabeza contra su pecho.

No dijo nada mientras caminaba a través del corredor para sacarme de ese infierno. Escuché la suela de sus zapatos elegantes subir los escalones húmedos y arenosos que subían hasta la biblioteca. Una vez allí, Dante no se molestó en cerrar la apertura hacia las catacumbas de Aeterna. Era como si le importara muy poco que alguien descubriera qué y quién se había estado ocultando allí abajo durante siglos para llevar a cabo sus rocambolescos planes. ¿De verdad pensaban que con una transfusión conseguirían transferir mi linaje? Me parecía absurdo y descabellado. Y casi había muerto por ello.

Dante agarró una manta que se encontraba abandonada sobre un diván y la colocó sobre mí antes de continuar avanzando por la casa. Por suerte nadie del servicio había regresado. Estaba todo tan quieto y silencioso como cuando había entrado.

Entonces la vi. Una mujer bastante pequeña y de edad indefinida nos observaba desde el otro lado del corredor. Llevaba un elegante vestido negro que cubría su piel marmórea y descendía hasta los pies. Entre sus brazos sostenía un gato parduzco con los ojos tan azules que parecían blancos. Me pusieron el vello de punta. Sin poder evitarlo, me aferré a la camisa de Dante.

—Vaya, de Fosco, no sé por qué me sorprendo —dijo ella con una incongruente voz melosa —. Siempre sembrando el caos.

¿Se conocían? Dante no contestó, cómo si la presencia de esa mujer fuera una simple

molestia. Suspiró y continuó caminando. Cuando se encontró justo a su lado, se detuvo un momento y la miró. A pesar de que él era mucho más alto que ella, esa mujer emanaba un poder arcaico y oscuro que me espeluznaba.

—Puedes llevarte sus almas si quieres, pero no a ella —Dante hizo un gesto con la cabeza en dirección adónde se encontraban las catacumbas.

¿Se estaba refiriendo a los muertos de Aeterna? ¿A mí? No quería saberlo. Cerré los ojos y me apreté contra el pecho de Dante. Él pareció percibir mi miedo y mi desconcierto. Así que anduvo hasta la salida de la casa sin volverse hacia la mujer ni esperar una respuesta.

—Has roto nuestro pacto —escuché que decía la mujer en la lejanía.

¿De qué estaba hablando? Al final, dejé que mis ojos cedieran al sueño que invadía cada poro de mi piel, aunque sabía que tendría pesadillas durante años sobre lo que había ocurrido esa noche.

CAPÍTULO 46

Me desperté muchas horas después. Cuando lo hice, me topé con un par de ojos grises, que me escrutaban con atención clínica. Grité al reconocer al cancerbero de Dante inclinado sobre mí, como si estuviera buscando algo en mi cara, quizá un rastro de vida. Se echó hacia atrás de inmediato con un grito similar al mío. Por lo menos esta vez iba vestido, aunque fuera con una simple bata de dormir.

—Qué susto me has dado. ¿Siempre tienes que gritar? —me recriminó, llevándose una mano al pecho.

Lo fulminé con la mirada y me incorporé con dificultad. Tenía la sensación de acabar de levantarme de un largo letargo: mi cuerpo tardaba en responder, los movimientos eran lentos, pesados, y mis párpados pesaban como si estuvieran hechos de bronce.

Miré a mi alrededor. Me encontraba en una estancia elegante pero algo espartana: la cama que yo misma ocupaba no era demasiado grande y la habitación tan sólo contaba con un armario y un escritorio repleto de libros, cartas y documentos que se mezclaban en absoluto desorden. No había ni un objeto decorativo, ni cuadros en las vetustas paredes cubiertas de papel pintado gris.

—¿Dónde estoy? —Mi voz sonó pastosa, como si no la hubiera usado en años.

—En el palacio Recasens.

Lo miré con extrañeza. Creía que el palacio había sucumbido parcialmente bajo las llamas del incendio y que se encontraba en un ruinoso estado de abandono.

Lucien se movió hacia una mesa cercana a la cama y me ofreció un vaso de agua que no le había pedido. Pero tenía mucha sed.

—En mi cuarto —concretó al percibir mis dudas.

Di unos cuantos tragos y el líquido bajó por mi garganta como una bendición.

—¿Qué ha pasado?

—Veamos —dijo poniéndose una mano en la barbilla con cierta diversión—: los Fabra intentaron robar el poder de tu linaje, casi te desangran por ello y…

—Eso ya lo sé —lo interrumpí, porque no quería volver a escuchar ese relato tan desagradable—. Me refiero a cómo Dante pudo saber que estaba allí.

—Ah, eso. Tu prima Margot montó un buen escándalo en la comisaría, si me permites la expresión. Le dijo a las autoridades que te había ocurrido algo. Al parecer, llevabas un par de días sin aparecer por casa de tu abuelo, y cada vez que tu prima acudía a verte al palacio Fabra, el mayordomo le decía que estabas indispuesta. Margot también les explicó que vuestro matrimonio no iba bien y que temía que hubieras sufrido algún tipo de violencia. La policía la ignoró, pero la suerte quiso que yo pasara por allí en uno de mis vuelos matinales. Así que avisé a Dante. El resto, ya lo sabes: Se presentó hecho una furia en las catacumbas de Aeterna y masacró a casi todos sus miembros, pero Fabra escapó. Dante llegó justo antes de que te drenaran por completo.

Tragué saliva. Porque Roger seguía vivo, escondido en algún lugar.

—¿Cuánto tiempo llevo así? —pregunté para cambiar de tema.

Resopló. Antes de contestar, agarró unas cuantas uvas de un cuenco que había en la mesita auxiliar.

—Más de una semana, más vale que comas algo. —Me tendió el bol de fruta—. Dante se ha negado a dejarte morir, así que me ha ordenado darte de beber y de veras que ha sido muy difícil.

Estabas en algún lugar muy lejano. Pero, mírate, supongo que has logrado regresar.

Había sido Lucien quien me había cuidado en mi convalecencia, pues. Por sus palabras no me costó comprender que Dante ni siquiera se había dignado a visitarme. Noté algo muy pesado en el estómago, como si una piedra acabara de alojarse allí. Hice un gran esfuerzo por meter uno de los pequeños frutos en mi boca. Mientras tragaba, alejé la imagen de Dante de mi mente y me centré en lo que su cancerbero me estaba contando.

—Un momento, ¿una semana? ¡Margot debe de estar muy preocupada!

—Oh, tuve la bondad de escribirle para comunicarle que estabas aquí, a salvo de ese cretino. Vino a visitarte enseguida. Debo confesar que tuvimos una discusión bastante acalorada cuando quiso llevarte de vuelta a casa con tu abuelo, pero logré que comprendiera que aquí estabas más segura. Ha venido a verte todos los días desde entonces.

No quise indagar sobre cómo había conseguido que Margot diera su brazo a torcer en algo, solía ser bastante terca. Esa conversación debía de haber sido digna de escuchar, pero tenía otras cosas sobre las que preocuparme como para pedir más detalles. Me comí unas cuantas uvas más.

—En fin, espero que estés preparada —añadió de pronto Lucien—, porque ahora vamos a tener muchos problemas.

Lo miré espantada. ¿Más? ¿Qué otra cosa podía ocurrirnos ahora? Dejé el cuenco de fruta, incapaz de seguir comiendo. Lucien miró mi gesto con desaprobación, pero no me amonestó.

—¿A qué te refieres? —quise saber.

Lucien chasqueó la lengua, como si mi pregunta fuera una estupidez.

—Los muertos de ese día no estaban previstos, Sibila. Dante se saltó todas las normas y los asesinó, a pesar de que no era su hora. Cuando esto ocurre, alguien tiene que apresurarse a llevar esas almas al más allá para que no se queden penando en el umbral entre la vida y la muerte. Se convertirían en lo que muchos humanos llaman fantasmas.

No me parecía tan mal castigo después de lo que me habían hecho, pero no lo dije.

—Dante los hubiera dejado vagando para siempre en la oscuridad, por eso apareció otra mensajera de la muerte para resolver el entuerto y llevarlos al otro lado.

De pronto recordé a la mujer extraña con la que Dante se había cruzado en el pasillo del palacio Fabra. Y a su gato negro. No me costó llegar a la conclusión de que debía de ser su cancerbero.

—Esa mensajera… ¿es la que va a darnos problemas?

Lucien se frotó la cara con exasperación, como si yo fuera demasiado lenta en seguir el hilo de esa historia.

—Claro que nos va a dar problemas. Es una de las mensajeras más antiguas de este país. Tiene más de quinientos años y, como comprenderás, es una gran aliada de la muerte. Jamás le ocultará las irregularidades que Dante lleva meses cometiendo.

—¿Meses?

—Por Dios, no es solamente la cantidad de veces que te ha salvado de una muerte segura. ¿De verdad piensas que un anciano puede sobrevivir a una apoplejía de esa gravedad?

Apreté los labios para contener las emociones que querían brotar en mis ojos. ¿Dante se tendría que haber llevado al abuelo? Al parecer, no sólo me había estado protegiendo físicamente. También se había encargado de salvaguardar a mi familia, lo más importante para mí.

—¿Todo esto lo hace por Aurora? —me atreví a preguntar.

Era algo que me perseguía desde hacía meses. Que Dante se hubiera acercado a mí era sin

duda por ella y, por mucho que me hubiera asegurado que éramos muy distintas, no podía evitar pensar que seguía protegiéndome por el recuerdo del que fue su gran amor.

Lucien me estudió con cautela, quizá barajando qué respuesta debía darme. Al final pareció decantarse por lo que creía en realidad, porque lanzó un suspiro de rendición.

—Puede que al principio sí, pero desde hace meses es evidente que ha perdido la cabeza por ti. Nunca lo había visto así: lleva dos años como un espectro, cumpliendo las órdenes de la muerte en silencio y escondido en este maldito palacio, tapiado y medio en ruinas. Cómo si se hubiera impuesto su propio castigo.

—¿Todo este tiempo habéis estado aquí?

No podía creer que lo hubiera tenido cerca todo el tiempo. ¿De verdad se había quedado a mi lado desde las sombras? Pero, si tanto le importaba, ¿por qué se había marchado así de mi vida?

—Es cuestión de tiempo que aparezca la muerte para saldar cuentas —me advirtió Lucien sin dejar que formulara más preguntas—. Te aconsejo que para entonces estés muy lejos de aquí.

Tragué saliva, su tono se había vuelto serio y la atmósfera se había tornado pesada. La expectativa de enfrentarme a la muerte en persona me aterrorizaba, pero no pensaba marcharme ahora que al fin había logrado reencontrarme con Dante.

—¿Dónde está el barón?

Lucien desvió la mirada, incómodo. Se me heló algo en el pecho al pensar que quizá se había marchado de nuevo. Puede que está vez definitivamente.

—¿Por qué no ha venido a verme? —quise saber con un hilo de voz.

Puede que no lo hubiera hecho porque a esas alturas se encontraba a cientos de kilómetros de mí. ¿Habría tomado un barco en dirección a Cuba? ¿O a Indochina?

—Cree que no querrás verlo —contestó Lucien—. Después de lo que le viste hacer en las catacumbas…

Puede que hubiera presenciado su aspecto más letal y oscuro, era cierto. Pero me había salvado de una muerte horrorosa.

—¿Dónde está? —insistí.

Lucien se rindió de nuevo ante mi terquedad:

—En sus aposentos.

Me puse en pie con fuerzas renovadas. Lucien me sostuvo por el codo.

—¿Qué diablos estás haciendo?

—Llevo dos años esperando, no voy a aguardar ni un minuto más.

No sabía lo que le diría a Dante. Seguía furiosa con él por haberme mentido, por sus secretos y por su precipitada huída. Pero no podía olvidar que se había enfrentado a todo y a todos por mí.

CAPÍTULO 47

Dudé mucho una vez me encontré frente a su puerta. Dante me había hecho mucho daño cuando se había marchado. Me costaba admitir que no lo había superado, pero era la verdad. Me había pasado dos años enteros despertándome cada mañana con el deseo de volver a verlo: miraba hacia el palacio Recasens sin apenas darme cuenta, buscaba su figura oscura a la vuelta de cada esquina; acudía a las fiestas con la remota esperanza de encontrarlo bailando un vals. Pero eso no había pasado, y su regreso no había hecho más que ahondar en una herida que nunca había cicatrizado. Saber que no se había molestado en visitarme aun cuando había estado recuperándome en su propia casa, no arreglaba las cosas. Era como si quisiera alejarme de él a toda costa.

Sin embargo, una vocecita me decía que en el fondo le importaba. Tenía que sentir algo por mí en ese corazón de hielo. Si no, ¿por qué me había rescatado tantas veces? O tenía algún plan oculto por el que me mantenía con vida o ciertamente sus razones tan sólo se debían a sus sentimientos, por mucho que tratara de ocultarlos bajo miles de capas de indiferencia. ¿No era eso lo que había dicho Lucien? «Es evidente que ha perdido la cabeza por ti».

Estaba claro que el barón de Barcelona me debía unas cuantas explicaciones, pero comenzaba a dudar que estuviera preparada para escucharlas. Estaba segura de que algunas de las respuestas a mis preguntas no me gustarían, y después de que mi propio marido intentara asesinarme en esas catacumbas, mis emociones no eran precisamente estables. Por mucho que mi cuerpo se hubiera recuperado del ataque, todavía estaba aturdida por todo lo que había ocurrido.

Me armé de valor y giré el pomo de la puerta. La empujé con suavidad. El chirrido de las bisagras rasgó el silencio y me sobresaltó. Supongo que también puso sobre aviso a Dante, que se volvió hacia mí. Estaba sentado en su escritorio, enfrascado en la lectura de un informe. En cuanto me vio, se puso en pie e hizo el amago de dar un paso hacia mí, pero luego se detuvo. No se acercó. Esa distancia, tan real, tan física, me dolió. Nos quedamos observando unos instantes. Él no tenía mucho mejor aspecto que yo. Su cabello estaba inusualmente revuelto; su camisa, arrugada, lucía como si hubiera dormido con ella puesta. Ni siquiera la llevaba atada hasta el último botón, como acostumbraba. Traté de no fijarme demasiado en las clavículas que esa apertura inusual dejaba a la vista y subí la mirada hasta sus ojos. Eran tan oscuros e infranqueables como recordaba, pero parecían cansados. Unas ojeras que no habían estado allí antes coronaban la estampa.

No quise imaginar lo que estaba viendo él. Margot —porque esperaba que no hubiera sido Lucien—, me había puesto un simple camisón de algodón, nada elegante y bastante funcional para una enferma. Con el ansia de volver a ver a Dante no me había mirado en ningún espejo, pero notaba los rizos enmarañados sobre los hombros. Y supongo que no debía presentar demasiado muy buen color de cara; después de todo, había perdido mucha sangre.

—¿Ya has despertado? —preguntó, aunque era evidente que sí.

—¿Y tú ya has terminado de esconderte? —el veneno se escapó de entre mis labios.

Estaba más furiosa de lo que había creído. Esos dos años no habían logrado aplacar la indignación.

—No me estoy escondiendo —dijo con voz calmada—, pensé que no querrías verme.

Apreté los dientes con tanta fuerza que temí que se me fueran a quebrar. No había deseado otra cosa que volver a tenerlo frente a mí durante esos eternos meses.

—¿Cómo puedes decir algo así?

—¿No estás asustada después de lo que viste ahí abajo? —siseó—. Maté a nueve personas sin pestañear, Sibila. Soy un asesino despiadado, y es lógico pensar que no vas a querer ver a alguien como yo.

Noté que alguna de las barreras que me esforzaba por mantener en pie comenzaba a tambalearse.

—No creo que seas despiadado —admití, dejando a un lado mi orgullo—. En todo caso, estoy en deuda contigo por salvarme la vida. A mí y a mi abuelo.

Dante frunció el ceño hasta que una pequeña arruga se formó entre sus cejas. Mis manos desobedientes quisieron alisarla, pero las retuve apretándolas contra mi regazo.

—¿Quién te lo ha dicho? —Apenas terminó de formular la pregunta, puso los ojos en blanco —. Lucien, por supuesto.

—Tienes un cancerbero un tanto peculiar —reconocí, porque no comprendía demasiado bien las lealtades de ese extraño ser.

Dante asintió y nos quedamos en silencio, sin acercar nuestras posiciones.

—¿Pensaste que me darías miedo? ¿Por eso no has venido a verme a pesar de haber estado a las puertas de la muerte? —quise saber.

Juraría que lo escuché contener la respiración.

—¿También te lo ha dicho ese búho traidor?

—No ha hecho falta —solté en tono cortante.

Así que mi intuición era cierta: no me había visitado.

—Dios, Sibila. —Se despeinó el cabello en un gesto nervioso que no le había visto nunca—. Esto ha sido un infierno. No acercarme a ti es lo más difícil que he hecho en mi vida.

No estaba segura de si hablaba de esta semana o de los dos años que habíamos pasado separados. Parecía alterado. Supongo que ambos lo estábamos.

—Esta semana he tenido más miedo del que creía que podía llegar a sentir —me confesó—. Si no hubieras logrado sobrevivir, te habrías llevado contigo la poca humanidad que me queda. Puede que hubiera perdido el juicio. Te juro que deseaba verte más que nada en el mundo. Pero pensaba que si nada más despertar me veías a los pies de tu cama, querrías salir corriendo. Por el modo en el que me marché hace dos años; por lo que hice la otra noche en los subterráneos. Y no soportaría que me miraras con miedo. O como lo estás haciendo ahora.

—¿Y cómo se supone que te estoy mirando?

—Con desprecio.

—Será porque te desprecio —solté, dolida.

Tomó aire con dificultad, como si mis palabras lo hubieran apuñalado en algún lugar del pecho.

—Lo comprendo —dijo al fin.

—¡No quiero que lo comprendas! —espeté—. Lo único que quería era que confiaras en mí.

—Siempre he confiado en ti.

Solté una carcajada.

—¿Por eso no me contaste que yo era la única que tenía el poder de matarte?

Dante siempre había tenido la piel clara, pero se puso del color de la luna. Se recompuso rápido, y lo hizo adoptando su postura más arrogante. Se apoyó en el escritorio con la cadera y se cruzó de brazos. Por lo menos no lo negó.

—¿Tú lo habrías hecho de haber estado en mi lugar? —Arqueó una ceja—. Sé sincera. ¿Me

habrías revelado tu punto débil?

Me mordí el labio por toda respuesta, porque no podía estar segura de lo que habría hecho en realidad. Nuestra relación siempre había sido compleja. Dante abandonó el escritorio para dar un paso hacia mí. Por fin se acercaba, pero lo sentía más lejos que antes.

—Si me matas, nadie más moriría; ni siquiera tu abuelo. Tienes motivos para quererme muerto, Sibila.

—Yo jamás te haría daño —le recriminé—. Te confié mi vida, Dante. Y tú me abandonaste.

Lo escuché tragar saliva y miré como su nuez subía y bajaba en su cuello. Su postura defensiva se resquebrajó un poco.

—Tenía mis motivos.

Me entraron muchas ganas de abofetearlo, pero me contuve. Le dediqué una mirada mordaz.

—Pues me encantaría saberlos.

Dante suspiró y se pasó las manos por la cara, como si mi actitud lo sobrepasara. Como si yo fuera demasiado para él.

—Supongo que a estas alturas no tiene sentido mentirte —reflexionó en voz alta, y me enfadé un poco más por los secretos que admitía haberme estado ocultando.

—No, no lo tiene, así que empieza por el principio.

Dante clavó sus ojos negros en mí, y contuve el aliento.

—Todos los atentados contra tu vida los ha provocado una mensajera de la muerte —reveló al fin—. Una muy antigua y poderosa: Mirla.

Era justo lo que me había contado Roger. Traté de ignorar la sensación de mareo. En eso no había mentido. ¿En qué más habría tenido razón?

—¿La mujer del gato? —atiné a preguntar.

—La misma.

Recordé cómo se habían cruzado. Había estado semi inconsciente en esos momentos, pero me había parecido que hablaban sobre un acuerdo. ¿Qué tendría eso que ver con nosotros y con el motivo por el que Dante se había marchado dos años atrás?

—No la conozco de nada —repliqué impaciente—. ¿Por qué quiere matarme?

—Porque eres una amenaza. Tu linaje es mi debilidad, pero también la del resto de mensajeros. Podrías llegar a matar a cualquiera de ellos si te lo propusieras. Y tu poder se hace más fuerte cuando te encuentras cerca de mí.

Lo miré sin comprender del todo.

—Me vuelvo más vulnerable cuando estoy contigo —aclaró—: mis movimientos son más lentos; mis heridas, más dolorosas; me cuesta concentrarme en mi trabajo. Lo peor es que ellos también se debilitan, como si estuviéramos conectados por una red invisible.

Abrí la boca, pero no fui capaz de decir nada.

—Mirla ha vivido más de quinientos años y no piensa permitir que nadie ponga en peligro su existencia. Por eso trataba de liquidarte.

Me cubrí los labios con las manos.

—No tuve más remedio que llegar a un acuerdo con ella para mantenerte con vida. Si me alejaba de ti y nuestro vínculo se debilitaba, Mirla recuperaría todo su poder y nadie podría hacerla vulnerable.

—¿Por eso te marchaste? —pregunté con un hilo de voz.

Asintió.

—Si te hubiera contado la verdad, no lo hubieras aceptado.

Me mordí el labio inferior y contuve las lágrimas. De rabia, de alivio. Porque tenía razón. No habría permitido que se marchara. Dante me había ocultado muchas cosas, pero el motivo por el que me había abandonado era mi propia seguridad. Había puesto distancia entre nosotros para que la tal Mirla no terminara con mi vida. Noté que otra de las compuertas que había colocado en torno a mi corazón se quebraban.

—No quería otra cosa que no fuera mantenerte a salvo —continuó.

Recordé el muro de la sacristía de la iglesia cerniéndose sobre mí el día de mi boda.

—Si habíais llegado a un acuerdo, ¿por qué Mirla me tiró una pared encima cuando —de pronto me costó decirlo frente a él— me casé. Porque fue ella, ¿no? ¿O hay alguien más que…?

Dante cerró los ojos con fuerza.

—No. Fue Mirla. Y lo hizo por mi culpa —admitió—. No pude contenerme, Sibila. Cuando supe que te casabas con Fabra, me volví loco. Estuve a punto de detener esa maldita boda, pero pensé en tu seguridad y di media vuelta. Ni siquiera me acerqué a ti, pero Mirla se enteró de que estaba en la basílica. Y nadie se burla de ella, así que te tiró el muro encima antes de que pudiera reaccionar. Por suerte, pudimos sacarte a tiempo.

—Si soy tan peligrosa para ella, ¿por qué no me mató en el palacio Fabra? Tuvo la oportunidad.

Dante sonrió sin ganas.

—Porque tiene planes mejores para mí por haber roto mi palabra: va a reportarme a la muerte.

Un escalofrío me recorrió la espalda y di un paso hacia él, quizá en busca de algo de calor. Pero me mantuve igualmente a cierta distancia.

—¿Y qué va a hacerte? —pregunté con el miedo tiñendo mi voz.

—No lo sé, le gusta ponerse creativa cuando la traicionan.

Aunque intentó sonreír, le salió una mueca. Estaba tan asustado como yo, por mucho que tratara de disimularlo.

—No me importa si termina con mi triste existencia de una vez —me aseguró.

Las náuseas tomaron mi estómago al pensar en la posibilidad de que Dante dejara de existir. No podría vivir sin él. Casi no había soportado que se alejara de mí, ¿cómo iba a superar su muerte? No. No.

—Pero no permitiré que te haga daño —dijo, malinterpretando mi desazón.

¿Era eso lo que pensaba que temía? ¿Que la muerte la tomara conmigo?

—No es por mí por quien sufro.

Dante desvió la mirada y suspiró. Nos quedamos de nuevo con el silencio interponiéndose entre nosotros.

—Si sabías que yo era una amenaza para ti y para el resto de mensajeros, ¿por qué te acercaste a mí en primer lugar? —pregunté cuando reuní las fuerzas suficientes.

—Para serte sincero, no fue sólo el parecido con Aurora —me explicó—. Verte despertó una vieja curiosidad que me había esforzado en enterrar décadas atrás: quería saber qué había ocurrido con Agnes Armengol, tu bisabuela. La conocí cuando era una niña y necesitaba saber si había logrado tener una buena vida. Tan sólo nos vimos una vez tras lo que ocurrió en Cuba, y después de la cara que puso, me aseguré de mantenerme bien alejado de ella y de cualquiera de su familia. Me volví una sombra, escondido en mi palacio y extendiendo rumores para que nadie se acercara.

—¿Así que todo lo que se dice sobre ti…?

—Lo comencé yo, sí. Es increíble cómo la leyenda va creciendo sola.

Tuve que esforzarme por no sonreír.

—Luego simplemente ya no pude marcharme lejos de ti —continuó, retomando la seriedad —. No después de que intentaran matarte en esa fiesta. Se lo debía a tus padres.

Se me heló la sangre en las venas. ¿Era ahora cuando me contaría que realmente había sido él? ¿Y si Roger había tenido razón? No lo soportaría. Si Dante era el asesino de mis padres, no podría vivir con ello. No podría perdonarle algo así jamás.

—¿Por qué? —pregunté con un hilo de voz.

—Porque no logré ser lo suficientemente convincente para que escucharan mis advertencias sobre Aeterna.

Recordé lo que me había contado el abuelo sobre el mensajero que les había advertido del peligro.

—¿Fuiste tú? ¿Intentaste salvarlos?

Dante apretó los labios hasta que se convirtieron en una fina línea.

—Sí, siempre he luchado contra Aeterna, pero en esa ocasión fallé. No fui capaz de hacer que confiaran en mí más que en ellos, y eso los llevó a un desenlace fatal. No podía permitir que su hija muriera también, así que decidí protegerte.

Una lágrima furtiva se escapó de mis ojos y Dante por fin recorrió la distancia que nos separaba. Alargó la mano hacia mi rostro y titubeó un instante, puede que convencido de que iba a gritarle si me tocaba.

—Siento haber sido un imbécil —dijo, y secó mi mejilla con el pulgar.

—Imbécil se queda corto —me quejé.

Dante me dedicó una sonrisa torcida. No pude evitar que mis ojos se escaparan hasta esa boca que tanto había anhelado volver a ver. Volver a sentir. Volver a besar.

—No espero que me perdones —añadió, acercándose tanto que pude percibir el aroma a madera y a sándalo que reconocería en cualquier lugar del mundo.

—No pensaba hacerlo.

—Te he echado de menos —susurró con la voz ronca, acunando mi rostro con ambas manos.

—Yo no —mentí.

Otra sonrisa. Y cerré los ojos. Porque las emociones me sobrepasaban. Era demasiado apuesto, demasiado oscuro, demasiado retorcido. Y aun así lo deseaba con todo mi ser. No tardé en sentir sus labios contra los míos en una suave caricia.

—Esto no es buena idea —murmuró contra mi boca.

—No.

Y entonces me besó con mucha más intensidad. Puso una mano en mi nuca y enredó sus dedos entre mis cabellos. Me abandoné a él y abrí la boca para recibirlo. Sentí su lengua contra la mía en un baile intrincado y delicioso que me mareó. Tuve que aferrarme a su camisa entreabierta para que mis piernas soportaran esa sensación. Me apretó contra él y me condujo hasta el escritorio sin dejar de besarme. Me sentó sobre la mesa sin importarle los documentos que yacían ahora desperdigados bajo mi falda. Tampoco pareció percatarse del tintero que tiró cuando se acomodó entre mis piernas. Lo deseaba todo de él. Acaricié ese cabello oscuro con mis dedos y descendí con mis manos por sus hombros, hasta los botones de su camisa. Desabotoné los pocos que quedaban intactos y se la quité sin ser consciente si quiera de adónde la lanzaba. Necesitaba tocar su piel. Me separé de él unos instantes para mirarlo. Esos ojos de color onix con motas doradas tenían la facultad de hacerme perder el sentido. Él no parecía

mucho más sereno que yo. Su respiración estaba agitada y su pecho subía y bajaba entrecortadamente. Lo acaricié con la palma de las manos y me sorprendió la calidez que desprendía. No sé qué había esperado. ¿Que estuviera frío? ¿Más muerto que vivo? Pero Dante era un sueño. Lo más hermoso que había visto nunca, con unos músculos suaves que me provocaban sensaciones desconocidas en la boca del estómago. Él parecía tan extasiado como yo. Acarició la tela de mi camisón y la movió para dejar mi hombro al descubierto. Después comenzó a besarme el cuello, primero suave y después con hambre. Tanta, que me hizo emitir un gemido ahogado. Apreté los muslos alrededor de sus caderas y noté algo duro contra mí. Me puse nerviosa, porque por muy casada que estuviera, nunca había estado con un hombre.

De pronto, se apartó de mí. Y sentí frío.

—Lo siento —dijo retirando la mirada, como si no soportara mirarme—. No sé qué me ha pasado.

Volvió a pasarse las manos por su cabello absolutamente revuelto, exquisito, y yo deseé hundir mis dedos de nuevo en él. Sin embargo, cuando me miró de nuevo, vi que había recobrado el control de sus actos. Como todas las veces que se había acercado demasiado a mí.

—No debería alentar esto —murmuró, y me pareció que estaba furioso consigo mismo—. Soy un hombre incompleto, Sibila. Nunca podré hacerte feliz ni darte una vida a mi lado. Estoy condenado, y la muerte va a hacerme pagar por mi desobediencia. Cuando eso ocurra, no querrás estar cerca.

—Pero…

Antes de que pudiera comenzar a discutir de nuevo con él y decirle que me enfrentaría a la misma muerte para estar con él si hacía falta, Dante me interrumpió:

—No puedes siquiera imaginar cuánto quiero esto. Pero te haría un daño irreparable. Y eso no me lo perdonaría jamás.

Luego se marchó, dejándome sola en su habitación y con el deseo inextinguible de sus besos sobre mis labios.

CAPÍTULO 48

Cuando entré en casa, nadie me escuchó. Margot estaba sirviéndose un té en el salón donde solíamos merendar. En cuanto me vio, se le vertió el líquido sobre la bandeja de plata en la que había colocado la taza y por poco no terminó estrellada contra las baldosas.

—¡Sibila! —gritó sin importarle lo que pensara el servicio que pululaba por allí.

Se abalanzó sobre mí y me rodeó con sus brazos cálidos y familiares. Aspiré su aroma a hogar y cerré los ojos. Había estado a punto de no volver a verla, ni a ella ni al abuelo. No quería ni imaginar el golpe que habría supuesto para ellos que Roger y doña Hortensia hubieran logrado sus propósitos. Por suerte, allí estábamos, reunidas de nuevo en nuestra casa.

—Estás bien —susurró mi prima contra mi pelo.

Cuando se separó de mí, pude ver que sus ojos estaban húmedos y cargados de preocupación. Acarició mi cara con cuidado, como solía hacer mi madre, y se me formó un nudo en el estómago.

—He ido a verte todos los días —me contó, agarrándome del brazo para hacer que me sentara a su lado en el sofá—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien, la verdad. Un poco hambrienta, ahora que lo dices.

Desde que había despertado, no podía parar de comer. Una semana a base del agua que Lucien había logrado que tragara me había abierto el apetito. Margot me acercó unas pastas y tomé un par de ellas con cierta voracidad.

—Me alegro de que eso sea todo —respondió casi divertida—, cuando te vi en esa cama…

Apartó los recuerdos con un manotazo y me sonrió.

—Eso ya no importa —rectificó, tomándome de las manos—. Quiero saber qué pasó con Roger, Sibila. Si hace falta lo denunciaremos a las autoridades. No podemos permitir que quede impune. ¡Casi te mata!

Tragué saliva. Tenía razón; el problema era que no tenía ni idea de dónde podía haberse escondido Roger ni podía explicarle a la policía que durante mi rescate Dante de Fosco había asesinado a nueve de mis secuestradores, incluida doña Hortensia. Eso le costaría la pena de muerte, por mucho que hubiera sido para salvarme. Y no podía morir, con lo cual sería todo un desastre. Tampoco estaba segura de que los cuerpos siguieran en las catacumbas. Algo me decía que el barón de Barcelona se había ocupado de limpiar la escena gracias a los mismos contactos que se habían deshecho del cadáver del hombre que había ayudado a Luis a atacarme en la fábrica.

—No puedo reportar lo que pasó allí abajo —murmuré.

Una vez más, le confié a mi prima los detalles de lo que me había pasado. Palideció cuando le conté que doña Hortensia y Roger pretendían drenar mi poder para poder matar a los mensajeros de la muerte. Pensé que era mejor omitir la letalidad de Dante durante el rescate. Sin embargo, la vi tensarse cuando le conté que mi marido había escapado.

—Como ese desgraciado se acerque a ti, pienso retorcerle el cuello hasta que deje de respirar —me aseguró.

Sonreí, porque más de una dama remilgada de la aristocracia se espantaría si la escuchara hablar así. Pero yo me sentí querida y protegida.

—Ahora entiendo por qué ese engreído me dijo que estabas más segura en el palacio Recasens.

La miré desconcertada.

—¿Te refieres a Lucien?

—Sí, ese mayordomo es muy entrometido —dijo equívocamente.

Así que no había relacionado al hombre que la había recibido en la casa con el cancerbero en forma de búho al que había visto en más de una ocasión. Decidí que no era el momento de revelarle más secretos. Parecía angustiada y al borde de un ataque de nervios. No necesitaba saber que el cancerbero de Dante podía tomar forma humana cuando le apetecía.

—¿Y ahora qué va a pasar? —quiso saber Margot—. ¿Seguro que estarás bien en esa casa?

—Sí, Dante y Lucien podrán luchar contra Roger si llega el momento.

Margot soltó un suspiro.

—Si alguien descubre que una mujer casada como tú está sola en una casa con dos hombres…

—Lo sé. Se armará un buen escándalo; sobre todo, si llega a saberse que le pedí la nulidad a Roger. Pero no tengo más remedio. No os puedo poner en peligro quedándome aquí. Debo regresar.

Mi prima asintió y me besó en la mejilla.

—De acuerdo. Entonces será mejor que lo hagas antes de que caiga el sol y se vuelva peligroso andar sola por las calles.

Pasé una semana entera sin ver a nadie. Sabía que no estaba sola porque de vez en cuando escuchaba pasos en el piso de arriba, cerca del despacho de Dante. Sin embargo, siempre que me acercaba a sus aposentos o a las estancias que sabía que solía habitar, no estaba allí. Me estaba evitando. De un modo descarado y doloroso. ¿De verdad iba a hacer ver que no había ocurrido nada entre nosotros desapareciendo de mi vista? Estaba claro que no quería enfrentarse a mí. Sabía lo testaruda que podía llegar a ser y supongo que no quería arriesgarse a que lo hiciera cambiar de opinión. Ese pensamiento me daba cierta esperanza, porque significaba que no estaba seguro de poder resistirse a mí si me acercaba demasiado a él. No era estúpida, comprendía los motivos por los que Dante no era la compañía más adecuada, pero no me importaba. Mi corazón ya había elegido. Hacía mucho tiempo que no había logrado arrancarlo de mi pecho, y no iba a hacerlo ahora, por mucho que se escondiera de mí como un cobarde.

Aquella noche no podía dormir, dándole vueltas al desastre que era mi vida. El hecho de que mi estómago estuviera rugiendo como un dragón no me ayudaba a conciliar el sueño, así que decidí que me acercaría hasta la cocina en busca de un bocado. Cualquier cosa serviría: un poco de fruta, una tostada o algo de chocolate. Salí de mi habitación sin cubrirme siquiera con una bata. Mi camisón era demasiado fino para las temperaturas invernales lejos de la chimenea, pero iba a ser una transacción rápida; enseguida estaría de vuelta bajo la calidez de las mantas. Lo único que cogí fue un pequeño revólver del que no me separaba siquiera para bañarme. Era mi seguro de vida si Roger decidía aparecer cerca de mí otra vez. No pensaba vivir con miedo por culpa de ese desgraciado, así que lo anudé a una cinta que había diseñado para llevar en torno a mi muslo.

No me di cuenta de que estaba caminando con bastante sigilo. No tenía demasiado sentido, dado que no había nadie en esa casa a quien pudiera molestar. Tan sólo Dante y, si le molestaban mis pasos, mejor.

Cuando llegué a la cocina, me detuve en seco en el umbral. Dante se encontraba apoyado en la mesa con una taza de algo caliente entre las manos, de espaldas a mí. No me había visto, así

que aproveché el momento para estudiarlo: parecía absorto, mirando a través de los maderos que mantenían la ventana a medio tapiar. Sus ojos no miraban hacia ninguna parte y sus labios estaban curvados hacia abajo, como si estuviera preocupado por algo. Supongo que tenía bastantes cosas en las que pensar, como la inminente amenaza de la muerte llamando a la puerta del palacio en cualquier momento.

Di un par de pasos silenciosos hasta casi rozar su espalda.

—Así que aquí es donde te escondes —susurré.

Dio un bote y escuché el sonido estridente de la taza rompiéndose en mil pedazos contra el mármol del suelo. Sacó una daga a tal velocidad que la tuve en la garganta antes siquiera de que pudiera respirar. Dante me había arrinconado contra la mesa. Notaba la madera rasposa a través de la fila tela del camisón y el calor de su pecho contra el mío. Abrí la boca para decir algo, pero tan sólo emití un sonido ahogado.

—Por Dios, Sibila —dijo, quitando el filo del cuchillo de mi cuello—. Podría haberte matado.

Se echó hacia atrás para salir de encima de mí y maldije a mi corazón, que se había acelerado con una extraña combinación de adrenalina y deseo.

—Quizá estás un poco tenso, ¿no? —le recriminé.

Guardó el arma en la funda que colgaba de su cinturón y se pasó las manos por la cara.

—¿Te parece una buena idea venir por la espalda en mitad de la noche cuando hay un asesino suelto por ahí?

Enrojecí. Tenía razón. Bajé la mirada y me mordí el labio.

Cuando alcé la mirada de nuevo, los ojos de Dante trataban de no posarse en zonas que mi camisón dejaba bastante al descubierto. Juraría que lo escuché tragar saliva.

—Quizá si no huyeras cada vez que trato de acercarme, no tendría que abordarte así —le reproché.

—Creo que ya dejamos las cosas claras el otro día.

—Puede que tú dijeras lo que pensabas —solté—, pero a mí no me dejaste hablar.

—No tenemos nada más que hablar.

Su arrogancia me encendió. Me acerqué con tanta decisión que lo obligué a apoyarse contra la encimera de los fogones que, por suerte, estaban apagados. Puse un dedo acusador contra su pecho.

—Eres terrible —le dije—. ¿Se supone que tengo que acatar todo lo que dices? Quiero que sepas que no me da miedo la muerte, ni Roger Fabra. Me tomó desprevenida una vez; no volverá a hacerlo.

Aparté ligeramente la falda de mi camisón y le mostré el arma que se había vuelto mi sombra. Dante bajó la mirada hasta mis piernas y lo vi ponerse tenso en un segundo, como si quisiera evitar que sus ojos viajaran por mi piel. Alzó la vista hasta mis ojos casi de inmediato.

—¿Acaso sabes usarla? —me preguntó.

—Por supuesto —dije, aunque tan sólo había disparado un par de veces cuando era mucho más joven.

El abuelo me había enseñado lo básico, «si quieres vivir en un mundo de hombres, tendrás que aprender a defenderte de ellos». Ahora se lo agradecía, aunque también deseaba haber prestado un poco más de atención a sus clases.

Dante bajó la mano hasta mi muslo y mi corazón se detuvo cuando noté sus dedos rozar mi piel, junto a la cinta de cuero que llevaba toscamente anudada.

—Esta funda da pena —murmuró muy cerca de mí.

Ahora fui yo quien tuvo que tragar saliva. Sus ojos negros me observaban con una mezcla de fascinación y orgullo. Bajé la vista hacia sus labios.

—Te conseguiré una mejor.

Pero había dejado de escucharle. Lo único en lo que podía pensar era en la cercanía de su cuerpo, que seguía apoyado en la encimera, acorralado por mi diminuta silueta. Podía apartarme si quería, pero no lo había hecho. Me puse de puntillas para acercarme a su rostro y acaricié su labios con los míos. Fue apenas un instante. Lo escuché contener el aliento. Luego puso sus manos fuertes en mis hombros y me apartó. Algo se quebró dentro de mí.

—Esto no te traerá nada bueno —me repitió.

—Me da igual —insistí.

Resopló.

—Sibila, ¿te has preguntado qué pasará cuando envejezcas? Tendré que llevarme tu alma cuando llegue tu hora, por mucho que lo haya estado evitando una y otra vez. No podré soportarlo, y esa certeza nos destruirá. ¿Qué crees que será de mí después de haber pasado una vida contigo? ¿Qué haré cuando ya no estés?

Me sentí egoísta. Tan sólo había pensado en mí y en mis sentimientos, no en los suyos. Puede que para mí fuera duro envejecer mientras él permanecía joven, pero yo moriría a su lado. En cambio, él se quedaría solo. Para siempre.

—Lo siento.

Me aparté de él y de pronto sentí mucho frío. Al principio pensé que se debía a la distancia que había entre nosotros. Sin embargo, pronto me percaté de que se trataba de una ráfaga de aire inusual dentro de una casa. Miré hacia la ventana pero la encontré cerrada.

—Mierda —escuché que decía Dante entre dientes—. Está aquí.

Lo estudié con desconcierto.

—¿Quién?

—La muerte.

Todo se congeló a nuestro alrededor y la cocina se llenó de una bruma espesa en un instante. Apenas me permitía ver mis propias manos y me costaba respirar con normalidad. Estaba segura de que estaba teniendo una pesadilla de la que despertaría de un momento a otro. Sin embargo, me percaté de que era muy real cuando una mujer salió de entre las nubes de vapor que lo envolvían todo. Su cabello, de un rubio lunar, le llegaba hasta más allá de la cintura en hebras perfectamente lacias. Su rostro era lo más hermoso que había visto nunca, pero sus ojos me aterrorizaron. Eran de un azul tan claro que parecían translúcidos, como si con ellos pudiera ver hasta el fondo de tu alma. Primero me miró a mí, pero me desechó rápidamente, como si mi presencia fuera una molestia.

—Vaya, el gran Dante de Fosco —dijo con una voz melosa que no presagiaba nada bueno.

—Cuánto tiempo, Ibis —la saludó Dante con un aplomo que arrancó mi admiración.

Ella sonrió y juraría que el frío que nos envolvía aumentó.

—Pensaba que eras más inteligente, el mejor de mis mensajeros, con el permiso de Mirla —prosiguió—. Qué desperdicio.

La atención de esos ojos transparentes se volvió de nuevo hacia mí y me olvidé de respirar.

—Arriesgar tu eternidad por una simple mortal. Por una Armengol, nada menos.

La escuché reírse y se me puso el vello de punta. Era un sonido escalofriante.

—Qué ironía del destino.

La muerte se acercó a mí. Me tocó la barbilla con un dedo gélido y me obligó a mirar hacia el paisaje nevado que eran sus ojos.

—No la toques —la voz de Dante la hizo volverse de nuevo a él.

—Qué protector. —Esa risa maléfica de nuevo—. No te preocupes, he pensado en algo mejor que quitarle la vida a una simple mortal. Eso no tendría gracia, y ya sabes que no me gusta nada que me desobedezcan, así que voy a divertirme un poco a tu costa.

La figura esbelta y alargada de la mujer se acercó a Dante. Era casi tan alta como él, algo extraordinario. Me sentí pequeña y un terror genuino se instaló en mis entrañas. Porque si quería hacerle daño a Dante, mi insignificante revólver no la detendría.

—Después de considerarlo mucho y por el aprecio que te tengo, he decidido que te arrebataré la inmortalidad.

Dante pareció tan desconcertado como yo. Puede que hubiera esperado otro tipo de castigo; uno peor. Para él se trataba incluso de un regalo, aquello que había anhelado durante tanto tiempo: volver a ser un humano normal.

—Oh, no me malinterpretes. Dudo que puedas mantenerte con vida mucho tiempo —se apresuró en aclarar—. Roger Fabra está realmente molesto contigo, y es probable que se vengue de ti muy pronto. Mira que llevarte así a su pobre madre… Con un poco de suerte, incluso ha puesto sobre aviso a los miembros de Aeterna de otros países. En fin, disfruta de la vida. Mientras puedas.

La mujer dio unos cuantos pasos atrás y de pronto la bruma comenzó a desaparecer. Cuando quise darme cuenta, la muerte ya no estaba allí. Y la temperatura de la estancia había vuelto a subir.

Miré a Dante, que se encontraba a mi lado. Estaba muy pálido y, antes de que pudiera hacer nada, se desplomó. Grité.

CAPÍTULO 49

Jamás me había sentido tan impotente. ¿Cómo podía un hombre de casi metro noventa derrumbarse en un segundo? Me agaché junto a su cuerpo, que permanecía inmóvil en el suelo de la cocina. Me temblaban las manos cuando las acerqué a su rostro. Estaba tan blanco como el mármol sobre el que yacía. Lo noté frío y por un eterno momento creí que la muerte se lo había llevado con ella. Sin embargo, enseguida percibí su respiración, lenta pero regular.

—¿Dante? —Lo llamé y le di unos cuantos golpes suaves en la mejilla con la esperanza de que volviera en sí.

Pero no lo hizo. Seguía ausente, con los ojos cerrados. Puse un brazo por debajo de su torso en un torpe abrazo y traté de enderezarlo. No sé qué pretendía, quizá llevarlo a un lugar más cómodo, pero era evidente que mi tamaño era mucho inferior al suyo, y ni siquiera conseguí moverlo. Sentí el calor de las lágrimas asomando a mis ojos.

—No me hagas esto —mascullé desesperada—. Vuelve conmigo.

Sin respuesta. Entonces escuché un aleteo a mi espalda. Tardé bastante en reaccionar, incapaz de apartar mi mirada de Dante. Cuando me volví hacia el sonido, me encontré con Lucien terminando de colocarse un batín y un montón de plumas revoloteando a su alrededor. Estaba tan asustada que esta vez ni siquiera me molestó su tendencia a la desnudez y sentí una oleada de alivio cuando se arrodilló junto a mí para examinar al que hasta hacía unos minutos había sido su mensajero.

—Madita Ibis —lo escuché decir, al tiempo que practicaba una maniobra similar a la mía, con mucho más éxito.

Él sí tuvo la fuerza suficiente para levantar el cuerpo de Dante y colocarlo con agilidad sobre sus hombros. No dejó de asombrarme la fuerza extraordinaria de Lucien. A pesar de que Dante era algo más corpulento que él, no le temblaban las piernas, ni siquiera parecía estar esforzándose. Lo llevó hasta el salón más cercano a la cocina y lo depositó sobre el diván. Se apresuró en taparlo con un par de mantas.

—Tenemos que hacerle entrar en calor.

Lucien miró hacia la chimenea apagada de la estancia y enseguida me acerqué para colocar un par de troncos. Invertí unos minutos en encenderlo con bastante presteza. El cancerbero me miraba con cierto reconocimiento.

—¿Alguien como tú sabe encender un fuego? —preguntó con una mueca.

Intenté no ofenderme ante lo que implicaban sus palabras.

—¿Qué le pasa?

—Ha vuelto a ser mortal —explicó.

—Eso ya lo he notado —murmuré—, pero ¿por qué está inconsciente?

—Su cuerpo lleva ochenta años en el mismo estado de adormecimiento. Lo han despertado de golpe y sus sentidos se han saturado. Supongo que es normal. Es la primera vez que presencio el proceso inverso.

Lucien me clavó entonces una mirada afilada que me recordó mucho a la que tenía cuando se transformaba en lechuza.

—Y todo gracias a ti.

Me mordí la cara interna de las mejillas y bajé la mirada.

—Ya le advertí que era no mejor jugar con Ibis —continuó con tono furioso.

—Veo que la conoces bien.

Lucien apretó las mandíbulas.

—Más de lo que me gustaría. Y no es de las que se ablandan por una bonita historia de amor —dijo con amargura—. Si le ha devuelto su mortalidad es tan sólo para verle sufrir. Para ver cómo otros lo matan y le entregan su alma; le encantará juguetear con ella el resto de la eternidad.

Tragué saliva y sentí de nuevo las mejillas luchando por encontrar una salida.

—¿Nunca te he dicho que eres un poco exagerado? —La voz de Dante me sobresaltó.

Me volví hacia el diván. No se había movido y me pareció que temblaba bajo las mantas, pero por lo menos estaba despierto.

—¡Dante! ¿Cómo estás? —quise saber, reteniéndome para no abalanzarme sobre él.

—He estado mejor —murmuró mirándose las manos, como si las estuviera descubriendo de nuevo—, pero me siento…vivo.

Me pareció ver un destello dorado en sus ojos negros, algo parecido a la esperanza. ¿Podía ser que no hubiera llegado a escuchar la parte en la que Ibis le había asegurado que Roger se encargaría de matarlo? No quise enturbiar el momento, para eso ya estaba Lucien. Me acerqué hasta Dante y lo tomé de la mano. Estaba extremadamente frío; sin embargo, me pareció que había ganado cierta calidez respecto a unos minutos atrás.

—Es gracioso que lo menciones —dijo Lucien en tono mordaz—, disfrútalo mientras dure.

Me giré para dedicarle una mirada fulminante, pero en vez de con un hombre, me encontré con un enorme búho gris, que ya estaba alzando el vuelo hacia la ventana más cercana. Se perdió en mitad de la noche con un aleteo enérgico. La bata de terciopelo yacía olvidada sobre el suelo.

—¿Siempre es así? —pregunté.

Debía de haber sido horroroso compartir ocho décadas con él.

—Está enfadado —me dijo con una sonrisa compasiva que no le había visto nunca—. He sido su compañero más duradero. Supongo que me tenía cierto cariño.

Torcí la cabeza.

—¿Ahora le asignarán a otro mensajero?

—Es posible. Aunque Ibis es bastante impredecible.

Me encogí de miedo al recordar los ojos de esa mujer.

—Lamento que hayas presenciado todo esto —me dijo, y alargó su mano hasta la mía.

La envolví con cuidado en un intento por brindarle el calor que tanta falta le hacía. Lo vi cerrar los ojos, como si el contacto fuera más de lo que podía soportar. Hice amago de apartarme, pero entonces él me sostuvo con firmeza.

—No. Quédate un poco más.

Estudié su rostro. El fuego proyectaba sombras sobre sus pómulos, altos y orgullosos; sobre su nariz, recta; sobre sus labios, tan irresistibles. Lo acaricié con cuidado. Temía que me rechazara de nuevo, pero no se apartó. Al contrario, inclinó la cabeza para sentir mi palma más cerca de su mejilla.

—Eres tan suave…

Su voz ronca me parecía más profunda que antes, más humana. Como si le hubieran devuelto algo más con el riesgo de morir; una parte de él que había quedado enterrada en algún lugar profundo tantos años atrás.

En vez de sentarme en el sillón que había junto al diván en el que estaba recostado, me tumbé junto a él.

—¿Qué haces? —preguntó alterado.

No había demasiado espacio libre. El cuerpo de Dante ocupaba prácticamente todo el sofá, así que me acomodé como pude sobre su pecho y en el hueco que dejaban sus caderas. Escuché su respiración entrecortada y no pude evitar sonreír.

—Darte calor.

Puse una mano sobre su pecho y vi que su nuez subía y bajaba.

—No creo que esto sea adecuado —murmuró muy tenso, pero no se movió.

Estaba segura de que deseaba este contacto tanto como yo.

—Sólo deja que te abrace esta noche —murmuré contra su cuello—. Para celebrar que estás bien.

—Y que tú ya no eres una amenaza para Mirla.

Lo miré con curiosidad.

—¿Mi linaje ya no es especial?

—No. Me temo que al deshacer mi condena, ahora no somos más que humildes mortales. Los dos.

Deposité un suave beso en la zona más sensible, cerca de la clavícula. Escuché un suspiro entrecortado y luego noté cómo su brazo se movía bajo las mantas para rodearme la cintura.

—Prométeme que no intentarás nada más esta noche.

Lo miré con una sonrisa maliciosa y me arrepentí al instante: nuestros rostros estaban demasiado cerca. Pude percibir su aroma invadiéndolo todo: mis sentidos, mi alma, mi piel.

—¿Tanto miedo te doy? —dije cuando conseguí reponerme.

—No sabes cuánto —gruñó.

Me intimidó su mirada oscura e intensa, que posó sobre mí como si fuera lava. Me humedecí los labios y su atención bajó hasta ellos.

—Eres una mujer casada, Sibila —dijo sin apartar la vista de mi boca.

—¡No amo a Roger!

Me pareció ver satisfacción en sus ojos al escucharme decirlo en voz alta.

—Es un criminal —añadí, para que terminara de quedar claro que no quería saber nada de él.

—Exactamente.

—Pediré la nulidad, si ese es el problema.

—El problema es que tu marido me quiere muerto —zanjó, desviando la mirada—. Y es muy capaz de cometer atrocidades. No quiero ponerte en peligro, así que será mejor que te alejes de mí hasta que esto se solucione. No me perdonaría que te ocurriera algo por mi culpa.

—¡Deja de decidir por los dos! —me quejé—. ¿Y qué hay de lo que yo quiero? ¿Crees que podré quedarme lejos de ti sabiendo que Roger va tras de ti?

Recorrió la poca distancia que nos separaba y acalló mis reticencias con su propia boca. No fue un beso suave. Noté el hambre, la desesperación en sus labios, que se clavaron en los míos como si los hubiera necesitado durante demasiado tiempo. Hundió los dedos en el cabello que caía desordenado por mi nuca y me atrajo un poco más hacia él, aunque nuestros cuerpos ya estaban imposiblemente juntos. No tardé en percibir que el frío estaba desapareciendo de su piel, que se había vuelto tibia ante mi proximidad. La mano que Dante había tenido en mi cintura bajó hasta mis caderas, pero entonces se detuvo, como si se hubiera dado cuenta de que si continuábamos con ese beso no podría detener la locura.

—Solamente te pido tiempo —logró articular con la respiración entrecortada, apoyando su frente contra la mía—, tengo que solucionar lo de Fabra.

Suspiré y asentí, pero me negué a deshacer nuestro intrincado abrazo. Me acomodé en su pecho y cerré los ojos. Sentí que me acariciaba los mechones rizados de mi melena antes de quedarme dormida escuchando los rítmicos latidos de su corazón.

Cuando desperté por la mañana, estaba sola en el diván. Me incorporé y noté el dolor de cabeza casi al instante, en forma de finas agujas que me atravesaban las sienes a un ritmo ensordecedor. A pesar de las mantas y del fuego que había encendido en la chimenea, sentí un frío instantáneo. Los brazos de Dante ya no me envolvían. Di un brinco en el diván cuando descubrí una figura en la butaca de al lado. Lucien me observaba con sus analíticos ojos grises clavados en mi cabello alborotado. Me entraron ganas de gritar o de lanzarle un cojín por el sobresalto que me había provocado, pero me contuve.

—¿Dónde está Dante? —pregunté con la voz pastosa por el sueño.

Resopló, como si nuestra extraña relación le aburriera hasta límites insospechados.

—Resolviendo unos cuantos asuntos. Ha tenido que salir de la ciudad a primera hora.

No hacía falta ser una mente privilegiada para saber que me estaban ocultando cosas, pero era consciente de que Lucien no me revelaría nada. Todavía me guardaba rencor por lo que le había ocurrido a su mensajero; tampoco podía culparlo por querer tener a Dante cerca. ¿No era eso lo que yo misma deseaba, aunque de un modo distinto?

—Te acompañaré a casa —me dijo entonces, poniéndose en pie.

Lo miré desconcertada. Dante llevaba semanas pidiéndome encarecidamente que no saliera de entre esas paredes sin supervisión, y ¿ahora me devolvía a mi hogar sin más? La furia comenzó a subirme por el cuello en forma de rubor. No sólo porque no se hubiera atrevido a decírmelo en persona, sino porque había decidido por su propia cuenta que eso era lo mejor para alejarme de él y darle el tiempo que me había pedido, sin tener en cuenta lo que yo quería. Lucien debió de ver el enfado en mi rostro y se apiadó un poco de mí; supongo que por eso me dio algo parecido a una explicación:

—Dante me ha pedido que te acompañe al palacio Armengol. Este ya no es un lugar seguro. Él tiene un blanco en su espalda y te aseguro que Ibis no le hubiera devuelto la mortalidad si no hubiera estado segura de que tenía muchas posibilidades de morir. Además, como te decía, tiene temas que resolver lejos de aquí. Estará ausente un tiempo y mi misión es mantenerte con vida. Tendrás que acostumbrarte a mi presencia.

Lo observé con disgusto.

—¿Así que ahora vas a ser mi niñera?

Lo que me faltaba.

—Sí. Espero que me alojes en una habitación que esté a la altura de mis exigencias.

¿En serio ese tipo iba a quedarse en mi casa? ¿Cómo iba a explicar algo así? Si mi reputación ya estaba dañada, esto terminaría de destruirla.

—A la altura de tu pedigrí, querrás decir.

Sonreí cuando vi la ofensa en sus ojos.

—Tendrás que conformarte con el alféizar de la ventana —espeté, recogiendo mi abrigo y mi orgullo antes de salir en dirección a mi casa.

Lucien me siguió como una sombra sigilosa, volando por encima de mí en forma de lechuza.

CAPÍTULO 50

Conseguir la nulidad no iba a ser una tarea sencilla. Para empezar, mi marido estaba en paradero desconocido y ningún tribunal eclesiástico admitiría la solicitud de una mujer. O eso me dijo el párroco que nos había casado. Su respuesta fue tajante: «no podemos estar seguros de que no hayan consumado dicho matrimonio, las mujeres sois demasiado emocionales y podría estar usted mintiendo; si tienen problemas en su matrimonio, deberían resolverlos hablando, señora Armengol». Tuve que morderme la lengua para no gritarle que un intento de asesinato no me parecía algo que pudiera solucionarse de forma amigable, pero me limité a apretar los labios y marcharme sin siquiera despedirme del sacerdote.

Pensaba que ir a trabajar a la fábrica me brindaría el consuelo que necesitaba, pero las cosas no hacían más que complicarse por momentos. De algún modo, se había corrido la voz de que Roger había abandonado el palacio Fabra junto con sus padres. No me costó imaginar que el servicio había tenido algo que ver en eso: probablemente Dante había mandado limpiar las pruebas de lo que había ocurrido en las catacumbas, pero la casa se había quedado vacía de la noche a la mañana, así que los lacayos y las doncellas debieron comenzar a hacer suposiciones. Que los señores se habían marchado. Sin mí. Empezaba a rumorearse que Roger me había repudiado. Esto no tardó en llegar a oídos de mis capataces, que me dedicaban miradas de compasión y desaprobación a partes iguales. Por suerte, no me llegaron a decir nada, aunque los escuchaba murmurar a mis espaldas. Fue una dura sorpresa descubrir que las más despiadadas conmigo fueron las trabajadoras de los telares. Algunas me miraban con desprecio, como si sospecharan que yo no había sido suficiente para un hombre tan atractivo como Roger. Otras, lo hacían con recelo, quizá creyendo que el hecho de que hubiera tomado las riendas del negocio en solitario se había interpuesto en nuestra unión. Lo peor era cuando las escuchaba cuchichear mientras tejían. No quería ni imaginar lo que decían, pero en más de una ocasión había escuchado las palabras «repudiada» y «descarada». Por eso pasaba horas encerrada en mi despacho, con la esperanza de alejarme de todos esos comentarios, que no hacían otra cosa que mellar mi autoridad y mi autoestima. Me sentía mal. Despreciable. Y muy sola.

Dante se había marchado de nuevo. Llevaba semanas sin noticias. Ni siquiera sabía dónde estaba, y Lucien se negaba a darme más información. Lo único que hacía era seguirme con su aleteo constante. Detestaba su presencia. Porque verlo me recordaba constantemente lo que no podía tener. Lo que nunca podría ser, por muy mortal que ahora fuera. El destino parecía decidido a separarnos una y otra vez.

—Madre mía, qué cara tienes hoy —La voz de Margot ni siquiera me sorprendió.

Aunque nunca había mostrado demasiado interés por el negocio, últimamente venía a verme al despacho, como si supiera lo mal que me sentía. Imagino que los rumores también habían llegado hasta ella. Mi prima se acercó a la tetera que había sobre uno de los muebles de los archivadores y sirvió un par de tazas. Me tendió una de ellas. Iba a decirme algo, pero vi que su mirada se desviaba hasta la ventana: Lucien descansaba en el alféizar, con la mirada puesta sobre nosotras.

—¿Ese pajarraco nunca te deja sola?

Lucien aleteó y soltó un graznido que me puso los pelos de punta. Pero no se transformó para castigarla con su desnudez, como solía hacer cada vez que yo lo insultaba de formas parecidas. De hecho, no recordaba que hubiera tomado su forma humana frente a ella ni una sola vez,

aunque Margot sabía de sobra que no era un simple búho.

—Me temo que no.

Quizá era el momento de decirle que ese pájaro era el mismo mayordomo con el que había discutido unas semanas atrás en el palacio Recasens. Sin embargo, no me dió la oportunidad y comenzó a amonestarme como llevaba haciendo varios días.

—Tienes que salir un poco, Sibila. Te pasas el día aquí encerrada en compañía de —volvió a mirar hacia la ventana— esa lechuza maloliente.

Otro graznido, que ambas ignoramos dando un sorbo de té.

—¿Para qué? Soy la comidilla de la sociedad, Margot.

—¿Y desde cuándo nos importa lo que piensa la gente? Creía que estábamos por encima de eso.

Y tenía razón. Siempre habíamos presumido de que nos daban igual las habladurías: nos aventurábamos en cementerios, casas abandonadas e iglesias derruidas sin importar las consecuencias. Incluso nos habíamos atrevido con el tarot. Pero esto era distinto. Me encontraba en un mal momento, me había enamorado de un hombre que no podía corresponderme, aunque sabía que él me deseaba tanto como yo. Y encima me había casado con un asesino, que sabía lo que había ocurrido con mis padres y había sido cómplice con su silencio.

—Hazles callar —añadió—, muestrales a la mujer segura de sí misma que siempre has sido.

Me mordí el labio y Margot me tomó de la mano.

—Esta noche los Mallol han organizado un baile. Estamos invitadas.

Suspiré y comencé a negar.

—Hazlo por mí.

Solté un quejido, que se unió al de Lucien en la ventana. Él tampoco consideraba que fuera buena idea. Sin embargo, nunca le había podido negar nada a mi prima. Terminé aceptando.

Margot se empeñó en que me pusiera un vestido azul marino que era demasiado atrevido. Las lentejuelas decoraban la parte frontal del pecho y brillaban como una noche estrellada. La falda, larga y algo más entallada de lo que se acostumbraba a llevar, dibujaba mis curvas sin mucho disimulo. Mi prima sonrió en cuanto me vio, después de que Dolores se hubiera pasado buena parte de la tarde logrando recoger mi abundante melena en un tocado elegante; dejaba al descubierto buena parte de mis hombros.

—Van a hablar de ti de todos modos —dijo mi prima encogiéndose de hombros.

—No sé si eso me tranquiliza —apunté.

Me miré en el espejo y no pude evitar que mis ojos se escaparan hasta la cicatriz que cruzaba mi mejilla. Suspiré.

—¿No se ve demasiado con este recogido? —quise saber.

Margot no necesitó que le explicara a qué me refería.

—No. Forma parte de ti —dijo con vehemencia—, de quién eres y de lo que has superado.

Me acarició el rostro y asintió.

—Y si a alguien no le gusta, no merece ni que le mires.

Le di un abrazo.

—¿Te he dicho alguna vez que eres mi prima preferida?

—Soy la única que tienes —replicó con una risa enfurruñada.

Nos echamos a reír y me relajé un poco. Luego salimos a la calle para encaminarnos hasta casa de los Mallol bajo nuestros abrigos de piel. Se encontraba un poco más alejado que el resto

de palacetes, pero no lo suficiente como para que no pudiéramos llegar andando.

Cuando entré en el salón me arrepentí de haberle hecho caso a Margot. Montones de cabezas se volvieron hacia nosotras, y ni siquiera habíamos pasado de la entrada. Algunas damas me miraron de arriba abajo con gesto escandalizado por mi vestido. Los caballeros, en cambio, me dedicaron miradas apreciativas.

—Ahí lo tienes —me susurró Margot—, una entrada triunfal.

La fulminé con la mirada, pero no me soltó. Al contrario, me sostuvo con más fuerza del brazo y me arrastró hasta la barra en la que se estaba sirviendo champán. Sirvió un par de copas y me tendió una.

—¿Vamos a comenzar a beber mientras nos siguen mirando?

—Ya somos unas escandalosas, qué más da un poco más —dio un sorbo y no pude evitar sonreír contra el cristal de mi copa.

Sentí el líquido bajando por mi garganta, frío e inclemente.

—No sé cómo a alguien le puede gustar esto.

Por suerte, los Mallol no hicieron una ostentosa cena como las de doña Hortensia y no nos obligaron a sentarnos durante horas en una mesa llena de desconocidos que, con toda seguridad, nos hubieran estado juzgando. Nuestros anfitriones se limitaron a disponer unos cuantos canapés en las mesas mientras los invitados charlaban entre ellos. Margot y yo no nos separamos en todo el rato. Nadie se nos acercó, como si tuviéramos alguna enfermedad incurable y contagiosa. En el fondo, era mejor así. No me apetecía tener que soportar comentarios ni conversaciones banales. Me limité a tomar un par de canapés con huevas de salmón antes de que comenzara la música y algunos de los invitados se dirigieran a la pista de baile. Los vi dar vueltas sobre sí mismos, en un compás rítmico de faldas y fracs que revoloteaban en una mezcla de colores hipnótica e inusual.

De pronto volví a escuchar cuchicheos y las miradas comenzaron a arremolinarse en nuestra zona. Algunas de las parejas incluso detuvieron sus bailes y me pareció escuchar el violín de un músico emitiendo una nota desafinada. Me miré el vestido. No se había rasgado ni dejaba nada más al descubierto que mis hombros, igual que antes. Observé a Margot, que también estaba inspeccionándonos con ojo crítico, en busca de lo que fuera que había llamado la atención del resto de asistentes. Sin embargo, tuvo el mismo éxito que yo. Mi prima miró de nuevo hacia el público y luego abrió mucho los ojos. Enseguida puso su mano sobre mi antebrazo y me apretó con tanta fuerza que gruñí.

—¿Qué haces?

Entonces alcé la mirada de nuestros vestidos, siguiendo su ejemplo.

Y el tiempo se detuvo.

Frente a mí, en medio de una muchedumbre que se había abierto para dejarle paso, se encontraba Dante. Los cuchicheos se alejaron. Tampoco oía la música, como si no fuera capaz de escuchar nada más que mi propio corazón latiendo desacompasado. Dejé de sentir las miradas de la gente pasando de él a mí de forma intermitente. Solo podía verlo a él. Por primera vez no iba vestido de negro, y el cambio hizo que la boca de mi estómago se encogiera. Llevaba un esmoquin azul marino, de un color muy similar al de mi vestido, y una camisa blanca. Su cabello y su mirada seguían siendo tan oscuras que amenazaban con engullirlo todo.

—¿Me concedería este baile, señorita Armengol?

Todas las miradas estaban posadas sobre nosotros, aunque Dante las ignoraba con una

facilidad digna de admirar. Supongo que estaba acostumbrado a que hablaran del misterioso barón de Barcelona allá adonde fuera. Me mordí el labio y él bajó la mirada hasta mi boca. Me quedé tan ensimismada que tardé unos segundos en percatarme de que su mano estaba extendida frente a mí. Puse mis dedos temblorosos en su palma. Bajó la otra mano por mi espalda con deliberada lentitud y la posó en el hueco de mi cintura para guiarme hasta la pista de baile. Al vernos allí, el resto de parejas reanudó sus movimientos; supongo que hubiera sido demasiado indiscreto por su parte seguir escrutándonos como si fuéramos piezas de un museo.

Dante comenzó a moverse al ritmo de un vals y no pude concentrarme en mis pasos. Estaba demasiado molesta porque se hubiera marchado tanto tiempo sin decirme adónde. Pero estaba todavía más enfadada por el poder que ejercía sobre mí. Una sola mirada suya ponía mi mundo del revés.

—Por un momento pensé que ibas a rechazarme delante de todos —me dijo al oído.

Disimulé una sonrisa al recordar una conversación muy parecida a esa, la primera vez que habíamos bailado juntos.

—Debería haberlo hecho —solté, segura de que nadie podía escuchar nuestra conversación gracias a la música.

Él aceptó el desafío y curvó la comisura de sus labios hacia arriba.

—Veo que estás molesta.

—Molesta es un eufemismo —repliqué—. Has vuelto a desaparecer durante semanas.

Dante suspiró.

—No podía decirte adónde iba.

—¿Puedes dejar de ocultarme cosas? —le recriminé.

Casi detuve mis pasos. Sentía deseos de golpearle en el pecho, pero Dante mantuvo firme su agarre.

—No quería crearte falsas expectativas —se defendió—. Y si te decía adónde iba, lo hubiera hecho.

—¿Dónde has estado?

—En Roma.

—¿Roma?

—Para pedir la nulidad de tu matrimonio —me explicó.

Ahora sí me detuve, pero él no me soltó. Nos quedamos suspendidos en un abrazo de lo más extraño. Si alguien nos miraba, ahora ya me daba igual. Tragué saliva, y noté un nudo en la garganta que me impidió hablar durante unos segundos. Aunque seguía enfadada con él por habérmelo ocultado, en el fondo tenía razón. Si me lo hubiera dicho, habría pasado semanas luchando contra las esperanzas de deshacer mi matrimonio con Roger. No habría dormido ante la expectativa de enmendar mi error. Dante me conocía demasiado bien. Dejé a un lado mi debate interno.

—¿La has conseguido?

Asintió muy lentamente. Se me llenaron los ojos de lágrimas y estuve a punto de lanzarme a sus brazos delante de todo el mundo, pero me contuve.

—He tenido que pedir más favores de los que recuerdo haber pedido nunca. Creo que ahora estoy en deuda con la mitad de la nobleza europea.

—Y yo te estaré eternamente agradecida —musité con un hilo de voz.

—Aunque no entiendas mis razones, lo único que quiero es verte feliz.

Me acarició la mejilla con delicadeza y resiguió la cicatriz con el pulgar.

—Los papeles que certifican la nulidad me llegarán mañana mismo —prosiguió, porque yo me había quedado sin palabras—. Puedes pasar a buscarlos cuando desees.

Entonces me dedicó una reverencia formal. Besó el dorso de mi mano sin quitarme los ojos de encima y sentí un calor ya bastante conocido en el vientre.

—Ha sido un placer bailar con usted —dijo en voz alta.

Luego se marchó del salón.

CAPÍTULO 51

La impaciencia me estaba matando, pero logré aguantar hasta que cayó el sol antes de ir al palacio Recasens. Si mi reputación ya estaba bastante dañada por culpa de mi fallido matrimonio, no necesitaba que nadie comenzara a hablar sobre mi extraña relación con Dante de Fosco. Nadie podía saber que me escabullía hasta su casa —todavía medio inhabilitada por culpa del incendio— a esas horas, así que me cubrí con una buena capa de terciopelo oscura para ocultarme de ojos indiscretos. No me olvidé de colocar el revólver en la cinta para mi pierna. Supongo que no fui tan sigilosa como pensaba, porque Margot me cazó cuando estaba a punto de salir por la puerta de servicio de la cocina.

—Sibila —me dijo con un susurro—. ¿Se puede saber qué haces?

Me volví hacia mi prima. Iba con un camisón ligeramente arrugado y el cabello revuelto. Entre sus dedos sostenía una taza humeante, que debía de contener una tila o algo parecido; siempre había tenido el sueño muy ligero. Decidí ser sincera. Después de todo, Margot era mi única confidente; la única en la que podía confiar de verdad.

—Voy a casa de Dante.

Casi derramó el líquido caliente sobre sus propias manos al escucharme. Entrecerró los ojos y comenzó a negar.

—Si alguien te ve, estarás perdida. Todo el mundo se dio cuenta de cómo te miraba en la fiesta de los Mallol: si fuera un depredador, tú serías su presa.

Se me incendiaron las mejillas.

—Qué cosas dices.

—Soy mayor que tú y, aunque no lo creas, puedo percibir estas cosas. Y la manera en la que bailaste con él no fue nada inocente.

Fruncí el ceño, molesta. Margot nunca había sido la típica dama mojigata.

—Tan sólo voy a buscar la nulidad de mi matrimonio. Ha removido cielo y tierra para conseguirla —repliqué.

Margot abrió los ojos con cierta admiración.

—No me malinterpretes —se apresuró en aclarar—, sabes que soy la primera en defender la libertad de las mujeres. Y me alegro muchísimo de que de Fosco haya logrado brindarte una nueva oportunidad al anular tu enlace. Simplemente, no quiero que seas la comidilla de las hienas de la alta sociedad barcelonesa. Detestaría tener que arrancarle la cabellera a alguna de esas remilgadas.

No pude evitar sonreír al imaginarla en esa tesitura.

—¡Cuánta violencia! No te preocupes, nadie me va a ver —le aseguré.

—Eso es lo que quiero que cuides, Sibila. Haz con él lo que quieras, siempre que sea en privado. —Me puse todavía más colorada ante lo que implicaban sus palabras—. Pero no vuelvas a exponerte con él en público como el otro día. Después de lo de los Fabra, la gente está deseando desacreditarte. No les des la oportunidad.

—No lo haré.

Margot asintió y dio un sorbo de su bebida.

—¿Quieres que te acompañe? —me preguntó—. Puede ser peligroso.

—¿Y para ti no?

—Oh, vamos, yo ya soy una solterona. Nadie querría acercarse a mí.

Bufé.

—No hace falta, de verdad. Está justo delante de nuestro palacio. No va a pasarme nada.

La vi dudar, pero al final aceptó que me marchara sin carabina, oculta bajo mis ropas.

Entré en el palacio Recasens subiendo por el mismo muro trasero por el que Margot y yo nos habíamos colado la primera vez. Había luna llena y la luz era suficiente como para andar sin un candil. Además, entrar así era mucho más discreto. No necesitaba que nadie me viera aguardando a que Dante me abriera en la puerta principal. Esta vez recorrí la altura con más aplomo y logré cruzar al otro lado sin aterrizar sobre ningún arbusto. Me sacudí el polvo que podría haber acumulado en mi ascenso y me dirigí a la cocina; siempre había sido el flanco más débil de la construcción. No me costó colarme por una de las ventanas tapiadas.

Sonreí al encontrarme con aquel lugar conocido, en el que había desayunado más veces de las que podía haber imaginado. Acaricié la mesa y tomé una de las lamparillas que siempre había en uno de los aparadores. La prendí para iluminar mi camino y abandoné la estancia para perderme por los pasillos. Ahora tenía que encontrar a Dante. Lo más probable es que se encontrara en la biblioteca o en sus aposentos. Eso, si es que estaba en casa. Al percibir el silencio y la oscuridad que todo lo envolvía, me arrepentí de haberme aventurado sin avisarle antes. ¿Y si ni siquiera se encontraba en casa? Puede que hubiera salido a alguna fiesta o a uno de esos salones masculinos que tanto visitaban algunos caballeros de mi entorno. Me costó imaginarlo en ninguno de esos lugares, pero no podía estar segura.

Subí hasta el piso de arriba con el corazón latiendo a toda velocidad en mi pecho. Podía escucharlo en mis oídos, sentirlo en mi cuello. Abrí la puerta de la biblioteca, pero estaba todo en penumbra. La luz plateada de la luna se reflejaba en los tomos de las estanterías y le otorgaba un aspecto fantasmal a los divanes adamascados. Tragué saliva y salí de allí más deprisa de lo que había entrado. Suspiré, intentando mantener la calma. Todos los espectros que podía imaginar a mi alrededor tan sólo estaban en mi cabeza.

Decidí probar esta vez en su habitación. Si me encontraba con la cama hecha y fría, significaría que mi paseo había sido en balde. Caminé sobre el suelo de madera intentando no hacer demasiado ruido, por si estaba durmiendo. ¿En qué momento había creído que eso era una buena idea? Por lo menos le podría haber avisado de que iría en busca de los papeles que acreditaban la nulidad de mi matrimonio. A veces me sorprendía mi propia estupidez.

Abrí la puerta de sus aposentos con sigilo, aunque el pomo me traicionó y emitió un gruñido agónico. Me mordí el labio y miré hacia la cama. Había alguien durmiendo bajo las mantas y di un paso atrás. Sería muy bochornoso que me encontrara allí si despertaba. ¿Qué había esperado? ¿Encontrarlo despierto a la una de la mañana esperándome? Cerré los ojos y decidí que quizá lo mejor sería marcharme y volver en otro momento, aunque fuera con carabina para no dar pie a habladurías. Puede que Margot estuviera dispuesta a acompañarme si se lo pedía.

Retrocedí un poco más, pero entonces escuché un portazo. Unos brazos me atraparon por encima de la capa y me voltearon con fuerza, hasta que mi espalda terminó aplastada contra la madera de la puerta, rasposa. Emití un grito ahogado. Después noté una daga en mi cuello y un tirón bastante desconsiderado de la capa que cubría mi cabeza.

—¡Por Dios, Sibila!

Dante aflojó su abrazo de inmediato y me dejó distancia para recuperarme de la impresión. Ahí estábamos de nuevo. Yo entrando a hurtadillas y él casi matándome.

—¿Puedes dejar de hacer esto? —me regañó—. Avísame antes de venir. O llama a la puerta

como hace la gente normal.

Guardó el cuchillo en su cintura y resopló, cruzándose de brazos. Solo entonces me percaté de que iba sin camisa, con unos simples pantalones de pijama. Traté de mantener la mirada fija en su cara, pero mis ojos traicioneros escapaban una y otra vez hacia la piel que lucía descubierta, delineada por las luces y sombras de la luz plateada que se colaba entre los cortinajes, osada. Contuve la respiración.

—Solo quería el documento de la nulidad… —logré balbucear.

—Pensaba que eras Fabra —continuó—, he colocado un montón de cojines en la cama para que se pensara que me tomaba desprevenido. ¿Te das cuenta de que podría haberte hecho mucho daño?

—Sí, ya me lo has dicho. Lo siento —terminé disculpándome a regañadientes—. Es sólo que no quería que la gente nos relacionara más presentándome aquí por la tarde a tomar el té. Las habladurías…

Dante chasqueó la lengua, como si mi comentario le hubiera molestado.

—Hemos trabajado juntos durante meses, bailamos un vals bastante indecente delante de todos la otra noche. Y ni siquiera puedo quitarte los ojos de encima cuando entras en un salón, Sibila.

Mi corazón se saltó un latido al escucharle.

—¿Crees que no se han dado cuenta ya? —terminó.

—Si es tan evidente para todos, ¿por qué sigues echándome de tu vida una y otra vez?

Dante se pasó la mano por la cara, exasperado. Intenté con todas mis fuerzas no fijarme en sus antebrazos. Era muy difícil discutir con él cuando llevaba tan poca ropa.

—Te recuerdo que hay un criminal que desea terminar conmigo —me repitió—. No es seguro que andes cerca de mí.

—Esa es mi decisión, no la tuya —ataqué.

—Tienes razón —admitió—, pero la mía es protegerte.

—Actúas como todos los demás —lo acusé, cada vez más enfadada—. Todos hacéis lo mismo: mi abuelo, mis padres; incluso Margot. Me ocultáis la verdad para protegerme, para que nada me ocurra. Pero soy adulta y lo suficientemente fuerte como para enfrentarme a las consecuencias de mis actos y de mis propias decisiones. Aunque sean equivocadas; aunque me lleven a la muerte.

Lo escuché tragar saliva, como si lo que le estaba diciendo le afectara más de lo que me quería hacer creer. Como si, por fin, me estuviera escuchando.

—Y olvidáis lo más importante —seguí—: preguntarme qué deseo en realidad.

Lo vi apretar las mandíbulas. Su respiración no era calmada, aunque quizá se debía al leve forcejeo de unos minutos atrás.

—¿Y qué es lo que deseas? —quiso saber.

Lo miré muy fijamente. Dante no se achantó y me sostuvo la mirada.

—A ti —murmuré—, con tus luces y tus sombras. Todo lo demás no me importa.

Dante no me contestó. Recorrió la escasa distancia que nos separaba y me rodeó la cintura con sus brazos desnudos. Su piel estaba caliente e incendió algo en mi interior de forma instantánea. Me acorraló de nuevo contra la puerta, pero sus ojos negros ardían de un modo distinto.

—Vas a volverme loco —gruñó contra mis labios un instante antes de besarme.

No fue delicado esta vez. Sus manos ascendieron por mi cuerpo y atraparon mi rostro con

ansia contenida. Abrí la boca para recibirle y su lengua se enredó con la mía en un baile desordenado que nos arrancaba más de un suspiro. Desató mi capa sin siquiera separarse de mí, con un movimiento preciso, y yo aproveché para recorrer su pecho con las manos y subirlas hasta su nuca. Enterré mis dedos en su cabello para apretarlo más contra mí y emití un quejido cuando separó sus labios de los míos. Me miró con intensidad. Pensé que ese sería el momento en el que recobraría la compostura y se apartaría de mí, como siempre había hecho. Sin embargo, me alzó del suelo y me llevó hasta la cama con tan sólo un par de pasos. Me depositó en ella con cuidado y yo no pude hacer otra cosa que mirarlo fascinada.

—Quizá deberíamos parar… —sugirió.

Alargué mi mano hasta su hombro y tiré de él hasta que no tuvo más remedio que inclinarse sobre mi cuerpo. Lo escuché respirar con dificultad. Me miró de nuevo; las motas doradas de sus ojos negros brillaban más que nunca, como si reflejaran las llamas del incendio que se estaba produciendo en mi interior. Me besó con dolorosa lentitud, como si estuviera probando los límites de mi cordura. Luego sus labios descendieron por el lóbulo de mi oreja en un camino que lo llevó hasta el hueco de mi cuello. Se detuvo allí un tiempo, hasta que escuché mi propia respiración sumida en el caos. Resiguió con sus dedos el sendero que habían marcado sus propios labios y llegó a mi pecho. Dudó un instante. Puede que pensara que iba a salir corriendo si se sobrepasaba, pero yo lo quería todo de él. Agarré su mano y la conduje hasta mi seno. Me besó de nuevo, mientras su mano me acariciaba con cuidado. Poco después comenzó a desanudar las sencillas lazadas de mi vestido. No llevaba ninguna prenda sofisticada, sino uno de los sencillos conjuntos de doncella que Margot y yo guardábamos para este tipo de excursiones. Dante no me preguntó sobre mi indumentaria, puede que ni siquiera se hubiera percatado. Retiró la tela con cuidado y dejó al descubierto mi cuerpo. Quise cubrirme, pero él atrapó mi mano para impedírmelo. Me miró y se humedeció los labios.

—Eres preciosa —dijo—, no hace falta que te escondas bajo capas de sedas ni de maquillaje.

Acarició la cicatriz de mi mejilla con reverencia. Puede que para él no fuera la marca que había marcado mi infancia ni el estigma de mi vida, sino el recuerdo del día en el que su destino y el mío habían quedado ligados para siempre; el día que nos habíamos visto por primera vez. Sonreí con labios trémulos.

—Quizá debería quitarte esto —añadió arrugando la nariz al ver la cinta con el arma anudada en mi muslo—. No me gustaría que lo usaras en mi contra.

No pude evitar una pequeña carcajada. Dante desató el pequeño cinturón que sostenía el revólver que siempre llevaba conmigo con sus dedos maestros y lo dejó sobre la mesita de noche. Luego su boca quemó sobre el lugar en el que había estado el arma. Sus labios recorrieron la piel descubierta de mis muslos, de mi ombligo, de mis pechos. Llegó un punto en el que ni siquiera era capaz de pensar. Sólo de sentirlo a él. Estaba en todos lados. Pero aún lo sentía lejos. Necesitaba algo más, aunque no sabía él qué. Dante volvió a besarme y noté que me deshacía entre sus brazos. De pronto una de sus manos recorrió mis muslos con suavidad y se deslizó hacia un lugar en el que nunca me había atrevido a indagar. Solté un resoplido, mezcla de sorpresa y placer. Lo vi sonreír contra mi cuello, mientras sus manos se movían en el punto exacto. Cerré los ojos y me abandoné a él. Parecía saber lo que estaba haciendo. Cada vez me sentía menos dueña de mis pensamientos, mi cuerpo me estaba llevando a lugares inexplorados, y no tardé en sentir una extraña oleada de calor en mi bajo vientre que me hizo gritar. Dante se bebió mis gemidos con su boca. Luego me dejó unos instantes, como si supiera que tenía que volver a recuperar la respiración y el habla. Lo miré extasiada, con los ojos inundados de un

deseo que no había logrado sofocar del todo. Jamás había estado con un hombre, pero algo en mi interior guió mis pasos. Paseé mi mano por su espalda y llegué hasta los pantalones de pijama. Tiré de ellos hacia abajo y detuvo mi mano.

—¿Estás segura de esto?

Lo miré con decisión.

—No he estado más segura de nada en mi vida.

Debió de ser suficiente para él, porque permitió que le quitara la única ropa que todavía se interponía entre nosotros. Se inclinó de nuevo sobre mí y con mucho cuidado se colocó entre mis piernas. Me miró a los ojos y me percaté de que ya no había en ellos ni un ápice de oscuridad, tan sólo un deseo tan desnudo como el mío. Acaricié su mejilla y bajé mi dedo hasta su boca. Lo tomó entre sus labios y lo besó de un modo que me hizo desear más. Mucho más. Lo agarré de la nuca y acercó su boca a la mía. Me besó con pasión, pero se movió dentro de mí con delicadeza. Al principio, me tensé. Dante se quedó muy quieto, estudiándome con cuidado.

—¿Quieres que…?

—Continúa —le pedí con la voz entrecortada.

Para mi propia sorpresa, ese escozor inicial se convirtió en otra cosa, salvaje y primitiva. Algo de lo que necesitaba más. Más. Y más. Él debió de percibirlo, porque comenzó a moverse con más ritmo. Me deleité en sus ojos, mucho más humanos de lo que jamás habían sido, nublados por su propio deseo. Al final, enterró su cara en el hueco de mi cuello y sentí una nueva oleada de aquel placer desconocido. Como uno de aquellos tsunamis de los que había oído hablar, que lo arrasaban todo a su paso. Los movimientos y los gruñidos de Dante se volvieron desordenados y desesperados, hasta que percibí que alcanzaba el mismo lugar que yo. Ese del que ya no querríamos salir jamás.

Se tumbó a mi lado con un suspiro entrecortado y me miró como si lo hiciera por primera vez. Retiró uno de los mechones negros de mi cabello con cuidado.

—Has vuelto mi mundo del revés —murmuró.

—¿Y eso es bueno o malo? —quise saber, con la voz adormecida.

El cansancio se estaba apoderando de mí. Dante lo notó y me puso el camisón para protegerme del frío de la noche. Él se cubrió con el pantalón de pijama, que había recuperado de entre las sábanas, y rodeó mi espalda con su brazo para que pusiera mi cabeza sobre su pecho. Me acarició el pelo durante unos instantes.

—Me has devuelto la vida, Sibila —confesó cuando pensaba que ya no iba a contestarme.

Cerré los ojos y sonreí. Besé su piel caliente un instante antes de quedarme dormida.

CAPÍTULO 52

El silencio nos había envuelto, sereno y acogedor. No podía recordar la última vez que había descansado tan profundamente, puede que antes del accidente de mis padres. Quizá por eso no percibí las sombras que se movían a nuestro alrededor; el peligro que nos acechaba. Tan sólo me di cuenta de que algo iba mal cuando sentí el cuerpo de Dante levantarse rápidamente de mi lado. Me invadió el miedo. Porque lo siguiente que escuché fue un grito bajo. De dolor. Abrí los ojos al momento, y lo que vi me dejó sin respiración.

Roger se encontraba al lado de la cama, con un cuchillo que reflejaba los rayos de la luna que todavía no se había intercambiado por el sol. Dante estaba frente a él, forcejeando para tratar de quitarle la daga. Ahogué un grito cuando vi que el suelo estaba manchado de sangre. Desde donde estaba era difícil saber a cuál de los dos pertenecía, pero tan sólo de pensar que Dante pudiera estar herido se me encogió el alma. Ahora no era inmortal. Sus heridas no cicatrizarían a una velocidad sobrenatural. Se había convertido en alguien vulnerable, por mi culpa. Vi que le lanzaba un puñetazo a Roger, que trastabilló hasta la ventana. El que había sido mi marido se llevó la mano al labio ensangrentado. Escupió a un lado y miró a Dante con un brillo asesino en la mirada. No podía creer que hubiera estado tan ciega. Roger era tan despiadado como los miembros de Aeterna que habían terminado con la vida de mis padres. Puede que incluso hubiera sido alguien de su propia familia. No me costaba imaginarme a doña Hortensia maquinando un plan para quitarse de enmedio a aquellos que no querían colaborar con ella.

Dante le inmovilizó el brazo de un rápido movimiento y se volvió hacia mí. Fue entonces cuando vi la herida en su estómago. Era profunda y oscura, y la piel estaba rasgada de manera irregular, como si Roger lo hubiera apuñalado con saña. Me tembló el cuerpo. No parecía superficial ni indoloro. Sin embargo, Dante no mostró debilidad y continuó atacando a Roger, desarmado y herido como estaba. Tenía que hacer algo por evitar aquello. Por muy bueno que fuera en la lucha cuerpo a cuerpo, Dante no podría vencerle. No así, desprevenido y sin nada con lo que defenderse. Para mi horror, Roger parecía un avezado espadachín, moviendo ese cuchillo de un lado a otro. De vez en cuando escuchaba un gruñido bajo, y sabía que había cortado la piel de Dante en algún lugar.

—¡Basta! —grité, con la vaga esperanza de que Roger recobrara la razón.

Pero me dedicó una sonrisa macabra. Sus dientes estaban manchados de sangre, como si los hubiera clavado en la piel de Dante. Como si ya se hubiera cobrado su presa.

—Roger, por favor —insistí—. No eres un asesino.

Salté de la cama para acercarme un poco a él. Probé a distraerlo con palabras que en realidad no creía, pero tenía que hacer algo. Puede que si lo hacía hablar se distrajera de su baile mortal. Sin embargo, lejos de calmarse, su batalla se incrementó. Apuñaló a Dante en el costado. Grité. Él ahogó un quejido y se llevó la mano a las costillas. Dios mío, iba a matarlo.

Roger estalló en una carcajada que me erizó el vello.

—¿Crees que no sé lo que intentas? —espetó, mirándome a mí—. No voy a detenerme por mucho que me dediques palabras amables. No seas hipócrita, Sibila. No tuviste miramientos al pedir la nulidad; una nulidad que este desgraciado te consiguió. Ya veo el tipo de mujer que eres. ¿Así le pagas los favores a los hombres?

Recorrió el camisón que cubría mi cuerpo con la mirada y me sentí sucia, desnuda. Dante debió de sentir la misma rabia que yo, porque levantó la mano de sus costillas para propinarle

otro puñetazo. Roger cayó de espaldas, pero no soltó el cuchillo. Torció el gesto y desvió la atención de nuevo hacia Dante.

—Esto te va a costar caro, de Fosco. ¿Piensas que alguien puede dañar mi apellido? Mi madre se aseguró de que los Armengol pagaran por su deslealtad, y ahora os pienso enviar con ellos al más allá.

Me tembló la mandíbula. ¿Entonces, doña Hortensia había sido el verdugo de mis padres? Se me revolvió el estómago al pensar en la cantidad de veces que había estado en sus salones, bailando y cenando sin saber que estaba compartiendo espacio con una asesina, con la persona que me lo había arrebatado todo.

Dante aprovechó que Roger seguía en el suelo para abalanzarse sobre él, con la esperanza de desarmarlo. Ambos respiraban agitadamente, y me costaba distinguir lo que estaba ocurriendo. Los caprichosos rayos de la luna tan sólo iluminaban una parte de la estancia. Las cortinas. El sillón. La mesita de noche. Y mi revólver descansando sobre ella. Tomé aire y no me detuve a pensar. Cada segundo podía marcar la diferencia. Así que me lancé a por ella con un movimiento rápido. Dante y Roger estaban demasiado enfrascados en su pelea como para percatarse de mis acciones. Amartillé el arma tal y como me había enseñado el abuelo tantos años atrás y recé por recordar cómo funcionaba. No podía ser tan difícil. Apuntar y dar en el blanco. El problema era que Roger y Dante estaban demasiado juntos. Si fallaba, podría darle al hombre equivocado.

De pronto Roger se colocó encima de Dante y levantó el cuchillo. En dirección a su cuello. Miré la espalda de Roger con aprensión. Era ahora o nunca. Tomé el arma con más firmeza de la que sentía y apunté. Luego disparé. Todo se detuvo un instante. Roger se quedó inmóvil. Y un instante después se desplomó sobre Dante. Le había dado en el pecho, cerca del corazón. Me quedé paralizada. Lo había matado. Había matado a alguien. Cuando escuché los quejidos de Dante debajo de su cuerpo, reaccioné. Corrí hasta él y le saqué al que había sido mi marido de encima. Tuve que contener las ganas de vomitar cuando mis manos se llenaron de una sustancia densa y granate que emergía del pecho de Roger a borbotones. Traté de no mirarlo, pero los ojos azules que un día me habían parecido hermosos, miraban ahora a ninguna parte, congelados en una mueca de espanto. Me obligué a concentrarme en Dante. Estaba completamente cubierto de sangre. Ni siquiera podía distinguir la suya de la de Roger. Comenzó a invadirme el pánico cuando vi que no se movía. ¿Por qué no se levantaba? Lo único que fue capaz de hacer fue alargar una mano hasta la mía.

—Dios mío, Dante —mascullé.

Todavía me temblaba todo el cuerpo. La adrenalina recorría mis extremidades sin piedad. Igual que el miedo.

Cerró los ojos y tomó aire con dificultad.

—Creo que no saldré de esta —gruñó mordiéndose el labio.

—No —me negaba a que me dejara sola en este mundo—. Cogeremos la primera calesa que pase y te llevaré a un hospital. Ellos sabrán qué hacer.

Dante sonrió, supongo que al percibir que estaba dispuesta a superar mis miedos por él. Vi con horror que de sus labios manaba un hilo de sangre. Lo sequé con mi pulgar.

—Soy médico, ¿recuerdas? —dijo con la voz ronca—. Apenas me quedan unos minutos.

—No digas tonterías —repliqué, pero mis ojos se estaban llenando de lágrimas.

Lo vi sonreír, y me dolió pensar que quizá fuera la última vez.

—¿Vamos a discutir incluso ahora?

Me mordí los labios y ahogué un sollozo. Alcé su cabeza con cuidado y la puse sobre mi

regazo. Acaricié su cabello oscuro, que caía desordenado sobre sus ojos negros.

—No soportaré la vida sin ti —farfullé—, quédate conmigo.

Dante tomó aire de nuevo y cogió mi mano.

—Eres una mujer fuerte, Sibila. Podrás con todo. Tú has sido una luz al final de mi vida, y yo sólo un capítulo oscuro de tu existencia. Saldrás adelante.

Me acarició el rostro y sentí la suavidad de la sangre sobre mi piel.

—Eres mucho más que eso —me quejé—. ¿No lo entiendes? Te quiero, Dante. Como jamás he querido a nadie. Y eso no cambiará.

Dante sonrió y tiró ligeramente de mi mejilla para acercarme a él. Me besó con lentitud, saboreando mis labios como sólo lo haría alguien que se estaba despidiendo.

—Y tú lo has sido todo para mí, Sibila.

Luego cerró los ojos.

CAPÍTULO 53

Estaba tan conmocionada que ni siquiera percibí la bruma que se formaba a mi alrededor. Lo único que podía mirar era el pecho de Dante, que apenas se movía con una respiración cada vez más lenta. No había recuperado la consciencia, y sus palabras resonaban en mi mente. «Tú lo has sido todo para mí». ¿Era la última vez que escucharía su voz? ¿Jamás podría responderle que él también era el motivo por el que despertaba cada mañana? El pensamiento me resultaba devastador. Se estaba apagando por momentos, y yo no podía hacer nada por evitarlo. Tan solo sostener su mano y llorar en silencio. Deseaba con todas mis fuerzas salir corriendo en busca de ayuda, pero también sabía que nada podrían hacer por él. Y no quería dejarlo allí, solo. Me aferré a sus dedos como si con ello pudiera insuflarle la fuerza que necesitaba para recuperarse de unas heridas incurables. Roger se había asegurado de hacer el mayor daño posible. Odiaba cada parte de mi ser que algún día lo había apreciado. Odiaba no haber reaccionado antes. Odiaba no haberle disparado en cuanto lo había visto. Cerré los ojos con una rabia tan grande hacia mí misma que pensé que perdería la cordura.

—Supongo que las Armengol siempre fuisteis su debilidad.

Alcé la cabeza en cuanto esa voz femenina irrumpió en mi mente aturdida. Entonces me percaté de que la habitación se había llenado de ese humo denso y embriagador que había envuelto a la muerte la única vez que la había visto. Ibis llevaba un vestido negro, con una cola que arrastraba por el suelo y que impedía que se vieran sus piernas. Avanzó hacia Dante. Por el modo suave en el que se movía, llegué a preguntarme si flotaba. Su cabello brillaba tanto como la luna, y sus ojos del azul más blanco se clavaron en mí al ver que colocaba un brazo protector alrededor del pecho del que había sido su mensajero. Mi postura estaba clara: no dejaría que se lo llevara sin oponer resistencia.

Puede que la perspectiva de una discusión no le agradara, porque su atención se volvió hacia Roger. Observó su cuerpo desmadejado con una mueca de disgusto, como si fuera la primera vez que hacía ese trabajo en persona.

—Tendré que enviar a alguien a por ese.

Tragué saliva cuando volvió a mirarme.

—Pero el alma de Dante es mía —añadió.

Negué con la cabeza, una y otra vez.

—No puedes llevártelo —musité con un hilo de voz.

No sabía ni cómo tenía el valor de hablarle. Ibis tenía el aspecto de haber salido del mismísimo inframundo, y supongo que así era. Ella sonrió. Había esperado que tuviera los dientes afilados como un demonio, pero eran blancos y estaban perfectamente alineados.

—Es enternecedor, de verdad —dijo con condescendencia—, pero no tengo tiempo para esto.

—Por favor —supliqué con la voz rota por el llanto.

Ella me dedicó una mueca, como si comenzara a molestarle mi insistencia.

—Apártate o os llevaré a los dos conmigo. De hecho, ambas sabemos que deberías estar muerta desde hace bastante tiempo. No hagas que el sacrificio de Dante sea en balde, muchacha.

Hizo un gesto con la mano para indicarme que saliera de su camino. Bajé la vista hasta el rostro perfecto de Dante: sus pestañas, densas y oscuras; su nariz, recta; sus labios, cincelados para enloquecerme. Parecía que estuviera dormido. Pero la palidez cetrina de su piel me impedía olvidar la verdad: estaba muriendo y pronto Ibis lo llevaría con ella. Me negué a moverme. Quizá

lo mejor sería que me marchara con él. ¿Qué sentido tenía vivir si Dante no estaba a mi lado?

—Haré lo que sea —insistí.

Ella se agachó junto al cuerpo de Dante y le apartó el cabello oscuro del rostro.

—No puedo romper las normas.

De pronto escuché unos pasos acelerados que se acercaban hasta la habitación. Alcé la vista a tiempo de ver a Lucien entrar como un torbellino. Se detuvo en seco en cuanto vio a Ibis. Estaba despeinado y por primera vez sus ojos no reflejaban la actitud engreída que siempre lo acompañaba. Al contrario, su semblante permanecía mortalmente serio y jadeaba como si hubiera venido corriendo —o volando— desde muy lejos. Su ropa estaba descolocada, parecía haberse vestido a toda prisa.

—Ibis —murmuró con voz ronca.

La muerte se volvió hacia él. Pensé que se echaría a reír y que haría alguno de sus comentarios mordaces. Pero su gesto se convirtió en una máscara oscura, llena de resentimiento.

—Lucien —casi escupió su nombre.

El cancerbero miró hacia el cuerpo que descansaba en mi regazo y sus ojos me observaron alarmados. Había tardado tan poco como Dante en percibir la gravedad de sus heridas.

—¿Qué haces aquí? —espetó Ibis—. Se supone que ya no eres su guardián.

—Aún puedo percibir su energía. Enseguida he notado que algo iba mal —se explicó.

Me sorprendió este dato. Ninguno de los dos me había dicho nunca que estuvieran tan conectados como para saber si uno de los dos estaba en problemas. Imaginé que era algo intrínseco en su extraña relación.

—Pues ya lo ves. Debería asignarte a un nuevo mensajero —replicó ella—. Este me traicionó. Y no olvidemos que tú lo encubriste.

Casi pude escuchar la nuez de Lucien moverse de arriba abajo en su cuello. Apretó los puños a ambos lados de su cuerpo.

—Entonces puedes llevarme a mí contigo.

Ibis alzó una ceja. Se puso en pie y abandonó el cuerpo de Dante, como si algo mucho más interesante se estuviera dibujando en el horizonte. Se acercó hasta Lucien, que no se había movido de la puerta. Torció la cabeza y su cabello liso se movió hacia un lado. Pude escucharla sonreír.

—Vaya —dijo con tono meloso—, ¿y de qué me serviría eso?

—Haré cualquier cosa que me pidas —le dijo—. Lo que sea.

Ibis se quedó unos segundos pensativa, barajando si lo que Lucien le ofrecía era suficiente como para saltarse sus preciadas normas.

—Haz que se recupere —siguió Lucien—, y seré tuyo.

Sus palabras parecieron terminar de convencerla. Asintió con mucha lentitud.

—Está bien. Me lo llevaré conmigo, supongo que alguien podrá deshacer —gesticuló hasta el pecho cubierto de sangre de Dante— este entuerto. Aunque dudo que vaya a ser rápido.

—¿Contigo? ¿Adónde? —pregunté con una nota histérica en la voz.

—Con mi hermano. Si alguien puede sanarle, es él.

Entonces Ibis avanzó hacia mí. Se agachó y me hice a un lado. Una parte de mí me pedía a gritos que no dejara que lo apartara de mí, que era una trampa; pero no tenía otra opción. Si se quedaba aquí, moriría en cuestión de minutos, tal vez de segundos. Ibis tomó a Dante entre sus brazos con una fuerza extraordinaria y lo levantó como si no se tratara de un hombre mucho más grande que ella. Observé con ojos aterrados cómo avanzaba hasta Lucien.

—Vamos —le ordenó al cancerbero.

Lucien me miró una última vez. Había algo de esperanza en su mirada, pero también pude distinguir el miedo. Entonces se transformó en lechuza y echó a volar junto a la figura de Ibis. La niebla aumentó un instante hasta tal punto que dejé de ver. Cuando quise darme cuenta, la habitación estaba despejada. Tan sólo quedaban la oscuridad y el cuerpo de Roger sobre el suelo de la habitación. Vomité.

Cuando logré recuperarme de la impresión, salí a los jardines. El aire frío de la noche me devolvió la capacidad de pensar. Hasta ahora, había estado demasiado sobrepasada por los acontecimientos. Sin embargo, me di cuenta de que no podía dejar el cadáver de Roger tirado en la habitación de Dante. Lo acusarían de asesinato. Y Lucien no lo había rescatado de las fauces de la muerte para que terminara encerrado en una celda mugrienta. Pensé en avisar a Margot, ella conocía a mucha gente y puede que tuviera algún contacto útil para ese tipo de cosas, pero creí más prudente dejarla fuera de todo eso. Si la verdad llegaba a salir a la luz, no quería arrastrarla conmigo en mi caída. Así que me limité a hacer lo único que podía: eliminar pruebas.

Regresé hasta el cuerpo de Roger. Lo observé mucho tiempo antes de atreverme a tocarlo. Temía que volviera del más allá para vengarse de mí. Sin embargo, cuando logré reunir el valor suficiente como para agarrarlo por debajo de los brazos, no se movió. De hecho, comenzaba a notarlo frío y tenso, como si la muerte ya se hubiera llevado su alma. Puede que un mensajero hubiera acudido a por ella mientras yo estaba tratando de recobrar la compostura en el exterior. Dejé de pensar en ello y me centré únicamente en la tarea física que tenía por delante. Lo cargué a mi espalda; creía que sería el modo más sencillo de transportarlo hasta el carruaje de Dante, que solía tener en las cocheras. Sin embargo, en cuanto dí un par de pasos, mis piernas cedieron al peso y caí de rodillas. Grité con impotencia. Porque estaba sola. Porque nadie podía ayudarme. Y porque los únicos que podían estaban muy lejos, luchando por su vida. Intenté apartar esa idea de mi mente. No me hacía ningún bien recordar el cuerpo desmadejado de Dante sobre mi regazo, su vulnerabilidad cuando la muerte lo había llevado con él con la supuesta promesa de sanarlo. ¿Y si Ibis rompía su palabra? ¿Y si terminaba por engullir su alma y llevársela a un rincón oscuro? Después de todo, Dante la había traicionado incumpliendo su palabra. Puede que por muy tentadora que le pareciera la oferta de Lucien, su sed de venganza fuera mayor. Entonces, yo estaría perdida.

Tomé aire varias veces para calmar mi respiración y volví a cargar el cuerpo de Roger sobre mí espalda. Esta vez fueron cinco pasos antes de caer. La siguiente seis. Ocho. Al final, logré llegar a la calesa. Dejé el cuerpo de Roger a un lado y abrí la puerta de la cabina. Al ver el espacio angosto, se me revolvió el estómago de nuevo. Volví a vomitar a un lado. Me di cuenta de que un sudor frío cubría mi frente, como si mi piel estuviera tratando de expulsar las horrorosas sensaciones que había vivido en las últimas horas.

Con un último esfuerzo, empujé el cadáver hacia el interior del carruaje. Luego me apresuré a cubrirlo con una de las mantas llenas de paja que había en un rincón del establo. No quería verlo más. Estaba segura de que esa mirada vacía me perseguiría incluso estando despierta. Cuando logré cubrirlo por completo, até a dos de los corceles más rápidos de Dante en la parte delantera. Me llevó un buen rato colocar bien los arneses y me pregunté cómo diablos lo habría hecho él solo tantas veces; puede que Lucien lo hubiera ayudado en ese tipo de tareas, aunque me costaba imaginar al cancerbero ensuciándose las manos con un trabajo tan mundano. Tomé otra de las viejas mantas que había en un rincón y la coloqué sobre mi cuerpo para cubrirme de la mirada de

cualquier curioso. Todavía no había amanecido, pero mi tiempo para llevar a cabo el plan que había ideado se reducía por momentos. Me sacudí las manos y miré de nuevo hacia el carruaje con una resolución que no sentía. Tomé aire y conté mentalmente hasta diez. Puse un pie en el escalón. La mano en el asidero. Luego el otro pie. Y subí al puesto del conductor. Tuve la sensación de que todo daba vueltas, pero por lo menos no había un montón de paredes que se cernieran sobre mí. Atiné a dar la órden a los caballos de que emprendieran la marcha.

En cuanto salí a la calle, me cubrí mejor con la manta. Había algún que otro transeúnte, aunque ninguno parecía extrañarse de ver un carruaje a aquellas horas. Supongo que no era el primero ni el último que rondaba por allí a horas intempestivas: había quien gustaba de alargar las fiestas hasta el alba. Por suerte, no tardé demasiado en llegar hasta el palacio Fabra. A pesar de que la nulidad de nuestro matrimonio se había hecho efectiva, nadie lo sabía. Y yo todavía conservaba una llave de la casa. Sin embargo, mucho del personal del servicio estaría a punto de levantarse para encarar un nuevo día. Debía apresurarme. Aparqué la calesa junto a la puerta trasera e hice acopio de valor para meter mi cuerpo dentro de la cabina y sacar a Roger. Lo dejé a un lado del jardín y volví a por los caballos. Los espanté para que salieran del recinto y vi cómo la oscuridad de la noche se tragaba sus enormes siluetas en cuestión de segundos. Respiré un poco más tranquila. Me quité la manta de encima e hice lo mismo con la de Roger. Las deseché en una zona lejana del jardín, donde estaba segura de que nadie las encontraría en mucho tiempo. Luego tomé el cuerpo de Roger entre mis brazos. Tuve que ahogar una arcada al sentirlo cerca de mí. Muerto. Le cerré los ojos para que dejara de juzgarme. Era un asesino. «Y tú también». Respiré hondo. Y luego grité.

—¡Auxilio! ¡Han atacado a mi marido!

CAPÍTULO 54

Barcelona, seis meses más tarde.

Nadie se hizo las preguntas adecuadas. El supuesto asalto a Roger Fabra había sido una tragedia. La gente lo había llorado y le habían dado una sepultura digna en el panteón más lujoso del cementerio de Poblenou. Ninguno de sus padres acudió al sepelio y la gente dio por hecho que no debían de haberse enterado en el extranjero, donde se suponía que estaban. Les dije que les escribiría una carta, aunque yo sabía muy bien que esa misiva no llegaría a ninguna parte: Doña Hortensia y don Leopoldo estaban tan muertos como su hijo. Todo el mundo olvidó los rumores sobre nuestras supuestas desavenencias, así que me vestí de negro y asumí mi papel de viuda con la mayor entereza de la que fui capaz. En el fondo, me asqueaba lo que estaba haciendo. Yo misma había matado al hombre al que supuestamente lloraba y estaba viviendo una mentira. Sin embargo, era el único modo que había encontrado para proteger a Dante de la justicia cuando regresara.

Si es que lo hacía.

Habían pasado ya seis meses desde que Ibis se lo había llevado. La ausencia de noticias me carcomía por dentro, pero debía mantener las apariencias. Así que me vestía de negro cada día y seguía al frente del negocio, intentando que la oscuridad y la soledad no se llevaran consigo una parte de mi alma.

El abuelo no sabía nada de todo aquel turbio asunto y seguía recuperándose poco a poco. Puede que fuera lo único bueno que había en mi vida, a parte de Margot, así que debía protegerlos a toda costa. Por eso había intentado dejar a mi prima fuera de todo lo que tenía que ver con los Fabra o con el palacio Recasens, pero al final me había resultado imposible no contarle nada. Margot siempre había hecho demasiadas preguntas. Así que había buscado el modo de explicarle que Dante no volvería en una temporada sin decirle exactamente dónde estaba. También le ahorré muchos detalles de aquella fatídica noche. Detalles que yo misma prefería olvidar. Detalles que quería relegar a un rincón muy oscuro de mi mente.

Esa mañana me encontraba en el despacho.

Estaba revisando los libros de cuentas, mientras hacía un esfuerzo por no ponerme a llorar al ver los resultados del último trimestre. Puede que mi mando hubiera flaqueado ligeramente debido a todo lo que me había pasado, pero no tanto como para una debacle así. No me costaba imaginar a los inversores echándose atrás al saber que quien estaba al mando era una viuda. La palabra maldita. Alguien de quien debían huir. Una mujer sola, sin un hombre que le dictara lo que debía hacer. ¿Era eso lo que creían que había estado haciendo Roger durante nuestro matrimonio? En ningún momento se había involucrado en la fábrica; había habido un acuerdo silencioso entre nosotros de que ese era mi territorio. Sin embargo, me dolía darme cuenta que, aun desde la distancia, la presencia de un hombre les había dado a los socios e inversores la seguridad que necesitaban. Apreté la pluma contra el papel hasta el punto de rasgarlo.

Cuando escuché la puerta, supuse que se trataría del abuelo, que venía a verme de vez en cuando para que lo pusiera al día de los negocios. Cerré el libro a toda prisa para que no se percatara de la ruina en la que se estaba convirtiendo el negocio por mi culpa. Por mucho que no pudiera ver los números, seguro que habría podido olfatear mi derrota. Me prometí que le encontraría una solución. Sin embargo, cuando alcé la mirada me topé con la cabellera rubia de

mi prima y su mirada acerada, aquella que sólo me dedicaba cuando quería llevar a cabo una de sus locuras.

—Hola —dije con temor—. ¿Por qué me miras así?

—He decidido que vamos a dejar de hundirnos en la miseria.

Entrecerré los ojos y abrí la boca.

—¿A qué te refieres?

—Este también es mi negocio y, aunque me disgusten los números, es evidente que estamos de camino a la ruina.

—¿Has mirado los libros de cuentas?

No sabía que Margot pudiera siquiera interpretarlos.

—Pues claro —dijo, como si tal cosa—. Llevo años haciéndolo. Solo que nadie se ha dado cuenta hasta ahora.

Bufé, incapaz de creer que me hubiera ocultado algo así.

—¿Qué? Me aburría y si os decía que era capaz de hacer un trabajo así seguro que me hubierais puesto una mesa en la que languidecer un poco cada día.

—Eres la peor socia de la empresa —le solté con una sonrisa—, ¿lo sabías?

—Y tú la peor directora, por querer mantener esto —señaló mi libro, que ambas sabíamos que estaba lleno de números rojos— en secreto.

—No quería alarmaros.

—No es nada nuevo que los carcamales de esta ciudad iban a retroceder al ver a una mujer sola al mando. Así que ahora seremos dos.

—¿Vas a languidecer en este despacho? —repliqué, echándole en cara sus propias palabras.

—No será necesario —dijo con un guiño travieso.

Negué con la cabeza y no pude evitar sonreír. Podía ver venir uno de sus planes, y no iba a ser de los sencillos.

—Porque tengo una idea infalible —añadió.

Ahí estaba.

—Los inversores se creen que ahora eres una viuda triste —dijo alzando el dedo en mi dirección—, que va a dejar que su negocio se hunda porque ya no tiene el respaldo de su marido.

Arrugué la nariz ante la mención de Roger. Todavía se me revolvían las tripas al pensar en lo que él había hecho. Y en lo que yo le había hecho a él.

—Tienes que demostrarles que no es así —apuntó—. Muéstrales que te has recuperado y que eres la mujer empoderada que eras hace unos meses.

—Sigo siendo la misma —me quejé, aunque no estaba segura del todo de que eso fuera cierto.

—Sí, pero ellos necesitan saberlo.

—¿Y cómo sugieres que se lo haga saber?

Margot abrió los brazos con un gesto esplendoroso y sonrió.

—Pues con un baile.

—Un baile —repetí, creyendo que la estaba escuchando mal.

—Eso he dicho.

—No nos gustan los bailes.

—Pero a ellos sí. Muéstrales todo lo que tienes, Sibila. Tu enorme palacio, tu saber estar. Y ponte un vestido que no sea el de una viuda a punto de arruinarse.

—¡No puedo quitarme el luto tan pronto! —mascullé—. Pensarán que soy una promiscua.

Margot alzó la barbilla.

—Una promiscua que tiene las agallas para llevar un negocio —insistió.

Cerré los ojos, porque en el fondo sabía que le haría caso.

—Está bien. Pero tú te encargas de las invitaciones.

—¡Eso está hecho!

Margot correteaba por toda la casa al lado de Dolores, ajustando los centros de mesa, los candelabros y la vajilla de plata que habíamos sacado para los canapés. Había decidido adoptar la misma estrategia que los Mallol y ofrecer primero un piscolabis en vez de una cena formal. Eso daría pie a las conversaciones de negocio y me mantendría alejada de la sombra de las veladas que había organizado doña Hortensia.

Ajusté la tela de un mantel que se había doblado y vi que mis manos temblaban ligeramente. Al parecer, a pesar de todo lo que me había pasado, aún tenía la capacidad de ponerme nerviosa por nimiedades como una fiesta. Quería que todo saliera bien. Mi futuro y el de mi familia dependían de que jugara bien mis cartas, y tenía la sensación de que esta era mi última oportunidad.

—¿Qué haces con ese vestido? —gruñó Margot en cuanto me vio.

Bajé la vista hasta el discreto conjunto de color verde oscuro con el que me había ataviado.

—¿Qué tiene de malo?

—¡Pareces mi madre! —se quejó.

Arrugué los labios al pensar en mi tía, que siempre guardaba las formas tras la figura patriarcal de mi tío. Resoplé.

—El azul cielo —me indicó—. Ponte el azul cielo.

Me dirigí a mi habitación y me cambié, quejándome entre dientes por lo nerviosa que se ponía cuando había algún acontecimiento así. Margot era como un torbellino, pero la ansiedad la convertía en un huracán. Después de un buen rato, logré que el vestido quedara bien ajustado y en su lugar gracias a un corsé un poco más oscuro. Me miré en el espejo y me sorprendí al verme. Llevaba meses viéndome con atuendos oscuros, que representaban la muerte y la oscuridad. Me di cuenta de que esos colores no habían hecho otra cosa que mellar mi ánimo, ya dañado por todo lo ocurrido y por la ausencia de Dante. Verme con un tono luminoso me animó. Tomé aire y me miré a los ojos para hacerme una promesa: todo iría bien; lograría calmar los ánimos y conseguiría las alianzas que nunca debería haber perdido.

Bajé al salón justo a tiempo de recibir a los primeros invitados, los Mallol. En cuanto entraron, Loreta, la mayor de las hijas, se cubrió la boca con las manos al ver mi indumentaria. Su madre, más curtida en circunstancias de este tipo, le dio un codazo y se acercó hasta nosotros.

—Está usted… radiante —dijo, la acusación velada en sus palabras.

—Pasen a la zona de degustación —la animé, sabiendo lo que le gustaban las delicatessen—. He mandado traer caviar ruso.

Sus ojos centellearon ante la mención de uno de sus manjares favoritos y agarró a su marido del brazo para guiarlo hasta la primera mesa.

Los demás invitados no tardaron en venir. Las reacciones ante mi vestido fueron similares: sorpresa, indignación, incluso admiración, aunque en menor medida. Supe redirigir sus comentarios y me gané alguna sonrisa. Las cosas no estaban saliendo tan mal como pensaba.

Nadie habló de Roger, ni de lo que había ocurrido con los Fabra. Tampoco mencionaron la enfermedad del abuelo cuando bajó a acompañarnos durante un rato. Al contrario, su presencia

pareció calmar a los socios más reticentes y los entretuvo con buenas conversaciones durante horas. Mientras, yo me iba moviendo por los corrillos, saltando de una charla a otra con una sonrisa que en realidad sentía falsa. Por lo menos, tenía la sensación de que el plan de Margot no había sido tan mala idea.

Tras un par de horas, estaba agotada de mantener mis sentidos en alerta y acallar cualquier rumor que pudiera hacer peligrar mi negocio. Como me pareció que todos estaban más que felices después de unas cuantas copas de champán, decidí que era el momento de que entrara el cuarteto de cuerda que había contratado para la ocasión.

La música comenzó a sonar y las parejas de baile se distribuyeron por el salón al son de un vals. Me dolió el corazón al reconocer la melodía: era el mismo que una vez había bailado con Dante, cuando todavía lo detestaba; cuando pensaba que era lo peor que me había pasado en la vida. Qué ironía. Ahora lo único que deseaba era poder tenerlo de nuevo frente a mí, que me estudiara con esos ojos negros como un abismo.

—¿Me concedería este baile, señorita Armengol?

Me volví hacia la voz con un respingo. Había estado tan absorta en las notas musicales que arrancaban dentelladas a mi corazón, en las sedas danzando en un baile de colores, en las sonrisas que algunas parejas se dedicaban, que no me había percatado de que alguien se había acercado a mis espaldas.

Fui incapaz de responder.

Porque ante mí estaba justo lo que tanto había querido.

Parpadeé varias veces, quizá no estaba en mis cabales; puede que a fuerza de desearlo mi imaginación se hubiera disparado y ahora lo viera incluso despierta. Entonces, tendió una mano hacia mí. Y me envolvió el aroma a sándalo y a madera. Inconfundible. Suyo.

Por si mi mente racional todavía albergaba alguna duda, comencé a notar que los invitados que se encontraban a mi alrededor me observaban con mucho interés. Por el momento no había dicho nada, así que no podían creer que me estaba volviendo loca tan sólo por la expresión de mi cara, ¿no?

—¿Vas a rechazarme delante de todo el mundo? —preguntó con una sonrisa torcida.

Abrí la boca cuando Dante dio un paso adelante y tomó mi mano, que todavía descansaba al lado de mi falda, inerte y presa del desconcierto. Cuando sentí su piel caliente sobre la mía, reaccioné. No estaba soñando. Él había vuelto y lo tenía frente a mí, dispuesto a bailar un vals que ya ni siquiera alcanzaba a escuchar. Porque todo se había reducido a él.

—Estás aquí —dije.

Dante tiró de mí hasta que mi pecho se encontró con el suyo. Bajó su mano por mi espalda y la colocó en mi cintura. Luego se movió a un lado y a otro, como si estuviéramos bailando inocentemente como el resto de parejas. Pero saltaba a la vista que no había nada de inocente en el modo en el que me sostenía, tan cerca, tan firme. Agachó su cabeza a la altura de mi oído.

—Te he echado tanto de menos —susurró con voz ronca y contenida.

Me hizo dar una vuelta sobre mí misma para seguir con su farsa, pero yo lo único que quería era volver a lanzarme a sus brazos. Imagino que él lo deseaba tanto como yo, porque cuando la música volvió a reunirnos, me estrechó incluso más fuerte que antes. Miró mi boca como si fuera agua y él un náufrago sediento.

—¿Dónde has estado? —quise saber, molesta porque se presentara de repente.

Si tenía energía suficiente como para asistir a un baile, significaba que llevaba días, probablemente semanas, recuperado de sus heridas. Si era así, ¿por qué no había venido antes a

verme? Me había estado ahogando en mi propia pena, creyendo que Ibis habría faltado a su palabra; con el horrible pensamiento de que quizá él estuviera muerto y yo ni siquiera lo supiera. Que quizá no lo volvería a ver jamás.

—Digamos que Ibis es algo rencorosa. No ha sido fácil que me liberara. Creo que será mejor ahorrarte los detalles.

Clavé mi mano en su hombro. Detestaba que tratara de apartarme de él para protegerme. Se mordió el labio y me miró con cierta exasperación.

—Está bien. En cuanto logró que su hermano Damu me sanara, decidió que quería castigarme un poco más por haber faltado a sus mandatos, así que me mandó a las Tinieblas.

Cuando vio mi gesto de horror, resopló.

—Por eso era mejor la versión corta —insistió.

—¿Qué demonios son las Tinieblas?

—Qué vocabulario tan indecoroso para una dama como usted, señorita Armengol.

Volví a apretar su hombro y él, en vez de molestarse, soltó una risa suave que llenó mi pecho de algo cálido.

—Las Tinieblas es el lugar en el que viven los cancerberos y demás criaturas del inframundo. Es un lugar intermedio entre el mundo de los vivos y el de los muertos.

—Suena muy apetecible —mascullé.

—No es tan peligroso como parece, e Ibis se limitó a tenerme seis meses haciendo trabajo burocrático, enviando notificaciones sobre próximas muertes y trabajos de lo más soporíferos.

—¿Y por qué te ha liberado ahora?

—Incluso ella tiene un código ético. Le dio su palabra a Lucien, así que no tenía más remedio que devolverme al mundo de los mortales. Los humanos no pueden permanecer en Las Tinieblas más que unos meses: no podía retenerme por más tiempo si no quería corromper mi alma.

Acaricié su rostro, todavía incapaz de creer que por fin lo tuviera delante.

—Así que has decidido venir a corromper la mía —repliqué.

—Siempre —dijo, acercándose tanto a mí que percibí cómo absorvía el aire a mi alrededor y me dejaba sin respiración.

Por muy embriagada que estuviera por sus ojos negros, era imposible ignorar que casi toda la sala nos estaba mirando.

—Creo que estamos dando un buen espectáculo —murmuré para que sólo él pudiera escucharme—. La viuda promiscua y el barón loco.

—Les encanta hablar —susurró Dante tan cerca de mis labios que pude percibir la vibración de su voz—. Así que démosles un motivo para hacerlo de verdad.

Entonces me besó. No le importaron los cientos de miradas, el decoro o los mandatos sociales. Dante me agarró de la nuca y atrapó mis labios con los suyos como si estuviéramos solos. Lo había anhelado durante tanto tiempo que mi propio cuerpo me traicionó. Cerré los ojos y me rendí. Dejé que se llevara con su boca mi reputación y cualquier resto de sentido común que quedara en mi cuerpo. Me aferré a él y correspondí su beso con la misma intensidad. Se separó de mí con esfuerzo. La motas doradas de sus ojos brillaban con ese anhelo que sabía que era deseo.

—Cásate conmigo —me pidió, directo y sin preámbulos.

Creo que escuché algún que otro grito ahogado entre el que ahora era nuestro público. Me mordí el labio para disimular una sonrisa. Estarían hablando de esto durante años.

—Sí —dije.

Atrapó mi cara entre sus manos y volvió a besarme, corto pero intenso.

—Puede que acabes de hundir mi negocio —mascullé por lo bajo.

Me miró espantado.

—¿Por qué?

—Esta era una fiesta para demostrar que soy capaz de controlar la situación.

Se echó a reír. Y fue el sonido más hermoso que había escuchado en toda mi vida.

—Bueno, señorita Armengol, lo que está claro es que a mí me tiene a sus pies —replicó—. Espero que eso les baste.

EPÍLOGO

El barón de Barcelona y la heredera de las fábricas Armengol se casan en secreto

Dante de Fosco, barón de Barcelona, y Sibila Armengol contrajeron matrimonio el pasado dos de enero en una pequeña capilla a las afueras de Barcelona, sin más compañía que la de algunos familiares cercanos.

Puede que esto llegue como una sorpresa para algunos, pero lo cierto es que desde hace un tiempo se rumoreaba entre la sociedad barcelonesa que su relación era algo más que una amistad o una relación laboral. Algunos incluso se atreven a asegurar que los habían visto en actitud más que cariñosa en la fiesta que la señora Armengol celebró en su palacete. Sin embargo, estas fuentes no han sido confirmadas.

—Vaya, han sido más amables de lo que esperaba —dijo Dante, mirándome por encima del periódico.

Se lo arrebaté de las manos y me senté en uno de los sillones del salón de desayunos del palacio Recasens. Lo habíamos acondicionado de nuevo para que fuera nuestro nuevo hogar. Por suerte, la mayor parte de los muebles no habían sufrido ningún desperfecto durante el incendio y nos bastó con una limpieza a fondo y unas buenas reformas del ala afectada.

Observé la fotografía con la que habían acompañado la noticia. Estaba oscura y apenas se nos reconocía. Mi vestido de novia era un borrón que no le hacía justicia al elegante modelo de pedrería que había llevado: debían de haber tomado la instantánea desde lejos. Sin embargo, se podía percibir la felicidad en nuestras caras; las sonrisas. También reconocí las siluetas de mis dos personas favoritas justo detrás de nosotros. A pesar de las reticencias iniciales del abuelo cuando anunciamos la boda, terminó accediendo después de que Dante le prometiera que jamás volvería a dejarme sola. Margot soltó un «por fin» algo agudo, como si se hubiera quitado un enorme peso de encima. Supongo que al final los dos estaban felices por mí.

—Eso parece.

Dante me arrancó el periódico de la mano y lo dejó sobre la mesa. Se apoyó sobre los reposabrazos de mi butaca y se inclinó hacia adelante. Me miró con esos ojos oscuros que tenían la facultad de robarme el sentido.

—Habrá que escandalizarlos un poco más.

Se agachó hasta que sus labios se posaron sobre los míos con toques suaves, sensuales; enloquecedores. Enredé mis dedos en su cabello oscuro para acercarlo más a mí y profundizar el beso. Lo escuché gruñir e incendió cada parte de mi ser.

—¿En un sillón? —quise saber—. Esto es nuevo.

—Espero no dejar de sorprenderte nunca —ronroneó contra mi boca.

Se alejó de mí tan sólo un instante para ir hasta la puerta y echar el cerrojo. Me dedicó una mirada traviesa.

—No me gustaría que nuestro nuevo servicio dimitiera nada más empezar.

—Sería una lástima, sí —dije con voz cantarina.

No le di la oportunidad a que volviera a acorralarme en la butaca. Me puse en pie y esperé a

que se acercara para hacer que fuera él quien se sentara en el sillón. Me observó con gesto divertido y ese brillo dorado en la mirada. Me senté a horcajadas sobre él y lo escuché ahogar un suspiro entrecortado cuando le desabroché la camisa. Recorrí su cuello y su pecho con los labios, mientras mis manos acariciaban las zonas de su torso que la tela dejaba al descubierto. Se la quité sin dejar de mirarlo. Luego me deshice del ligero camisón que me había puesto esa mañana. Cuando me vio desnuda, se mordió el labio, pero no quiso tomar el control. Dejó que esta vez fuera yo quien explorara mis límites. Me coloqué sobre él y comencé a moverme con lentitud. Sin embargo, cuando noté su respiración pesada contra mi cuello, no pude evitar querer más. Así que comencé a balancearme a más ritmo. Sus caderas se volvieron exigentes. Clavé mis uñas en su espalda y él mordió el lóbulo de mi oreja. Ninguno de los dos dijo nada, demasiado perdidos en nuestros jadeos, en el balanceo, en el placer.

Estaba resiguiendo las formas perfectas de su pecho con el dedo índice y mi mente regresó a nuestra boda. Uno de los momentos más especiales de mi vida. Había sido maravilloso y no habría cambiado nada. Pero sospechaba que Dante sí que había echado de menos a alguien. No habíamos vuelto a hablar de Lucien. De algún modo, sabía que hacerlo le dolía y prefería evitarle el sufrimiento. Habían sido amigos, compañeros, durante más de ochenta años. Y de pronto había desaparecido de su vida.

—Lamento que Lucien no pudiera venir.

—Yo también —dijo con un suspiro largo.

—¿Estará bien? ¿Con Ibis? —quise saber.

Era algo que no me había atrevido a preguntarle desde que había regresado. No tenía ni idea de por qué Ibis había cambiado de opinión y había aceptado la oferta de Lucien a cambio de la vida de Dante.

—Sí. Está en las Tinieblas —me explicó.

—¿Lo has visto?

—Sí, allí estará bien.

Parecía decirlo de veras.

—¿Por qué estás tan seguro?

Me miró con una mueca.

—Tiene un pasado en común con Ibis, antes de que lo transformara en cancerbero. No dejará que nada malo le pase.

—¿Y entonces por qué lo condenó?

Dante me acarició la cara con una sonrisa.

—Esa es otra historia.

FIN